CARTAS PERSIANAS.

Soy de
Antonio Gª
Gregorio
Gª
Carbaso

CARTAS
PERSIANAS

ESCRITAS EN FRANCÉS

POR MONTESQUIEU;

PUESTAS EN CASTELLANO

POR DON J. MARCHENA.



EN NIMES,

IMPRENTA DE P. DURAND-BELLE.

1818.

INTRODUCCION.

Ni compongo epistola dedicatoria, ni imploro amparo para este libro, que si él es bueno ya le leerán, y si malo no me curo de que le lean.

Estas Cartas he entresacado por tantear si al publico gustan; otras muchas me quedan entre mis papeles, y acaso las imprimiré mas adelante, con la precisa condicion de que no sepa nadie quien yo soy; porque al momento me callo si alguien atina con mi nombre. Una señora conozco yo que anda mui derecha, mas luego que la miran da á coxear. Con los defectos del libro sobra, sin que añadan los criticos á ellos los de mi persona. El que supiera quien era yo luego diria: no se aviene su libro con su genio; de gastar habia el tiempo en mejores cosas; que estas no son para sugeto de tanta gravedad. Reflexiones que en los criticos son mui comunes, porque no requieren ni ingenio ni trabajo.

Los Persianos que estas Cartas han escrito vivían en mi compaña, y estaban continuamente conmigo, y como me tenían por hombre del otro mundo, no se recataban de mí. Y de hecho ¿que secretos habían de guardar sugetos que de tan lueñas tierras eran venidos? Casi todas sus cartas me las enseñaban, y yo las copiaba. Algunas les cogí que hubieran ellos tenido mucha cuenta con no enseñarmelas, porque hacian mui poco favor á los zelos y á la vanidad persiana. Asi que mi oficio es el de un mero interprete, y no he tenido otro afan que el de acomodar la obra á nuestras costumbres. En quanto me ha sido dable he pro-

curado evitar el estilo asiatico, desnudandole de infinitas expresiones sublimes que hubieran aburrido al lector, encumbrandole á las nubes.

Ni he parado aqui. He quitado cumplidos, que no menos que nosotros estilan con prodigalidad los Oaientales, dexando sin eso otras infinitas menudencias, que no son para salir á la luz publica, y se quedan entre dos amigos, y si asi lo hubieran hecho la mayor parte de los que nos han dado colecciones de cartas se habrían ido en humo sus obras.

Una cosa que me ha pasmado es ver como están á veces estos Persianos tan bien informados como yo propio de las costumbres y estilos de la nacion, de modo que hasta las mas delicadas circunstancias saben, y reparan en cosas que estoy cierto que no las han advertido muchos Alemanes que por Francia viajan. Esto lo atribuyo al mucho tiempo que han estado en Francia, y á que sin eso mas facil es para un Asiatico instruirse en las costumbres francesas en un año, que á un Francés en las de los Asiaticos en quatro, porque aquellos hablan tanto como estos son poco comunicativos.

Qualquiera traductor, y aunque sea el comentador mas barbaro, tiene facultades para ornar con el panegyrico de su original el frontispicio de su version ó su glosa, realzando su utilidad, merito ó excelencia. No he hecho yo tal, y ya podrá el lector dar con los motivos; uno de los quales, y de los mas principales, es que sería cosa mui fastidiosa dicha recomendacion, siendolo ya tanto todo prologo ó prefacio, y mas el mío.

CARTAS PERSIANAS.

CARTA PRIMERA.

USBEK á su amigo RUSTAN, á Ispahan.

Un día no mas nos hemos detenido en Com. Despues de haber rezado nuestras preces en el sepulcro de la virgen que dió á luz doce profetas, nos volvimos á poner en camino, y ayer llegamos à Tauris, veinte y cinco dias depues de haber salido de Ispahan.

Acaso somos Rica y yo los primeros persianos que con animo de aprender hemos salido de nuestro pais, abandonando las satisfacciones de una vida sosegada por afanarnos en buscar la sabiduría.

Nacidos somos en una floreciente monarquia, no hemos empero creido que á sus confines habíamos de ceñir nuestros conocimientos, ni que solo la luz oriental hubiese de ilustrarnos.

Escribeme que es lo que de nuestro viage dicen, y no me escondas nada, que bien creo que pocos le aprobaran. Dirige la respuesta á Erzeron, donde me detendré algun tiempo. Adios, querido Rustan, y está cierto de que he de ser tu fiel amigo, en qualquiera parte del mundo que me encuentre.

Tauris, 15 de la luna de Safar, 1711.

CARTA II.

USBEK al primer eunuco negro, á su serrallo de Ispahan.

Tu eres la guarda fiel de las mugeres mas hermosas de la Persia, de tí he fiado quanto mas en el mundo quería, depositando en tus manos las llaves de las fatales puertas que solo á mí se abren, y mientras que velas tú en guarda del inestimable tesoro de mi corazon descansa este, disfrutando cabal sosiego, porque eres atento centinela asi en el estrepito del dia, como en el silencio de la noche, y tu infatigable afan sustenta la virtud, si esta vacila. Si quisieran las mugeres que tú guardas desentenderse de sus obligaciones, presto les quitarías toda esperanza de fallar, que eres azote del vicio y coluna de la fidelidad. Ora las mandas, y ora las obedeces, y executando ciegamente su voluntad en todo, las fuerzas á que cumplan ellas puntualmente con las leyes del serrallo. Cifras tu gloria en servirlas en los mas viles ministerios; con temor y respeto te sugetas á sus legitimas ordenes, y las sirves como esclavo de sus esclavos. Mandas empero como dueño absoluto, como yo propio, quando recelas que deroguen los preceptos de la modestia y el pudor.

Acuerdate sin cesar de la nada de donde te saqué, colocandote en el puesto que ocupas, y fiando de tí las delicias de mi corazon, quando eras el postrero de mis esclavos; mira con la mas humilde veneracion á las que tienen parte en mi amor, pero haz que reconozcan ellas su absoluta dependencia. Proporcionales quantos gustos sean inocentes, calma

sus desasosiegos, diviertelas con musicas, con bayles, y con deliciosas bebidas, diles que se visiten á menudo. Si quieren ir al campo, llevalas; pero haz passar á cuchillo á quantos hombres delante de ellas se presentaren. Exôrtalas al aseo, que es el espejo de la limpieza del alma, y hablales á veces de mí. Mucho ansio por volver á verlas en ese delicioso sitio que hermosean. Adios.

Tauris, 18 *de la luna de Safar*, 1711.

CARTA III.

ZACHI á USBEK. A Tauris.

Al gefe de los eunucos hemos mandado que nos traxera al campo, y él te dirá que no nos ha sucedido desman ninguno. Quando fué menester dexar nuestras literas para pasar el rio, nos metimos, como es costumbre, en sillas de mano, que llevaron en hombros dos esclavos, y frustramos asi las miradas de todos.

¿Y como podía yo, amado Usbek, vivir en tu serrallo de Ispahan? ¿en aquellos sitios que con la continua memoria de mis pasados gustos con nueva violencia encendían cada día mis deseos? Vagando iba de uno en otro aposento, siempre en busca tuya sin encontrarte nunca, y topando en todas partes con amargos recuerdos de mi perdida ventura. Aqui me vía en el sitio donde la primera vez de mi vida te estreché en mis brazos, allí en aquel donde fallaste en la famosa contienda de tus mugeres; cada una de nosotras se creía aventajar á las otras en hermosura; nos presentamos á tí, y despues de apurar quantos ar-

reos y atavíos podía ofrecer la imaginacion, viste tú satisfecho los portentos de nuestro arte, contemplando pasmado hasta donde nos había llevado el deseo de darte gusto. En breve los adornos fabricados cedieron á mas naturales gracias, que tus manos destruyeron en un punto quanto habíamos hecho, despojandonos de arreos que te incomodaban, y contemplandonos en la sencillez de la naturaleza. En nada tube yo el pudor, que solo pensé en mi gloria. ¡Venturoso Usbek, quantos atractivos embelesaron tus ojos! Largo rato te vimos errante de uno en otro hechizo; largo rato fluctuó tu alma sin fixarse; á cada gracia nueva tributabas nuevo pecho; en un instante nos cubriste todas de besos; curioso escudriñabas los mas reconditos sitios; en un instante nos colocaste en mil diferentes posturas; siempre nuevos preceptos correspondidos siempre con nueva obediencia. Confiesote, Usbek, que una pasion, mas fuerte que la ambicion todavía, me inspiró el deseo de agradarte. Poco á poco me ví dueño de tu corazon; me quisiste, me dexaste, volvisté á mí, y supe encadenarte; triunfé yo y quedaron confusas mis emulas, nos pareció que estabamos solos en el orbe, y todo quanto en torno de nosotros exîstía no mereció nuestro aprecio. ¡Oxalá hubieran podido presenciar mis rivales todas las pruebas de cariño que tú me diste! Si hubieran visto mis arrebatos bien hubieran conocido la diferencia de mi amor y el suyo, y que si podían disputarme la palma de la hermosura, no asi la del amor, y la terneza.... ¿Mas donde estoy?.. ¿donde parará este vano cuento? Si es desdicha no ser querida, es agravio dexar de serlo. Tú nos dexas, Usbek, por andar errante en barbaros climas... ¿Conque en nada precias la gloria de ser amado? ¡Ay!

ni siquiera sabes quanto pierdes. Yo lanzo ayes que de nadie son oidos; corren mis llantos y tú no los enxugas; parece que alienta el amor en el serrallo, y sin cesar te desvía de él tu desamor. ¡Ha, querido Usbek; si supieras ser feliz!

Del serrallo de Fatima, 21 *de la luna de Maharram*, 1711.

CARTA IV.

ZEFIS á USBEK, á Erzeron.

¿Conque está resuelto á desesperarme este monstruo de negro? Está empeñado en que me ha de quitar por fuerza á mi esclava Zelinda, á Zelinda que con tanto cariño me sirve, y que con tanta maña tanta gracia sabe dar á mi prendido. No contento con lo doloroso de semejante separacion, quiere que sea tambien afrentosa, suponiendo el tacaño culpados los motivos de mi confianza, y porque se aburre en el recibimiento, donde le mando que se esté siempre, tiene la avilantez de fingir que ha visto y oido cosas, que ni siquiera alcanzo yo á figurarme. ¡Que desdicha es la mía! Ni mi soledad, ni mi virtud me pueden exîmir de sus extravagantes sospechas, y me quiere hacer guerra hasta dentro de tu corazon un vil esclavo, y tengo yo que defenderme. No, que me respeto sobrado para humillarme hasta dar descargos, ni quiero mas abono de mi conducta que á tí propio, tu amor y el mío, y si no he de disimular nada, Usbek amado, mis llantos.

Del serrallo de Fatima, á 27 *de la luna de Maharram*, 1711.

CARTA V.

RUSTAN á USBEK, á Erzeron.

El platillo de todas las conversaciones de Ispahan eres tú, y solo hablan de tu viage, que atribuyen á ligereza unos, y á alguna pesadumbre otros; tus amigos son los unicos que te defienden, pero á nadie convencen, porque nadie puede entender como has podido abandonar á tus mugeres, tus parientes, amigos y patria, por ir á climas apartados ignorados de los persianos. La madre de Rica está sin consuelo, pidiendote á tu hijo que dice que tú le has robado. Yo por mí, caro Usbek, naturalmente me inclino á aprobar todo quanto haces, pero tu ausencia no te la puedo perdonar, ni mi animo quedará nunca satisfecho con las razones que para ella me alegares, sean las que fueren. Adios: quiereme siempre.

De Ispahan, *á* 28 *de la luna de Rebiab*, 1, 1711.

CARTA VI.

USBEK á su amigo NESIR, á Ispahan.

Dexamos la Persia una jornada mas acá de Erivan, y entramos en el pais sugeto á los turcos. Doce dias despues llegamos á Erzeron, donde nos pararémos tres ó quatro meses. He de confesartelo, Nesir; un pesar secreto sentí quando perdí de vista la Persia, y me hallé en medio de los

perfidos Osmanlíes, y al paso que en el pais de estos profanos me internaba, me parecía que me iba profanando yo propio. Se han presentado á mi imaginacion mis amigos, mi familia y mi patria; no sé que desasosiego ha enturbiado mi corazon, y he visto que había acometido una empresa que me iba á privar de la serenidad.

Lo que mas aflige empero mi pecho son mis mugeres, y no puedo pensar en ellas sin un afanoso pesar, no porque las quiero, que en este punto mi desamor es tal que ni para los deseos dexa camino. Habiendo vivido en un vasto serrallo, siempre he ganado por la mano al amor, y le he destruido por sus propios deleytes; pero esta misma frialdad engendra los zelos que me consumen. Contemplo una caterva de mugeres abandonadas casi á sus propios antojos, y solo unos pechos villanos me responden de ellas. Apenas viviría seguro si fueran leales mis esclavos: ¿pues que será si no lo son? ¡Quan tristes nuevas puedo recibir en las apartadas tierras que á visitar voy! Ni pueden mis amigos atajar este daño, que es un sitio cuyos funestos mysterios no han de saber.... ¿Y que pudieran hacer? No valdría mil veces mas una escondida impunidad que un castigo manifiesto? En tu pecho deposito todas mis zozobras, amado Nesir, que es el unico consuelo que en el estado en que me encuentro me queda.

De Erzeron, *á* 10 *de la luna de Rebiab*, 1, 1711.

CARTA VII.

FATIMA á USBEK, á Erzeron.

Dos meses hace que te has ido, caro Usbek mio, y tan anonadada estoy aun que apenas lo

puedo creer. Desatentada corro por todo el serrallo, como si estubieras tú en él, y no me desengaño. ¿Que quieres que sea de una muger que te quiere, que estaba acostumbrada á estrecharte en sus brazos, que solo en darte muestras de su cariño se esmeraba; libre por la prerogativa de su cuna, esclava por la violencia de su amor?

Quando me casé, nunca mis ojos habían visto la cara á un hombre, y tú eres todavía el unico que me han dexado ver, (1) porque no cuento como hombres estos horrorosos eunucos, cuya menor imperfeccion es el no serlo. Quando con lo disforme de sus rostros cotejo la hermosura del tuyo, no puedo menos de reputarme feliz: ni me ofrece la imaginacion idea mas alhagüeña que los hechiceros embelesos de tu persona. Jurote, Usbek, que aun quando tubiera facultad de salir del encierro donde la necesidad de mi condicion me tiene metida, aun quando me fuera dado escoger en todos los hombres que en esta capital de las naciones habitan, te lo juro, Usbek, á tí solo escogería. Solo tú en el mundo puedes ser el que merezca amor.

No creas que con tu ausencia he descuidado una hermosura que tú apeteces. Puesto que no haya de verme nadie, y que mis arreos y atavíos no hayan de contribuir á tus gustos, todavía procuro conservar el habito de agradar, y nunca me acuesto sin sahumarme antes con las mas exquisitas esencias. Acuerdome de aquel tiempo venturoso que te tube en mis brazos; me muestra un blando sueño el dulce objeto de mi amor que

(1) Las Persianas están mucho mas guardadas que las mugeres de Turquia y de la India.

me acaricia, y se engolfa mi imaginacion en sus deseos, como en sus esperanzas se complace. A veces me figuro que aburrido de tu afanoso viage tornas á nosotras; en estos ensueños, ni bien despierta, ni bien dormida, se me va la noche, te busco á mi lado, y me parece que huyes de mí; al cabo el propio fuego que me consume deshace el encanto, y me vuelve la razon. Entonces tan encendida me encuentro .... no lo puedes creer, Usbek, mas no es possible vivir en este estado: corre fuego por mis venas. ¿Como puedo expresar tan mal lo que tan bien sé sentir? ¿Como siento tan bien lo que tan mal expreso? En estos instantes, Usbek, daría el imperio del orbe por un solo beso tuyo. ¡Que desdicha la de una muger, quando agitada de tan vehementes deseos se ve privada del unico que pudiera satisfacerlos; quando abandonada á sí propia, sin que nada la pueda distraer, tiene que vivir entre continuos suspiros, entre los furores de una exâltada pasion; quando lexos de ser ella feliz ni siquiera puede contribuir á la felicidad agena; inutil adorno de un serrallo, que guardan no para contentar los gustos, sino para conservar el honor de un marido!

¡Que crueles sois los hombres! Os deleytais en excitar en nosotras pasiones que no podemos satisfacer; nos tratais como si fueramos insensibles, y sentiríais mucho que lo fuesemos; creeis que enardecidos con la larga privacion nuestros deseos se aumentarán con vuestra presencia. Ardua cosa es hacerse querer, y mas facil alcanzar de la desesperacion de nuestros sentidos lo que de vuestro merito no os atreveis á esperar.

Adios, querido Usbek, adios. Cree que solo para adorarte aliento, que está embebida mi alma

en tí ; y que lexos de ser tu ausencia parte para que te olvide encendería mi amor si pudiera este ser mas violento.

Del serrallo de Ispahan, á 12 de la luna de Rebiab, 1, 1711.

CARTA VIII.

USBEK á su amigo RUSTAN, á Ispahan.

En Erzeron donde me hallo, he recibido tu carta. Bien había presumido que metería bulla mi viage, pero no me he curado de ello. ¿ Que quieres que escuche ? ¿ La prudencia de mis enemigos ó la mía ?

Desde mi primera juventud me presenté en palacio. Puedo afirmar que no se estragó mi corazon, y hasta á decir que me propuse un alto intento, el de atreverme á ser virtuoso. Asi que conocí el vicio me desvié de él, mas luego me arrimé á él otra vez, para quitarle la mascarilla. Anuncié la verdad hasta los piés del trono, hablé un idioma nunca oido en palacio; sonroxé la lisonja, y amedrenté en uno á los idólatras y el idolo. Mas viendo quantos enemigos me había grangeado mi sinceridad, como había incurrido en el odio de los ministros, sin ganar el valimiento del principe, y que en una corte corrompida solo el flaco apoyo de la virtud me sustentaba, me determiné á dexarla. Fingí suma aficion á las ciencias, y á fuerza de fingirla les cobré una verdadera. No me metí en asunto ninguno, y me retiré á una quinta. Pero adolecía esta resolucion de otros inconvenientes, dexandome expuesto á los tiros de mis enemigos, y privandome de los medios de pararlos. Ciertos avisos secretos me obligaron á que pensara en ponerme en salvo, y resuelto á desterrarme de mi patria, presentando como plausible pretexto mi propia soledad, hablé con el rey, le manifesté mis deseos de instruirme en las ciencias del Ocidente, y apuntandole que podría sacar provecho de mis viages, encontré gracia ante sus ojos, me ausenté, y zafé una victima de mis enemigos.

Aí tienes, Rustan, el motivo verdadero de mi viage. Dexa que charle Ispahan, y no tomes mi defensa con los que no me quieren bien. Interpretele como quiera la malignidad de mis enemigos; harta ventura tengo en que sea ese el unico daño que hacerme pueden. Ahora hablan de mí: en breve me olvidarán, y mis propios amigos.... No, Rustan, no me quiero abandonar á tan tristes pensamientos; siempre me querrán, y creo que serán tan constantes como tú.

De Erzeron, á 20 de la luna de Gemadi, 2, 1711.

CARTA. IX.

El primer eunuco á IBI, á Erzeron.

Tu acompañas á tu señor en sus viages, corres provincias y reynos, y no pueden hacer mella en tí los pesares; á cada instante ves cosas nuevas, y quanto ves todo te recrea, y hace que pases sin sentirlo el tiempo. No asi yo, que en una horrorosa carcel encerrado, siempre me cercan los mismos objetos, y me roen las mismas pesadumbres.

Agoviado gimo baxo la carga de cincuenta años de sustos y afanes, y puedo decir que en el curso de una dilatada vida no he tenido ni un dia de serenidad, ni un punto de sosiego.

Quando formó mi primer amo el proyecto cruel de fiarme sus mugeres, y con alhagos mezclados con tremendas amenazas, me obligó á separarme por siempre de mí propio, cansado de servir en los mas penosos ministerios, me figuré que había sacrificado á mi caudal y á mi tranquilidad mis pasiones. ¡Mas ay de mí, que preocupado mi animo me presentaba el rescate, y me escondia la perdida! Esperaba verme libre de los tiros del amor con la impotencia de satirfacerle. ¡Ay, que si era muerto en mí el efecto de las pasiones, quedó viva la causa, y lexos de hallar alivio, me encontré cercado de objetos que sin cesar la enardecían! Entré en el serrallo; aqui todo inflamaba el sentimiento de lo que había perdido; parecía que mil atractivos naturales se descubrían á mi vista solo por desesperarme; y por cumulo de desdichas siempre estaba viendo á otro hombre feliz. Nunca en aquellos tiempos de agitacion llevé á una muger al lecho de mi amo, nunca la desnudé, sin volver á mi quarto rabiando mi corazon, y desesperada mi alma.

Asi se ha pasado mi mocedad miserable, sin tener otro confidente que yo propio. Abrumado de pesares y desconsuelo tenía que encerrarlos dentro del pecho; á aquellas mismas mugeres que con tan cariñosos ojos ansiaba por mirar, les lanzaba ojeadas severas; que estaba perdido si me hubieran entendido ¡Como se hubieran valido del descubrimiento!

Acuerdome que un día que metía una en el baño, tan fuera de mí me sentí, que enteramente

perdido el juicio, me atreví á poner la mano en un sitio terrible. Quando volví en mi acuerdo creí que era aquel el postrer dia de mi vida; tube empero la fortuna de librarme de mil muertes, mas la beldad confidenta de mi flaqueza me vendió mui caro el silencio, que perdí toda mi autoridad con ella, y me obligó luego á condescendencias que mil veces me pusieron á pique de perder la vida.

Al fin se han apagado los fuegos de la mocedad; ya soy viejo, y en esta parte me encuentro en sosiego. A las mugeres las miro con indiferencia, y les pago en la misma moneda quantos desayres y tormentos me han hecho padecer. Siempre me acuerdo de que había nacido para mandarlas, y se me figura que me restituyo al ser de hombre quando todavia mando en ellas. Desde que las contemplo con frialdad, y me dexa mi razon conocer todas sus flaquezas, las aborrezco; y puesto que las guardo para otro, recibo una secreta satisfaccion en el gusto de hacer que me obedezcan: quando de todo las privo me parece que sufren por mí, y me resulta cierto contento indirecto; en el serrallo me miro como en un imperio chico, y se satisface en algo la ambicion, que es la unica pasion que aun me queda. Tengo gusto en ver que todo estriba en mí solo, y que me necesitan á cada instante, y me cargo espontaneamente con el odio de todas estas mugeres, que me afianza en el puesto en que estoy. En esta parte no les quedo á deber nada; les impido los pasatiempos mas inocentes; sin cesar me presento á ellas como una insuperable valla; forman planes, y al punto se los frustro; armado de repulsas, aferrado en escrupulos, nunca se me caen de la boca las palabras de obligacion, virtud, modestia y decoro; las desespero

hablandoles sin cesar de la flaqueza del sexô y de la autoridad de su amo; quexome luego de verme obligado á ser tan severo, y parece que les quiero persuadír que no me animan otros motivos que su propio interes, y el mucho cariño que les tengo.

Esto no quita que reciba yo infinitos sinsabores, y que procuren estas mugeres vengativas pagarme con usura los que yo les causo. Tienen terribles revueltas, y hay entre nosotros como un fluxo y refluxo de mando y sumision. Siempre me emplean en los mas soeces ministerios; me tratan con un desprecio sin exemplar, y sin tener cuenta con mi vejez, por la menor friolera me obligan cada noche á levantarme diez y doce veces de la cama; me abruman con ordenes continuas, con encargos, con manías y antojos; parece que se relevan para exercitar mi paciencia, y que se suceden unos á otros sus caprichos. A veces se entretienen en acrecentar mis cuidados; hacen que me fian secretos supuestos; ora me dicen que han visto á un mozo rondar en torno de estos muros; luego que han oido bulla, ó que han de entregar una esquela: todo esto me desasosiega, y ellas se ríen de mi afan, contentas con ver como me atormento yo propio. Otras veces me tienen atado detras de la puerta de su aposento, inmobil de noche y de día, aparentando achaques, desmayos y sustos, que nunca les falta pretexto para obligarme á quanto se les antoja. En estos lances se requiere una ciega obediencia, y una condescendencia sin tasa, que sería cosa nunca oida un *nó* en boca de un hombre como yo, y si prontamente no las obedeciera, tendrían facultad para castigarme. Más quisiera perder la vida, Ibi querido, que incurrir en tamaño oprobio.

Aun no te lo he dicho todo: nunca estoy cierto de

conservar un punto el valimiento de mi amo, con tanta enemiga como tengo en su corazon, que solo á destruirme aspira, y hay quartos de hora en que no me dan oidos, quartos de hora en que nada se les niega, quartos de hora en que nunca tengo yo razon. A la cama de mi amo llevo á mugeres enojadas: ¿piensas tú que no trabajan contra mí, ó que mi razon triunfe? Todo lo tengo que temer de sus llantos, sus sollozos, sus alhagos, y sus mismos deleytes; están en el sitio de su victoria; sus embelesos son para mí terribles; en un instante sus servicios presentes borran todos mis servicios pasados: ¿quien me puede responder de un amo que no es dueño de sí propio? ¡Quantas veces me ha sucedido acostarme en valimiento y amanecer en desgracia! ¿Que delito había cometido el día que con tanto desdoro me azotaron en torno del serrallo? Dexo en brazos de mi amo á una de sus mugeres; asi que le ve inflamado vierte un mar de lagrimas, se quexa, y tal color sabe dar á sus quexas, que aumentaban con el amor que inspiraba. ¿Como me había yo de defender en momento tan critico? Me ví perdido quando menos lo esperaba; fuí la victima de una negociacion del amor, y de un tratado hecho con suspiros. Esta es, querido Ibi, la situacion cruel en que siempre he vivido.

¡Que feliz eres tú! Todos tu afanes se ciñen meramente á cuidar de la persona de Usbek. Cosa facil es para tí darle gusto, y mantenerte en su gracia hasta el postrer día de tu vida.

Del serrallo de Ispahan, el ultimo de la luna de Safar, 1711.

CARTA X.

MIRZA á su amigo USBEK, á Erzeron.

EL unico que podía resarcirme de la perdida de Rica eras tú, y Rica el unico que me podía consolar de la tuya. Usbek, tú nos faltas, tú que eras el alma de nuestra sociedad. ¡Quan violento es romper vinculos por el corazon y la razon formados!

Por acá disputamos mucho, casi todas nuestras contiendas se versan acerca de la moral. Ayer agitamos la qüestion de si eran felices los humanos por lor gustos y contentos sensuales, ó por el exercicio de la virtud. Muchas veces te oí decir que habian nacido los hombres para ser virtuosos, y que es la justicia una qualidad tan propia de ellos como la exîstencia. Ruegote que me expliques lo que querías decir.

He hablado con molahes que me hacen perder la paciencia con sus citas del alcoran; porque no los consulto yo como fiél creyente, sino como hombre, como ciudadano, y padre de familias. Adios.

De Ispahan, el ultimo de la luna de Safar, 1711.

CARTA XI.

USBEK á MIRZA á Ispahan.

RENUNCIAS, Mirza amado, de tu razon por seguir la mía; te humillas hasta consultarme,

y me crees capaz de instruirte. Una cosa es para mí mas alhagüeña todavía que la buena opinion que de mí tienes, y es tu amistad, á que se la debo.

Para desempeñar lo que me mandas he creido que no me había de valer de discursos mui abstractos. Verdades hai que no basta con persuadirlas, y que es fuerza hacer que interesen, y de esta naturaleza son las de la moral. Mas impresion hará en tí acaso el siguiente trozo de historia que una sutil metafisica.

En la Arabia había un pueblo chico llamado Troglodyta, el qual descendia de los antiguos Troglodytas, que, segun dicen los historiadores, mas que á humanos á brutos se semejaban. No eran los modernos tan disformes; no tenían pelo como osos; tenían dos ojos, y no ahullaban; pero eran sí tan fieros y perversos, que no se conocía entre ellos principio ninguno de equidad y justicia.

Gobernabalos un rey de casa extrangera, que los trataba con severidad, con animo de enmendar su mala indole: pero se conjuraron contra él, le mataron, y extirparon toda la familia real. Cometido este atentado, se juntaron para formar un gobierno, y al cabo de muchas disensiones nombraron magistrados; mas no bien los habían elegido, quando, no pudiendolos aguantar, los degollaron todos.

Exênto el pueblo del nuevo yugo, solo los impulsos de su selvatica indole consultaba. Concertaron todos los particulares no obedecer á nadie, y no cuidar cada uno mas que de sus propios intereses, sin curarse de los agenos; determinacion unanime que á todos los individuos agradaba. Decía cada uno ¿Porque me he de a-

fanar yo en atarearme por gentes que no me importan? Pensaré en mí solo, y viviré feliz. ¿Porque me he de curar de que lo sean los demas? Me haré con todo quanto necesite, y en teniendolo nada me importa que sean miserables los demas Troglodytas.

Llegó el mes de la siembra; y dixo cada uno; no quiero labrar mas tierra que la que baste para dar el trigo que para mantenerme necesito; todo lo restante sería inutil para mí, y no quiero trabajar en valde. Las tierras del pais no eran de la misma especie; unas había de secano y montuosas, otras en parages baxos, y bañadas de riachuelos. El año fué de mucha seca, de manera que las tierras altas no dieron fruto ninguno; por el contrario las de los valles fueron mui fertiles; y asi casi toda la gente de las montañas se murió de hambre, por la crueldad de los otros que no les quisieron dar parte de la cosecha.

El año siguiente fué mui lluvioso; los terrenos elevados dieron una abundantisima cosecha, y se anegaron los baxos. La mitad del pueblo clamaba socorro contra el hambre, pero encontraron los desventurados con hombres tan despiadados como ellos lo habian sido.

Tenía uno de los principales moradores una muger mui hermosa; un vecino suyo se prendó de ella, y se la robó: suscitóse una reñida contienda, y al cabo de muchos denuestos y golpes concertaron allanarse á lo que fallara un Troglodyta, que se había grangeado buen nombre en tiempo de la republica. Fueron á su casa, y quiso cada uno alegar sus razones. ¿Que me importa, les dixo este, que esa muger sea de uno ó de otro? Yo tengo que labrar mi campo, y no

quiero gastar el tiempo en atajar vuestras contiendas, ni ocuparme en vuestros negocios, abandonando los míos. Ruegoos que me dexeis en paz, y no me rompais la cabeza con vuestras disputas. Dicho esto, los dexo, y se fué á labrar su cortijo. El robador, que era el mas fuerte, hizo juramento de morir antes, que restituir la muger, y el otro, traspasado el corazon con la sinrazon de su vecino, y lo desentrañado del juez, se volvía desesperado á su casa, quando en el camino encontró á una muger moza y hermosa, que se volvía de la fuente. Había perdido á su muger, y esta le gustó, y mas le gustó todavía, quando supo que era la de aquel que había nombrado por arbitro, y que tan poco había compadecido su desventura. La robó pues, y se la llevó consigo.

Uno había que poseía un cortijo bastantemente fertil, y le labraba con mucho esmero: coligaronse dos de sus vecinos, y le echaron de su propia hacienda, apropiandosela ellos; luego hicieron liga para defenderse de todos los que quisieran quitarsela, y con efecto se mantubieron en lo que habían robado por espacio de unos meses; mas aburrido uno de los dos de partir con el otro lo que podia disfrutar solo, mató á su compañero, y se quedó señor del terreno. No duró mucho su dominio; otros dos Troglodytas le acometieron, y no teniendo fuerza suficiente para defenderse fué degollado.

Vió un Troglodyta, que estaba casi desnudo, lana que había de venta, y preguntó quanto valía. El mercader dixo entre sí; mi lana no vale mas que el dinero que costarían dos cahices de trigo, pero la quiero vender quatro tantos mas, para comprar con lo que sacare ocho cahices.

Fué forzoso contentarle y pagarle el precio que él quiso. Mucho me alegro, dixo el mercader, con esto compraré trigo. ¿Que decis? replicó el comprador ¿con que necesitais trigo? Yo os le venderé; acaso el precio os pasmará, pero ya sabeis que anda mui caro, y que hay un hambre casi universal. No obstante volvedme mi dinero, y os daré un cahiz de trigo, porque no os le he de dar á precio mas equitativo, aunque os caygais muerto de necesidad.

De allí á poco una epidemia cruel asoló la provincia. Vino un medico mui inteligente de un pais inmediato, y con tanto acierto administró sus medicinas, que sanó á quantos le llamaron. Habiendo ya cesado la enfermedad fué el doctor á pedir la paga de sus visitas á los que había curado, pero encontró con repulsas en todas partes, y se volvió á su pais pobre y agoviado con los trabajos de su largo viage. En breve supo que se había manifestado de nuevo la epidemia, y que esta desagradecida tierra estaba mas apestada que la vez primera. Fueron á buscarle los Troglodytas, sin aguardar entonces á que él hiciera el viage. Idos de aqui, les dixo, hombres injustos; en vuestra alma teneis un veneno mas activo que el de la enfermedad de que deseais sanar; no mereceis ocupar un lugar sobre la haz de la tierra, porque ni sois humanos, ni conoceis las reglas de la equidad, y creería yo que ofendía á los dioses que os castigan, si á su justo enojo opusiera algun estorbo.

De Erzeron, á 3 de la luna de Gemadi, 2, 1711.

CARTA XII.

USBEK al mismo, á Ispahan.

Ya has visto, Mirza querido, como su propia perversidad acabó con los Troglodytas, y fueron victima de su injusticia. Solo quedaron dos familias de tantas como eran, que evitaron las desgracias de la nacion. Había en el pais dos hombres mui raros, que tenían humanidad, conocían la justicia, tenían apego á la virtud, y no menos estrechamente unidos por la rectitud de su corazon, que por lo estragado del de los otros eran testigos de la general desolacion, y solamente por su compasion la sentían; motivo para ellos de nueva estrechez. Con reciproco zelo se afanaban por el interes unos de otros; no tenían otras contiendas que las que de una tierna y cariñosa amistad provenían, y en el rincon mas remoto del pais, separados de sus paisanos, que no eran dignos de su presencia, vivían serena y feliz vida, y parecía que cultivada la tierra por tan virtuosas manos daba espontaneamente frutos.

Amaban á sus mugeres, que los querían entrañablemente. Todo su esmero le cifraban en criar sus hijos en la practica de la virtud. Sin cesar les contaban las desventuras de sus paisanos, poniendoles á la vista su funesto exemplo; hacíanles particularmente palpable que siempre el interes de los particulares se halla en el comun interes; que quien de él se quiere separar se quiere perder; que no es la virtud cosa que cueste afanes; que no la hemos de mirar como un penoso exercicio,

y que la justicia con los otros es caridad consigo mismo.

En breve gozaron el consuelo de los padres virtuosos que es tener hijos que se les parecen. El pueblo novel, que á su vista crecía se aumentó con dichosos casamientos; multiplicóse el numero de hombres, su union siempre fué la misma, y lexos de enflaquecerse la virtud con la muchedumbre, se fué fortificando con mas y mas reiterados exemplos.

¿Quien pudiera pintar aqui la ventura de estos Troglodytas? Tan justificado pueblo había de ser amado de los dioses. Asi que abrió los ojos para conocerlos, aprendió á temerlos, y suavizó la religion lo aspero que en sus costumbres había dexado la naturaleza.

Fundaron fiestas en honra de los dioses. Ornados de flores los mancebos y las doncellas las celebraban con bayles y con los acentos de una campestre musica; seguíanse luego banquetes, donde con el contento reynaba la frugalidad. En estas asambleas se explicaba con candor la naturaleza; adiestrabase allí la juventud á dar y á recibir el don del corazon; allí el virginal pudor dexaba sonrojado caersele de la boca un *sí* que en breve confirmaba el consentimiento paternal; allí las madres tiernas se gozaban anunciando de antemano un dulce y fiel enlace.

Al templo iban á implorar el favor de los dioses, no riquezas, ni una gravosa abundancia; que no eran dignos semejantes deseos de los venturosos Troglodytas, ni las querían nunca, como para sus conciudadanos no fuera. Postrabanse á los piés de las aras para implorar la salud de sus padres, la unión de sus hermanos, la terneza de sus esposas, el cariño y la obediencia de sus hijos. Llevaban las doncellas su corazon en tributo á los dioses, sin pedirles otra gracia que la de hacer feliz á un Troglodyta.

Al anochecer, quando volvían los ganados de la pradera, y arrastraban los fatigados bueyes del arado, se juntaban, y en un frugal banquete cantaban la injusticia y las desventuras de los primeros Troglodytas, la virtud y la felicidad que con un nuevo pueblo renacían; celebrāban la grandeza de los dioses, su favor propicio siempre al hombre que los implora, y su inevitable enojo con el que no los teme; luego describían las delicias de la vida rustica, y la venturosa condicion de los que siempre orna la inocencia. Entregabanse despues al sueño, que nunca los cuidados ni los pesares interrumpían.

No menos abastaba la naturaleza que sus necesidades sus deseos. Era ignorada en este afortunado pais la codicia; hacíanse mutuos regalos, y quien mas daba se creía el mas bien librado. Mirabase el pueblo Troglodyta como una sola familia; casi siempre andaban mezclados los ganados; y el unico afan de que se desentendian, era el de repartirlos.

De Erzeron, á 6 de la luna de Gemadí, 2, 1711.

CARTA XIII.

USBEK al mismo.

Seria nunca acabar hablarte de la virtud de los Troglodytas. Uno decía un día: mañana ha de ir mi padre á arar su pehujar; yo me levantaré dos

horas antes que amanezca, y quando vaya le encontrará ya arado. Otro pensaba entre sí: me parece que está mi hermana prendada de un Troglodyta mozo, pariente nuestro; pues he de hablar con mi padre y contratar estas bodas. A otro le fueron á decir que unos ladrones se habían llevado su ganado: mucho lo siento, respondió, porque había en él una novilla blanca que pensaba sacrificar á los dioses. A uno se le oía: tengo que ir al templo á dar gracias á los dioses de que haya cobrado la salud mi hermano que tan amado es de mi padre, y á quien yo tanto quiero: ó bien; en el terreno que con el de mi padre linda están los labradores expuestos todo el día al calor del sol; es preciso que plante en él dos arboles, para que puedan los pobres ir algunos ratos á descansar á su sombra.

Un día que estaban reunidos muchos Troglodytas, habló un anciano de un mozo de quien presumia que había cometido una accion fea, y se la reprehendió agriamente. Creemos que no ha cometido ese delito, dixeron los otros mozos; pero si le ha cometido ¡ oxalá que muera el postrero de su familia!

Vinieron á decir á un Troglodyta que habían unos estrangeros saqueado su casa, y todo se lo habían llevado. Si no fueran injustos, replicó, quisiera que les otorgaran los dioses una posesion mas dilatada que á mi

Con tanta prosperidad se excitó la envidia agena; juntaronse los pueblos inmediatos, y con futiles pretextos se resolvieron á robar sus ganados. Asi que se supo esta determinacion, les enviaron los Troglodytas embaxadores, que hablaron asi: ¿ Que os han hecho los Troglodytas? ¿ Os han quitado vuestras mugeres, robados vuestras reses, asolado vuestros campos? No; que somos justos, y tememos á los dioses. ¿ Que quereis de nosotros? Pedis lana para haceros vestidos? ¿ Pedis leche de nuestros ganados, ó frutos de nuestras tierras? Dexad las armas, venid en medio de nosotros, y todo os lo darémos. Empero por quanto mas sagrado hay os juramos que si como enemigos os meteis en nuestro pais, os mirarémos como á un pueblo sin justicia, y os tratarémos como á fieras.

Oyeron con desprecio estas razones aquellos pueblos silvestres, y entraron en el pais de los Troglodytas, figurandose que fiaban estos en solo su inocencia su defensa. Mas estaban bien preparados á defenderse, y habían colocado en medio de ellos á sus hijos y sus mugeres. Habíalos pasmado no la muchedumbre de sus enemigos, sino su sinrazon: se habían inflamado en un nuevo ardor sus pechos; quería uno morir por su padre, por su muger y sus hijos otro, este por sus hermanos, aquel por sus amigos, todos por el pueblo troglodyta; el puesto de el que expiraba al punto le ocupaba otro que, ademas de la causa comun, tenía una muerte particular que vengar.

Esta fué la lid de la injusticia con la virtud. Aquellos pueblos cobardes que solo robar querían, apelaron sin vergüenza á la fuga, y cedieron á la virtud de los Troglodytas, sin que hiciese esta impresion en sus animos.

De Erzeron, á 9 de la luna de Gemadí, 2, 1711.

CARTA XIV.

USBEK al mismo.

Crecia cada día la poblacion, tanto que creyendo los Troglodytas que era conveniente elegir un monarca, acordaron deferir el cetro á el que mas justo fuese, y pusieron los ojos en un anciano, por su edad y por la constancia de su virtud venerable, el qual no había querido asistir á esta asamblea, y se había retirado á su casa, traspasado el pecho de dolor.

Pues quando le enviaron disputados que le dieron cuenta de la eleccion que en él había recaido: no plega al cielo, dixo, que haga yo á los Troglodytas el agravio de que puedan decir que no se halla entre ellos ninguno mas justo que yo. Me dais la corona, y si os empeñais en ello, fuerza será que la admita; sabed, empero, que moriré del pesar de haber visto, quando nací, libres á los Troglodytas, y de verlos hoy vasallos. Virtió al decir esto un raudal de lagrimas. ¡O día desventurado! exclamaba ¿porque he vivido yo tanto? Luego en voz mas severa: bien lo veo, continuó, Troglodytas, ya empieza á seros gravosa vuestra virtud. En la situacion que os hallais, no teniendo cabeza, es preciso que aun en despecho vuestro seais virtuosos; que sin eso no pudierais subsistir, y caeríais en las desdichas de vuestros antepasados. Pero se os hace mui duro este yugo, y mas bien quereis sugetaros á un principe, y obedecer sus leyes menos rigidas que vuestras costumbres, sabiendo que entonces podreis satisfacer vuestra ambicion, grangear riquezas, y dormiros en muelles deleytes, y que no necesitaréis de la virtud, con tal que no cometais delitos horrorosos. (Paróse aqui un rato, y corrieron sus llantos con mas abundancia que primero) ¿Mas que quereis que haga? ¿Como he de dar preceptos á un Troglodyta? ¿Quereis que execute él virtuosas acciones porque yo se las mande, pues sin mi mandato las haría, siguiendo solo su inclinacion natural? ¡O Troglodytas! ya he llegado al ultimo lindero de la vida; helada corre la sangre por mis venas, en breve voy á ver á vuestros sacrosantos mayores. ¿Porque quereis que los llene de desconsuelo, obligandome á contarles que os dexo sugetos á otro yugo que el de la virtud?

De Erzeron, á 10 de la luna de Gemadí, 2. 1711.

CARTA XV.

El primer eunuco á JARON, eunuco negro, á Erzeron.

Ruego al cielo que te trayga á estos paises, y que te saque con bien de todo peligro. Puesto que nunca supe que cosa es el vinculo que llaman amistad, y que todo entero me he concentrado dentro de mí mismo, todavía me has hecho ver tú que tenía entrañas, y siendo un bronce con todos los esclavos que baxo mis leyes vivían, tu infancia la he visto crecer con gusto. Llegó la epoca que puso en tí los ojos mi amo, y mucho tiempo antes de que la naturaleza se hubiera

explicado te separó un cuchillo de la naturaleza. No puedo decirte si te compadecí, ó si tube gusto en verte exâltado á nivel mio. Calmé tus gritos y tu llanto, y creí que nacias por la segunda vez, y que salias de una esclavitud en que siempre habias de obedecer, para entrar en otra en que habias de mandar. Tomé á mi cargo tu educacion, y la austeridad, siempre imprescindible de la enseñanza, por mucho tiempo no te dexó ver quanto te quería. Te amaba no obstante, y aun te dixera que te quería como quiere un padre á su hijo, si se pudieran avenir con nuestro estado los nombres de hijo y de padre.

Ora vas á correr las tierras, donde moran los Cristianos siempre incredulos. Imposible es que no se amancille tu alma. ¿Como te ha de poder contemplar el profeta en medio de tantos millones de enemigos suyos? Yo quisiera que de vuelta hiciera mi amo la romería de la Meca, y todos os purificaríais en la tierra de los angeles.

Del serrallo de Ispahan, á 10 de la luna de Gemadí, 1711.

CARTA XVI.

USBEK al molah MAHOMETO-ALI, guarda de los tres sepulcros.

¿Porque vives en los sepulcros, divino molah? Mas propia era de tí la mansion de las estrellas. Sin duda que te escondes por miedo de oscurecer el sol, y aunque no tienes manchas, como este astro, te ocultas, como él, en las nubes. Es tu ciencia un abysmo mas hondo que el Oceano; tu

entendimiento mas penetrante que la espada de Ali, Zufagar, que tenía dos puntas; sabes los sucesos de los nueve coros de las potencias celestiales; lees el alcoran en el pecho de nuestro profeta divino, y quando das con algun paso oscuro, descoge por orden suyo sus veloces alas un angel, y desciende de su trono á revelarte el mysterio. Por tu conducto pudiera yo mantener estrecha correspondencia con los angeles, que al cabo, tercio-decimo iman, tú eres el centro donde van á parar los cielos y la tierra, y el punto de comunicacion entre el impireo y el abysmo.

Permite que yo, que me encuentro en un pueblo profano, me purifique contigo; dexame volver el rostro á los sacrosantos sitios donde tú resides; separame de los malos, como al rayar de la aurora se separa el hilo blanco del negro; ayudame con tus consejos; ampara mi alma; empapala en el espiritu de los profetas; alimentala con la ciencia del paraiso, y dame licencia para que ponga sus llagas á tus plantas. Dirige tus sagradas cartas á Erzeron, donde me detendré algunos meses.

De Erzeron, á 11 de la luna de Gemadí, 2, 1711.

CARTA XVII.

USBEK al mismo.

No puedo, divino molah, sosegar mis inquietudes, ni está en mi mano aguardar tu sublime respuesta; me atormentan dudas que es fuerza disipar, y veo que se descarría mi razon. Redúcela al camino derecho; ven á alumbrarme, manantial de la luz;

fulmina con tu divina pluma las dificultades que te voy á proponer; haz que me duela de mi propio, y me sonroxe de la pregunta que á hacerte voy.

¿De donde nace que nos veda nuestro legislador la carne de puerco, y todos los manjares que llama inmundos ¿ De donde que nos prohibe tocar à un cadaver, y para purificar el alma, nos manda que lavemos el cuerpo? Pareceme que sin cesar nos lavemos el cuerpo? Pareceme que las cosas en sí ni son puras ni impuras, y no puedo concebir qualidad ninguna inherente al sugeto, que las constituya tales. El cieno nos parece sucio, porque repugna á nuestra vista, ó á alguno de nuestros sentidos, pero en sí no es mas sucio que el oro y el diamante. La idea de la mancilla que con el contacto de un muerto se contrae nos viene de cierta repugnancia natural que este excita en nosotros. ¿Como hubiera sido posible imaginarse que eran impuros los que no se lavan, si no hubieran causado asco al olfato ni á la vista? Asi que los sentidos, divino molah, habrán de ser los unicos que fallen de la pureza ó impureza de las cosas. Empero no haciendo los objetos una misma impresion en todos los hombres, y lo que en estos excita una sensacion grata, produciendo en aquellos otra inaguantable, se colige que en este caso no puede servir de norma el testimonio de los sentidos, si no decimos que cada uno es arbitro de fallar á su antojo en la materia, y distinguir con respecto á sí, las cosas puras de las impuras. ¿Mas no daria por el pié esta conseqüencia, sagrado molah, con las distinciones que estableció nuestro divino profeta, y con los puntos fundamentales de la ley, escrita de puño de los angeles?

De Erzeron, á 20 de la luna de Gemadí, 2, 1711.

CARTA XVIII.

MAHOMETO-ALI, siervo de los profetas, á USBEK, á Erzeron.

Sin cesar nos haceis preguntas que hicieron millares de veces á nuestro santo profeta. ¿Porque no leeis las tradiciones de los doctores? ¿Porque no bebeis en esta fuente pura de toda inteligencia? Alli encontraríais la solucion de todas vuestras dudas. ¡Desventurados, que siempre embebidos en las cosas terrenales, nunca habeis contemplado atentamente las celestiales, y reverenciais la vida de los molahes, sin atreveros á abrazarla y seguirla! ¡Profanos, que nunca penetrais los altos juicios del Todo-poderoso! Vuestras luces se semejan á las tinieblas del abysmo, y los argumentos de vuestra razon se parecen al polvo que de los piés se levanta, quando lanza el sol de medio-día sus rayos, en el ardiente mes de chalval. Por eso nunca llega el zenit de vuestro espiritu al nadir del mas infimo de los imanes (1). Es vuestra vana filosofia el relampago precursor de tormenta y oscuridad; vivis en medio de la tempestad, y fluctuais hechos juguete del viento.

Mui facil es desatar vuestra dificultad; basta para eso contar lo que sucedió un dia á nuestro santo profeta, quando siendo tentado por los cristianos, y puesto á prueba por los judios, dexó confusos á unos y otros.

(1) Los Persianos usan con mas freqüencia de esta voz que los Turcos.

Preguntóle el judio Abdias Ibsalon (1) porque había vedado Dios la carne de puerco. Con justa razon, respondió Mahoma, porque es animal inmundo, y voy á probaroslo. Formó luego con lodo la figura de un hombre en su mano, y la echó al suelo, gritandole, levantate. Al punto se levantó un hombre, y dixo: yo soy Jafet, hijo de Noé. ¿Tenías la cabeza tan cana, quando te moriste? le dixo el sagrado profeta. No, replicó Jafet, pero quando me despertaste, creí que era llegado el día del juicio, y cobré tal susto, que de repente se me ha encanecido el cabello. Bien está: cuentame, le dixo el enviado de Dios, toda la historia del arca de Noé. Obedeció Jafet, contó punto por punto los sucesos de los primeros meses, y siguió diciendo: Echamos las suciedades de todos los animales á un rincon del arca, con lo qual se ladeó tanto que tubimos mortal miedo, con particularidad nuestras mugeres que daban recios lamentos. Habiendo pues ido nuestro padre Noé al consejo del Eterno, le fué mandado por Dios que cogiera al elefante, y le volviera la cabeza acia donde se ladeaba el arca. Tanto se ensució este vasto animal, que de la porqueria nació un cerdo. ¿Crees ahora, Usbek, que nos hemos abstenido de él desde entonces, y que le hemos tenido por animal inmundo?

Como á cada instante meneaba el cerdo la porqueria, se llenó de tal hediondez el arca, que él propio no pudo menos de estornudar, y salió de sus narices un raton, que iba royendo todo quanto topaba; cosa que no pudo aguantar Noé, y creyó que convenía consultar otra vez con Dios, el qual

(1) Tradicion de los Mahometanos.

le mandó que diera un porrazo al leon en la frente. Hizolo asi Noé; estornudó el leon, y salió de sus narices un gato. ¿Crees que no son tampoco inmundos estos animales? ¿Que te parece?

Asi quando no veis la causa de la impureza de ciertas cosas, consiste en que ignorais otras muchas, y en que no sabeis los sucesos entre Dios, los angeles y los hombres. No conoceis la historia de la eternidad, ni habeis leido los libros escritos en el cielo; lo que os ha sido revelado no es mas que una minima parte de la divina biblioteca, y los que, como nosotros, se acercan mas á ella, mientras viven en este mundo, están sepultados en oscuridad y en tinieblas. Adios: Mahoma sea en tu corazon.

De Com, el postrero de la luna de Chalval, 1711.

CARTA XIX.

USBEK á su amigo RUSTAN, á Ispahan.

Ocho días no mas nos hemos detenido en Tocat, y hemos llegado á Esmirna, despues de treinta y cinco días de camino,

Desde Tocat hasta Esmirna no se encuentra pueblo que citarse merezca. Con asombro he contemplado la flaqueza del imperio de los Osmanlíes; cuerpo achacoso que no con un moderado y buen regimen se sustenta, mas sí con violentos remedios, que le dexan exâusto, y le consumen continuamente.

Los baxaes, que á poder de dinero logran sus empleos, llegan sin un maravedí á las provincias, y las asuelan como si fueran paises conquistados.

Una insolente milicia solo por sus antojos se guía: están desmanteladas las plazas, hiermos los pueblos, asolados los campos, y totalmente abandonada la agricultura y el comercio.

En este gobierno tan severo reyna la impunidad, y están expuestos á mil violencias los cristianos que cultivan la tierra, y los judíos que recaudan los tributos. La propiedad de los predios no está afianzada, por consiguiente nadie se cura de darles valor, que no hay fuero ni posesion que al antojo de los que gobiernan pueda ser contraresto.

De tal modo han abandonado estos barbaros las artes, que hasta del de la guerra se han desentendido, y mientras que cada día se ilustran las naciones europeas, permanecen ellos en su antigua ignorancia, sin pensar en adoptar sus nuevos inventos, hasta que millares de veces han servido contra ellos. Del mar no tienen practica alguna, ni maña para maniobrar. Dicen que un puñado de cristianos, que salen de una roca (1), hacen estremecer à los Otomanos, y fatigan su imperio.

Inaptos para el comercio les cuesta trabajo consentir que vengan á negociar los Europeos, siempre activos y laboriosos, y piensan que hacen mucho favor á estos extrangeros con permitir que los enriquezcan. En todo el vasto espacio de tierra que he atravesado, Esmirna es el unico pueblo que puede llamarse rico y opulento, y los Europeos son los que hacen que lo sea, que no queda por los Turcos que se semeje á todos los demas.

Esta es, querido Rustan, la imagen verdadera de este imperio, que antes que pasen dos siglos,

(1) Parece que habla de la Isla de Malta.

será teatro de los triunfos de un conquistador.

De Esmirna, á 2 de la luna de Rahmazan, 1711.

CARTA XX.

USBEK á ZACHI, su muger, al serrallo de Ispahan.

Zachi, tú me has ofendido, y siento impulsos en mi pecho que serían terribles para tí, si no te dexase lugar mi ausencia para que mudaras de conducta, y calmaras los violentos zelos que me atormentan.

Sé que te han encontrado sola con el eunuco blanco Nadir, que perderá la cabeza en pago de su infidelidad y alevosía. ¿Como te has abandonado hasta el extremo de no ver que no te era licito admitir en tu quarto á un eunuco blanco, teniendo negros para que te sirvan? En valde me dirás que no son hombres los eunucos, y que sofoca en tí la virtud las ideas que de una imperfecta semejanza se pudieran originar; porque no basta esto para tí, ni para mí; para tí que has hecho una cosa vedada por las leyes del serrallo, ni para mí á quien quitas la honra, exponiendote á miradas... ¿que digo, á miradas? á los embates de un aleve que con sus maldades te habrá amancillado, y mas todavía con su pesar, y la desesperacion de su impotencia.

Acaso me dirás que siempre me has sido fiel. ¿Y como podías no serlo? ¿Como habías de frustrar la vigilancia de los eunucos negros, que tan pasmados están del modo como vives? ¿Como

habías de quebrantar las puertas y cerrojos que te tienen encerrada? Te precias de una virtud que no es libre, y acaso te han quitado mil veces tus torpes deseos el merito y el premio de una fidelidad, de que tanto te alabas.

Sea en buen hora que no hayas cometido todo quanto me pudiera yo presumir, que no haya puesto en tí sus sacrilegas manos ese aleve, que te hayas negado á recrear sus ojos con las delicias de su amo, que cubierta con tus vestidos hayas dexado tan flaca valla entre tí y él, que á impulsos de un sagrado respeto haya él baxado los ojos, y faltandole la osadía haya temblado, pensando en el castigo que le aguarda; puesto que todo eso sea, siempre es cierto que has hecho una cosa contraria á tu obligacion. ¿Y si has faltado á ella sin motivo, y sin que te incitaran tus desordenados apetitos, que no hicieras por satisfacerlos? ¿Que harías si pudieses salir de ese sitio sagrado, que para tí es una dura carcel, asi como para tus compañeras es un asylo propicio contra los embates del vicio, un sagrado templo, donde se desvanece la flaqueza de tu sexô, y es invencible á despecho de las tentaciones de la naturaleza? ¿Que harías, si abandonada á tí propia, no tubieras otra defensa que el amor que me tienes, y que tan gravemente has ofendido, y tu obligacion que con tanta indignidad has violado? ¡Quan santas son las costumbres del pais donde vives, y que te libran de los insultos de los mas viles esclavos! Debieras darme las gracias por la sugecion en que te obligo á que vivas, pues solo por ella mereces vivir.

No puedes aguantar al gefe de los eunucos, porque zela sin cesar tu conducta, y te da prudentes consejos, y dices que es tanta su fealdad que no le puedes mirar, sin repugnancia, como

si para puestos semejantes se requirieran objetos hermosos, y te afliges sin duda de que no se halle en su lugar ~~el~~ eunuco blanco que te deshonra.

¿Mas que te ha hecho tu primera esclava? Haberte dicho que las llanezas que con la joven Zelinda tenías eran mal parecidas, y ese es el motivo de tu enemistad.

Debería ser yo un juez severo, Zachî, pero soy un esposo que anhela por que seas inocente. El cariño que á Roxâna, mi nueva esposa tengo, me ha dexado todo el que te debo á tí, que no eres menos linda. Mi afecto se parte entre ambas, y no tiene Roxâna mas prerogativa que la que la virtud añade á la hermosura.

De Esmirna, á 12 *de la luna de Zilcadé*, 1711.

CARTA XXI.

USBEK al primer eunuco blanco.

TIEMBLA al abrir esta carta, ó mas antes debías de temblar quando consentiste la alevosía de Nadir. ¡Tú que, no obstante tu helada y achacosa vejez no pudieras sin culpa alzar los ojos delante de los terribles objetos de mi cariño; tú á quien nunca fué permitido poner tus sacrilegas plantas en el umbral del tremendo sitio que de todos los profanos ojos los esconde; tú aguantas que aquellos cuya conducta te fué fiada tengan la temeridad de executarlo, y no ves el rayo que á ellos contigo va á exterminaros! ¿Quien sois vosotros mas que unos viles instrumentos que puedo yo romper quando se me antojare; que solo en quanto sabeis obedecer

exîstis; que meramente para cumplir mis preceptos vivis en el mundo, ó para morir quando yo lo mande; que alentais porque mis gustos, mi amor, ó mis zelos necesitan de vuestra baxeza, y que finalmente ni podeis tener otra suerte que la humillacion, ni otra alma que mi voluntad, ni mas felicidad que mi esperanza?

Bien sé que algunas de mis mugeres se sugetan con dificultad á las austeras leyes de su obligacion; que se aburren con la continua presencia de un eunuco negro; que las fatigan los horrorosos objetos que para que no pierdan la memoria de su marido tienen siempre delante: bien lo sé. Empero tú que te allanas á estos desordenes, sufrirás un castigo que haga temblar á quantos de mi confianza abusaren.

Por todos los profetas del cielo, y por Alí, el mayor de todos, te juro, que si os desentendeis de vuestras obligaciones, no tendré en mas vuestra vida que la de los viles insectos que piso.

De Esmirna, á 12 de la luna de Zilcadé, 1711.

CARTA XXII.

JARON al primer eunuco.

Al paso que se desvía Usbek del serrallo vuelve la cabeza acia sus sagradas mugeres, suspira, vierte llantos, se exâspera su dolor, y crecen sus sospechas. Queriendo aumentar el numero de sus centinelas, me envia al serallo con todos los negros que me acompañan, y sin temor ninguno por lo que hace á su persona, se asusta por lo que quiere mil veces

mas que su propia vida. Asi que voy á vivir baxo tus leyes, y participar de tus afanes. ¡Gran Dios, quantas cosas para hacer feliz á un hombre se necesitan!

Parece que la naturaleza, despues de haber hecho dependientes las mugeres, las habia puesto en libertad, y que resultaba el desorden entre ambos sexôs de la reciprocidad de sus respectivas obligaciones. Nosotros hemos constituido parte del plan de una harmonía nueva; entre nosotros y las mugeres hemos colocado el odio, y entre las mugeres y los hombres el amor.

Mi semblante se va á tornar severo; miraré siempre con aspereza y enfado; huirá el contento de mis labios, y tranquilo en la apariencia, tendré lleno el pecho de zozobras, y no aguardaré las arrugas de la vejez para aparentar su austeridad.

Con gusto hubiera seguido á mi amo al Ocidente, pero él es arbitro de mi voluntad. Quiere que guarde á sus mugeres, y las guardaré con fidelidad. Bien sé como me he de gobernar con este sexô, que si le dexan que sea vano se torna altivo, y que es mas facil destruir que desayrar. Me postro ante tus ojos.

De Esmirna, á 12 de la luna de Zilcadé, 1711.

CARTA XXIII.

USBEK á su amigo IBEN, á Esmirna.

A Liorna hemos llegado despues de quarenta dias de navegacion. Esta ciudad es moderna, y es la prueba de la habilidad de los duques de Toscana

que han convertido en el mas floreciente pueblo de Italia una aldehuela pantanosa.

Aqui disfrutan las mugeres mucha libertad; pueden ver á los hombres por entre ciertas ventanas que llaman celosias, salir todos los dias con unas viejas que las acompañan, y no llevan mas que un velo (1); las pueden visitar sus cuñados, sus tios y sobrinos, y rara vez lo tienen á mal sus maridos.

Espectaculo que pasma mucho á un Mahometano es el de una ciudad cristiana, la vez primera que la ve. No hablo ahora de las cosas que saltan á los ojos á todos, como son la diferencia de trages, de edificios, y de los estilos principales; pero hasta en las mas menudas frioleras hay cosas raras, que las siento yo y no sé explicarlas.

Mañana saldrémos para Marsella, donde nos detendrémos mui poco. Mi animo y el de Rica es llegar quanto antes á Paris, que es el emporio del imperio europeo. Siempre los caminantes prefieren los pueblos grandes, que son especie de patria comun de todos los forasteros. Adios: está cierto de mi constante afecto.

De Liorna, á 12 de la luna de Safar, 1712.

(1) Las Persianas llevan quatro.

CARTA XXIV.

RICA á IBEN, á Esmirna.

En Paris nos hallamos un mes hace; y siempre en continuo movimiento. Es mucha faena antes de tener alojamiento, de hallar los sugetos á quienes uno está recomendado, y abastecerse de las cosas necesarias, que todas faltan de consuno.

Tamaño es Paris como Ispahan, y las casas son tan altas, que parece que todos los moradores son astrologos. Bien discurres que una ciudad edificada en los ayres, con seis ó siete casas, unas encima de otras, está poblada sobre manera, y que quando baxa todo el mundo á la calle hay una bonita confusion. Pero acaso no creerás que en un mes que hace que estoy aqui no he visto andar á nadie. Ninguno saca mas provecho de su maquina que los Franceses, que corren, y vuelan; y los accidentarían los lentos carruages del Asia, y el paso á compas de nuestros camellos. Yo por mí que no estoy hecho á este tragino, y que muchas veces voy á pié sin mudar de paso, rabio á veces como un cristiano. Vaya con Dios quando me salpican de piés á cabeza, pero lo que no puedo aguantar son los codazos que con regla y periodicamente me dan: uno que viene detras de mí y pasa adelante me hace dar media vuelta, y otro que se me cruza por la otra parte me vuelve de repente al sitio donde me cogió el primero, y antes de dar cien pasos estoy mas quebrantado que si hubiera andado diez leguas.

No te figures que pueda por ahora instruirte á

fondo de los estilos y costumbres europeas, que yo propio no tengo hasta ahora mas que una ligera idea de ellas, y apenas he tenido lugar mas que para pasmarme.

El mas poderoso principe de Europa es el rey de Francia. No tiene minas de oro, como su vecino el rey de España, pero es mas rico que él, porque saca su riqueza de la vanidad de sus vasallos, mas inagotable que las minas. Le han visto acometer ó sustentar porfiadas guerras, sin otros caudales que la venta de titulos honorificos, y por un portento de la humana altivez, se encontraban pagados sus exercitos, fortificadas sus plazas, y pertrechadas sus escuadras. Ademas dicho rey es un gran magico, que manda hasta en la inteligencia de sus vasallos, haciendolos pensar como quiere. Si no hay mas que un millon de pesos en su tesoreria, y necesita dos, les persuade que uno vale tanto como dos, y se lo creen. Si tiene que sustentar una guerra ardua, y se encuentra sin dinero, les mete en la cabeza que un pedazo de papel es dinero, y al punto se convencen de ello. A tanto llega que les hace creer que los sana de todo genero de achaques con tocarlos: tanta es la fuerza y el poderió que en los animos tiene.

Y no te asombre lo que de este principe digo, que hay otro magico mayor que él, el qual manda tanto en su entendimiento, como él en el de los demas. Llamase este magico el Papa; unas veces le hace creer que tres son uno; otras que el pan que come no es pan, ni el vino que bebe vino, y otras mil lindezas de este jaez. Pues por no dexarle nunca en paz, y que no se le olvide la costumbre de creer, de quando en quando le da para que se exercite ciertos articulos de creencia. Dos años hace que le envió un escrito mui abultado que llamó *constitucion*, y quiso obligar con fuertes penas al principe y á sus vasallos á que creyeran todo quanto contenía. Se salió con ello con el principe, que al punto se allanó á todo, y dió exemplo á sus vasallos; pero muchos de estos se rebelaron, y dixeron que no querian creer ni una palabra de quanto el tal escrito contenía. Los mobiles de toda esta rebelion fueron las mugeres, y ha dividido el palacio, el reyno entero y las familias todas. Esta constitucion les veda que lean un libro que dicen todos los cristianos que ha venido del cielo, y que es justamente su alcoran. Indignadas las mugeres con el agravio que á su sexò se hacía, se han amotinado contra la tal constitucion, y declarandose en este lance los hombres partidarios suyos no quieren gozar de privilegios. Empero ha de confesarse que no discurre mal este muftí, y á fé de Hali que sin duda está imbuido en los principios de nuestra sacrosanta ley. ¿ Una vez que son las mugeres criaturas inferiores á nosotros, y que nos dicen nuestros profetas que no han de ir al paraiso, que es del caso que lean un libro destinado solo á enseñar el camino del paraiso?

Del rey he oído contar cosas que tocan en milagros, y no dudo que se te harán duras de creer. Dicen que mientras que tenía guerra con sus vecinos, que todos estaban coligados contra él, había dentro de su reyno una inumerable muchedumbre de enemigos invisibles que en derredor de él andaban, y añaden que los ha estado buscando por espacio de mas de treinta años, y que no obstante el infatigable afan de ciertos dervises que gozan de su confianza, nunca ha podido topar con uno siquiera. Viven con él, se hallan en su palacio, en la corte, en la tropa, en los tribunales, y dicen sin embargo que se morirá con el desconsuelo de no haber

dado con ellos. Parece que existen en general, y que nada son en particular; que son un cuerpo, pero sin miembros. Sin duda quiere castigar el cielo á este principe, por no haber sido moderado con los enemigos que ha vencido, suscitandole otros invisibles, cuyo ingenio y estrella son superiores á los suyos.

Seguiré escribiendote, y te diré cosas mui desviadas de la indole y caracter persiano. Bien es la misma tierra la que unos y otros pisamos; empero las gentes del pais donde vivo, y las del pais donde estás tú, son gentes mui distintas.

De Paris, á 4 de la luna de Rebiab, 2, 1712.

CARTA XXV.

USBEK á IBEN, á Esmirna.

He recibido una carta de tu sobrino Redi, en que me dice que se ausenta de Esmirna con animo de ver la Italia, siendo el unico fin de su viage instruirse, y hacerse asi mas digno de tí. Doyte el parabien de que tengas un sobrino, que será un dia el consuelo de tu vejez.

Rica te escribe una larga carta, y me ha dicho que te hablaba mucho de esta tierra. La viveza de su imaginacion hace que todo lo comprehenda con presteza; yo que pienso con mas pausa, no estoy aun en estado de decirte cosa ninguna.

El platillo de nuestras mas afectuosas conversaciones eres tú: nunca nos cansamos de hablar del agasajo con que nos has tratado en Esmirna, y de los servicios que cada dia á tu amistad de-

bemos. ¡ Oxalá, generoso Iben, que en todas partes encuentres con amigos tan fieles y agradecidos como nosotros! ¡ Oxalá que en breve volvamos á vernos, y á disfrutar otra vez de los felices dias, que tan serenos corren entre sinceros amigos!

Adios.

De Paris, á 4 de la luna de Rebiab, 2, 1712.

CARTA XXVI.

USBEK á ROXANA, al serrallo de Ispahan.

¡ Que dicha es la tuya, Roxâna, de haber nacido en el delicioso pais de Persia, y no en estos envenenados climas, donde ni virtud ni honor son conocidos! ¡ Que dicha la tuya! En mi serrallo vives, como en la mansion de la inocencia, inaccesible á todos los humanos; te encuentras con gusto en la feliz impotencia de delinquir; nunca te amancilló un hombre con sus torpes miradas; tu propio suegro, en la libertad de los banquetes, nunca vió tu hermosa boca; y nunca has dexado de ponerte un velo sagrado para cubrirla. ¡ Dichosa Roxâna! Quando has ido á la quinta, siempre ha sido con eunucos que te precedian, para dar la muerte á quantos temerarios no huian de tu vista. ¡Yo propio, á quien te dió el cielo para mi ventura, quanto trabajo me ha costado hacerme dueño de un tesoro, que con tanto teson defendias! ¡ Que sentimiento fué para mí el no verte los primeros dias de nuestro matrimonio! ¡ Que impaciencia quando te ví! Impaciencia que tú no satisfacias, antes la irritabas con las obstinadas repulsas del pudor

sobresaltado, confundiendome con todos aquellos de quien sin cesar te escondías. ¿Te acuerdas de aquel día que te perdí en medio de tus esclavas, que me engañaron y te escondieron, quando yo te buscaba en valde? ¿Te acuerdas del otro que viendo que era ineficaz tu llanto; recurriste á la autoridad de tu madre, para contener la furia de mi amor? ¿Te acuerdas del refugio que en tu mismo valor hallaste, quando te faltaron todos los demas? Cogiste un puñal, y me amenazaste que sacrificarías á tu esposo, si seguía exîgiendo de tí lo que mas que á tu propio esposo querías. Dos meses duró esta contienda del amor con la virtud. Pasaron á demasía tus castos escrupulos; no te rendiste, ni aun despues de vencida; defendiste hasta el ultimo punto tu moribunda virginidad; me contemplaste como un enemigo que te había agraviado, y no como un esposo que te había amado; mas de tres meses estubiste, que no te atrevías á mirarme sin sonroxarte, y parecía que con la confusion de tu rostro me echabas en cara el triunfo que había yo alcanzado. Ni me dexabas en quieta posesion de él, que me hurtabas quanto de tus gracias y embelesos podías, y embriagado en los mayores favores, todavía no había disfrutado los mas pequeños.

Si te hubieras criado en este pais, no te hubieras desasosegado tanto. Aqui han perdido las mugeres todo miramiento; se presentan á los hombres con la cara descubierta, como si quisieran solicitar su propio vencimiento, los siguen con los ojos, los ven en las mezquitas, en los paseos, y en sus propias casas, y no conocen el estilo de servirse de eunucos. En vez del noble candor y el pudor amable que entre vosotras reyna, se ve en ellas un brutal descaro [3], á que no es posible acostumbrarse. Sí, Roxâna, si aqui estubieras, te

sentirías agraviada con la horrorosa ignominia á que ha descendido tu sexô; huirías de estos abominables sitios, y suspirarías por ese dulce retiro, donde hallas la inocencia, donde estás segura de tí propia, donde no te asusta ningun riesgo, en fin donde me puedes amar, sin temor de perder nunca el afecto que me debes.

Quando realzas las rosas de tus mexillas con los mas preciosos afeytes; quando te sahumas todo el cuerpo con las esencias mas fragantes; quando con tus mas ricos trages te atavías; quando procuras sobresalir entre tus compañeras con las gracias del bayle, y la suavidad de tu canto; quando en graciosa contienda te esfuerzas á aventajarlas en embelesos, donayre, y amenidad, no me puedo figurar que lleves otro fin que agradarme; y quando te veo sonroxarte con modestia, quando clavas tus ojos en los míos, quando te insinúas en mi corazon con dulces y alhagüeñas razones, no puedo, Roxâna, dudar entonces de tu cariño.

¿Mas que he de pensar de las mugeres europeas? El arte de afeytarse el rostro, los adornos con que se engalanan, el cuidado que de su belleza tienen, el continuo deseo de dar gusto en que se ocupan; todo en ellas es mancha de su virtud, y agravios que á sus maridos hacen. No creo yo, Roxâna, que lleguen sus atentados al punto que de semejante conducta pudiera colegirse, ni que vaya su disolucion al horrible exceso, que hace estremecer, de quebrantar completamente la fé conyugal. Pocas mugeres hay tan abandonadas que se precipiten en tamaño desorden; todas tienen en su corazon estampado cierto caracter de virtud que sacan de la naturaleza, y que debilita la educacion, pero no le destruye. Bien pueden desentenderse de las obligaciones exteriores que exîge el pudor, pero en tratandose

de dar el postrer paso lo resiste la naturaleza. De suerte que quando con tanta estrechez os encerramos, quando hacemos que os guarde tanto esclavo, quando enfrenamos vuestros deseos, asi que se descarrian, no consiste en que tememos la ultima infidelidad, sino en que sabemos que nunca raya en demasía la pureza, y que la afea la mas leve mancilla.

Roxâna, me compadece tu suerte; tu castidad, tanto tiempo puesta á prueba, era acreedora á un esposo que nunca te hubiese abandonado, y que pudiese refrenar los deseos, que tu virtud sola sabe sugetar.

De Paris, á 7 de la luna de Regeb, 1712.

CARTA XXVIII.

USBEK á NESIR, á Ispahan.

Ahora nos hallamos en Paris, emula altiva de la ciudad del sol (1).

Quando salí de Esmirna encargué á mi amigo Iben que te remitiera una caxita, que contenia una expresion para tí, y por el mismo conducto recibirás esta carta. Aunque estoy á quinientas ó seiscientas leguas del pueblo de su residencia, con tanta facilidad le escribo y me responde, como si uno de nosotros estubiera en Ispahan, y el otro en Com. Mis cartas las dirijo á Marsella, de donde salen todos los dias embarcaciones para Esmirna,

(1) Ispahan.

y desde allí envía él las que van encaminadas á Persia por las caravanas de Armenios que cada día van á Ispahan.

Rica goza cabal salud; que la robustez de su constitucion, su mocedad, y su natural jovialidad son parte para que no haga mella en él la fatiga. Yo no me hallo tan bueno; que tengo el cuerpo y el animo abatido, entregandome á reflexîones cada dia mas melancolicas, y mi salud que se va quebrantando me hace suspirar por mi patria, y aburrirme en esta tierra extraña. Ruegote, amado Nesir, que no sepan mis mugeres el estado en que me hallo, que si me aman, no quiero que viertan lagrimas, y si no, tampoco me curo de aumentar su atrevimiento. Si creyesen mis eunucos que corría riesgo mi salud, y pudiesen esperar la impunidad de su villana condescendencia, en breve darian oidos á las alhagüeñas voces de ese sexô que hechiza las mismas rocas, y mueve hasta las cosas inanimadas.

Adios, Nesir: mi mayor gusto es darte pruebas de mi confianza.

De Paris, á 5 de la luna de Chalval, 1712.

CARTA XXVIII.

RICA á .....

Ayer ví una cosa mui extraña, puesto que en Paris cada día se repite. Al caer de la tarde se junta la gente, y va á representar una especie de escena, que, segun he oido, la llaman comedia. El movimiento principal se executa en un andamio,

llamado tablado. A uno y otro lado hay unos nichos, que llaman aposentos, donde los hombres y las mugeres representan unas escenas mudas, como las que en Persia se estilan, con poca diferencia. Aqui una amante afligida manifiesta su desconsuelo; mas encendida otra no aparta los ojos de su cortejo, que con ojos no menos enamorados la contempla; en los semblantes se retratan todas las pasiones, y se expresan con una eloqüencia que, puesto que muda, no es menos viva. Allí no descubren las actrices mas que la mitad del cuerpo, y por lo comun llevan por modestia un manguito para tapar los brazos. Abaxo hay una caterva de hombres en pié que se burlan de los que están arriba en el tablado, y reciprocamente estos se rien de los que están abaxo. Pero los que mas se afanan son unos que para el caso escogen de poca edad, con el fin de que puedan aguantar la faena. Estos están obligados á encontrarse en todas partes; pasan por sitios que ellos solos conocen, suben de piso en piso con una agilidad que pasma, están arriba, abaxo, en todes los aposentos, se zabullen, por decirlo asi, se pierden y vuelven á parecer, muchas veces dexan el sitio de la escena, y se van á representar á otra parte. Algunos hay que por un portento, que nadie podia esperar al ver sus muletas, andan y corren como los demas hombres. Al fin se reunen en unas salas donde representan otra comedia distinta, que se empieza haciendose cortesías, y sigue dandose abrazos; y dicen que con el menor conocimiento basta para que un hombre tenga facultad de ahogar á otro. Parece que el sitio inspira cariño, y efectivamente dicen que las princesas que aqui reynan no son zahareñas, y fuera de dos ó tres horas al dia, que son bastante asperas de condicion, todo lo demas del tiempo son mui

humanas, y la manía del rigor las dexa con facilidad.

Lo mismo que de este sitio te digo se repite, con poca diferencia, en otro que llaman la opera, si no es que en este hablan, y en aquel cantan. El otro dia me llevó uno de mis amigos al aposento donde se desnudaba una de las primeras actrices, y quedamos tan amigos, que al dia siguiente recibí de ella esta esquela.

« Mui señor mio: soy la doncella mas desgraciada de este mundo, y siempre he sido la mas virtuosa cantarina de toda la opera. Siete á ocho meses hace que estando en el aposento donde me vió Vd. ayer, mientras que me vestia de sacerdotisa de Diana, me vino á ver un abate mozo, y sin respetar ni mi trage blanco, ni mi velo, ni mi cendal, me robó mi inocencia. Vano es ponderarle el sacrificio que le hice, que se echa á reir, sustentandome que me ha encontrado mui profana. Con todo estoy tan gruesa que ya no me atrevo á salir á las tablas, que en punto de honra soy tan delicada que no es decible, y siempre mantendré que á una doncella bien criada mas fácil es hacer que pierda su virtud que la modestia. Ya ve Vd. que siendo tan cosquillosa nunca hubiera salido con la suya el abate mozo, si no me hubiera dado palabra de casamiento; motivo tan legitimo que me ha obligado á omitir esas frioleras de formalidades de estilo, y á empezar, como dicen por la cola. Pero habiendome deshonrado su infidelidad, abandono la vida de la opera, donde, aqui para entre los dos, no gano lo suficiente para vivir, porque ahora que empiezan á venir los años, y se va mermando mi hermosura, mi pension, puesto que siempre es la misma, no parece sino que se diminuye cada dia. Por uno de la comi-

» tiva de Vd. he sabido que en su pais hacian
» mucho aprecio de una buena baylarina, y que
» si estubiera yo en Ispahan, luego haría buen
» caudal. Si quiere Vd. otorgarme su proteccion,
» y llevarme consigo á su tierra, tendrá la satis-
» faccion de ser el bienhechor de una doncella
» que por su conducta, y su virtud se hará acreedora
» á tanto favor. Quedo, etc. »

De Paris, á 2 de la luna de Chalval, 1712.

CARTA XXIX.

RICA á IBEN, á Esmirna.

La cabeza de los cristianos es el Papa, que es un idolo viejo á quien, meramente por costumbre, tributan incienso. Antiguamente se hacía temer hasta de los monarcas; que los deponía con tanta facilidad, como deponen nuestros magnificos sultanes á los reyes de Irimeta y Georgia; pero ahora nadie le teme. Se dice sucesor de uno de los primeros cristianos, que llaman San Pedro, y cierto que la herencia es mui pingüe, pues posee tesoros immensos, y es dueño de un dilatado pais.

Los obispos son unos principes de la ley que están subordinados á él, y baxo su autorídad desempeñan dos cargos mui distintos. Quando están congregados hacen, como él, articulos de fé, pero quando están separados, casi no tienen otro ministerio que dispensar del cumplimiento de la ley. Porque has de saber que está la religion cristiana atestada de preceptos mui dificultosos de practicar, y habiendo visto que era mas facil tener obispos que dispensen de sus obligaciones que cumplir con

ellas, en beneficio de la publica utilidad se han resuelto á lo primero. Asi si uno no quiere hacer el rahmazan, si no se quiere sugetar á las formalidades de la celebracion del matrimonio, si quiere quebrantar sus votos, si se quiere casar con aquella á quien se lo veda la ley, y á veces si quiere violar un juramento, se va al obispo, ó al Papa, el qual le da al instante una dispensa.

Los obispos no hacen articulos de fé, *de motu proprio*, y hay una infinidad de doctores, los mas de ellos dervises, que suscitan mil nuevas qüestiones acerca de la religion; los dexan que disputen mucho tiempo, y dura la guerra, hasta que se concluye con una decision. Tambien te aseguro que nunca hubo reyno, donde tantas guerras civiles haya habido, como el de Cristo.

Los que publican una proposicion nueva al punto son calificados de hereges: cada heregía tiene su nombre que es como el pendon de sus sequaces. Pero quien no quiere no es herege; no tiene mas que partir la diferencia por la mitad, y dar una distincion á los que le acusan de heregía: y sea esta la que fuere, entiendase ó no, se queda un hombre mas blanco que la nieve, y puede obligar á que le tengan por ortodoxô. Verdad es no obstante, que aunque sea asi en Francia y en Alemania, he oido decir que en España y Portugal hay unos dervises, que no entienden de chanzas, y queman á un hombre como coscoja. Si uno cae en sus garras, dichoso él, si ha hecho siempre oracion á Dios con una sarta de cuentecitas de palo, si ha llevado siempre encima dos trapos atados con dos cintas, y si ha estado alguna vez en una provincia que llaman Galicia. Sin eso mal está el pobre demonio. Aunque jure mas que un carretero quo es ortodoxô, harto será que crean

que tiene los requisitos necesarios para serlo, y que no le quemen como herege. Inutil es que dé distinciones; no hay distincion que valga, y antes que piensen siquiera en escucharle ya estará hecho pavesa.

Los demas jueces presumen que el acusado está inocente; mas estos presumen siempre lo contrario, y llevan por regla, en caso de duda, de fallar por el rigor, acaso porque creen malos á los hombres. Bien es verdad que por otro lado tan buena idea se forman de ellos, que los creen incapaces de decir una mentira, y asi reciben la declaracion de los enemigos capitales, de las rameras publicas, de los que exercitan oficios infames. En la sentencia hacen un cumplido á los que van vestidos de una camisa de azufre, diciendoles que sienten mucho que lleven un trage tan indecente, que son mui benignos, que aborrecen la sangre, y se duelen mucho de haberlos condenado: luego por consolarse, confiscan en beneficio suyo los bienes de estos desventurados.

Dichosa la tierra donde moran los hijos de los profetas, y donde no son conocidos tan funestos espectaculos (1). La sagrada religion que nos traxeron los angeles se escuda con su propia verdad, y no necesita para mantenerse de tan violentos medios.

De Paris, á 4 de la luna deChalval, 1712.

---

(1) Los mas tolerantes de los Mahometanos son los Persianos.

CARTA XXX.

RICA al mismo, á Esmirna.

Son los moradores de Paris tan curiosos que rayan en locos. Quando llegué aqui me miraban como si fuera un enviado del cielo: viejos, mozos, mugeres, niños, todos me querían ver. Quando salía, todo el mundo se ponía á la ventana; si iba á las Tullerías, se formaba al momento un remolino de gente en derredor de mí, y hasta las mugeres componían un arco iris matizado de mil colores que me rodeaba: si iba á la comedia cien anteojos se encaraban á mi rostro al instante; por fin nunca hubo hombre mas visto y escudriñado que yo. Algunas veces me reía oyendo á personas que casi nunca habían salido de su quarto decirse unas á otras: de veras que tiene toda la traza de Persiano. ¡Cosa rara! en todas partes encontraba retratos míos; en todas las tiendas, en todas las chimeneas me vía multiplicado; tanto miedo tenían de no haberme visto bien.

Tantas honras no dexan de ser gravosas; no me figuraba yo ser tan curioso y extraño sugeto; y puesto que tenga una alta idea de mí propio, todavía jamas me habria figurado que turbaría el sosiego de una gran ciudad, donde nadie me conocía. Por esto me determiné á dexar el trage persiano, y á vestirme á la europea, por ver si quedaba aun en mi fisonomía algo maravilloso. Esta prueba me dió á conocer mi valor intrinseco, y horro de todo adorno extrangero vi que me avaluaban en lo que valía. Razon tube sobrada para

quexarme de mi sastre, que en un instante me hizo perder el aprecio y la atencion del publico, pues de repente caí en el horroroso abysmo de la nada. Algunas veces estaba una hora entera en una concurrencia, sin que me mirasen, ni me diesen pié para desplegar los labios; pero si por casualidad decia uno de la tertulia que era yo Persiano, al punto oia en torno de mí un zumbido: ¡ha; ha; el señor es persiano! ¡Que cosa tan rara! ¿Es posible que sea uno Persiano?

De Paris, á 6 de la luna de Chalval, 1712.

CARTA XXXI.

REDI á USBEK, á Paris.

Ya estoy en Venecia, mi amado Usbek. Posible es haber visto todas las ciudades del mundo, y quedarse pasmado, quando uno llega á Venecia, porque siempre se maravillará quien vea un pueblo, con sus torres y mezquitas que salen de debaxo del agua, y quien halle un gentío innumerable en un sitio donde solo debia haber peces. Carece empero esta ciudad profana del mas precioso tesoro que hay en el mundo, quiero decir de agua corriente, y no es posible en ella cumplir siquiera con una ablucion legal. Nuestro santo profeta la abomina, y nunca la contempla sin indignacion desde el alto cielo. Si por eso no fuera, querido Usbek, viviría con gusto en un pueblo, donde cada dia se fortifica mi inteligencia. Me instruyo en los secretos del comercio, en los intereses de los principes, en la forma de los gobiernos; ni aun el conocimiento de las supersticiones

europeas descuido; me aplico á la medicina, á la física, y á la astronomia; estudio las artes; finalmente me desprendo de la niebla que ofuscaba mis ojos en mi pais natal.

De Venecia, á 16 de la luna de Chalval, 1712.

CARTA XXXII.

RICA á .....

El otro dia fui á ver una casa, donde mantienen cerca de trescientas personas, con bastante escasez. Presto despaché, porque ni la iglesia, ni el edificio merecen que uno se pare á exâminarlos. Los habitantes de esta casa estaban alegres; muchos jugaban á los naypes, ó á otros juegos que yo no sé. Quando salí yo salió uno de ellos, y habiendome oido preguntar por donde se iba á la marisma, que es el barrio mas distante de Paris: allá voy yo, me dixo, y le llevaré á Vd., sigame. Me guió mui bien, me sacó de todos los atolladeros, y me libró con maña de los coches y carruages. Cerca estabamos ya, quando movido de curiosidad le dixe: ¿amigo mío, me querrá Vd. decir quien es? Señor, soy un ciego, me respondió. ¿Como que, ciego? le dixe. ¿Pues porque no rogó Vd. á aquel buen hombre que estaba jugando á los naypes con Vd. que nos guiara? Tambien es ciego, me replicó: quatrocientos años hace que somos trescientos ciegos en aquella casa donde Vd. me ha visto. Pero me tengo que ir; esta es la calle que Vd. preguntaba; me voy á meter entre la gente, y á entrarme en esa iglesia,

donde le aseguró á Vd. que mas estorbaré yo á los otros que ellos han de estorbarme á mí.

De Paris, á 17 de la luna de Chalval, 1712.

CARTA XXXIII.

USBEK á REDI, á Venecia.

TAN caro está el vino en Paris con las contribuciones que le cargan, que parece que tienen animo de forzar á que executen los preceptos del divino alcoran, que veda este licor. Yo, quanto mas sus fatales efectos contemplo, mas le miro como la mas terrible dadiva que hizo naturaleza á los mortales; y si con algo se ha amancillado la vida y la gloria de nuestros monarcas, ha sido con su poca templanza, que es la mas venenosa fuente de sus injusticias y crueldades.

En oprobio del genero humano lo digo; la ley veda á nuestros principes el uso del vino, y le beben con un exceso que afrenta la humanidad, mientras que siendo permitido á los principes cristianos, no se nota que les haga cometer culpa ninguna. El espiritu del hombre todo es contradiccion. Nos amotinamos con furia en una horrible disolucion contra los mandamientos, y la ley que fué dictada para hacernos buenos y que muchas veces solo para hacernos mas culpados vale.

Mas quando desapruebo el uso de este licor que nos priva de la razon, no por eso proscribo el de las bebidas que infunden alegría. Efecto

es de la sabiduría oriental buscar remedios contra la tristeza, con tanto afan como contra las mas peligrosas dolencias. Quando sucede una desgracia á un Europeo, no tiene otro recurso que leer á un filosofo llamado Seneca, pero mas cuerdos y mejores fisicos en esta parte los Asiaticos, toman pocimas que alegran el animo, y suavizan la memoria de los pesares.

No hay cosa mas triste que los consuelos sacados de la naturaleza del mal, la inutilidad de los remedios, la fuerza del destino, el orden de la providencia, y la desdicha de la humana condicion. Pretender suavizar el mal por la contemplacion de que nacimos miserables es hacer burla: mas vale sacar el animo fuera de sus propias reflexiones, y mirar al hombre como sensible, en vez de tratarle como racional. Mientras está el alma unida con el cuerpo, sin cesar la tyraniza este. Si es mui tardo el movimiento de la sangre, si no están bien apurados los espiritus animales, si no hay la suficiente cantidad de ellos, nos entristecemos y nos apesadumbramos; mas si tomamos pocimas que puedan mudar la disposicion de nuestro cuerpo, se torna de nuevo el alma capaz de recibir impresiones que la alegren, y goza una secreta satisfaccion al ver su maquina que recobra, por decirlo asi, el movimiento y la vida.

De Paris, á 25 de la luna de Zilcadé, 1713.

CARTA XXXIV.

USBEK á IBEN, á Esmirna.

Las mugeres de Persia son mas hermosas que las de Francia, pero las Francesas son mas bonitas. Dificultoso es no enamorarse de las primeras, y no gustar de las segundas; aquellas son mas cariñosas y mas modestas; estas mas alegres y divertidas.

Lo que hace tan hermoso el sexô en Persia es la vida tan arreglada que tienen las mugeres; que ni juegan, ni velan, ni beben vino, ni se ponen casi nunca al ayre. Confesemos que mas contribuye el serrallo á la salud que á los gustos; la vida allí es uniforme, y sin atractivo; en todo se descubre la subordinacion y la obligacion; hasta los deleytes son graves, y severos los contentos, y casi siempre se disfrutan como muestras de autoridad y dependencia.

Tampoco los hombres son tan alegres en Persia como en Francia: ni tienen la libertad de animo, ni las trazas de jovialidad que aqui encuentro en todos los estados y condiciones.

Todavía es peor en Turquía, que se hallan familias, donde de padres á hijos nadie se ha reido, desde la fundacion de la monarquía.

Proviene esta gravedad de los Asiaticos de la poca comunicacion que entre ellos hay, pues no se ven quando no los fuerza la ceremonia. La amistad, este suave vinculo del corazon, que aqui es la dulzura de la vida, casi no la conocen, y se encastillan en su casa, donde siempre hallan

compañía que los aguarda, de modo que está, digamoslo así, aislada cada familia.

Un dia que hablaba yo de esto con uno de esta tierra me dixo: lo que mas en vuestras costumbres me repugna es que os veais obligados á vivir con esclavos, cuyas inclinaciones y alcances siempre se resienten de la baxeza de su condicion. Esos hombres viles debilitan en vosotros los afectos virtuosos que inspira la naturaleza, y los sofocan desde la cuna, que no se apartan de vuestro lado. ¿Y al cabo, dexando aparte toda preocupacion, que hay que esperar de la educacion que fían de un miserable que cifra su honor en guardar las mugeres agenas, y se ufana del empleo mas soez que hay entre los hombres; despreciable por su propia fidelidad, que es la unica virtud suya, porque sus mobiles son la envidia, los zelos, y la desesperacion; ansiando por vengarse de ambos sexôs, cuya escoria es, y aguantando que le tyranice el mas fuerte, á trueque de ser azote del mas flaco; esô mas apreciado que mas digno es de menosprecio, y que funda su elevacion en su fealdad, sus disformidades y su torpeza; remachado en fin al umbral de la puerta á que está atado, mas duro que los candados y cerrojos que esta la afianzan, y ensoberbeciendose de cincuenta años de vida en el puesto deshonroso, en que ha exercitado toda su villanía, cargado de los zelos de su amo.

De Paris, á 14 de la luna de Zilhagé 1713.

CARTA XXXV.

USBEK á su primo GEMCHID, dervis del brillante monasterio de Tauris.

¿Que piensas acerca de los cristianos, sublime dervis? ¿Crees que serán tratados el dia del juicio lo mismo que los infieles Turcos, que tienen que servir de cabalgadura á los judíos para llevarlos á trote al infierno? Bien sé que no irán á la mansion de los profetas, y que no ha venido el grande Alí por ellos: pero crees tú que hayan de ser condenados á penas eternas por no haber tenido la dicha de que hubiera mezquitas en su pais; y que los castigue Dios por no haber practicado una religion que no les ha dado á conocer? Te puedo asegurar que varias veces he exâminado á estos cristianos, que les he hecho preguntas por ver si tenían alguna idea del grande Alí, el mas hermoso de los mortales, y he visto que ni siquiera le habían oido mentar. No se parecen á aquellos infieles que pasaban á cuchillo nuestros sagrados profetas, porque se negaban á creer en los portentos del cielo; que mas se semejan á aquellos desventurados que vivían en las tinieblas de la idolatría, antes que los alumbrase la divina luz de nuestro sublime profeta.

Por otra parte si atentamente exâminamos su religion hallarémos en ella una semilla de nuestros dogmas. Muchas veces me he maravillado de los altos juicios de la providencia, que parece que los ha querido preparar asi para la conversion general. Un libro de sus doctores he oido mentar, que se intitula *la Polygamia en triunfo*, que prueba que esta obliga á los cristianos. Su bautismo es un trasunto de nuestros lavatorios legales, y solo se equivocan en la eficacia que á este primer lavatorio atribuyen, creyendo que suple por todos los demas. Sus clerigos, y sus frayles hacen oracion, como nosotros siete veces al dia: esperan disfrutar de un paraiso, donde han de gozar millares de deleytes por medio de la resurreccion del cuerpo; tienen, lo mismo que nosotros, días de ayuno señalados, y mortificaciones con que esperan aplacar la divina misericordia. Tributan culto á los angeles buenos, y temen á los malos; admiten con una santa credulidad los milagros que hace Dios por medio de sus siervos, y reconocen, como nosotros, la insuficiencia de sus propios meritos, y la necesidad de un intercesor con Dios. En todas partes miro el mahometismo, si no veo á Mahoma. Asi se muestra siempre la verdad, y disipa las tinieblas que la ofuscan. Un dia llegará que el omnipotente solo fieles creyentes contemple sobre la haz de la tierra. El tiempo que todo lo consume acabará tambien con el error: se maravillarán todos al verse reunidos baxo un mismo estandarte; todo hasta la ley, volverá á la nada, los exemplares divinos serán sacados de la tierra, y llevados á los archivos celestiales.

De Paris, á 20 de la luna de Zilhagé, 1713.

CARTA XXXVI.

USBEK á REDI, á Venecia.

En Paris estilan mucho el café, y hay una muchedumbre de sitios publicos, donde le despachan: en unos se cuentan novedades, en otros juegan al axedrez. Una de estas casas hay, que hacen el café de manera que quantos le toman adquieren agudeza de ingenio; á lo menos nadie en saliendo dexa de tenerse por mucho mas habil que quando entró.

Lo que mas en estos ingenios me repugna es que de nada sirvan á su patria, y empleen en niñerías su habilidad. Por exemplo, quando llegué á Paris los hallé mui enardecidos en la mas mezquina disputa que es dable imaginarse, tratandose de la reputacion de un antiguo poeta griego, cuya patria, no menos que la epoca en que vivió, se ignora dos mil años hace. Confesaban ambos partidos que era excelente poeta, y solo disentían acerca del mas ó menos merito que se le debía atribuir. Unos y otros querían valuarle, pero unos de estos repartidores de reputacion echaban mas peso que otros, y de aqui procedia la contienda, que era mui reñida, diciendose por ambas partes tan descorteses denuestos, y echandose tan amargas pullas, que igualmente me pasmaba del modo de disputar que del asunto de la disputa. Si alguien, decía yo para mí, fuera tan osado que quisiera quitar la reputacion á un ciudadano honrado delante de uno de estos defensores del poeta griego, no quedaría mal parado. Bien presumo que su zelo,

tan cosquilloso acerca de la buena fama de los muertos, se inflamaría mucho mas en defensa de los vivos. Sea como fuere, continuaba, libreme Dios de hacerme enemigo de uno de los censores de este poeta, pues ni aun mas de dos mil años despues de su muerte se puede este ver libre de su implacable ojeriza. ¿Si ahora dan tales estocadas al ayre, que fuera si se enardeciese su rabia con la presencia de un enemigo?

Los que te he dicho disputan en idioma vulgar, y no se han de confundir con argumentantes de otra especie, que se valen de un idioma barbaro, el qual parece que aumenta la terquedad y el furor de los campeones. Barrios hay donde se ve como una niebla densa y negra de entes de esta casta, que se mantienen con distinciones, y viven con intrincados sylogismos, y falsas conseqüencias. Este oficio no dexa de ser lucrativo para los que le exercitan, puesto que parece que se debían morir de hambre. Una nacion entera desterrada de su pais la hemos visto atravesar los mares, y establecerse en Francia, sin mas patrimonio para subvenir á sus necesidades, que una habilidad terrible en la disputa. Adios.

De Paris, el postrero de la luna de Zilhagé, 1713.

CARTA XXXVII.

USBEK á IBEN, á Esmirna.

El rey de Francia es viejo, y no hay exemplo en nuestros anales de monarca que tanto tiempo haya reynado. Dicen que posee en supremo grado el talento de hacer que le obedezcan; por las mismas reglas gobierna su familia, su palacio, y su estado; y muchas veces le han oido decir que el gobierno que mas le gusta en el mundo es el de los Turcos, ó el de nuestro augusto sultan: en tanto aprecia la politica oriental.

He estudiado su caracter, y he hallado en él contradicciones que no puedo conciliar; por exemplo tiene un ministro de diez y ocho años y una dama de ochenta; es adicto á su religion, y no puede sufrir á los que dicen que es necesario guardar sus mandamientos; huye del trafago de las ciudades, se dexa ver poco, y de la mañana á la noche solo se ocupa en que hablen de él; le gustan los trofeos y las victorias, y le asusta tanto un buen general á la cabeza de sus exercitos, como debiera temblar de verle á la de los enemigos. Creo que á él solo le haya sucedido ser dueño de mas riquezas que quantas podía esperar un principe, y gemir agoviado de una pobreza que en un mero particular sería intolerable. Se complace en remunerar á sus servidores, pero con tanta largueza premia la oficiosidad, ó mas bien la ociosidad de los palaciegos, como las campañas mas penosas de sus capitanes: á veces el que le desnuda, ó le da la servilleta, quando se sienta

á la mesa, es preferido á quien le ha conquistado fortalezas enemigas, ó ganado batallas campales. Piensa que no debe ponerse coto á la grandeza de un soberano en la distribucion de gracias, y sin averiguar si es sugeto de merito el que llena de bienes, cree que lo será porque él le ha escogido, de suerte que le han visto señalar una corta pension á uno que había huido dos leguas, y dar uno de sus principales gobiernos á otro que habia huido quatro.

Es magnifico, especialmente en sus edificios, y tiene mas estatuas en los jardines de su palacio, que vecinos en una ciudad populosa. Su guardia es tan crecida como la del principe á cuya presencia se humillan todos los tronos; tan numeroso su exercito, tan vastos sus medios, y tan inagotable su erario.

De Paris, á 7 de la luna de Maharran, 1713.

CARTA XXXVIII.

RICA á IBEN, á Esmirna.

Question mui controvertida por los hombres es la de saber si es mas conveniente privar á las mugeres de la libertad, ó dexarsela, y me parece que hay razones mui fuertes en pró y en contra. Si alegan los Europeos que no es de generosos pechos hacer infelices las personas que se quieren, replican nuestros Asiaticos, que es de hombres baxos renunciar del imperio que en las mugeres nos dió naturaleza. Si les dicen que la muchedumbre de mugeres encérradas es mui

engorrosa, responden que menos dan que hacer diez mugeres obedientes que una que no lo es. Y si luego estos oponen á los Europeos que no es posible que vivan felices con mugeres que no les guardan fidelidad, dicen que esa fidelidad tan decantada no quita el hastío, que es hijo de la pasion satisfecha; que nuestras mugeres son propias nuestras en demasía; que tan pacifica posesion nos quita los temores como los deseos; que una migaja de retrechería es la sal que sazona, y preserva de la putridez. Acaso titubearía en fallar sentencia otro mas cuerdo que yo; que si tienen razon los Asiaticos en valerse de medios aptos para calmar sus recelos, tambien la tienen los Europeos en no recelar nada.

Al cabo, añaden los Europeos, aun quando fueramos desgraciados en calidad de maridos, hallaríamos modo para resarcirnos en calidad de amantes. Para que se pudiera uno quexar con justicia de la infidelidad de su muger, no había de haber mas que tres personas en el mundo, porque siempre que haya quatro tendrá desquite.

Distinta qüestion es saber si la naturaleza ha sugetado las mugeres á los hombres. No, me decía días pasados un filosofo mui obsequiante de las damas, nunca dictó naturaleza ley semejante: el imperio que en ellas nos arrogamos es una tyranía real y verdadera, y nos le han dexado ellas usurpar porque tienen mas condescendencia que nosotros, y son por tanto mas racionales y mas humanas; prendas que debiendo darles la supremacía, si hubieramos nosotros sido cuerdos, se la han quitado, porque somos locos. Mas si es cierto que la potestad que en las mugeres tenemos es tyranica, tambien lo es que tienen ellas en nosotros un imperio natural, que es el de la beldad, á que

nadie se resiste. Nuestra supremacía no está admitida en todo pais; la de la hermosura es universal. ¿Y porque hemos de tener privilegio? ¿Porque somos mas fuertes? Entonces es injusticia manifiesta. De todo genero de medios nos servimos para quitarles el valor. Iguales serían las fuerzas si tambien lo fuera la educacion. Experimentemolas en las habilidades que no ha disminuido la crianza, y verémos si es tanta nuestra fuerza.

Hemos de confesar, por mas que á nuestras costumbres repugne, que en los pueblos mas cultos han tenido siempre las mugeres autoridad en sus maridos. Asi lo estableció una ley de los Egypcios por honrar á Isis, y otra de los Babylonios honrando á Semiramis. De los Romanos decían que mandaban en todas las naciones, y obedecían á sus mugeres. No cito á los Sauromatas, que eran realmente esclavos del otro sexô; exemplo de un pueblo tan barbaro no merece acotarse.

Ya ves, querido Iben, que he cogido el gusto de este pais, donde se divierten en sustentar opiniones extrañas, y reducirlo todo á paradoxas. El profeta ha resuelto la qüestion, arreglando los derechos de uno y otro sexô: las mugeres, dice, honrarán á sus maridos; los maridos honrarán á sus mugeres, pero tendrán un grado de superioridad en ellas.

De Paris, á 26 de la luna de Gemadí, 2, 1713.

CARTA XXXIX.

Hagi (1) *IBI*, *al judío BEN-JOSUÉ*, *catecumeno mahometano*, *á Esmirna.*

PARECEME, Ben-Josué, que siempre hay señales patentes precursoras del nacimiento de los varones mas ilustres, como si padeciese la naturaleza una especie de crisis, y los produxera con cierto esfuerzo la celestial omnipotencia. Ningunas fueron empero tan portentosas como las que acompañaron el nacimiento de Mahoma. Dios, que por altos juicios de su providencia había determinado *ab æterno* enviar á la tierra á este gran profeta para encadenar á Satanas, dos mil años antes de Adan crió una luz, que trasmitiendose de uno en otro escogido, y de uno en otro avuelo de Mahoma, se detubo al cabo en él, en prueba autentica de que era descendiente de los patriarcas. Por honrar á este profeta no permitió Dios que aquel día concibiera muger ninguna, ni dexara de ser inmunda, ni que ningun varon fuese circuncidado. Vino al mundo ya con la circuncision, y asi que nació brilló en su semblante la alegría; tembló tres veces la tierra, como si le hubiera parido ella; se postraron todos los idolos; cayeron por el suelo los tronos de los monarcas; fué despeñado Lucifer á lo hondo de la mar; no salió del abysmo hasta despues

(1) *Hagi* quiere decir uno que ha ido en romería á la Meca.

que hubo nadado por espacio de quarenta días, y se huyó al monte Cabés, de donde llamó con voz tremenda á sus angeles. Aquella noche puso Dios una valla entre el hombre y la muger, que ninguno pudo romper; perdió su fuerza la magica y la negromancia; y se oyó una voz celestial que articuló estas palabras: he enviado al mundo á mi fiel amigo.

Cuenta Isben Aben, historiador arabe, que para criar á este niño se juntaron las generaciones de paxaros, de nubes y vientos y todos los escuadrones de angeles, aspirando todos á tanto honor. Decían los paxaros en sus gorgeos que mas conveniente era que le criaran ellos, porque con mas facilidad podían reunir las frutas de paises apartados. Los vientos murmurando replicaban, mejores somos nosotros, que le podemos traer de todas partes los mas gratos olores. No, no, decían las nubes; quedese á nuetro cargo, que á cada instante le refrescarémos con el fresco de las aguas. Enojados entonces los angeles dixeron: ¿y que nos quedará que hacer á nosotros? Oyóse en esto una voz del cielo que puso fin á la contienda, diciendo: no saldrá de manos de los mortales, porque bienaventurados los pechos que le dieren leche; y las manos que le tocaren, y la casa donde morare, y el lecho donde durmiere.

Con tan palpables pruebas, amado Josué, fuerza es tener un pecho de hierro para no creer en su sagrada ley. ¿Que mas podía hacer el cielo para autorizar su mision, á menos de trastornar la naturaléza toda, y acabar con los hombres, quando los quería convertir?

De Paris, *á* 20 *de la luna de Rhegeb*, 1713.

CARTA XL.

USBEK á IBEN, á Esmirna.

LUEGO que se muere un magnate se junta la gente en una mezquita y le hacen un sermon de honras, que es una harenga en alabanza suya, en virtud de la qual no sería facil apreciar en lo que valía el merito del difunto.

Yo quisiera abolir las pompas funerales. El nacimiento de un hombre se debia llorar, que no su muerte. ¿ Que valen las ceremonias y todo el lugubre aparato que se ostenta á los ojos de un moribundo en sus postreros momentos? ¿ ni que los llantos de su familia, ni el desconsuelo de sus amigos, como no sea para que se duela mas de lo que va á perder?

Tan ciegos somos que no sabemos quando nos hemos de afligir ó de regocijar; casi siempre son falaces nuestros pesares, falaces nuestros contentos. Quando reflexîono que el Gran-Mogol todos los años se va á colgar de una balanza, y pesarse, como si fuera un buey; quando veo que se alegra el pueblo, si se ha puesto el principe mas obeso, esto es mas incapaz de gobernarle, me compadezco, Iben, de la humana locura.

De Paris, á 20 *de la luna de Rhegeb*, 1713.

CARTA XLI.

El primer eunuco negro á USBEK.

MAGNIFICO señor: Ismael, uno de tus eunucos negros acaba de morir, y no puedo menos de poner otro en su lugar. Como andan ahora los eunucos en extremo escasos, había pensado echar mano de un esclavo negro tuyo que trabaja en el campo; mas todavía no he podido recavar con él que se allane á consagrarse á este ministerio. Viendo que al cabo lo que pretendía yo era por su bien, quise el dia pasado usar de alguna fuerza, y de acuerdo con tu primer jardinero mandé que á su despecho le pusieran en estado de que te sirviera en los ministerios que mas aprecia tu corazon, y de que viviera, como yo, en estos tremendos sitios, donde ni siquiera se atreve á poner la vista; pero empezó á dar ahullidos, como si le hubieran querido desollar, y tanto forcejó que se nos escapó de entre las manos, librandose del cuchillo fatal. Ahora he sabido que te quiere escribir, pidiendo tu amparo, y manteniendo que he tomado mi determinacion por solo una insaciable ansia de venganza, en despique de ciertas chanzonetas picantes que de mí ha dicho; mas por los cien mil profetas te juro, que solo tu servicio es el que me ha movido, el unico que me anima, sin atender á otra ninguna cosa. Me postro á tus plantas.

Del serrallo de Fatima, á 7 *de la luna de Maharram*, 1713.

CARTA XLII.

FARAN á USBEK, su soberano dueño.

MAGNIFICO señor: si te hallaras aqui, me presentaría yo á tí vestido de pies á cabeza de papel blanco, y todo él no sería aun bastante para poner los agravios que desde que te has ido me ha hecho tu primer eunuco negro, el peor de los humanos. Con pretexto de algunas chanzas que supone que yo he dicho acerca de su desdichada suerte, me ha puesto mal con tu primer jardinero, y desde que no estás aqui me fuerza este con suma crueldad á inaguantables faenas, en que mil veces me he visto á pique de perder la vida, sin perder el deseo de servirte. ¡ Quantas veces he dicho para mí: yo que tengo un amo tan compasivo, soy con todo el esclavo mas desdichado que hay en la tierra!

Confiesote, magnifico señor, que creía que no podía llegar á mas mi desventura, pero el traydor del eunuco ha querido echar el resto de su maldad. Pocos días hace que por su propia autoridad me destinó á guardar tus sagradas mugeres; esto es á una operacion para mí mil veces mas cruel que la muerte. Los que han tenido la desgracia de que con tanta crueldad los traten sus padres en su cuna, se consuelan acaso, no habiendo en su vida conocido otro estado que el suyo; pero si á mí me apearan de la humanidad, y me privaran de ser hombre, me caería muerto del pesar, si no me mataba una operacion tan tremenda.

A tus plantas, sublime señor, me rindo con la mas profunda humildad: haz que lleguen á mí los

los efectos de tu virtud tan acatada, y que no se diga que hay, por orden tuya, un desventurado mas en la tierra.

De los jardines de Fatima, á 7 de la luna de Maharran, 1713.

CARTA XLIII.

USBEK á FARAN, á los jardines de Fatima

RECIBE el jubilo en tu corazon, y reconoce estas sagradas letras; haz que las besen mi primer eunuco, y mi jardinero mayor. Les vedo que hagan cosa alguna en tu daño; diles que compren el eunuco que me hace falta. Cumple con tu obligacion, como si me tubieras presente siempre, y sabe que quanto mayor es mi bondad, con mas severidad serás castigado si de ella abusares.

De Paris, á 25 *de la luna de Rhegeb*, 1713.

CARTA XLIV.

USBEK á REDI, á Venecia.

EN Francia hay tres estados distintos, que son el eclesiastico, el militar y los golillas: cada uno de ellos profesa un alto desprecio á los otros dos; y asi uno que debiera ser despreciado porque es un majadero lo es muchas veces porque es un golilla.

Hasta los mas infimos artesanos tienen contiendas entre ellos acerca de la excelencia del arte

que han escogido; cada uno se sobrepone al que ha abrazado otra profesion, segun la idea que de la superioridad de la suya se ha formado.

Todos, qual mas, qual menos, nos parecemos á aquella muger de la provincia de Erivan, que habiendo recibido una gracia de uno de nuestros monarcas, en las bendiciones que le echaba pidió mil veces al cielo que le hiciera gobernador de Erivan.

En no sé que relacion he leido que habiendo hecho aguada un navío Frances en la costa de Guinea, quisieron algunos de la tripulacion saltar en tierra á comprar unos carneros. Llevaronlos al rey, que administraba justicia á sus vasallos debaxo de un arbol, y que estaba sentado en su trono, quiero decir, en un zoquete de palo, tan arrogante como si fuera el del Gran-Mogol. Tenía tres ó quatro guardas con unas picas de palo, un quitasol, á guisa de dosel, le resguardaba del calor del sol, y consistían todos sus arreos, y los de la reyna su esposa, en su cutis de azabache, y unas sortijas. Mas altivo todavía que miserable preguntó este principe á los extrangeros, si hablaban mucho de él en Francia; creyendo que su fama iba de uno á otro polo; mui diferente de aquel conquistador, de quien decían que había infundido silencio al orbe entero, este creía que en todo el universo no se trataba mas que de él.

Quando acaba de comer el kan de Tartaria, pregona un rey de armas que ya pueden irse á comer quando quieran todos los principes de la tierra; y este barbaro que no come mas que leche, que no tiene casa, y vive de lo que roba, considera como esclavos suyos á todos los monarcas del mundo, y los insulta periodicamente dos veces al día.

De Paris, á 28 de la luna de Rhebeg, 1713.

CARTA XLV.

RICA á USBEK, á ....

Ayer por la mañana, antes de levantarme, oí dar tremendos porrazos á mi puerta, que en un punto abrió ó descerrajó uno con quien había tenido algun trato, y que me pareció fuera de si de gozo. Era su trage mucho mas que modesto; su peluquin puesto al reves ni siquiera estaba peynado; no había tenido lugar para remendar su chupin negro, y aquel día se había olvidado de las prudentes precauciones, con que acostumbraba á disfrazar lo derrotado de su pelage.

Levantese Vd. me dixo, que le necesito hoy por todo el día; tengo mil cosas que comprar, y quiero que venga Vd. conmigo. Es menester primero que vayamos á la calle de San Honorato, á hablar con un escribano encargado de la venta de una posesion de cien mil duros, y quiero que me la venda á mí. En camino me he parado un rato en el barrio de San German, donde he arrendado una casa grande en mil duros, y espero firmar hoy mismo la escritura.

Aun no me había acabado de vestir, quando me sacó mi hombre á la calle á empellones. Compremos antes de todo, me dixo, un coche, y no nos olvidemos de las guarniciones. Efectivamente en menos de una hora compramos no solo el coche, sino generos que valían veinte mil duros; todo esto se concluyó en un punto, porque mi compañero ni entraba en ajuste ni pagaba, verdad es que nada sacó de la tienda. Yo hacía mil cavila-

ciones sobre todo esto, y al exâminar este hombre encontraba en él tan rara complicacion de riquezas y pobreza, que no sabia que pensar. Al fin rompí el silencio, y llamandole aparte, le dixe: caballero ¿quien ha de pagar todo esto? ¿Quien? yo; me respondió, venga Vd. á mi casa, y le enseñaré tesoros, que pudieran envidiar los mayores monarcas; pero no los envidiará Vd. que los partirá conmigo. Le sigo, nos encaramamos á un quinto piso, y colgados de una escala trepamos al sexto, que era un chiribitil abierto á los quatro vientos, en el qual no habia otra cosa que dos ó tres docenas de ollas de barro, llenas de varios liquidos. Esta mañana me he levantado al amanecer, me dixo, y he hecho lo que hago todos los dias, veinte y cinco años ha, que es ir á visitar mi obra, y he visto que era llegado el solemne dia que ha de hacerme mas rico que hombre ninguno en la tierra. ¿Ve Vd. ese licor encarnado? Pues tiene todas las dotes que piden los filosofos para la trasmutacion de los metales. De aí he sacado estos granos que Vd. ve, que son de verdadero oro en quanto al color, puesto que algo imperfectos aun en quanto al peso. Este secreto descubierto por Nicolas Flamel, y que Raymundo Lullo, y otro millon de ellos se afanaron por buscar en valde, le acabo de hallar yo, y soy ahora un dichoso iniciado. Quiera el cielo que de tanta riqueza como me ha dado, solo para su gloria me sirva.

Salí, y baxé, ó por mejor decir me tiré por aquella escalerilla abaxo, bufando de colera, y dexé en su hospital á este hombre tan opulento. Adios, querido Usbek; mañana te iré á ver, y si quieres, nos volverémos juntos á Paris.

De Paris, el postrer dia de la luna de Rhegeb, 1713.

CARTA XLVI.

USBEK á REDI, á Venecia.

Aqui hay muchos que disputan eternamente acerca de la religion, mas parece que al mismo tiempo apuestan á quien peor ha de guardar sus mandamientos. Y no solo no son buenos cristianos, mas tampoco son buenos ciudadanos, que es lo que mas me incomoda; porque en toda religion, sea qual fuere, los actos religiosos mas indispensables son la observancia de las leyes, el amor á los hombres, y el afecto filial. ¿Efectivamente, no es el principal objeto del hombre religioso ser acepto á los ojos de la divinidad que estableció el culto que profesa? Pues el modo mas cierto de conseguirlo es observar las reglas de la sociedad y las obligaciones de la humanidad; que en qualquiera religion que uno viva, suponiendo que haya una, menester es tambien suponer que ama Dios á los hombres, pues ha establecido una religion para labrar su felicidad. Y si ama á los hombres es evidente que quien los ama le ha de agradar; esto es quien desempeña con su proximo las obligaciones de humanidad y caridad, y no quebranta las leyes que los rigen. Asi está uno mas seguro de agradar á Dios que si observare esta ó aquella ceremonia, porque las ceremonias no son buenas en sí propias, y solo lo son en la suposicion de que las ha prescrito Dios, y en quanto él las manda. Esto empero es asunto de una reñida contienda, en que con facilidad nos podemos equivocar, porque entre dos mil religiones distintas

es preciso escoger las ceremonias de una sola, y desechar las de todas las demas.

Uno hacia todos los dias la siguiente oracion á Dios: Señor; yo no entiendo ni una palabra de las disputas que sin cesar acerca de vuestra ley se suscitan; bien quisiera serviros conforme á vuestra voluntad, mas cada uno de los que consulto quiere que os sirva segun la suya. Quando me voy á poner en oracion, no sé en que idioma he de hablaros, ni tampoco sé en qué postura me he de poner; este dice que os he de orar en pié, aquel sustenta que he de estar sentado, otro exîge que apoye el cuerpo en las rodillas. Y no para aqui, que hay quien dice que me he de lavar todas las mañanas con agua fria; otros afirman que me miraréis con horror, si no me corto un pedacito de carne. Dias pasados sucedió que me comí un conejo en un caravarenseray; y tres hombres que á mi lado estaban me llenaron de susto, sustentandome todos tres que había cometido una grave ofensa contra vos; uno porque era un animal inmundo (1); otro porque estaba ahogado (2), y el tercero porque no era pescado (3). Un bracman que estaba alli cerca, y que escogí por arbitro de la contienda, me dixo: ninguno tiene razon, que sin duda no quitasteis vos propio la vida á este animal. Si tal, le respondí. ¡Ha! replicó con severa voz; habeis cometido un pecado abominable, que no puede tener perdon de Dios. ¿Quien sabe si era el alma de vuestro padre la que en este conejo alentaba? Señor; todas estas razones me ponen en inexplicable confusion; ni siquiera

(1) Un judío.
(2) Un Turco.
(3) Un Armenio.

menear la cabeza puedo, sin que me metan miedo de ofenderos; puesto que quisiera agradaros, y emplear en serviros la vida que me habeis dado. No sé si me equivoco, pero creo que el modo mas seguro de conseguirlo es vivir como buen ciudadano en la sociedad donde habeis querido que naciera, y como buen padre de familias en la que me habeis dado.

De Paris, á 8 *de la luna de Chaban*, 1713.

CARTA XLVII.

ZACHI á USBEK, á Paris.

Tengo que poner en tu noticia una novedad mui importante, y es que me he reconciliado con Cefisa, y que el serrallo, que estaba dividido entre nosotras dos se ha reunido. Solo tú nos haces falta en este pais donde reyna la paz; ven pues, querido Usbek, ven porque triunfe el amor.

He dado un magnifico banquete á Cefisa, al qual fueron convidadas tu madre, tus mugeres y tus principales concubinas: tambien estubieron tus tias, y algunas de tus primas, que vinieron á caballo, envueltas en la densa nube de sus velos y sus vestidos.

Al otro dia fuimos al campo, donde esperabamos vivir con mas libertad, montamos en nuestros camellos, y eramos quatro en cada silla de manos. Como se habia dispuesto el viage repentinamente, no tubimos lugar para dar aviso en las inmediaciones del *curúc* (1); pero el primer eunuco,

(1) Pregon que echa un eunuco que va delante de las mugeres de los magnates, para anunciar que se aparte la gente, quando estas salen á paseo.

siempre avisado, tomó la determinacion de coser á la tela que estorbaba que nos vieran, un cortinage tan tupido que á nadie absolutamente podíamos tampoco ver nosotras.

Quando llegamos al río que hay que atravesar se metió cada una, como es costumbre, en una silla de manos, para que la llevasen al barco, porque nos dixeron que había en el río mucha gente. Un curioso, que estaba mui cerca del sitio por donde pasamos, recibió una herida mortal, que le privó de la luz del día; otro que estaba bañandose desnudo tubo igual paradero, y sacrificaron tus fieles eunucos á tu honor y al nuestro estas dos desventuradas victimas.

Escucha ahora lo que de nuestras aventuras falta por decirte. Quando estabamos en medío del río se levantó una ventisca tan fuerte, y se encapotó el cielo en nubes tan pardas, que empezaron á perder el aliento los marineros. Asustadas con el riesgo, nos desmayamos casi todas, y me acuerdo de que oía las voces y las disputas de nuestros eunucos, que unos decían que era preciso avisarnos del peligro, y sacarnos de nuestro encierro, pero el gefe declaró que primero perdería la vida que consentir en que deshonrasen así á su amo, y que pasaría el corazon con un puñal á quien fuese osado á proponer cosas tan escandalosas. Una de mis esclavas corrió desatentada á darme socorro; pero un eunuco negro la cogió con mucha brutalidad, y la hizo volver al sitio de donde había salido. Yo entonces me desmayé, y no volví en mí hasta que se había acabado el peligro.

¡Que enredosos son los viages para las mugeres! Solo á los riesgos que amenazan su vida están expuestos los hombres; y nosotras á cada instante

corremos peligro de perder la vida ó la virtud. Adios, amado Usbek; tu Zachî te adora siempre.

Del serrallo de Fatima, á 2 de la luna de Rahmazan, 1713.

CARTA XLVIII.

USBEK á REDI, á Venecia.

Nunca están ociosos los que quieren instruirse; asi aunque yo no tengo asunto ninguno importante, estoy continuamente ocupado. La vida la paso exâminando; por la noche escribo lo que he visto y notado por el dia; todo me interesa, y de todo me maravillo, como una criatura en cuyos organos, tiernos todavía, se graban los mas minimos objetos.

Acaso no lo creerás; pues nos reciben mui bien en todas las tertulias y concurrencias. Presumo que en mucha parte se lo debemos á la agudeza de ingenio y natural jovialidad de Rica, que es causa de que guste de tratar con todo el mundo, y todo el mundo de tratar con él. A nadie parece mal nuestra traza de extrangeros, y disfrutamos la satisfaccion de dexar pasmada la gente, quando nos mostramos bien criados, porque no se figuran los Franceses que haya hombres en nuestro clima. Confieso sin embargo que bien merecen que nos tomemos el trabajo de desengañarlos.

He estado unos dias en una quinta cerca de Paris, de un sugeto mui estimado, que gusta tener huespedes. Su muger que es mui amable, con mucha decencia reune la jovialidad, que quita á nuestras Persianas la soledad en que viven.

Siendo extrangero lo mejor que podía hacer era

estudiar la muchedumbre de personas que sin cesar se presentaban, y que todas me ofrecían alguna novedad. El primero en quien reparé era un sugeto que me petó por lo llano que era; hiceme amigo suyo y él se hizo mió, de manera que siempre nos poníamos uno junto á otro.

Un día de mucha concurrencia que hablabamos aparte, sin escuchar la conversacion general: á Vd. le parecerá, le dixe, que soy yo mas curioso que cortés; suplicole empero que me haga el favor de responder á algunas de mis preguntas, porque me aburro de no estar iniciado en cosa ninguna, y vivir con gente que no puedo conocer. Dos días hace que se afana mi entendimiento; no hay uno siquiera de todos estos sugetos que no le haya puesto doscientas veces á qüestion de tormento, y en mil años no adivinaría yo que cosa eran, siendo mas invisibles para mí que las mugeres del gran monarca. Pregunte Vd. quanto quiera, me respondió, que le instruiré en todo quanto guste; eso mas que presumo que es hombre callado, y no abusará de mi confianza.

¿Quien es ese, le dixe, que tanto nos ha hablado de los convites que da á los grandes, que tan llano es con los duques, y tanta cabida tiene con los ministros, que segun me han dicho, son mui poco accesibles? Preciso es que sea hombre de mui alta esfera, pero tiene tan villanas trazas que no honra á las personas de su clase, ni tampoco está bien criado. Yo soi extrangero, pero me parece que hay cierta buena crianza que es comun de todas las naciones, y esa le falta: ¿ó son acaso los sugetos de alta gerarquía de vuestro pais mas zafios que los demas? Ese, me respondió echandose á reír, es un asentista, que saca tanta ventaja á los otros en riquezas, quanto es inferior á todo el mundo por su baxa cuna. La mesa mejor de Paris fuera la suya, si

hiciera voto de no sentarse nunca él á ella. Ya Vd. ve que desatento es, pero se sobrepone á todos por la excelencia de su cocinero, y no es desagradecido, que, como Vd. ve, todo el dia le está encareciendo.

¿Y aquel gordo vestido de negro, le dixe, que ha sentado aquella señora á su lado, porque lleva un trage tan lugubre, con un semblante tan risueño, y el color tan sonrosado? Ese es un predicador, me respondió, y ademas director de almas. Aí donde Vd. le ve, sabe mas que los maridos, y conoce las flaquezas de las mugeres, que tampoco ignoran que tiene él las suyas. ¿Pues como asi, replique yo, si está siempre hablando de una cosa que llama él la gracia? No siempre me dixo, que al oido de las mugeres bonitas mas les habla del pecado; en publico echa rayos y centellas, pero á solas es mas manso que un cordero. Pareceme, dixe, que le ponen en buen lugar, y hacen de él mucho aprecio.... ¡Como en buen lugar! Pues si es un hombre esencial, el que dulcifica el retiro espiritual, con sus consejitos, sus cuidados, sus visitas á sus horas; quita una xaqueca mejor que nadie; es sugeto mui cabal.

Si no es impertinencia, digame Vd. quien es aquel de enfrente, tan mal vestido, que hace tantos gestos, y habla de distinto modo que los demas; que no dice agudeza ninguna, y siempre que abre la boca es con animo de decirlas. Ese, me dixo, es un poeta, uno de los juglares del linage humano. Esos entes dicen que han nacido lo que son; y asi es la verdad, y que lo serán mientras vivan, quiero decir, casi siempre los hombres mas estrafalarios del mundo; por eso nadie gasta contemplaciones con ellos, y les hacen mil desprecios á cada instante. El hambre ha metido á este en esta casa, donde le reciben bien el amo y el ama, que á todos

tratan con agrado y buena crianza : quando se casaron compuso su epitalamio, y es la mejor cosa que ha hecho en toda su vida, porque ha dado la casualidad que haya sido el matrimonio tan dichoso como lo había él pronosticado. Acaso no lo querrá Vd. creer, añadió, estando tan imbuido en las preocupaciones del Oriente; pero hay en nuestro pais casados mui felices, y mugeres que en su virtud tienen un custodio severo. Los de esta casa disfrutan de una paz nunca perturbada, todo el mundo los quiere y los estima; un solo defecto tienen, y es su sobrada bondad natural que es causa de que venga á su casa toda casta de paxaros, y de que se encuentre uno á veces con gente basta. Esto no lo desapruebo yo, que es menester vivir con los hombres, como ellos son, los que llaman personas finas suelen ser los que mas han acendrado el vicio, sucediendo acaso lo que con la ponzoña, que la mas sutil es la mas peligrosa.

¿Y ese viejo, le dixe de quedo, que tan mal genio gasta? Al principio creí que era extrangero, porque no está vestido como los demas, murmura de todo quanto en Francia se hace, y desaprueba el gobierno. Ese es un militar viejo, me respondió, que se hace memorable entre todos sus oyentes por sus inacabables proezas. No puede aguantar que haya ganado la Francia una batalla donde él no se haya hallado, ni que alaben un sitio donde no haya estado en la trinchera; por tan indispensable en nuestros anales se tiene que se figura que se concluyeron estos donde él concluyó; algunas heridas que ha recibido las contempla como la disolucion de la monarquía; y en contraposicion con los filosofos que dicen que solo lo presente se goza, y que lo pasado no es nada, este por

lo contrario; solo de lo pasado disfruta, solo en las campañas donde peleó vive, y alienta en los tiempos que ya han sido, como vivirán los heroes en los siglos venideros. ¿Pues porque, repliqué, ha dexado el servicio? No ha dexado el servicio, me respondió, que el servicio le ha dexado á él. Le han dado un empleo en una plaza de poca importancia, donde contará sus hazañas el tiempo que de vida le queda, pero nunca adelantará mas, que le han cegado el camino de los puestos militares. ¿Y porque? le pregunté. Es maxîma en Francia, me replicó, no dar nunca un mando superior á los oficiales que han consumido su paciencia en los empleos subalternos, porque los consideramos como hombres cuyo espiritu, se ha apocado en menudencias, y que habituados á mezquindades no son capaces de grandes ideas. Presumimos que quien á los treinta años no posee las dotes de un general nunca las poseerá; que quien no tiene aquella rapida perspicacia que en un abrir y cerrar de ojos descubre todas las situaciones de un terreno de muchas leguas, aquella serenidad de espiritu que hace que en la victoria se aproveche de toda su ventaja, y en la derrota de todos sus recursos, nunca tendrá el talento de capitan; por eso tenemos brillantes empleos para los altos y claros varones que dotó el cielo no solo de heroyco pecho, mas tambien de peregrino ingenio, y otros empleos subalternos para los de inferior entendimiento, como son los que han llegado á viejos en una milicia oscura, los quales siempre, quando mas, saben hacer lo que toda su vida han hecho, y no viene al caso aumentarles la carga, quando empiezan á perder el brio.

A poco rato se excitó otra vez mi curiosidad, y le dixe: doy á Vd. mi palabra de no hacerle

mas preguntas, si quiere satisfacerme esta. ¿ Quien es aquel mozo alto, bien peynado, tonto y mui insolente? ¿ Porque habla mas recio que los demas, y está tan satisfecho con su persona? Ese es un cortejante, me respondió. Al decir esto se fueron unos, vinieron otros, se levantaron todos, y se llegó uno á hablar con mi vecino, de modo que me quedé tan en ayunas como antes: pero poco despues, no sé por que casualidad, se vino el mozo á mi lado, y encarandose conmigo me dixo: el día está hermoso: ¿ quiere Vd. que vayamos á dar un paseo por el jardin? Agradecíselo cortesmente, y salimos juntos. He venido á esta quinta, me dixo, por dar gusto al ama de casa, que no me mira mal. Una dama anda por el mundo que rabiará un poco: ¿ pero como lo hemos de hacer? Yo visito á todas las bonitas de Paris, pero con ninguna me comprometo, porque, aqui para entre los dos, soy mui malo. Sin duda, caballero, le repliqué, que tiene Vd. algun cargo ó empleo que no le consiente verlas mas á menudo. = ¡ Que! no señor, no tengo mas empleo que incomodar á los maridos, y asustar á los padres de familias; mi mayor gusto se cifra en quitar el sosiego á una muger que piensa que me ha cautivado, y ponerla á pique de que se pierda. En Paris somos unos quantos mozos que nos llevamos la atencion de todos con la mas leve friolera que hagamos. Segun entiendo, le dixe, mete Vd. mas bulla que el mas esforzado capitan, y es mas acatado que el magistrado mas integro. Si viviera Vd. en Persia no disfrutaría tanta satisfaccion, y mas apto sería para guardar nuestras damas que para obsequiarlas. Puseme colorado al decir esto, y creo que si hubiera seguido un poco mas la conversacion le hubiera hartado de denuestos.

¿ Que te parece de un pais donde se toleran semejantes gentes, y dexan vivir á un hombre que tiene este oficio; donde se consigue la estimacion con la infidelidad, la traycion, el rapto, la injusticia y la alevosía; donde aprecian á uno, porque quita la hija á su padre, al marido su muger, y destierra la paz de las mas suaves y sagradas sociedades? ¡ Venturosos los hijos de Alí, que resguardan á sus familias de la seduccion y el oprobio! No es mas pura la luz del día que el fuego que en los pechos de nuestras esposas arde: nunca contemplan sin susto nuestras hijas el día que las ha de privar de aquella virtud que las hace semejantes á los angeles, y á las sustancias incorporeas. Tierra natal, tierra cara, donde lanza el sol sus primeros rayos; jamas fuiste tú amancillada con los horrendos delitos que obligan á este astro á que se esconda, asi que se asoma por el negro Ocidente.

De Paris, á 4 de la luna de Rahmazan, 1713.

CARTA XLIX.

RICA á USBEK, á....

En mi quarto estaba el otro día, quando entró un dervis vestido de un modo mui raro, con una barba que le llegaba hasta un cinto de soga que traía, los pies descalzos, el vestido pardo, burdo, y puntiagudo acia la cabeza. Parecióme el conjunto tan estrambotico que quise llamar á un pintor para que me le retratase. Hizome primero una gran cortesía, y me dixo luego que era sugeto de merito, amen de capuchino. Me

han informado, caballero, añadió, de que se vuelve Vd. mui presto á la corte de Persia, donde tiene un cargo mui principal; y vengo á implorar su proteccion, y rogarle que nos alcance del rey una casita cerca de Casbin para dos ó tres religiosos. ¿Con que Vd. padre, le dixe, quiere ir á Persia? ¡Yo, señor! respondió, ni por pienso. Yo soi provincial, y no trocaria mi suerte por la de todos los capuchinos de este mundo. = ¿Pues que diablos me pide Vd.? = Vea Vd., me replicó; si tubieramos ese hospicio, enviarian allá nuestros padres de Italia á dos ó tres de sus religiosos. ¿Esos religiosos serán conocidos de Vd. le dixe. = No señor, no los conozco. = ¿Pues por vida mia, que se le da á de Vd. que vayan á Persia? = Es una soberbia idea destinar á dos capuchinos á respirar el ayre de Casbin, y cosa utilisima para Europa y Asia; será preciso que se empeñen en ello los monarcas; que eso se llama fundar buenas colonias. = Vaya con Dios, padre, que ni Vd. ni sus semejantes valen nada para trasplantados, y lo mejor que hacer pueden es seguir arrastrandose por los suelos en los sitios que los han engendrado.

De Paris, á 15 de la luna de Rahmazan 1713.

CARTA L.

RICA á...

Personas he conocido en quien era tan natural la virtud, que ni siquiera se hacía notar, y adictos á sus obligaciones, sin sugetarse á ellas, las desempeñaban

peñaban como por instinto, y lexos de alabarse de sus raras prendas, parecía que no sabían que las poseían. Esos son los hombres que yo quiero, y no aquellos virtuosos que como que se pasman de serlo, y una accion buena la reputan por un portento que debe maravillar al contarla.

¿Si es la modestia virtud indispensable en aquellos que dotó el cielo de un talento raro, que dirémos de aquellos insectos que se atreven á manifestar una arrogancia que á los mas eminentes varones afearía?

En todas partes veo hombres que sin cesar hablan de sí propios; son sus conversaciones un espejo que siempre retrata su impertinente cara; hablan de las menores cosas que les han sucedido, y quieren que la eficacia con que las pintan les dé valor á los ojos agenos; todo lo han hecho ellos, todo lo han visto, todo lo han dicho y todo lo han pensado; son dechado universal, materia inagotable de comparaciones, y manantial inexâusto de exemplos. ¡O, que insulsa cosa es el elogio que se reflexa al sitio de donde sale!

Pocos días ha que nos estubo aburriendo por espacio de dos horas uno de este jaez con su persona, su merito y su habilidad; mas como no hay en este mundo movimiento perpetuo, al cabo paró de hablar, y nos tocó la conversacion á los demas. Uno que tenía trazas de hombre mui adusto empezó á lamentarse de que se aburría en las conversaciones. = ¿Que? ¿siempre se han de oir necios que solo tratan de sí propios, y para todo se citan? Tiene Vd. razon, saltó nuestro parlanchin, todos habían de hacer lo que yo, que nunca me alabo: soy rico, bien nacido, gastador, y dicen mis amigos que no me falta ingenio; mas nunca lo miento, y si alguna prenda buena tengo,

la que mas aprecio es la modestia. Yo estaba pasmado de tanto descaro, y decía en voz baxa, mientras alzaba él la suya: bienaventurado el que tiene tanta vanidad que nunca se alaba á sí propio, porque teme á sus oyentes, y no compromete su merito con la arrogancia agena.

De Paris, á 20 de la luna de Rahmazan, 1713.

CARTA LI.

NARGUM, enviado de Persia en Moscovia, á USBEK, á Paris.

De Ispahan me han escrito que habías dexado la Persia, y que estabas actualmente en Paris. ¿Como es que recibo noticias tuyas por otro conducto que tú propio?

Cinco años ha que por orden del rey de reyes resido en este pais, donde he llevado al cabo varias negociaciones importantes. Ya sabes que el Czar es el unico de los principes cristianos que tiene intereses promiscuos con la Persia, por ser, como nosotros, enemigo de los Turcos.

Este imperio es mas vasto que el nuestro, y desde Moscou hasta el postrer pueblo que linda con la China hay mil leguas de distancia. El soberano es dueño absoluto de las vidas y haciendas de sus vasallos, que todos son esclavos, menos quatro familias, y no hace uso mas tremendo de su poder ni el mismo teniente de los profetas, el rey de reyes, á quien sirve de palio el cielo estrellado, y de alfombra el globo terraqüeo.

Quien contemple el horroroso clima de la Moscovia nunca creerá que sea un castigo el destierro;

no obstante, quando cae un magnate de la gracia le relegan á la Siberia.

Asi como nos veda á nosotros la ley de nuestro profeta beber vino, se lo veda la del principe á los Moscovitas.

El modo de recibir á sus huespedes no se parece al de los Persianos. Quando entra un forastero en una casa, el amo le presenta su muger, y le da el forastero un beso; cosa que se tiene aqui por un obsequio hecho á su esposo. Los padres en la escritura de casamiento suelen estipular que su yerno no ha de azotar á su hija, y no obstante no es creible lo que gustan las mugeres moscovitas de que las aporreen (1); tanto que no se pueden figurar que las quieren bien sus maridos, como no les den buenas zurras, y la conducta contraria es en ellos señal de un desamor que no se puede perdonar. Una de ellas escribía á su madre un dia de estos la siguiente carta:

« Mi querida madre: soy la muger mas desgraciada de este mundo; no omito nada para que » me quiera mi marido, y no lo puedo conseguir. Ayer tenía mil cosas que hacer en casa; » pues salí y estube todo el dia en la calle, creyendo » que quando volviese me daría buenos palos, pero » ni siquiera desplegó la boca para reñirme. De » mui distinto modo trata su marido á mi hermana, que la pega todos los dias, y no puede » ni mirar á un hombre á la cara sin que la mate » él á garrotazos; asi se quieren ambos tanto, y » viven en paz inalterable. Por eso está ella tan » hueca; pero no le daré yo lugar para que haga » mucho tiempo burla de mí, que estoy resuelta

---

(1) Este estilo se ha quitado.

» á que me quiera mi marido, á todo trance, y « tanto le haré rabiar que él me dará al cabo « pruebas de cariño. Al menor coscorron que me » diere, alborotaré la vecindad á gritos, para que » se imaginen que va de veras, y creo que si » viene algun vecino á poner paz le sacaré los » ojos. Suplico á Vd. querida madre, que represente á mi marido que no me trata como debe. » No hacia asi mi padre, que siempre fué mui » hombre de bien, y yo me acuerdo de que, quando » era chiquita, algunas veces me parecia que ya » era demasiado el cariño que á Vd. tenia. Quedo » de Vd. su afectisima hija, etc. ».

Ni aun para viajar pueden salir los Moscovitas del imperio. Separados asi de las demas naciones por las leyes del pais han conservado sus estilos antiguos, con tanto mas teson, quanto creían que era imposible que hubiera otros. Pero el principe que ahora reyna ha querido variarlo todo; ha tenido con ellos porfiadas contiendas acerca de la barba, y el clero y los frayles se han declarado los adalides de la ignorancia.

El soberano actual se aplica á poner florecientes las artes, y nada omite para que se difunda en la Europa y el Asia la gloria de su nacion, hasta ahora olvidada, y que casi era desconocida de los extrangeros. Inquieto, y siempre desasosegado vaga por sus vastos dominios, estampando en todos ellos las huellas de su natural severidad; y como si no pudiera caber en ellos, los dexa, y se va á la Europa á buscar otras provincias y otros nuevos reynos.

Recibe, querido Usbek, un abrazo, y no te olvides de escribirme.

De Moscou, á 2 de la luna de Chalval, 1713.

CARTA LII.

RICA á USBEK, á .....

Dias pasados estube en una tertulia, donde me divertí mucho. Habia en ella señoras de todas edades; una de ochenta años, una de sesenta, y otra de quarenta, con una sobrina suya de veinte á veinte y dos. Cierto instinto hizo que me arrimase á esta ultima, la qual me dixo al oido: ¿que le parece á Vd. de mi tía, que con su edad quiere tener cortejos, y hace la niñita? No tiene razon, le dixe, que eso en quien cae bien es en Vd. Poco despues me puse junto á la tía, y me dixo esta: ¿no ve Vd. esa vieja que, quando menos, ha cumplido los sesenta, y ha gastado hoy mas de una hora en tocarse? Pues pierde su tiempo, le respondí, menester sería que tubiera el merito que Vd. para pensar asi. Arrimome á la desventurada sesentona, doliendome en el alma de su suerte, y me dice al oido: ¿hase visto cosa mas risible? Vea Vd. ese carcamal, con mas de ochenta años, poniendose cintitas encarnadas, y haciendo la criaturita, y se sale con ello, porque se ha vuelto á la edad de los niños. ¡Ay Dios mio! dixe para mí ¿no verémos nunca mas extravagancias que las del proximo? Acaso es dicha, añadí luego, que nos consolemos con las flaquezas agenas. Como estaba de buen humor, dixe: bastante hemos subido; baxemos ahora, y empecemos por la mas vieja, que está en el testero del estrado. Señora, se parece Vd. tanto á esta otra dama con quien acabo de hablar, que yo me habia figurado que

era su hermana, y creo que son Vds. de la misma edad con corta diferencia. Es cierto, caballero, me dixo, que quando se muera una de las dos, mala se la mando á la otra, porque presumo que no hay dos dias de diferencia entre ambas. Oida esta decrepita, me llego á la de sesenta, y le digo: es menester, señora, que falle Vd. una apuesta que acabo de hacer, porque he apostado que Vd. y aquella señora (señalando la de los quarenta años) tenían el mismo tiempo. A fé mía, me respondió, que creo que no hay medio año de diferencia. Bien va; continuemos. Fui mas abaxo, y acercandome á la de quarenta: hagame Vd. el favor, señora, de decirme si se chancea, quando llama sobrina aquella señorita, que está en la otra mesa. Tan niña es Vd. como ella, y aun tiene ella en la cara un no sé que aviejado que no hay en la de Vd.: luego esas mexillas color de escarlata tan vivo; ese.... Oyga Vd. me respondió, de veras que soy su tía; pero su madre tenía veinte y cinco años largos mas que yo, porque no eramos de la misma madre, y he oido decir á mi hermana que había nacido su hija el mismo año que yo. = Bien lo decía yo, señora, y no sin razon extrañaba tanto el parentesco.

Las mugeres, querido Usbek, que se ven morir poco á poco perdiendo su hermosura, querrían retroceder acia su juventud. ¡Ha! ¿pues como no han de anhelar por engañar los años, quando se afanan por engañarse á si propias, y zafarse de la mas triste de todas las ideas?

De Paris, á 3 de la luna de Chalval, 1713.

CARTA LIII.

CELIS á USBEK, á París.

Nunca se vió pasion mas vehemente ni mas constante que la que á mi esclava Celinda tiene el eunuco blanco Cosrú, y con tanta eficacia me ha pedido que se la dé por muger que no he podido negarsela. ¿Y como me había de resistir, quando no se opone la madre de la novia, y Celinda misma se complace al parecer con la idea de este casamiento falaz; y con la vana sombra que le presenta? ¿Que quiere hacer con un desventurado que no tendrá mas de marido que los zelos; que quando pierda su frialdad ha de ser para desesperarse inutilmente; que nunca se acordará de lo que fué, sin traer á la memoria de su muger lo que ha dexado de ser; que siempre á punto de satisfacerla, y no satisfaciendola jamas, se engañará y la engañará á ella continuo, haciendola padecer á cada instante toda la desdicha de su propia condicion? ¡Que; estar siempre entre imagenes y vanas sombras; vivir para no mas que imaginar; hallarse sin cesar junto á los gustos, y nunca con ellos; y penar en brazos de un malhadado, correspondiendo al sentimiento de lo que ha perdido, en vez de corresponder á sus amorosos suspiros! ¡Quan digno es de desprecio un hombre de esta especie, unicamente destinado á guardar, y jamas á poseer! Busco en él el amor, y no le encuentro.

Te hablo con libertad, porque te gusta mi ingenuidad, y prefieres á la fingida cortedad de

mis compañeras, mi genio libre, y mi pasion á los deleytes. Mil veces te he oido decir que gozaban los eunucos con las mugeres cierto genero de gustos, que no conocemos; que se resarce la naturaleza de lo que ha perdido, que hallan recursos para reparar la desgracia de su suerte, que puede el hombre dexar de serlo, mas no dexar de ser sensible; y que en este estado se halla como con un nuevo sentido, no haciendo mas que variar, por decirlo asi, de placeres. Si asi fuera, me dolería menos de Celinda; que algo es vivir con hombres menos desdichados.

Dame tus ordenes sobre este casamiento, y dime si gustas que se celebren las bodas en el serrallo. Adios.

Del serrallo de Ispahan, á 5 de la luna de Chalval, 1713.

CARTA LIV.

RICA á USBEK á.....

Esta mañana estaba yo en mi quarto, que, como ya sabes, no está separado del inmediato mas que por un tabique mui delgado, y ahugereado en várias partes, de manera que se oye todo quanto dicen en el quarto del vecino. Paseabase uno dando pasos mui largos, y decía á otro; no sé que se tiene, pero parece que todo está coligado contra mi: tres dias largos ha que no me ha ocurrido agudeza ninguna que de notar sea, y me hallo confundido con todo el mundo en las conversaciones, sin que nadie repare en mí, ni me haya siquiera hecho un cumplido. Había pre-

parado varios chistes para sazonar la conversacion, y nunca me han dexado que los hiciera venir á pelo; tenía estudiado un cuento mui bonito, pero quando iba rodeando traerle al caso, como si lo hicieran de intento, mudaban de asunto; tengo pensadas algunas agudezas que hace quatro días que se me están pudriendo en la mollera, sin poder sacarlas á la plaza. Si sigue asi, creo que vendré á hacerme un majadero; fuerza es que sea esa mi estrella, y que no la pueda evitar. Ayer había esperado lucirlo en medio de tres ó quatro viejas, que cierto no me infunden miedo, y tenía mil lindezas que decir; pues mas de un quarto de hora me estube afanando por entablar una conversacion seguida, pero nunca quisieron ellas continuar, y á guisa de Parcas, cortaron el hilo de todas mis razones. Si te he de decir lo que siento, es mui penosa de conservar la reputacion de ingenio, y yo no sé como haces tú para conseguirlo. Me viene una idea, replicó el otro; trabajemos de mancomun en darnos ingenio, y formemos una compañía. Cada dia nos concertarémos sobre lo que hemos de decir, y nos auxiliarémos de manera que si viene alguien á interrumpirnos le traerémos nosotros á nuestro asunto, si no quiere venir de grado, por fuerza. Fixarémos de antemano donde hemos de aprobar, donde sonreirnos y donde reirnos á carcaxadas. Ya verás que somos los amos de la conversacion, y que todos se van á maravillar de lo vivo de nuestro ingenio, y lo agudo de nuestros chistes. Nos protegerémos reciprocamente, haciendo con la cabeza señas de aprobacion Hoy lo lucirás tú, y mañana serás mi padrino Entraré contigo en una casa, y diré; les quiero contar á Vds. una cosa mui chistosa que ha dicho el señor ahora mismo á uno que hemos

encontrado en la calle ; y volviendome á tí: ¡ como le cogió de susto, y que parado se quedó ! Luego recitaré algunos versos mios , y dirás tú : yo estaba alli quando los hizo , que fué en un convite, y los compuso de repente. A veces nos echarémos pullas uno á otro , y dirá la gente : mira como se acometen , y como se defienden ; á fé que se las tienen tiesas ; veamos en que para ; bueno va ; ¡ que presencia de animo ! esta sí que es batalla reñida : pero nadie sabrá que nos habíamos ensayado el día antes. Comprarémos ciertos libros, que son colecciones de agudezas ; que sirven para los que quieren pasar plaza de agudos , siendo unos porros ; que todo pende de tener buenos modelos. Antes de medio año verás como somos capaces de seguir una conversacion toda de agudezas y conceptos. Pero es preciso tener mucho cuidado con no desperdiciar nuestro caudal ; que no basta decir un dicho agudo , es menester que se esparza y cunda por todas partes, que sin eso es cosa perdida , y te confieso que no hay mayor tormento que ver que una bonita agudeza se muere en los oidos de un majadero á quien se dixo. Verdad es que muchas veces hay compensacion , y que tambien decimos no pocas sandeces que pasan de tapadilla ; que es lo unico que en estos lances nos puede servir de consuelo. Esta es , querido , la determinacion que nos conviene. Haz lo que yo te digo , y antes de seis meses te prometo una plaza de academico del numero ; quiero decir que no tendrémos que trabajar mucho tiempo , porque en siendo academicos , nos podrémos echar á dormir , que serémos hombres de ingenio , mal que nos pese. En Francia se nota que asi que hace uno parte de un gremio, al instante se empapa en lo que llaman el espiritu

de la cofradía ; lo mismo harás tú , y en todas partes te aburrirán á poder de aplausos.

De Paris , á 6 de la luna de Zilcadé , 1714.

CARTA LV.

RICA á IBEN , á Esmirna.

En las naciones de Europa todas las dificultades las allana el primer quarto de hora de matrimonio , y los ultimos favores siguen sin tardanza la bendicion nupcial ; que no son aqui las mugeres como nuestras Persianas que á veces disputan el terreno meses enteros. En esta tierra todo lo otorgan al punto , y si no pierden nada es porque nada les queda que perder ; pero ¡ que cosa tan vergonzosa ! siempre se sabe á punto fixo el instante de su vencimiento , y sin consultarlo con las estrellas se puede anunciar de antemano el día del nacimiento del primer chiquillo.

Casi nunca hablan los Franceses de sus mugeres ; y es porque se temen hablar de ellas delante de gentes que las tienen mas bien conocidas que ellos propios.

Desventurados hay en este pais á quien nadie compadece , y son los maridos zelosos ; sugetos aborrecidos de todo el mundo , y son los maridos zelosos ; hombres despreciados de todos , y son tambien los maridos zelosos : mas asi tampoco hay tierra donde se vean menos que en Francia. No estriba aqui la serenidad de los maridos en la confianza que de sus mugeres hacen , sino en la mala idea que de ellas tienen. Todas las cuerdas precauciones de las Asiaticas , los velos con que se

tapan, las carceles en que viven encerradas, la vigilancia de los eunucos les parecen medios que mas aptos son para exercitar la industria del otro sexô que para desalentarla. Los maridos aqui se resignan con paciencia, reputando la infidelidad á influxo de una estrella inevitable, y el marido que quisiera la posesion exclusiva de su muger, sería tenido por un perturbador de la publica alegría, y un demente que quería disfrutar de la luz del sol, privando de ella á los demas.

Aqui el marido que á su muger quiere es el que no tiene merito suficiente para que otra le quiera. Este abusa de la fuerza de la ley para suplir las dotes de que carece; se vale de todas sus prerogativas en detrimento de la sociedad entera; se apropia aquello de que le habian hecho custodio y depositario; y se afana quanto puede en destruir un pacto tacito, en que se cifra la felicidad de uno y otro sexô. El titulo de marido de una hermosa, que tanto nos esforzamos á ocultar en Asia, aqui no infunde susto. Cada uno se reconoce capaz de hacer una excursion en el campo enemigo: un principe se consuela de la perdida de una fortaleza ganando otra. ¿No quitamos nosotros al Mogol la plaza de Candahar, mientras que se apoderaba el Turco de Bagdad?

En general no es mal mirado uno que consiente los galanteos de su muger; por lo contrario alaban su prudencia, puesto que hay casos particulares que son deshonrosos. No por eso faltan señoras virtuosas, que son mui apreciadas: mi conductor me las señalaba siempre; pero son todas tan feas que es menester ser santo para no coger tirria á la virtud.

Con lo que te llevo dicho de las costumbres de este pais, facilmente te puedes figurar que

no hacen los Franceses gala de constancia. Tan ridiculo les parece jurar á una muger que la han de querer siempre, como afirmar que nunca ha de caer uno malo, ó que no ha de ser jamas infeliz. Quando prometen á una amarla siempre, suponen que ella se obliga mutuamente á ser siempre amable, y quando falta la muger á su palabra, se creen los hombres libres de la suya.

De Paris, á 7 de la luna de Zilcadé, 1714.

CARTA LVI.

USBEK á IBEN, á Esmirna.

En Europa estilan mucho el juego; la profesion de jugador es un oficio, y con solo este titulo se suple caudal, cuna, y hombría de bien; todo aquel que le tiene es admitido entre la gente fina sin mas exâmen, y puesto que todos saben que se equivocan con freqüencia los que obran asi, han hecho el convenio de no enmendarse. Las mugeres particularmente son mui aficionadas al juego: bien es verdad que quando son mozas, si son jugadoras es por encubrir otra pasion mas amable, pero al paso que viene la vejez, cobra bríos la aficion del juego, y al cabo llena esta pasion el hueco de todas las demas. El fin de ellas es dexar pereciendo á sus maridos, y para conseguirlo tienen distintos medios en cada edad, desde la mas florida juventud, hasta la mas caduca vejez: empiezan á malgastar su caudal en trenes y vestidos, sigue la disipacion con la retrecheria, y le acaban de derrochar con el juego.

Muchas veces he visto nueve ó diez mugeres ; por no decir nueve ó diez estantiguas , sentadas en derredor de una mesa ; las he visto en sus esperanzas, sus temores , sus contentos , y sobre todo sus furias : te habrías figurado que nunca tendrian lugar de apaciguarse , y que antes que su desesperacion se les acabaría la vida , y hubieras dudado si eran sus acreedores ó sus legatarios los que pagaban.

Parece que el blanco principal de nuestro profeta fué privarnos de todo quanto puede turbar nuestra razon. Asi nos ha vedado el vino que la aletarga , y por un mandamiento expreso nos ha prohibido los juegos de suerte , y quando no ha podido quitar la causa de las pasiones las ha amortiguado. Entre nosotros no produce el amor ni furor ni agitacion , que es una pasion dulce que dexa el animo sosegado , librandonos del imperio del sexô la pluralidad de mugeres , y calmando la vehemencia de nuestros apetitos.

De Paris , á 10 *de la luna de Zilhagé* , 1714.

CARTA LVII.

USBEK á REDI , á Venecia.

Aqui los libertinos mantienen una imponderable muchedumbre de cortesanas , y los devotos otra no menos imponderable de dervises. Hacen estos tres votos ; de pobreza , castidad , y obediencia. Dicen que el que mejor cumplen es el ultimo ; el primero yo te aseguro que no le guardan ; en quanto al otro ya te puedes figurar si le observan

con rigor. Mas aunque sean riquisimos los tales dervises , nunca dexan la qualidad de pobres ; primero renunciaría nuestro glorioso sultan de sus altos y magnificos titulos ; y tienen mucha razon , porque el dictado de pobres les estorba que lo sean.

Aqui los medicos , y ciertos dervises que llaman confesores están siempre ó mui estimados ó mui despreciados , puesto que , segun dicen , los herederos están mas mal con los confesores que con los medicos.

El día pasado estube en un convento de estos dervises , y me recibió con mucho agasajo uno de ellos venerable por sus canas. Enseñóme toda la casa ; fuimos á la huerta , y empezamos á razonar. Padre , le dixe ¿ que cargo tiene Vd. en su comunidad ? Caballero , me respondió mui satisfecho de mi pregunta , soy casuista. ¡ Casuista ! repliqué , desde que estoy en Francia no he oido mentar semejante cargo. = ¿ Con que no sabe Vd. que es casuista ? Pues escucheme , que yo se lo explicaré de manera que no le quede nada que desear. Dos especies hay de pecados ; los mortales que absolutamente excluyen de la bienaventuraranza , y los veniales que á la verdad ofenden á Dios , pero no le enojan tanto que nos prive por ellos de la gloria. Todo nuestro arte se cifra en distinguir bien estas dos especies de pecados ; porque , como no sea un puñado de libertinos , todos los cristianos se quieren ir al cielo , pero cada uno quiere seguir el camino mas comodo que sea dable. El que conoce bien los pecados mortales , procura no cometer estos , y hace su negocio ; porque pocos aspiran á la suma perfeccion , y no siendo ambiciosos no se curan de los primeros puestos , de modo que entran en el cielo por un si es , no es ,

pero con eso tienen lo bastante, que su fin es no hacer una pizca mas ni menos: hombres que mas bien roban la bienaventuraranza que la ganan, y que dicen á Dios: señor; yo he cumplido con vuestros preceptos con rigor; con que Vos no podeis negaros á cumplir vuestras promesas; y como no he hecho mas de lo que me habeis pedido, os dispenso de que me deis mas de lo que habeis prometido. De suerte, caballero, que somos hombres indispensables. Y no para aqui, verá Vd. ahora otra cosa mejor. La accion no constituye el pecado, sino el conocimiento de quien la comete; el que obra mal, mientras puede creer que no hace cosa mala, tiene lá conciencia serena; y habiendo infinidad de acciones equivocas, puede un casuista comunicarles un grado de bondad que en sí no tienen, si las califica de buenas, y en llegando á persuadir que no tienen ponzoña, se la quita toda entera. Digo á Vd. el secreto de un oficio en que me han nacido canas, y le doy á conocer todas sus sutilezas; á todo se le puede dar vislumbre de bueno, hasta á lo que menos apariencia de serlo tiene. Padre, le dixe, todo eso es excelente, ¿pero como se aviene Vd. con el cielo? Si hubiera en la corte del sofí uno que se portara con él como Vd. se porta con su dios, que señalase diferencias entre sus ordenes, que enseñase á sus vasallos en que casos las deben cumplir, y en quales las pueden violar, le haría empalar *incontinenti*. Hice entonces una cortesía á mi dervis, y le dexé sin esperar respuesta.

De Paris, á 23 de la luna de Maharran, 1714.

CARTA

CARTA LVIII.

RICA á REDI, á Venecia.

En Paris, querido Redi, hay muchos oficios. Aqui un sugeto servicial, por un poco de dinero te ofrece el secreto de hacer oro. Otro te promete hacer que duermas con los espiritus aereos, con que te prives de hablar con mugeres no mas que por espacio de treinta años. Toparás con adivinos tan inteligentes que te contarán todos los sucesos de tu vida, con solo un quarto de hora que tengan de conversacion con tus criados.

Mugeres mui diestras convierten la virginidad en una flor que todos los dias muere y renace, y á las cien veces se coge con mas dolor que la primera. Otras hay que deshaciendo á poder de su arte todos los agravios del tiempo saben restablecer en una cara una hermosura decadente, y cogiendo á una muger en el apice de la vejez hacerla baxar hasta la mas florida juventud.

Todo esto vive, ó hace por vivir en una ciudad, que es madre de la invencion. Las rentas de sus vecinos no se arriendan, que solo consisten en habilidad y maña, y cada uno tiene la suya, á que da quanto valor puede.

Quien pudiese contar todos los molabes que aqui andan á caza de las rentas de una mezquita, contaría las arenas del mar, y los esclavos de nuestro monarca. Infinidad de maestros de lenguas, artes y ciencias enseñan lo que no saben; habilidad mui particular; porque poco ingenio se requiere para enseñar uno lo que sabe, pero es

menester tenerla mui grande para enseñar lo que ignora.

Aqui es imposible morirse, como no sea de repente; de otro modo no puede asaltar á nadie la muerte, que á cada esquina hay quien vende antidotos infalibles contra todas las dolencias imaginables. Las tiendas están todas tendidas con invisibles redes, donde se prenden todos los compradores. No obstante algunas veces salen de ellas á poca costa; y una mercadera muchacha está alhagando una hora á un hombre para que compre un mazo de monda-dientes.

Todos quantos se van de este pueblo son mas cautos que quando vinieron, que á puro dar su caudal á los demas aprenden á guardarle; y este es el unico beneficio que sacan los forasteros de su residencia en esta encantadora ciudad.

De Paris, á 10 *de la luna de Safar*, 1714.

CARTA LIX.

RICA á USBEK, á......

El otro día estube en una casa donde había una concurrencia de todo genero de gente, y hallé que regentaban la conversacion dos viejas que se habian afanado en valde toda la mañana por remozarse. Confesemos, decía una, que son mui distintos los hombres de ahora de los que tratabamos quando jovenes: aquellos eran corteses, amables, complacientes, pero ahora son de una grosería inaguantable. Todo ha mudado, dixo entonces uno que me pareció enfermo de gota,

no es ahora el tiempo como antes era: quarenta años ha todo el mundo gozaba buena salud, corría, estaba alegre, solo se pensaba en bayles y diversiones, y ahora todo el mundo se muere de melancolía. De allí á un rato empezó á hablarse de politica. Por vida mía, exclamó un señor anciano, que no hay ahora gobierno; denme un ministro que se parezca al señor Colbert; mui amigo mío era el señor Colbert; amigo de veras; todas mis pensiones me las pagaba antes que á ninguno: ¡que bien arreglada que estaba la real Hacienda! Todo el mundo estaba rico, y ahora no tengo yo un quarto. Habla Vd. caballero, dixo entonces un eclesiastico, del tiempo mas portentoso de nuestro invicto monarca. ¿Puede darse cosa mas sublime que lo que en aquella epoca hizo por extirpar la heregía? ¿Y le parece á Vd. friolera la abolicion de los duelos? interrumpió mui satisfecho uno que hasta entonces no había desplegado la boca. Mui prudente es la observacion, me dixo otro al oido; ese está prendado del edicto, y con tanto escrupulo le cumple, que hace medio año que aguantó cien palos por no violarle.

Se me figura, Usbek, que siempre juzgamos las cosas en virtud de cierto retroceso secreto en nosotros mismos, y no me maravillo de que pinten los negros al diablo blanco como la nieve, y á sus dioses negros como azabache; de que lleve la Venus de ciertos pueblos las tetas colgando hasta los muslos, y finalmente de que representen todos los idolatras con semblante humano á sus dioses, haciendolos participar de todas sus pasiones. Han dicho mui bien que si hicieran los triangulos un dios, le darian tres lados.

Quando veo, querido Usbek, entes que arrastrando por encima de un atomo (que no es la

tierra otra cosa que un punto en el universo) se representan buenamente como dechados de la providencia, no sé como se puede conciliar tamaña locura con tanta pequeñez.

De Paris, á 14 de la luna de Safar, 1714.

CARTA LX.

USBEK á IBEN, á Esmirna.

Preguntasme si hay judíos en Francia. Sabete que en todas partes donde hay dinero hay judíos. Me preguntas que hacen. Cabalmente lo propio que en Persia; que no hay cosa que mas á un judío Asiatico se semeje que un judío Europeo. Entre los cristianos, como en nuestro pais, hacen alarde de una inalterable adhesion á su religion, que raya en locura.

Es la religion judía un tronco viejo que ha echado dos ramas, las quales han cubierto la tierra entera, quiero decir el mahometismo y el cristianismo; ó por mejor decir es una madre que ha parido dos hijas que la han cubierto de mil heridas, porque en materia de religion los parientes mas cercanos son los mas implacables enemigos. Pero no obstante lo mal que la han tratado, no dexa de ufanarse de haberlas dado á luz, y se vale de una y otra para enlazar todo el universo, mientras que su venerable ancianidad enlaza por otra parte hasta los mas remotos siglos.

Se contemplan los judíos como manantial de toda la santidad, y origen de toda la religion, y nos reputan por unos hereges que han invertido la ley, ó mas antes por unos judíos rebeldes.

Si se hubiera efectuado poco á poco esta mudanza, les parece que con facilidad los habrían seducido; mas habiendose efectuado repentinamente y de un modo violento, y pudiendo señalar el día y la hora del nacimiento de una y otra religion, se escandalizan de que saben nuestra edad, y se abrazan mas estrechamente con una creencia coetanea con la cuna del mundo.

Nunca habían gozado en Europa de un sosiego como el que hoy disfrutan. Los cristianos empiezan á desprenderse del espiritu de intolerancia que los animaba; su expulsion ha sido mui perjudicial á los Españoles, y no ha escocido menos á los Franceses el haber perseguido á unos cristianos, cuya creencia era algo diferente de la del princípe. Todos se han convencido de que es mui distinto el fervor de convertir los que no creen en una religion de la observancia de sus preceptos, y que no es necesario aborrecer ni perseguir á los que no la siguen para observarla, y amarla. De desear sería que en este punto pensaran nuestros musulmanes con tanta cordura como los cristianos; que pudiera establecerse una paz duradera entre Ali y Abubeker, y que dexasemos á Dios que fallase del merito respectivo de estos dos sagrados profetas. Quisiera que los honrasemos con actos de veneracion y respeto, y no con vanas preferencias, y que nos esforzaramos á merecer su patrocinio, sea qual fuere el sitio donde los haya Dios colocado; ora estén sentados á su diestra, ora á los piés de su trono.

De Paris, á 18 de la luna de Safar, 1714.

CARTA LXI.

USBEK á REDI, á Venecia.

El día pasado fui á una iglesia famosa, que llaman de Nuestra Señora, y mientras que estaba pasmado de la hermosura de tan soberbio edificio dió la casualidad de entablar conversacion con un eclesiastico, á quien tambien habia traido la curiosidad al mismo sitio. Tratóse de la serenidad de su profesion, y él me dixo: las mas de las gentes envidian la felicidad de nuestro estado, y tienen razon, puesto que no nos falten sinsabores, y que no estémos tan separados del mundo, que en millares de lances no nos encontremos en él, y entonces tenemos que representar un papel mui arduo.

Los mundanos son mui extraños; ni pueden aguantar que los aprobemos ni que los censuremos: si queremos reprehenderlos se rien de nosotros, y si los aprobamos dicen que desmentimos nuestro caracter. No hay cosa mas afrentosa que pensar que ha escandalizado uno hasta á los impios. Asi nos vemos precisados á conducirnos de un modo equivoco, poniendo silencio á los libertinos, no con nuestra entereza, sino con la duda en que los dexamos de si nos enojan ó no sus palabras. Para esto es menester mucha prudencia, que esta neutralidad es mui dificultosa de mantener; los mundanos que nada disimulan, que dicen quanto les viene á la boca, y siguen la conversacion ó la mudan, segun ven que peta ó no, están en situacion mui mas propicia.

Y no para aqui; que este estado tan dulce y tan sereno, que tanto encomian no le conservamos en un concurso. Asi que nos presentamos nos azuzan á que disputemos; nos hacen por exemplo que probemos la utilidad de la oracion á uno que no cree en Dios; la necesidad del ayuno á otro que toda su vida ha negado la inmortalidad del alma; empeño arduo ademas, y en que los que son socarrones se ríen de nosotros. Añadese á esto que continuo nos atormenta la manía de inculcar en los demas nuestras opiniones; manía inherente, digamoslo asi, en nuestra profesion, y no menos risible que si en beneficio de la humana naturaleza se afanasen los Europeos en blanquearles el rostro á los Africanos. Perturbamos el estado, y nos atormentamos nosotros própios, á fin de que se admitan puntos de doctrina que no son fundamentales; semejandonos á aquel conquistador de la China, que excitó la rebelion universal de sus vasallos, porque los quiso precisar á que se cortaran los cabellos y las uñas. Hasta el zelo que manifestamos para obligar á aquellos que á nuestro cargo tenemos á que desempeñen las obligaciones de nuestra sacrosanta religion es muchas veces peligroso, y nunca pecará por sobra de contenido. Un emperador llamado Teodosio hizo pasar á cuchillo á todos los moradores de una ciudad, hombres, mugeres y niños, y habiendo querido luego entrar en una iglesia, un obispo llamado Ambrosio le cerró las puertas como á sacrilego y homicida, y en eso hizo una heroyca accion. Habiendo hecho el emperador la penitencia que requería delito tan enorme, y siendo admitido en la iglesia, se fué á poner en el sitio de los sacerdotes, y le sacó de alli el propio obispo, en lo qual obró como fanatico; tan cierto es que nin-

guno se debe fiar de su zelo. ¿Que importaba á la religion ni al estado que se sentase ó no este principe donde los sacerdotes?

De Paris, á 1 de la luna de Rebiab, 1, 1714.

CARTA LXII.

CELIS á USBEK, á Paris.

Habiendo cumplido tu hija siete años, he creido que ya era tiempo de meterla en los aposentos interiores del serrallo, sin esperar á que tubiera diez años para fiarsela á los eunucos negros. Nunca es sobrado temprano para privar á una chica de las libertades de la infancia, y darle una santa crianza en las sagradas paredes donde reside el pudor, que no me puedo avenir yo con el dictamen de aquellas madres, que no encierran á sus hijas hasta que están para casarlas, y antes las condenan que las destinan al serrallo, precisandolas á que abracen por fuerza una vida á que deberian haberlas acostumbrado. ¿Pues que, todo lo hemos de esperar de la razon, y nada de la dulzura de un habito contraido?

Inutil cosa es hablarnos de la subordinacion á que nos sugetó la naturaleza, que no basta que la conozcamos, es fuerza que la exercitemos para que nos defienda en el tiempo critico que empiezan á tomar vuelo las pasiones que á la independencia nos excitan.

Si la obligacion sola nos estrechará con vosotros, algunas veces nos podríamos olvidar de ella, y si la inclinacion no mas nos conduxese otra inclinacion mas fuerte pudiera acaso debilitarla. Mas quando las leyes nos dan á un hombre, nos quitan á todos los demas, y nos desvían de ellos tanto como si vivieramos á cien mil leguas de distancia.

Industriosa naturaleza en beneficio de los hombres no se ha ceñido á darles deseos, que ha querido que nosotras tambien los tubiesemos y fuesemos animados instrumentos de su felicidad. En nosotras ha encendido el fuego de las pasiones, para que vivieran ellos en sosiego, y si salen de su insensibilidad nos han destinado á que los tornemos á ella, sin poder nunca disfrutar nosotras del dichoso estado en que los ponemos.

No te imagines por eso, Usbek, que sea mas envidiable tu suerte que la mía, que aqui he gozado yo mil deleytes que tú no conoces. Sin cesar se ha afanado mi imaginacion en darme á conocer su valor; yo he vivido, y tú no has hecho otra cosa que vegetar. En esta misma carcel en que me retienes soy mas libre que tú. Quanto mas te afanas en guardarme, mas me complazco yo en tu zozobra; y tus sospechas, tus zelos, y tus pesadumbres son otras tantas muestras de tu dependencia.

Sigue, amado Usbek, haciendo que me zelen de día y de noche; no te fies ni aun en las precauciones ordinarias; aumenta mi felicidad afianzando la tuya, y sabete que no temo otra cosa que tu indiferencia.

Del serrallo de Ispahan, á 2 de la luna de Rebiab, 1, 1714.

CARTA LXIII.

RICA á USBEK, á ....

Creo que tienes animo de pasar toda tu vida en el campo. Al principio solo por dos ó tres días te ausentabas, y ahora ya hace quince que no te he visto. Verdad es que estás en una casa de campo hermosa, que encuentras en ella una compañía que te gusta, y que discurres á tu sabor, y no se necesita mas para que te olvides del mundo entero.

Yo por mí casi la misma vida tengo que quando estabas aqui; trato con mucha gente, y procuro conocerla; mi espiritu poco á poco se va desprendiendo de sus resabios asiaticos, y se doblega sin dificultad á las costumbres europeas. Ya no me pasmo de ver en una concurrencia cinco ó seis mugeres con otros tantos hombres, y se me figura que no es este estilo tan mal pensado.

Puedo afirmar que solo desde que estoy aqui conozco á las mugeres, y que mas sé de ellas en un mes que hubiera sabido en treinta años en un serrallo. En nuestro pais son uniformes todos los caracteres, porque están violentados, y no se ven las personas como ellas son, sino como las obligan á que sean; en esta esclavitud del corazon y el entendimiento, solo el miedo habla que no sabe mas que un idioma, nunca la naturaleza que de tan distintos modos se explica, y baxo tantos semblantes se presenta. El disimulo, entre nosotros arte tan usado y tan indispensable, aqui no es conocido; todo habla, todo se ve, todo se oye,

se descubre el pecho como la cara, y hay en las costumbres, en las virtudes, y hasta en los vicios no sé que de ingenuo.

Para gustar á las mugeres se necesita un talento distinto del que mas que todos les gusta, el qual consiste en cierta especie de festividad de ingenio que las divierte, porque cada instante parece que les promete lo que solo en ciertos intervalos á larga distancia les puede dar, y esta festividad que al parecer había destinado la naturaleza para los retretes ha formado la indole general de esta nacion. Aqui se chancean en el consejo, se chancean al frente de un exercito, y se chancean con un embaxador. Las profesiones parecen ridiculas á proporcion de la seriedad de los que las exercitan, y dexarían los medicos de hacer reir si abandonaran su lugubre trage, y si mataran á sus enfermos diciendo chistes.

De Paris, á 10 *de la luna de Rebiab*, 1, 1714.

CARTA LXIV.

El gefe de los eunucos negros á USBEK, á Paris.

Magnifico señor: me encuentro en un apuro, qual no te le puedo explicar; el serrallo se halla en un desorden y una confusion horrorosa; reyna la discordia entre tus mugeres; están divididos tus eunucos; solo murmuraciones y quexas se oyen; son desatendidas mis reconvenciones; parece que todo es permitido en este tiempo de desacato, y solo un titulo vano tengo yo en el serrallo.

Ninguna de tus mugeres hay que no se crea superior á las demas por su cuna, su hermosura, sus riquezas, su entendimiento y tu cariño, y que no alegue todos estos titulos para alcanzar todas las prerogativas. A cada instante se me apura mi sobrada paciencia, que solo me ha servido para disgustarlas á todas, no habiendo adelantado nada con mi prudencia, y mi mucha condescendencia, prenda tan rara en el puesto que ocupo.

¿Quieres, magnifico señor, que te diga el motivo de todos estos desordenes? Pues no es otro que tu corazon, y las tiernas finezas con que á tus mugeres las tratas. Si no me tubieras de la mano; si en vez de reconvenciones me permitieras hacer castigos; si no dexandote enternecer con sus lagrimas y suspiros me las enviaras á mí que no me enternezco nunca, en breve las acostumbraría yo al yugo á que se han de sugetar, y domaría su genio imperioso y altivo.

Sacado de edad de quince años de lo interior de la Africa, patria mía, me vendieron á un amo que tenía mas de veinte mugeres ó concubinas. Mi adusto y taciturno semblante le persuadió que sería bueno para el serrallo, y mandó que me pusieran en aptitud de desempeñar este ministerio, haciendome una operacion penosa al principio, pero que me fué mui provechosa luego, pues por ella pude grangear la confianza y la intimidad de mis amos. Entré en el serrallo, que para mí era un mundo nuevo. El primer eunuco, el hombre mas severo que he conocido en mi vida, le gobernaba con imperio absoluto: nunca se oían mentar disturbios ni contiendas; reynaba en todo él un profundo silencio; todos los dias del año se acostaban y se levantaban todas las mugeres á una misma hora; en el baño entraban por su turno, y salian á la

menor seña que les hacíamos; lo demas del día casi siempre estaban encerradas en su quarto. Llevaba la regla de que todo estubiese con el mayor aseo, y ponía en esto un cuidado indecible; la mas leve inobediencia la castigaba sin misericordia. Yo soy esclavo, decía, pero lo soy de uno que es amo vuestro y mío, y quando hago uso de la potestad que en vosotras me ha dado, no soy yo quien os castiga, que es él, prestandole yo mi brazo. Nunca entraban las mugeres en el quarto de mi amo, sin que él las llamase; y esta gracia la recibían con jubilo, y no se quexaban quando de ella se vían privadas. Finalmente yo que era el postrero de los negros en este tranquilo serrallo, era mas acatado que lo soy en el tuyo, donde mando en todos.

Asi que conoció este grande eunuco mi condicion, puso los ojos en mí, y me pintó á mi amo como capaz de desempeñar sus ideas y ser sucesor suyo en el cargo que ocupaba; y no le arredró mi mucha juventud, creyendo que supliría mi esmero por la experiencia. ¿Que mas te he de decir? de tal modo grangeé su confianza, que sin reparo ninguno fiaba de mí las llaves de los tremendos lugares que guardaba tantos años hacía. Baxo tan ilustre maestro aprendí el arte dificultoso de mandar, y me instruí en las maximas de un regimen inflexible; con él estudié el corazon de las mugeres, y me enseñó á aprovecharme de sus flaquezas, y no temer su arrogancia. A veces se complacía en ver como yo las llevaba hasta los ultimos atrincheramientos de la obediencia; luego las traía poco á poco, y quería que por un rato fingiera yo que cedía. Pero lo que había que ver era quando las ponía á dos dedos de la desesperacion, entre ruegos y baldones; sus lagrimas

las resistía sin ablandarse, y sentía contento con esta especie de triunfo. Así se han de gobernar las mugeres, decía mui satisfecho; su muchedumbre no me causa estorbo, que lo mismo gobernaría á todas las de nuestro gran monarca. ¿Como puede esperar un hombre que ha de cautivar su corazon, si unos fieles eunucos no cautivan primero su animo?

No solo tenía entereza, mas tambien penetracion; calaba sus pensamientos, y sus astucias; ni sus acciones estudiadas, ni su semblante fingido le escondían nada. Conocía sus mas secretas palabras, y sus obras mas ocultas. Unas le daban cuenta de lo que hacían otras, y remuneraba con gusto la mas mínima delacion. Como solo quando las avisaban entraban en el quarto de su marido, llamaba el eunuco á la que le parecía, y hacía que pusiera su amo los ojos en las que él protegía; prerogativa que era la recompensa de algun secreto que le habían revelado. Había convencido á su amo de que para el buen orden era indispensable que le fiase esta eleccion, para que tubiera mas autoridad. Así se gobernaba, magnifico señor, un serrallo que segun yo pienso, era el mas bien arreglado de la Persia entera. No me ates las manos, permite que me haga obedecer, y en ocho días renacerá el orden en el centro de la confusion, que esto es lo que pide tu gloria, y requiere tu seguridad.

De tu serrallo de Ispahan, á 9 de la luna de Rebiab, 1, 1714.

CARTA LXV.

USBEK á sus mugeres, al serrallo de Ispahan.

Sé que está el serrallo en confusion, lleno de contiendas y disturbios intestinos. ¡Quanto no os encomendé al despedirme la paz y la buena harmonía! Todas me lo prometisteis: ¿fué por engañarme? Vosotras fuerais las engañadas, si quisiera yo dar oidos á los consejos del primer eunuco, y hacer uso de mi autoridad para que vivierais como tan encarecidamente os lo tengo pedido; pero no sé valerme de medios violentos hasta que he probado los suaves. Así haced por amor de vosotras propias lo que no habeis querido hacer por el mío.

Con mucha razon se quexa el primer eunuco, diciendo que no haceis caso ninguno de él. ¿Como se compadece semejante conducta con la modestia de vuestra condicion? ¿No he fiado de el vuestra virtud, míentras yo estubiere ausente? ¿No es depositario de tan sagrado tesoro? El poco aprecio que de él haceis manifiesta que os son gravosos aquellos que os zelan porque vivais sin apartaros de las leyes del honor.

Ruegoos que mudeis de conducta, y os porteis de manera que pueda otra vez desechar las propuestas que en daño de vuestra libertad y sosiego me hacen. Yo quisiera que os olvidarais de que soy vuestro amo, y solamente os acordarais de que soy vuestro esposo.

De Paris, á 5 de la luna de Chaban 1714.

CARTA LXVI.

RICA á ....

Aqui la gente se aplica á las ciencias, no sé empero si son mui doctos. El que de todo duda, como filosofo, nada se atreve á negar como teologo; y este sugeto contradictorio siempre está contento consigo propio, con tal que le permitan ambas qualidades.

Es la manía de los Franceses presumir de ingenios, y la manía de los que de ingenios presumen componer libros. No hay sin embargo cosa peor imaginada; cuerda naturaleza había dispuesto que fueran transitorias las locuras de los hombres, y los libros las immortalizan. Debiera un majadero contentarse con haber aburrido á todos quantos han vivido con él, y todavia quiere hacer penar las generaciones venideras; quiere que triunfe su necedad del olvido, que hubiera podido disfrutar como el sepulcro; quiere en fin que sepa la posteridad que vivió, y que no ignore que fué un tonto.

Los escritores que mas yo desprecio son los recopiladores, que por todas partes van buscando arrapiezos de obras agenas, que en las suyas embuten, como quadros de flores en un jardin, no sacando ventaja ninguna á los oficiales de impresor, que coordinan letras, las quales combinadas forman un libro, en que no han puesto ellos mas que las manos. Quisiera que respetaran los libros originales; que se me figura especie de profanacion sacar las piezas de que se componen del sagrario

donde estan, exponiendolas á un desayre que no merecen.

¿Quando no tiene uno nada que decir, porque no se calla, y nos ahorra estos empleos dobles? = Quiero coordinarlo de otro modo. = Es Vd. sugeto de mucha habilidad. Viene á mi biblioteca, y pone abaxo los libros que estaban arriba, y arriba los que estaban abaxo: cierto que ha hecho una obra maestra.

Te escribo acerca de esto, porque estoy rebentando de colera con un libro que acabo de hojear, tan abultado que me pareció que contenia la ciencia universal; pero me he quebrado la cabeza, leyendole, y no he aprendido maldita la cosa.

De Paris, á 8 de la luna de Chaban, 1714.

CARTA LXVII.

IBEN á USBEK, á Paris.

Tres embarcaciones han llegado sin traerme carta tuya. ¿Estás malo, ó te complaces en darme sustos? Si en un pais donde no te estrecha vinculo ninguno te olvidas de mí, que harás en la Persia, y en el seno de tu familia? Pero me equivoco acaso, que eres tan amable que en todas partes hallarás amigos; el corazon es de todas las naciones, ni un pecho sensible puede menos de contraer vinculos nuevos. Yo te confieso que respeto las amistades antiguas, pero no siento entablarlas nuevas. En todas las tierras donde me he detenido he vivido como si hubiera de pasar toda mi vida en ellas; siempre he ansiado por el trato

con los hombres de bien, siempre he mirado con la misma compasion, por mejor decir con el mismo cariño, á los desgraciados, y he hecho igual aprecio de los que no se han cegado con la prosperidad. Este es mi genio, Usbek; en todas partes encontraré hombres, y me haré amigos.

Aqui hay un Gauro que despues de tí creo que ocupa el primer lugar en mi corazon; es el alma misma de la hombría de bien. Ciertos motivos particulares le han obligado á refugiarse á este pueblo, donde vive satisfecho con el fruto de un honrado comercio, en compañía de una muger á quien ama. Toda su vida está esmaltada con generosas acciones, y puesto que la esconde en la oscuridad, mas heroismo alienta en su pecho que en el de los mayores monarcas. Mil veces le he hablado de tí; le enseño todas tus cartas, reparo que le gustan mucho, y veo que tienes un amigo que no conoces.

Aqui verás sus principales aventuras, que aunque le haya repugnado mucho el escribirlas, no las ha podido negar á mi amistad, y yo las fio de la tuya.

Historia de AFERIDON y ASTARTE.

Soy nacido entre los Gauros, en una religion que acaso es la mas antigua del mundo. Fuí tan desdichado que primero tube amor que uso de razon. Apenas tenía seis años quando ya solo con mi hermana podía vivir; clavabanse mis ojos en ella; quando me dexaba un punto los encontraba bañados en llanto, y cada día que iba creciendo en edad crecía mi amor. Pasmado mi padre de tan violenta sympatía hubiera deseado casarnos, como era costumbre de los antiguos Gauros, intro-

ducida par Cambyses; pero el temor de los mahometanos baxo cuyo yugo vivimos impide que piensen los de nuestra nacion en estas sagradas alianzas, que mas bien que permitidas están mandadas por nuestra religion, y que imagenes tan vivas son de la union que ya ha formado la naturaleza.

Viendo pues mi padre el riesgo que había en seguir mi inclinacion y la suya se resolvió á apagar una llama que presumía naciente, pero que estaba ya en su mayor auge. Pretextó un viage, y llevandome consigo, dexó á mi hermana en poder de una de sus parientas, porque mi madre era muerta dos años hacía. No diré aqui qual fué la desesperacion de esta partida; abracé á mi hermana anegada en llanto; pero yo no le vertí, porque me había dexado como sin sentido el pesar. Llegamos á Teflis, y habiendo fiado mi padre de uno de nuestros parientes mi educacion, me dexó con él, y se volvió á su tierra: de alli á poco supe que por empeño de uno de sus amigos había conseguido que entrara mi hermana en el beiran del rey, donde estaba sirviendo á una sultana. Si me hubieran dicho su muerte no lo hubiera sentido mas, porque sin contar que ya no esperaba volverla á ver, para entrar en el beiran se había vuelto mahometana, y segun las preocupaciones de esta religion no podía menos de mirarme con horror. No pudiendo empero vivir en Teflis, aburrido de la vida y de mí propio me volví á Ispahan. Las primeras razones que á mi padre dixe fueron mui acerbas, afeandole que hubiese metido á su hija en un sitio donde no había podido entrar sin mudar de religion. Habeis irritado contra vuestra familia, le dixe, el enojo de Dios, y del sol que nos alumbra, y habeis cometido un pecado

mas grave que si hubierais amancillado los elementos, que habeis amancillado el alma de vuesra hija, que no era menos pura. Yo voy á perder la vida de pesar y de amor; ¡ y oxalá que sea mi muerte el unico castigo que Dios os tenga reservado ! Fuíme de casa habiendo dicho esto, y por espacio de dos años pasé mi vida mirando las paredes del beiran, y contemplando el sitio donde podia estar mi hermana, á peligro mil veces al dia de que me degollaran los eunucos que en torno de estos tremendos lugares rondaban.

Al fin se murió mi padre, y viendo la sultana a quien mi hermana servía que de día en día crecía su hermosura, zelosa de ella la casó con un eunuco que la quería con pasion. De este modo salió del serrallo, y tomó con su eunuco casa en Ispahan.

Mas de tres meses pasaron sin que pudiese hablar con ella, dando largas con diferentes pretextos todos los dias el eunuco, que era el mas zeloso de los mortales. Al cabo entré en su beiran, y me permitió hablar con ella por entre una zelosía. Con ojos de lynce no hubiera podido verla, tan envuelta estaba en sus vestidos y sus velos, y solo por el metal de la voz pude conocerla. ¡ Quanta fué mi agitacion al verme tan cerca y tan apartado de ella ! Contubeme no obstante, porque me exâminaban con atencion: ella me pareció que vertía algunas lagrimas. Su marido se esforzó á articular algunas vanas disculpas, pero yo le traté como al ultimo de los esclavos. Pusose mui confuso quando vió que hablaba con mi hermana en una lengua que él no sabía; que era el antiguo persa, nuestro idioma sagrado. ¿ Con que es cierto, hermana, le dixe, que has abandonado la religion de nuestros padres? Bien sé que para entrar en

el beiran tubiste que hacer profesion del mahometismo: mas díme si pudo consentir tu corazon, como consintió tu boca, en dexar una religion que me permite amarte. ¿ Y por quien la dexas, esa religion que tan preciosa debe sernos? Por un miserable marcado todavía con los grillos que le aprisionaron, y que sería el postrero de los hombres, si hombre fuera. Hermano, me respondió, ese hombre de quien hablas es mi marido; yo le debo honrar, aunque tan indigno te parece de honra, y sería la postrera de las mugeres, si..... ¡ Ha, hermana ! le dixe, tú eres Gaura, y ese hombre ni es esposo tuyo, ni puede serlo, y si eres fiel como tus padres, le debes mirar como un monstruo. ¡ Ay ! replicó, ¡ quan de lexos aparece á mi vista esa religion ! Apenas sabía yo sus preceptos quando tube que olvidarlos. Ya ves que esta lengua en que te hablo me cuesta trabajo explicarme en ella, pero está cierto de que la memoria de mi niñez siempre es para mí grata, que desde entonces solo falaces gustos he tenido, que no se ha pasado dia que no haya pensado en tí, que has tenido mas parte de lo que presumes en mi casamiento, y que si me he resuelto á él ha sido con la esperanza de verte. ¡ Mas quanto va á costarme este dia que ya tanto me ha costado ! Te miro fuera de tí, mi marido brama de rabia y de zelos; ya no te veré mas; esta es sin duda la vez postrera que te hablaré en mi vida, y si asi fuere no será larga. Enterneciése al decir estas palabras, y viendose imposibilitada á seguir la conversacion, me dexó el mas desconsolado de los mortales.

Pasados tres ó quatro dias solicité otra conversacion con mi hermana: bien me lo hubiera querido impedir el inhumano eunuco, pero sin contar con que no tiene esta especie de maridos las mismas

facultades en sus mugeres que los demas, estaba él tan perdido de amores de mi hermana que no era poderoso para negarle nada. La ví otra vez en el mismo sitio, y cubierta de los propios velos, acompañada de dos esclavos, por lo qual tube que explicarme en nuestro idioma peculiar. Hermana, le dixe, ¿de que proviene que no te puedo ver sin hallarme en una horrorosa situacion? Todo me enfurece; las paredes donde vives encerrada, esos cerrojos y esas rexas, esos miserables guardas que te custodian. Como has perdido la dulce libertad que disfrutaban nuestros antepasados? Tu madre, que tan casta era, no tenía con su marido otro fiador de su virtud que su virtud propia; uno y otro vivía feliz en una reciproca confianza, y era la sencillez de sus costumbres riqueza mil veces mas preciosa para ellos que ese brillo falaz que al parecer disfrutas en esta suntuosa casa. Con la perdida de tu religion has perdido tu libertad, tu dicha, y aquella preciosa igualdad que honra tu sexô. Y lo peor es que eres, no la muger, que eso no lo puedes ser, sino la esclava de un esclavo degradado de la humanidad. ¡Ha hermano! dixo, respeta á mi esposo, respeta la religion que he abrazado: segun esta religion no he podido ni oirte ni hablarte sin pecar. ¿Con que crees verdadera, hermana, le dixe fuera de mi, esa religion? ¡Ha, dixo, que fortuna la mía si no lo fuera! Es mui grande el sacrificio que le hago, mira si creeré en ella, y si mis dudas .... Aqui se calló. Sí, hermana, tus dudas, sean las que fueren son fundadas. ¿Que aguardas de una religion que te hace desventurada en este mundo, y no te da esperanzas en el otro? Contempla que es la nuestra la mas antigua que hay en el orbe; que siempre ha florecido en la Persia, y no tiene otra cuna

que este imperio, cuyo origen se ignora; que un mero acaso nos ha traido el mahometismo, y que no se ha establecido esta secta por la persuasion, sino por la conquista. Si no hubiera sido por la flaqueza de nuestros principes naturales, todavía verias reynar el culto de los antiguos magos. Considerate en los pasados remotos siglos, en todas partes encuentras el magismo, en ninguna la secta mahometana, que muchos miles de años despues no era aun nacida. Pero aun quando sea mi religion mas moderna que la tuya, respondió ella, á lo menos es mas pura, pues no adoramos mas que un Dios, y vosotros tributais cultos al sol, á las estrellas, al fuego, y hasta á los elementos. = Ya veo, hermana, que te han enseñado los musulmanes á calumniar nuestra sagrada religion. Ni adoramos los elementos ni los astros, ni los adoraron nunca nuestros padres; nunca les erigieron templos; nunca les ofrecieron sacrificios; tributaronles, sí, culto religioso, pero inferior, como á obras y manifestacion de la divinidad. En nombre de este Dios que nos ilumina, toma, hermana, este sagrado libro que te traygo, que es el de nuestro legislador Zoroastro; leele sin preocupacion; recibe en tu corazon los rayos de luz que te alumbrarán quando le leas; acuerdate de tus padres que tantos siglos reverenciaron al sol en la santa ciudad de Balk, y finalmente acuerdate de mí que de tu conversion sola espero sosiego, felicidad y vida. Con esto la dexé arrebatado, encomendando de ella sola la decision de lo que mas en la vida me podía importar.

Dos días despues volví. No la hablé, y esperé callando mi sentencia de vida ó muerte. Eres amado, hermano, me dixo, y amado por una Gaura. Largo rato he lidiado; pero ¡o Dioses,

quantas dificultades vence el amor ! ¡ Que aliviada me siento ! Ya no temo quererte en demasía ; ya puedo no poner coto á mi amor , que hasta su exceso es legitimo. ¡ Ha , que bien se aviene este estado con el de mi corazon ! ¿ Empero ya que has sabido romper los grillos que se había fraguado mi entendimiento , quando romperás los que me tienen atadas las manos ? Desde este instante me entrego á tí ; haz ver por la prontitud con que me aceptes en quanto aprecias esta dadiva. Hermano ; la vez primera que abrazarte pueda creo que expiraré en tus brazos. Nunca podré ponderar el gozo que con estas razones sentí ; me creí , y lo fui efectivamente en aquel momento , el mas dichoso de todos los mortales ; ví casi á punto de cumplirse quantos deseos en veinte y cinco años de vida había formado , y desvanecerse quantos pesares tan trabajosa me la habían tornado. Empero quando hube paladeado tan sabrosas ideas , reconocí que no estaba tan cerca mi ventura , como al principio me había figurado , puesto que había superado el mayor de todos los estorbos. Era forzoso frustrar la vigilencia de sus guardas ; de nadie me atrevía á fiar el secreto de mi vida ; yo no tenía mas que á mi hermana en el mundo , ella no tenía mas que á mí ; si erraba el tiro corría riesgo de que me empalaran ; pero la pena mas cruel era para mí errarle. Quedamos acordes en que me enviase á pedir un relox que le había dexado su padre , que metería yo dentro una lima , para aserrar las celosías de una rexa que caía á la calle , y una soga atada para baxar , y que no la volvería á ver , pero que me pondria todas las noches debaxo de la rexa hasta que pudiera ella salir con su intento. Quince enteras noches pasé sin ver á nadie , porque no había encontrado mi hermana

ocasion propicia : al fin la decima sexta oí una sierra trabajar ; de quando en quando se interrumpia el ruido , y en estos intervalos era imponderable mi susto. Despues de una hora de faena la ví que ataba la soga : se descolgó y se dexó caer en mis brazos. Entonces ya no conocí peligros , y estube mucho rato sin menearme ; luego la conduxe fuera del pueblo , donde tenía un caballo ensillado ; la puse á las ancas , y con quanta ligereza es imaginable me fui huyendo de un sitio que tan fatal podía sernos. Antes de amanecer llegamos á casa de un Gauro , que vivía parcamente del trabajo de sus manos en un hiermo adonde se había refugiado. No nos pareció acertado quedarnos con él , y por dictamen suyo nos metímos en una enmarañada selva , y nos albergamos en el hueco de una encina vieja y carcomida , hasta que se desvaneciese el rumor de nuestra fuga. Ambos vivíamos en esta solitaria morada , sin testigo , diciendonos contínuo que siempre nos amaríamos , y esperando ocasion de que solemnizase un sacerdote gauro la ceremonia de nuestro matrimonio , como la prescriben nuestros sagrados libros. ¡ Quan santa es esta union , hermana ! le dixe un día ; unidos por la naturaleza , va nuestra sacrosanta ley á estrechar esta union. Al fin vino un sacerdote á calmar la impaciencia de nuestro amor. Hizo en la choza de un labrador las ceremonias de nuestro enlace , nos echó la bendicion , y mil veces rogó al cielo que nos diese el vigor de Gustaspes y la santidad del Hohoraspes. De alli á poco salímos de Persia , donde no estabamos seguros , y nos refugiamos á la Georgia , donde vivímos un año , mas prendados cada día uno de otro. Mas como se me iba acabando el dinero , y temía no el caer yo en la miseria , sino que cayera en ella mi hermana , la dexé para

pedir socorro á mis parientes. Nunca hubo despedida mas tierna. Empero no solo fué inutil mi viage, mas tambien funesto, porque encontré mis bienes confiscados y mis parientes casi imposibilitados á socorrerme, y solo traxe cabalmente el dinero preciso para mantenerme mientras volvía á mi casa. ¡ Mas qual fué mi desesperacion quando me encontré en ella sin mi hermana! Pocos días antes de mi llegada habían hecho los Tartaros una incursion en el pueblo donde residía, y pareciendoles hermosa la cogieron y se la vendieron á unos judíos que iban á Turquía, no dexando mas que una niña que había parido unos meses antes. Fuí tras de estos judíos y los alcancé tres leguas de allí; pero fué en valde mi llanto y mis ruegos, que me pidieron por ella treinta tomanes, sin querer baxar un maravedí. Habiendo llamado á las puertas de todo el mundo, implorado sin fruto la compasion de los sacerdotes turcos y cristianos, traté con un mercader armenio; y le vendí á mi hija y á mí propio en treinta y cinco tomanes. Volví á los judíos, les dí treinta, y los otros cinco se los llevé à mi hermana; á quien no había visto aun. Ya eres libre, hermana, le dixe, y te puedo abrazar; aí tienes cinco tomanes; lo que siento es que no me hayan comprado mas caro. ¿ Pues que, me dixo, te has vendido? Sí, le respondí. ¡ Ha! ¿ que has hecho, deventurado? ¿ No era harto desdichada yo, sin que te afanaras tú en aumentar mi desdicha? Me consolaba con que eras libre, y el verte esclavo me va á costar la vida. ¡ Ay, hermano, que cruel es tu cariño! ¿ Y mi hija, que no la veo? Tambien la he vendido, repliqué. Deshechos ambos en llanto no tubimos fuerza para articular mas palabra. Finalmente me volví con mi amo; mas llegó mi hermana casi quando yo,

y postrandese á sus plantas le dixo: imploro de vos la esclavitud, como otros la libertad; llevadme con vos, y me venderéis mas cara que á mi marido. Entonces se suscitó un debate que arrasó en lagrimas los ojos de mi amo. ¡ Desventurado! decía mi hermana, ¿ Pensabas que había de admitir yo mi libertad á costa de la tuya? Señor aquí teneis dos infelices, que perderémos la vida, si nos separais. Interes vuestro es no separarnos; sabed que yo soy arbitro de su vida. Era el Armenio hombre piadoso, y le enternecieron nuestras desdichas. Servidme uno y otro, dixo, con zelo y fidelidad, y os prometo que dentro de un año os pondré en libertad. Bien veo que no mereceis uno ni otro vuestra fatal suerte. Si quando seais libres sois dichosos á proporcion de vuestro merito; si se os muestra propicia la fortuna, estoy cierto de que me resarciréis de mi perdida. Ambos estrechamos sus rodillas, y le seguimos en su viage. Nos aliviabamos mutuamente en las faenas de la esclavitud; y mi mayor satisfaccion era hacer yo las haciendas que habían encargado á mi hermana.

Concluyóse en fin el año, y cumplió nuestro amo su palabra dandonos libertad. Nos volvímos á Teflis, donde encontré á un amigo antiguo de mi padre, que exercitaba con fruto la medicina en la ciudad, este me prestó algun dinero, y empecé á comerciar. Luego mis negocios me traxeron á Esmirna, donde he tomado residencia. Aquí vivo seis años hace, disfrutando de la mas grata y mas amable compaña que hay en el mundo; en mi familia reyna la union, y no cambiaría mi suerte con la de ningun monarca del orbe. He tenido la fortuna de topar con el mercader armenio, á quien se lo debo todo, y de hacerle servicios mui importantes.

De Esmirna, á 27 de la luna de Gemadi, 2, 1714.

CARTA LXVIII.

RICA á USBEK, á....

El otro día fui á comer á casa de un golilla, que varias veces me había convidado, y despues de haber hablado de varias cosas le dixe: me parece, caballero, que su ministerio de Vd. es mui penoso. No tanto como Vd. se le figura, me respondió; y como nosotros le desempeñamos es una diversion. = ¿Pues que; no tienen Vds. siempre atestada la cabeza de asuntos agenos? ¿Y no están continuamente ocupados en cosas nada interesantes? = Razon tiene Vd. en decir que no son interesantes, porque á nosotros no nos interesan un bledo, y eso mismo hace que sea nuestro oficio tan poco trabajoso. Quando ví que se explicaba con tanto desenfado, seguí diciendole: no he visto su estudio de Vd. = ¿Como le ha de ver Vd. si no le tengo? Quando tomé este cargo, necesité dinero para pagarle; vendí pues mi biblioteca, y el librero que me la compró, de tantos tomos como en ella había no me dexó mas que mi libro de cuentas. No es esto decir que lo siento, porque nosotros los jueces no hacemos alarde de una ciencia vana. ¿De que nos sirven todos esos librotes de leyes? Casi todos los casos son hypoteticos, y se apartan de la regla general. ¿Y es imposible, caballero, le dixe, que sea Vd. quien los saque de ella? ¿Porque al cabo para que querían todos los pueblos del mundo leyes, si nunca se han de aplicar? ¿Y como las puede aplicar el que no las sabe? Si conociera Vd. la practica, replicó el magistrado, no hablaría como habla: nosotros tenemos comentarios vivos, que son los abogados; estos trabajan en vez de nosotros, y toman á su cargo el instruirnos. ¿Y á veces no toman tambien á su cargo el engañar á Vds.? le respondí. Están armados para dar al traste con su justicia; bueno fuera que lo estubieran Vds. para defenderla, y que no salieran al palenque con armas desiguales, contra hombres armados de punta en blanco.

De Paris, á 15 de la luna de Chaban, 1714.

CARTA LXIX.

USBEK á REDI, á Venecia.

Nunca te hubieras figurado que me había de hacer yo mas metafisico aun de lo que era: pues asi ha sido, y lo veras quando hayas aguantado este chaparron de filosofía.

Los filosofos mas cuerdos que acerca de la naturaleza divina han meditado, han dicho que era Dios un ser sumamente perfecto, pero han abusado portentosamente de esta definicion, haciendo una reseña de quantas perfecciones diversas puede poseer ó imaginar el hombre, y acinandolas con la idea de la divinidad, sin considerar que muchas veces eran contradictorios estos atributos, y no podian coexîstir en un mismo sugeto sin destruirse.

Dicen los poetas de Ocidente que un pintor, queriendo retratar la diosa de la hermosura, juntó las mas hermosas Griegas, y escogió lo mas perfecto de cada una de ellas, para formar un todo

que á la mas hermosa de las diosas se pareciese. Si de esto hubiese alguien colegido que era en uno rubia y pelinegra, que tenia los ojos negros y azules, el mirar apacible y altivo, se hubieran burlado de él todos.

Muchas veces falta en Dios una perfeccion que supone una imperfeccion mayor; puesto que siempre sea él propio su unico limite, y su unica necesidad. De suerte que aunque Dios es todo poderoso, ni puede faltar á sus promesas, ni engañar á los hombres. Otras veces no consiste su impotencia en él, sino en las cosas relativas; y por esta razon no puede mudar la esencia de los seres. Por tanto no es de extrañar que se hayan atrevido varios doctores nuestros á negar la presciencia infinita de Dios, fundandose en que no es compatible con su justicia. La metafisica corrobora mucho esta idea que tan atrevida parece, porque no es posible, segun sus principios, que prevea Dios las cosas que de la determinacion de causas libres dependen, porque lo que no ha sucedido no exîste, ni puede preveerse por consiguiente; que la nada, careciendo de propiedades, no puede ser objeto de intuicion. Dios no puede conocer una voluntad que no hay, ni ver en el alma una cosa que no está en ella, porque antes de haberse determinado no exîste en ella la accion determinante.

El alma es artifice de su propia determinacion; pero casos hay que está tan indeterminada, que no sabe adonde se determinará. Muchas veces se resuelve meramente por usar de su libertad; de suerte que no puede Dios ver de antemano su determinacion, ni en su propia accion, ni en la que exercen en ella los objetos externos,

¿Como ha de poder preveer Dios las cosas que

penden de la determinacion de las causas libres? De dos maneras solo pudiera verlas; por conjetura, cosa contradictoria con la presciencia infinita; ó como efectos necesarios que infaliblemente habían de seguirse de una causa que forzosamente los produxese; contradiccion todavía mas fuerte, pues hemos supuesto que el alma es libre, y entonces en la realidad obraría tan forzada como una bola de trucos, que empujada por otra se mueve.

No creas empero que quiera yo ceñir la ciencia divina. Dios que hace obrar las criaturas, como es su voluntad, conoce quanto quiere conocer. Mas aunque puede verlo todo, no siempre se sirve de esta facultad, y las mas veces dexa á la criatura la de obrar ó no obrar, para dexarle el merito ó el demerito, renunciando entonces del derecho que de obrar en ella y determinarla tiene. Pero quando quiere Dios saber una cosa siempre la sabe, porque le basta con querer que suceda como la ve, y determinar las criaturas segun su voluntad. Asi lo que es fuerza que suceda lo saca de la categoría de las cosas meramente posibles, prescribiendo por sus altos juicios las determinaciones futuras de los espiritus, y privandolos de la facultad que de obrar ó no obrar les ha dado.

Si es dable valerse de una comparacion en cosas tan superiores á toda comparacion, un monarca no sabe que ha de hacer su embaxador en un asunto importante; si quiere saberlo no tiene mas que mandarle que execute esto ó aquello, y podrá estar cierto de que ha de hacer lo que él determinare.

Sin cesar hablan contra la presciencia absoluta el alcoran y la ley judayca; vemos siempre en ambos que ignora Dios la determinacion futura de las voluntades, y parece que esta es la primera

verdad enseñada por Moises á los hombres. Establece en el paraiso terrenal à Adan, con la condicion de que no coma cierto fruto; mandamiento absurdo de parte de un ser que conociera las futuras determinaciones de las almas; ¿ porque como puede este ser otorgar baxo condicion una gracia, sin hacer escarnio de aquel á quien se la otorga? Lo mismo es eso que si uno que hubiese sabido la toma de Bagdad hubiera dicho á otro: cien tomanes te doy si no está Bagdad tomado. ¿No sería esta una burla mui necia?

¿ De que sirve, amado Redi, tanta filosofia? Tan alto está Dios, que ni siquiera las nubes que le encubren vemos, y solo por sus preceptos le conocemos. Es inmenso, espiritual, infinito. Midamos por su grandeza toda la flaqueza nuestra. La humildad es el culto que debemos tributarle.

De Paris, el postrero de la luna de Chaban, 1714.

CARTA LXX.

CELIS á USBEK, á Paris.

Tu amigo Soliman está desesperado con un agravio que le acaban de hacer. Un mozo atolondrado, llamado Sufis, pretendía, tres meses hace, casarse con su hija; parecía mui satisfecho con la figura de la novia por los informes y el retrato que de ella le habían hecho las mugeres que la habían visto quando niña; ya estaban acordes acerca de la dote, y no había habido tropiezo ninguno. Ayer, despues de las primeras ceremonias salió á caballo la novia, en compañia de su eunuco, y tapada, como es costumbre, de pies á cabeza; pero asi que llegó junto á casa del novio, le cerró este la puerta, jurando que no la admitiría si no le daban mas dote. Acudieron los parientes de ambas partes para componer el asunto, y Soliman, despues de haberlo resistido largo rato, se allanó á hacer un corto regalo á su yerno. Concluidas las ceremonias del matrimonio llevaron la muchacha á la cama con no poca violencia, pero al cabo de una hora se levantó mi atolondrado mui alborotado, hizo tajadas el rostro de la novia, y se la envió á su padre, sustentando que no estaba doncella. No te puedo pintar la impresion que ha hecho en Soliman tamaño agravio. Muchas gentes piensan que está la muchacha inocente. ¡ Que desdicha la de los padres que están expuestos á semejantes desayres! Creo que si trataran á mi hija del mismo modo, me caería muerta de la pesadumbre. Adios.

Del serrallo de Fatima, á 9 de la luna de Gemadí, 1, 1714.

CARTA LXXI.

USBEK á CELIS.

Mucho me compadezco de Soliman; eso mas que no tiene remedio su disgracia, y que no ha hecho mas su yerno que usar de la facultad que le da la ley; ley que me parece mui dura, pues expone la honra de una familia á la manía de un loco. En valde alegan que hay seguros indicios para conocer la verdad; ese es un error antiguo de que ya estamos desengañados, y los medicos de

muestran con razones sin replica que son falaces todas las señales. Hasta los propios cristianos las tienen por paparruchas, puesto que las asientan con la mayor claridad sus libros sagrados, y que funda en ellas su antiguo legislador la inocencia ó la condenacion de las solteras todas.

Con mucha satisfaccion he sabido el esmero con que atiendes á la educacion de tu hija. Plega á Dios que la encuentre su marido tan pura y tan hermosa como Fatima; que tenga diez eunucos que la guarden; que sea la flor y la honra del serrallo donde viva; que resida baxo dorados techos, y pisen sus plantas soberbias alfombras. ¡ Y oxalá que por cumulo de felicidad la vean mis ojos en toda su gloria!

De Paris, á 5 de la luna de Chalval, 1714.

CARTA LXXII.

RICA á USBEK, á ....

El día pasado estube en una concurrencia, donde encontré con uno mui satisfecho de sí propio. En quince minutos falló tres qüestiones de moral, quatro problemas de historia, y cinco puntos de fisica. Nunca ví calificador mas universal; nunca se paró su entendimiento ni con la mas leve duda. Dexaron las ciencias, hablaron de noticias, y decidió magistralmente acerca de noticias. Quise jugarle una pieza y dixe para mí; me voy á poner en parage seguro, hablandole de mi tierra. Mas no bien hube dicho quatro palabras sobre la Persia, quando me desmintió por dos veces, fundandose en la autoridad de los señores Tavernier y Chardin. ¡ Dios mío! decía yo en voz baxa, ¡ que hombre

este! Apuesto á que sabe las calles de Ispahan mas bien que yo. Resignéme pues, me callé, le dexé que charlase, y todavía está echando fallos.

De Paris, á 8 de la luna de Zilcadé, 1715.

CARTA LXXIII.

RICA á...

He oido mentar una especie de tribunal que llaman la academia francesa, que es el menos respetado de quantos tribunales hay en el mundo, porque dicen que asi que ha fallado reforma el publico sus sentencias, y le impone leyes que se ve obligado él á seguir. Poco tiempo ha que para asentar su autoridad publicó el codigo de sus fallos; codigo hijo de muchos padres que quando nació ya era casi viejo, y bien que legitimo, un bastardo que le había precedido casi le había sofocado en la cuna.

Los miembros de este tribunal no tienen mas ocupacion que charlar continuamente; el elogio se introduce como naturalmente en su perdurable parladuría, y luego que están iniciados en sus mysterios les entra la manía del panegyrico, y nunca los abandona. Tiene este cuerpo quarenta cabezas, llenas todas de figuras, metaforas y antitesis; sus quarenta bocas no articulan mas que exclamaciones; y sus oidos quieren que siempre resuene en ellos la cadencia y la harmonía. De los ojos no se trate, porque al parecer su oficio es hablar y no ver. No se tiene bien en pié; que el tiempo, que es su azote, le embate á cada instante, y destruye

todo quanto ha hecho. Dicen que antiguamente tenia mui codiciosas las manos; no te diré si es verdad, y dexo que lo decidan los que están mas bien informados que yo.

Extravagancias son estas que nunca se ven en Persia. No se aviene nuestro genio con estos raros y extraños establecimientos, y la sencillez de nuestras costumbres, y lo poco estudiado de nuestros estilos solo se complace en lo que es natural.

De Paris, á 7 de la luna de Zilhagé, 1715.

CARTA LXXIV.

USBEK á RICA, á......

Pocos días ha que me dixo un conocido mio: le he dado á Vd. palabra de presentarle en las principales casas de Paris, y le quiero llevar hoy á la de un magnate, que es uno de los primeros papeles de la monarquía. = ¿Que es eso de primer papel? ¿Es mas cortés y mas afable que los demas? No por cierto, me respondió. = Ha, ya entiendo: á cada instante acuerda á los otros la superioridad que en ellos tiene: si es asi, excusada es la visita, que yo se la dexo disfrutar á sus anchuras, y desde aqui me reconozco por su inferior.

Tube no obstante que ir á verle, y me encontré con un hombrecito tan tieso, tomó un polvo con tanta arrogancia, se sonó las narices con tanto desenfado, escupió con tanta flema, y alhagó á sus perros de un modo tan chocante para la gente, que no podía hartarme de hacer cruces. ¡Dios mio! decía para mi, si era este el papel que hacía yo en la corte de Persia, cierto que era el papel de un solemne majadero. Fuerza hubiera sido, Rica, que fueramos del mas perverso natural, si hubieramos hecho cien desayres á los que iban todos los días á nuestra casa á darnos pruebas de afecto. Como no teníamos que esforzarnos para que nos respetaran, nos esforzabamos á ser amables; nos comunicabamos á los mas menudos, y en medio de la opulencia que siempre endurece el corazon, nos hallaban compasivos; solo la superioridad de nuestro corazon vían, y nos abaxabamos á conocer sus necesidades. Mas quando en las solemnidades publicas había que sustentar la magestad del principe; quando teníamos que hacer que los extrangeros respetaran la nacion; en fin quando en los lances peligrosos era menester alentar á los soldados, subiamos cien grados mas de lo que habíamos baxado, se revestía de dignidad nuestro semblante, y decían á veces que no desempeñabamos tan mal nuestro papel.

De Paris, á 20 de la luna de Safar, 1715.

CARTA LXXV.

USBEK á REDI, á Venecia.

Menester es que te confiese que no he notado entre los cristianos aquella vehemente persuasion de su religion que vemos entre los musulmanes. En los primeros hay mucha distancia de la profesion á la creencia, de la creencia al convencimiento, y del convencimiento á la practica, y no es tanto la religion un manantial de santificacion, como

de contiendas en que se ingiere todo el mundo. Cortesanos, militares, y hasta las mugeres disputan con los eclesiasticos, y exîgen de ellos que les prueben lo que están resueltos á no creer, y no porque tengan para su incredulidad razon ninguna, ni porque hayan exâminado la verdad ó falsedad de la religion que desechan, que son rebeldes que se han resentido del yugo, y le han sacudido antes de conocerle. Por eso no son mas constantes en su incredulidad que en su fé, y viven en un fluxo y refluxo que los lleva y los trae sin cesar de una á otra. Uno me decía un día: yo creo en la inmortalidad del alma por medios años; mis opiniones penden absolutamente de la constitucion de mi cuerpo: segun que tengo mas ó menos espiritus animales, que digiere bien ó mal mi estomago, que es pesado ó sutil el ayre que respiro, que son ligeros ó fuertes los alimentos que como, soy espinosista, sociniano, catolico, impío ó devoto. Quando está el medico junto á mi cama, me encuentra mui docil el confesor. Bien sé estorbar que me atormente la religion quando tengo salud, pero la dexo que me consuele quando estoy malo; quando nada tengo que esperar del mundo se presenta la religion y con sus promesas se grangea mi animo, y consiento en entregarme en sus manos, y morir con la esperanza.

Siglos hace que libertaron los principes cristianos á todos los esclavos de sus dominios, alegando que el cristianismo hace iguales á todos los hombres. Verdad es que fué mui provechoso para ellos este acto de religion, que con él abatían á los grandes de cuyo poder sacaban la plebe. Despues han conquistado paises, donde han visto que les era util tener esclavos, y han permitido comprarlos

y venderlos, sin curarse del principio de religion que tanto habían alegado. ¿Que quieres que te diga? Verdad en este tiempo, mentira en aquel. ¿Porque no hacemos como los cristianos? Mui necios somos en no hacer faciles conquistas y establecimientos en felices climas (1), porque no es bastante pura el agua para nuestras abluciones, segun los principios del sagrado alcoran.

Gracias á Dios omnipotente que envió á Ali su gran profeta, el qual me ha enseñado una religion que se sobrepone á todos los humanos intereses, y es pura como el cielo de donde ha baxado.

De Paris, á 13 de la luna de Safar, 1715.

CARTA LXXVI.

USBEK á su amigo IBEN, á Esmirna.

Las leyes de Europa son terribles contra los que se dan la muerte á sí propios: les quitan, por decirlo asi, segunda vez la vida, los arrastran con ignominia por las calles, los declaran infames, y les confiscan los bienes. Pareceme Iben, que son contrarias á la justicia las tales leyes. ¿Quando vivo abrumado de dolor, de miseria, y de afrentas, porque me quieren estorbar que dé fin á mis pesares, y privarme con inhumanidad de un remedio que tengo en mi mano?

¿Porque quieren que me afane yo en beneficio

---

(1) Los mahometanos no quieren apoderarse de Venecia, porque no encontrarían agua en ella para sus purificaciones.

de una sociedad que me resuelvo á abandonar, y que cumpla con las condiciones de un convenio que no he pactado? La sociedad se funda en la utilidad reciproca: ¿pero quando se me hace gravosa, quien me quita que renuncie de ella? La vida se me ha concedido como un beneficio; luego la puedo restituir, quando dexa de serlo; que cesando la causa, tambien debe cesar el efecto.

¿Quiere el principe que sea yo su vasallo, quando no saco utilidad ninguna de mi sumision? ¿Pueden exigir mis conciudadanos la iniqua permuta de la utilidad suya con mi desesperacion propia? ¿A diferencia de todos los bienhechores me quiere condenar Dios á que admita gracias que me apenen? Tengo obligacion de cumplir con las leyes, mientras vivo baxo las leyes ¿pero quando ya no vivo, como me pueden obligar? Me dicen: perturbas el orden de la providencia. Dios unió tú alma á tu cuerpo, y tú los separas; con que te opones á sus juicios, y le haces resistencia.

¿Que significa esto? ¿Perturbo acaso el orden de la providencia quando mudo las modificaciones de la materia, quadrando una bola que habian hecho redonda las leyes primordiales del movimiento; esto es las de la creacion y la conservacion? Sin duda que no, pues me ciño á usar de la facultad que me fué dada, y en este sentido soy arbitro de perturbar á mi antojo la naturaleza entera, sin que pueda decir nadie que me opongo á la providencia.

¿Quando se haya separado mi alma de mi cuerpo, habrá menos orden ó menos harmonía en el universo? ¿Es de presumir que sea esta combinacion menos perfecta, y menos dependiente de las leyes generales, que el mundo pierda algo con ella, y que sean las obras de Dios menos

sublimes, ó por mejor decir menos inmensas? ¿Convertido mi cuerpo en una espiga de trigo, en un gusano, ó en una hierba, será entonces obra menos digna de la naturaleza, y desprendida mi alma de quanto terrenal en ella había será por eso menos noble?

Semejantes ideas, querido Iben, no tienen otro principio que nuestra loca vanidad. No conocemos nuestra nada, y queremos contra toda razon hacer raya en el universo, representar un papel, y ser de mucha importancia; nos figuramos que la naturaleza baxa de quilates quando se aniquila un ser tan perfecto como nosotros, y no nos convencemos de que un hombre mas ó menos en el mundo ¿que digo? todos los mortales juntos, cien millones de personas como nosotros no son mas que un sutil atomo imperceptible, que distingue Dios solo porque son inmensos sus conocimientos.

De Paris, á 15 de la luna de Safar, 1715.

CARTA LXXVII.

IBEN á USBEK, á Paris.

Me parece, amado Usbek, que para un fiel musulman menos que castigos son amonestaciones las desdichas. Mui preciosos días son los que nos proporcionan la expiacion de nuestras culpas. El tiempo de la prosperidad es el que debieramos acortar. ¿A que vale toda nuestra impaciencia, sino á manifestar que anhelamos á ser felices, sin

depender del que dispone de todas las felicidades, porque es la felicidad misma?

Si nuestro ser consta de dos seres, y si la necesidad de conservar esta union indica la sumision á las ordenes del criador, razon ha habido para prescribirla como ley religiosa, y si es un buen fiador de las acciones humanas esta misma necesidad de conservar la union, tambien la han debido hacer ley civil.

De Esmirna, el postrero de la luna de Safar, 1715.

CARTA LXXVIII.

RICA á USBEK, á ......

Te envío copia de una carta escrita por un Frances que se halla en España y creo que gustarás de verla.

« Seis meses hace que viajo por España y Portugal, y vivo en pueblos que desprecian á todos los demas, haciendo unicamente á los Franceses la honra de aborrecerlos.

Es la gravedad el caracter distintivo de ambas naciones, y se manifiesta de dos modos principalmente, por los anteojos y los bigotes. Los anteojos son prueba demostrativa de que el que los gasta es sugeto consumado en las ciencias y se ha engolfado en profundos estudios tanto que se le ha cansado la vista; de suerte que toda nariz ornada ó cargada de anteojos se reputa, sin contradiccion una nariz doctisima. El bigote es respetable por sí propio y no respecto á sus conseqüencias, puesto que no pocas veces acarrea

mucha utilidad al servicio del principe, y en provecho de la nacion, como lo mostró un celebre general portugues en la India (1), que encontrandose falto de dinero, se cortó uno de sus bigotes y envió á pedir veinte mil doblones sobre esta prenda á los vecinos de Goa, que inmediatamente se los prestaron, y luego desempeñó honradamente su bigote.

Bien se echa de ver que unos pueblos tan flematicos y graves como estos han de ser altivos, y efectivamente lo son, fundando su arrogancia en dos cosas de no poca entidad. Los que viven en el continente de España y Portugal tienen mucha vanidad, quando son lo que llaman cristianos rancios; esto es, quando no son oriundos de aquellos á quienes ha persuadido la inquisicion en los posteros siglos á que abracen la religion cristiana. Los que viven en Indias no tienen menos arrogancia quando contemplan que les asiste el merito sublime de ser, como dicen, hombres de casta blanca. Nunca hubo en el serrallo del Gran Señor sultana mas ufana con su hermosura, que lo está el ximio mas viejo y mas feo con la blancura de su cutis color de aceytuna, quando en un pueblo de la Nueva España se sienta con sus manos cruzadas á la puerta de la calle: sugeto de tamaña importancia, criatura tan perfecta no trabajará por todos los tesoros del orbe, ni se resolverá nunca á comprometer con una soez y mecanica industria la dignidad y la nobleza de su cutis. Porque se ha de saber que quando goza uno cierta prerogativa en España, por exemplo quando con las prendas que acabo de circonstanciar junta la de ser posesor

---

(1) Juan de Castro.

de una espada ancha, ó haber aprendido de su padre la habilidad de rascar una disonante vihuela, ya no trabaja, interesandose su pundonor en el sosiego de sus miembros. Quien se está sentado diez horas al dia consigue cabalmente doble aprecio que quien no lo está mas que cinco, porque se grangea la nobleza repantigandose en una silla.

Mas si bien hacen alarde todos estos enemigos del trabajo de una tranquilidad filosofica, no la tienen en el pecho, porque siempre están enamorados, y son los hombres mas dispuestos que hay en el mundo á morirse de puro derretidos baxo las rexas de sus damas, de manera que todo Español que no está acatarrado no es tenido por aficionado al *bello sexô*.

Primero son devotos, y despues zelosos. Se guardarán mui bien de exponer á sus mugeres á los embates de un militar acribillado de heridas, ó de un magistrado decrepito; pero las encerrarán con un fervoroso novicio que baxe los ojos, ó con un franciscano robusto que los levante. Permiten que salgan sus mugeres á la calle con los pechos al ayre, pero no que enseñen el talon, ó que descubran la punta del pié.

Dicen que en todas partes son crueles los rigores del amor, pero en España lo son mas que en qualquiera otra. Las mugeres sanan á los Españoles de sus quebrantos, pero es para darles otros, y muchas veces les queda una penosa y duradera memoria de una pasion ya muerta.

Usan de ciertas ceremonias corteses que parecerian mui impertinentes en Francia: asi nunca apalea un capitan á un soldado, sin pedir que le dé licencia, ni quema la inquisicion á un judío, sin rogarle que la perdone.

Los Españoles que no son quemados son tan

adictos á la inquisicion que fuera cargo de conciencia el quitarsela. Yo quisiera que estableciesen otra, no contra los hereges, sino contra los heresiarcas que atribuyen á frivolas ceremonias frayleras la propia eficacia que á los siete sacramentos, adoran todo quanto veneran, y es tanta su devocion que no tienen cristiandad.

Entendimiento claro y sana razon se encuentra en los Españoles, mas no se busque en sus libros. Vease una de sus bibliotecas; novelas á un lado, y escolasticos á otro; qualquiera diría que ha hecho ambas partes y reunido el todo un enemigo secreto de la razon humana. El unico buen libro que tienen es el que ha hecho ver lo ridiculo que eran todos los demas.

Han hecho inmensos descubrimientos en el nuevo mundo, y aun no conocen su propio continente; en sus ríos hay puentes que todavía no están descubiertos, y en sus montañas pueblos que no conocen. (1) »

Mucho celebraría, Usbek, de ver una carta escrita á Madrid, por un Español que viajase por la Francia, que bien creo que vengaría su nacion. ¡Que campo tan vasto para un sugeto flematico y contemplativo! Se me figura que empezaría la descripcion de Paris del modo siguiente. « Aquí hay una casa donde encierran á los locos: era de presumir que fuese la mas espaciosa del pueblo; mas no, que sería mezquino remedio para tanta enfermedad. Sin duda los Franceses que están reputados por tan de poco seso entre sus vecinos meten algunos locos en una casa, para que crean

(1) Las Batuecas.

que están en su juicio los que viven fuera.» Pero dexemos á mi Español. Adios, amado Usbek.

De Paris, á 17 de la luna de Safar, 1715. (1)

CARTA LXXIX.

El principal eunuco negro á USBEK, á Paris.

Ayer traxeron al serrallo unos Armenios á una esclava joven de Circasia á venderla. Yo la metí en los aposentos secretos, la desnudé y la exâminé con la escrupulosidad de un juez, y quanto mas la exâminaba mas perfecciones en ella descubría. Parecía que un pudor virginal las queria esconder de mi vista: vía yo con quanto pesar me obedecía, y como se sonroxaba de mirarse sin vestidos aun delante de mí, que libre de las pasiones que pudieran infundir susto al pudor soy como inanimado baxo el imperio de este sexô, y ministro de la modestia contemplo con castos ojos hasta las acciones mas libres, y solo la inocencia puedo inspirar.

Asi que la creí digna de tí baxé los ojos, le

(1) *Nota del traductor.* Tales eran en efecto las costumbres de los Españoles á principios del siglo decimo-octavo; en estos cien años han dado una vuelta entera. Ha quedado sin embargo en toda su robustez la supersticion, la ignorancia su compañera; ha crecido concentrandose el despotismo; se han estragado mas y mas las costumbres; se ha aumentado la general miseria, y no se sabe en que parará esta horrorosa progresion, si no la detiene una mudanza radical en la forma de gobierno, como no sea en la extincion de la nacion entera

púse un manton de grana, y una sortija de oro al dedo, me postré á sus plantas, y la adoré como reyna de tu corazon: pagué luego á los Armenios, y la escondí de los ojos de todos. ¡ Venturoso Usbek! mas beldades posees tú solo que quantas encierran todos los palacios de Oriente. ! Que gusto para tí encontrar quando vuelvas los mayores embelesos que tiene la Persia, y ver renacer en tu serrallo las gracias, al paso que se esfuerzan la posesion y el tiempo á destruirlas.

Del serrallo de Fatima, á 1 de la luna de Rebiab, 1, 1715.

CARTA LXXX.

USBEK á REDI, á Venecia.

Muchos gobiernos diferentes he visto, amado Redi, desde que estoy en Europa; que no es aqui como en Asia, donde en todas partes son unas mismas las reglas de la politica.

Varias veces me he afanado por averiguar que gobierno era mas conforme á la razon, y me parece que aquel es el mas perfecto que consigue sus fines con menos dificultad, de suerte que es mas perfecto el que conduce á los hombres del modo que mas con sus gustos y sus inclinaciones se aviene. Está cierto, querido Redi, de que en un estado no son los castigos mas ó menos crueles los que hacen que sean las leyes obedecidas. En los paises donde son moderadas las penas las temen tanto como en aquellos donde son tremendas y tyranicas.

Tanto en los gobiernos suaves como en los crueles siempre son los castigos graduales, y mas blandos ó mas rigorosos, segun son mas graves ó mas leves

los delitos. La imaginacion se adapta naturalmente á las costumbres del pais donde uno vive; ocho dias de carcel, ó una pequeña multa hacen tanta impresion en el animo de un Europeo criado en un pays de clemencia, como asusta la perdida de un brazo á un Asiatico. Cierto grado de pena le miran con cierto grado de temor, y cada uno toma una parte de él á su modo: la desesperacion de la afrenta sume en el mas hondo dolor á un Frances condenado á una pena que á un Turco no le quitaría un quarto de hora de sueño.

No noto por otra parte que en Turquía, en Persia y el Mogol se observe mas bien la policía, la justicia y la equidad que en las republicas de Holanda y Venecia, y aun en Inglaterra, ni que se cometan menos delitos, ó que asustados los hombres por el rigor de los castigos obedezcan mas bien las leyes.

Por lo contrario contemplo en estos estados un manantial perene de injusticias y vexaciones. Encuentro al principe, que es la ley misma, menos arbitro que en parte ninguna. Veo que en las epocas de rigor se excitan continuamente revueltas y motines que no tienen caudillo, y que quando es una vez menospreciada la autoridad violenta, nadie conserva la suficiente para restituirle su vigor: que la misma desesperacion de la impunidad fortifica el desorden y le aumenta: que en estos estados no hay revueltas poco importantes, ni media intervalo entre la murmuracion y el levantamiento: que no es necesario que procedan los sucesos mas importantes de causas mayores; por lo contrario que produce el mas leve acaso una gran revolucion, tan poco prevista las mas veces de los que la hacen como de los que son sus victimas.

Quando fué depuesto Osman, emperador de los

los Turcos, no tenía animo de cometer éste atentado ninguno de quantos le cometieron; solamente pedían con ruegos que les hiciesen justicia de algunos agravios: se oyó casualmente en la muchedumbre una voz, que nunca se ha sabido de quien fué, que nombró á Mustafá, y de improviso fué Mustafá aclamado emperador.

De Paris, á 2 de la luna de Rebiab, 1, 1715.

CARTA LXXXI.

NARGUM, enviado de Persia en Moscovia, á USBEK, á Paris.

No hay en todas las naciones del mundo, querido Usbek, ninguna que á los Tartaros se haya aventajado en la gloria, y la extension de sus conquistas. Este pueblo es el verdadero dominador del universo, todos los demas parecen destinados á ser sus esclavos; es en uno el fundador y el destructor de los imperios; en todos tiempos ha dado en la tierra pruebas de su poder, y ha sido en todos los siglos azote de las naciones.

Dos veces han conquistado los Tartaros la China, y todavía la retienen baxo su dominio, mientras que son señores de los vastos paises que forman el imperio del Mogol. Dueños de la Persia, ocupan el trono de Cyro y Gustaspes. Han avasallado la Moscovia; con nombre de Turcos han hecho inmensas conquistas en Asia, Europa y Africa, y dominan en estas tres partes del mundo.

Y si pasamos á siglos mas remotos, de ellos

salieron algunos de los pueblos que derribaron el imperio romano.

¿ Que son las conquistas de Alexandro comparadas con las de Gengis Kan ?

A esta nacion tan esforzada solo le han faltado historiadores que celebraran la memoria de sus portentosas hazañas.

¡ Quantas acciones dignas de la inmortalidad yacen sepultadas en el olvido ! ¡ quantos imperios han fundado , que ni sus nombres siquiera sabemos ! Unicamente ocupada esta nacion belicosa en su gloria presente , y cierta de vencer en todos tiempos , no ha pensado en vincular en los siglos venideros la memoria de sus pasadas conquistas.

De Moscou , á 4 de la luna de Rebiab , 1 , 1715.

CARTA LXXXII.

RICA á IBEN , á Esmirna.

Puesto que sean tan habladores los Franceses hay entre ellos una especie de dervises taciturnos, que llaman cartuxos. Dicen que quando entran en el convento se cortan la lengua ; ¡ y oxalá que se quitaran todos los demas dervises todo quanto por su profesion no les sirve de nada !

Y pues que tratamos de gentes taciturnas, te diré que hay otros mas extraños que los primeros, y que poseen una mui rara habilidad , y son unos que saben hablar sin decir nada , y entretienen una conversacion dos horas de tiempo , sin ser posible descifrarlos , ser su plagiario, ni acordarse de una palabra de quanto han dicho. Estos

tales son idolatrados de las mugeres , pero no tanto como otros á quien dotó naturaleza del arte amable de sonreirse al caso, esto es , á cada instante, y aprueban con festiva gracia todo quanto las damas dicen. Pero el cumulo del ingenio es encontrar agudeza en todo , y hallar mucho chiste en los dichos mas comunes.

Otros conozco á quien les ha ido bien metiendo en las conversacion cosas inanimadas , y haciendo que hable su casaca bordada , su peluquin , su caxa , su baston y sus guantes. Conviene empezar metiendo ruido con su coche en la calle , y dando recios aldabazos á la puerta , que estos anuncios captan la benevolencia del auditorio , y en siendo bueno el exôrdio se hacen tolerables las sandeces que luego se dicen , y que por fortuna vienen ya tarde.

Jurote que estas menudas habilidades , de que no se hace aprecio ninguno en nuestro pais , valen aqui mucho á los que tienen la dicha de poseerlas , y que un sugeto de sana razon luce mui poco en presencia de aquellos á quienes acompañan estas prendas.

De Paris , á 6 de la luna de Rebiab , 2 , 1715.

CARTA LXXXIII.

USBEK á REDI á Venecia.

Si hay un Dios, amado Redi, es fuerza que sea necesariamente justo, porque á no serlo fuera el mas perverso y mas imperfecto de todos los séres.

Es la justicia una relacion de congruidad que realmente existe entre dos cosas ; relacion que siem-

pre es la misma, sea qual fuere el ser que la considere, ora sea Dios, ora un angel, ora finalmente un hombre.

Verdad es que no siempre ven los hombres estas relaciones, que muchas veces las ven y se apartan de ellas, y que lo que mejor ven siempre es su propio interes. La justicia alza el grito, pero apenas se oye con el alboroto de las pasiones.

Los hombres pueden cometer injusticias, porque tienen interes en ser injustos, y prefieren su propia satisfaccion á la agena. Siempre obran en virtud de un retroceso en sí propios; que ninguno es malo sin motivos; menester es que haya una razon determinante, y esta siempre es razon de interes. Mas es imposible que cometa nunca Dios injusticia ninguna; una vez que vé la justicia es fuerza que necesariamente la siga, porque no necesitando de nada, y bastandose á sí propio, fuera el mas perverso de todos los seres, pues sería injusto sin interes.

De suerte que aun quando no hubiera Dios, siempre debieramos amar la justicia; quiero decir afanar por hacernos semejantes á este ser de que nos formamos tan sublime idea, y que, si exîstiera, sería necesariamente justo; y exêntos del yugo de la religion no lo debieramos estar del de la equidad.

Esto me hace creer, Redi, que es eterna la justicia, y no pende de los pactos humanos. Y si de ellos pendiese, fuera esta una verdad tremenda que deberíamos esconder de nosotros propios. Cercados vivimos de hombres mas fuertes que nosotros que nos pueden perjudicar en mil maneras diversas, y las tres quartas partes de la vida impunemente: ¡pues con quanto descanso sabemos que en el corazon de todos ellos hay un principio interno que milita en nuestro favor, y nos preserva de que nos asesten sus tiros! Sin eso deberíamos vivir en continuo susto; pasariamos junto á los hombres como junto á los leones, y no estaríamos ni un punto seguros de nuestro caudal, nuestra honra y nuestra vida.

Todas estas meditaciones me irritan contra los doctores que retratan á Dios como á un ser que exercita con tyranía su poder; que afirman que obra como no quisieramos obrar nosotros mismos por temor de ofenderle; que le achacan todas quantas imperfecciones castiga en nosotros, y en sus contradictorias opiniones le figuran ora como un ser perverso, ora como uno que aborrece el mal y le castiga.

¡Que satisfaccion es para un hombre, quando se exâmina, ver que es justo su corazon! Aunque tan severo sea este contento, le debe colmar de jubilo; que se mira tan superior á los que no le disfrutan como lo es á los tigres y á los osos. Sí, Redi; si estubiera cierto de seguir inviolablemente la equidad cuya idea arquetipa tengo presente, me reputaría el mayor de los humanos.

De Paris, á 1 de la luna de Gemadí, 1715.

CARTA LXXXIV.

RICA, á ....

Ayer fuí ál quartel de invalidos, y si fuera principe mas quisiera ser autor de este establecimiento que haber ganado tres batallas. En todas partes se descubre aqui la mano de un gran monarca,

y creo que es el mas respetable sitio de la tierra.

¡Que espectaculo es contemplar reunidas en un lugar mismo todas estas victimas de la patria que solo por defenderla alientan, y que habiendo perdido la fuerza, sin perder los bríos, solo se quexan de que no se pueden volver á sacrificar por ella!

¡Que cosa hay mas portentosa que ver estos guerreros quebrantados observar en este albergue una disciplina tan rigorosa, como si se hallaran en presencia del enemigo, buscar su satisfaccion postrera en este simulacro de la guerra, y partir su inteligencia y su corazon entre las obligaciones de la religion y del arte militar!

Quisiera yo que se conservaran en los templos los nombres de los que pierden la vida por la patria, y se escribieran en archivos que fuesen como el manantial de la nobleza y la gloria.

De Paris, á 15 de la luna de Gemadí, 1, 1715.

CARTA LXXXV.

USBEK, á MIRZA á Ispahan.

Ya sabes, Mirza, que varios ministros de Cha-Soliman habían proyectado obligar á todos los Armenios de Persia á salir del reyno, ó que se hicieran mahometanos, creyendo que siempre estaría profanado nuestro imperio, mientras conservase estos infieles en su seno.

Allí hubiera dado fin la grandeza de la Persia, si se hubieran escuchado en este lance los consejos de una ciega devocion. No sabemos como no se llevó el plan á efecto; que ni los que hi-

cieron la propuesta, ni los que la desecharon conocieron las conseqüencias que acarreaba; valió el acaso por la razon y la politica, y se libró el imperio de mas grave riesgo, que el que con la perdida de una batalla y de dos ciudades hubiera corrido.

La proscripcion de los Armenios hubiera destruido en solo un día á todos los negociantes, y casi todos los artesanos del reyno. Cierto estoy de que mas hubiera querido el gran Cha-Abas cortarse ambos brazos que firmar semejante decreto, y que hubiera creido que cedía la mitad de sus dominios al Mogol y á los demas soberanos de la India, enviandoles sus mas industriosos vasallos.

Las persecuciones que á los Gauros han suscitado nuestros mas fervorosos mahometanos han precisado á aquellos á que se pasaran en exercitos á la India, privando la Persia de un pueblo tan dado á la labranza, y que á esfuerzos de su improbo trabajo podía él solo triunfar de la esterilidad de nuestro suelo. Otro golpe mas quería darnos la devocion, que era acabar con la industria: asi sé desplomaba el imperio por su propio peso, y con él, por conseqüencia necesaria, se venía á tierra esa misma religion que querían que floreciera.

Discurriendo, Mirza, sin preocupacion, no sè si no fuera util que hubiese en un estado muchas religiones. Los sectarios de las religiones toleradas se nota que por lo comun son mas utiles á su patria que los que profesan la dominante, porque lexos de los cargos, y no pudiendo hacerse lugar, como no sea por su opulencia y riquezas, se esfuerzan á grangearlas con el sudor de su frente, y abrazan las mas duras profesiones de la sociedad.

Como por otra parte contienen todas las religiones preceptos provechosos para la sociedad, conviene que sean puntualmente observadas. ¿Pues que cosa hay mas propicia para animar su fervor que su muchedumbre? Unas competidoras son que nada se perdonan; descienden los zelos hasta los particulares; cada uno está alerta, temeroso de hacer cosas que redunden en desdoro de su partido, y le expongan á los denuestos y á la aspereza de los baldones del contrario. Por eso siempre se ha notado que la introduccion de una nueva secta en un pais era el medio mas eficaz de enmendar todos los abusos de la antigua.

Vano es alegar que tiene interes el principe en no consentir muchas religiones en sus dominios; que quando se reunieran en ellos todas las sectas del mundo, no le traerían perjuicio ninguno, porque ninguna hay que no mande la obediencia, y predique la sumision.

Confieso que están llenas las historias de guerras de religion, pero mirandolo bien, no ha sido la muchedumbre de religiones la que estas guerras ha ocasionado, sino el espiritu de intolerancia que animaba la que se creía dominante.

Las ha ocasionado el espiritu de proselytismo que se pegó á la judíos de los Egypcios, y que de aquellos, como una enfermedad epidemica y popular, ha cundido á los mahometanos y á los cristianos.

Las ha ocasionado en fin aquel espiritu de demencia, cuyos progresos solo á un eclipse total de la humana razon se pueden atribuir. Porque finalmente, aun quando no fuera cosa inhumana atormentar la conciencia agena, aun quando no resultase de aqui ninguno de los fatales efectos que á millares acarrean, menester fuera estar loco

para obrar asi. El que quiere que mude yo de religion sin duda lo quiere asi porque no dexaría él la suya, si pretendieran violentarle á ello: ¿pues porque extraña que no haga yo lo que acaso no hiciera él, si le dieran el imperio del mundo?

De Paris, á 26 de la luna de Gemadí, 1, 1715.

CARTA LXXXVI.

RICA á ....

Aqui parece que se gobiernan las familias por sí solas. El marido solo un mero simulacro de autoridad tiene en su muger, el padre en sus hijos, el amo en sus esclavos. En todas sus contiendas toma parte la justicia, y estoy cierto de que siempre falla contra el marido zeloso, el padre displicente, y el amo incomodo.

Pocos dias hace que fuí al sitio donde se administra la justicia. Antes de llegar es menester pasar por las armas de una infinidad de tenderas jovenes que llaman á uno con voz alhagüeña. Esta escena es bastante risueña, pero luego se torna lugubre, asi que se entra en unos salones, donde solo se ven gentes que llevan un trage mas lugubre todavía que el semblante. Al cabo penetra el curioso en el sitio sagrado donde se revelan todos los secretos de las familias, y se ponen patentes las mas escondidas acciones.

Aqui viene una modesta doncella á confesar los tormentos de una virginidad que ha guardado sobrado tiempo, sus combates, y su penosa resistencia; y lexos de ufanarse con su triunfo, ame-

naza de que va á dexarse vencer, y para que no ignore su padre sus necesidades, las dice delante de todo el mundo.

Luego viene una muger descarada circunstanciando los agravios que á su esposo ha hecho, como motivos de separarse de él; y con igual modestia dice otra que está aburrida de que la tengan por casada, sin disfrutar los contentos del matrimonio; revela los mysterios escondidos en la noche del hymeneo; quiere que la escudriñen las miradas de los peritos mas lynces, y que la reponga una sentencia en todos los derechos de la virginidad. No faltan otras que se atreven á retar á sus maridos, desafiandolos á una lid en publica palestra, que es tan ardua en presencia de testigos; prueba no menos infamante para la muger que la sustenta, que para el marido que en ella es vencido.

Infinitas doncellas robadas ó seducidas pintan á los hombres mucho peores de lo que ellos son. El amor litiga sin cesar en este tribunal; y solo se habla en él de padres enojados, de doncellas engañadas, de amantes sin fé, y de maridos desgraciados.

Segun la ley que en él se sigue, todo hijo que nace mientras el matrimonio se reputa del marido, y por mas razones que este alegue para creer lo contrario la ley lo cree por él, y le ahorra el trabajo de tomar informes y formar escrupulos.

En este tribunal se falla á pluralidad de votos, pero dicen que ha probado la experiencia que valiera mas seguir el dictamen del menor numero; y es cosa mui natural, porque hay pocos que tengan recta la razon, y todo el mundo confiesa que hay infinitos que ven las cosas al reves de lo que son.

De Paris, á 1 de la luna de Gemadí, 2, 1715.

CARTA LXXXVII.

RICA á ....

DICEN que es el hombre animal sociable, y si es la verdad me parece que un Frances es mas hombre que ningun otro, y que es el hombre por antonomasia, pues parece únicamente destinado á la sociedad. Pero entre ellos he notado algunos que no solo son sociables, mas tambien la sociedad universal. En todos los parages se multiplican; en un momento pueblan los quatro angulos de una ciudad; cien hombres de esta especie hacen mas bulto que dos mil ciudadanos, y á vista de los extrangeros pudieran reparar los estragos del hambre y la peste. Preguntan los escolasticos si se puede hallar un cuerpo en muchos sitios en un mismo instante, y estos son una prueba de lo que ponen en duda los filosofos.

Siempre están de priesa porque tienen el que hacer importante de preguntar á quantos ven de donde vienen, y adonde van. Nadie les quitará de la cabeza que requiere la politica hacer una visitas diaria al publico en particular, sin contar las que hacen en globo en los sitios donde concurre la gente; pero como esto es echar por el atajo, en las reglas de su etiqueta no se cuenta.

Mas gastan las puertas de calle á aldabazos que el viento y el granizo. Si se exâminaran las listas de todos los porteros, cada dia se encontraria en ellas su nombre desfigurado de mil modos en los garabatos que aquellos escriben. La vida la pasan acompañando entierros, dando pesames de duelo,

ó enhorabuenas de casamiento. No hace el rey una promocion en ninguno de sus vasallos, sin que les cueste á ellos una visita para manifestarle su jubilo. A la noche se recogen á su casa abrumados de cansancio, y se acuestan para volver al otro dia á su acostumbrada tarea.

El dia pasado se murió de fatiga uno de ellos, y grabaron este epitafio en su sepulcro. «Aqui descansa el que nunca tubo descanso. Acompañó quinientos y treinta entierros. Asistió al bautismo de dos mil seiscientas y ochenta criaturas. Las pensiones de que dió la enhorabuena á sus amigos, siempre en terminos distintos, ascienden á diez millones seiscientos ochenta y quatro mil reales; el camino que por las calles andubo á nueve mil seiscientos estadios, y á treinta y seis el que andubo por el campo. Era mui amena su conversacion; tenía un caudal hecho de trescientos sesenta y cinco cuentos, y sin eso poseía desde mozo ciento diez y ocho apotegmas sacados de los antiguos que empleaba en los lances importantes. Murió á los sesenta años de edad. Aqui me callo, caminante, que no es posible decirte menudamente todo quanto vió y todo quanto hizo.»

De Paris, á 3 de la luna de Gemadí, 2, 1715.

CARTA LXXXVIII.

USBEK á REDI, á Venecia.

En Paris reyna la libertad y la igualdad. Ni la cuna, ni la virtud, ni aun las mas brillantes proezas marciales eximen á un hombre de la muchedumbre donde se halla confundido. Los zelos de

gerarquía no se conocen, y dicen que el primero de Paris es el que mejores caballos pone á su coche.

Un magnate es uno que ve al rey, que habla con los ministros, y tiene nobles ascendientes, deudas y pensiones: si con esto puede disfrazar su ociosidad con mascara de hombre ocupado, ó fingiendose apasionado á diversiones, se presume el mas feliz de los humanos.

No hay en Persia otros magnates que aquellos á quienes encomienda el monarca parte del gobierno; aqui los hay por su nacimiento; pero no gozan de credito ninguno. Los reyes son como aquellos habiles artifices que para executar sus labores siempre se valen de las maquinas mas sencillas.

La principal divinidad de los Franceses es la privanza, y su sumo sacerdote que le sacrifica infinitas victimas el ministro. Los que en torno de él están no llevan vestidos blancos, y ora sacrificadores, ora sacrificados, se ofrecen espontaneamente á su idolo con el pueblo entero.

De Paris, á 9 de la luna de Gemadí, 2, 1715.

CARTA LXXXIX.

USBEK á IBEN, á Esmirna.

No se diferencia la sed de gloria de aquel instinto que tienen de conservarse todas las criaturas. Parece que aumentamos nuestro ser, quando le grabamos en la memoria de los demas, y que grangeamos una vida nueva, que no menos preciosa es para nosotros que la que recibimos del

cielo. Pero asi como no todos tienen igual apego á la vida, tampoco ansian igualmente por la gloria. Siempre está tan hidalga pasion estampada en los pechos de todos; empero la modifican de mil maneras la imaginacion y la crianza.

Esta diferencia que entre un hombre y otro media, se nota mas todavía de pueblo á pueblo.

Podemos sentar por maxîma inconcusa que en cada estado crece el ansia de gloria con la libertad de sus moradores, y disminuye con ella; que nunca fué compañera la gloria de la esclavitud.

Decíame días pasados un sugeto de razon; en Francia somos baxo muchos respetos mas libres que en Persia, por eso somos mas amantes de la gloria. Esta manía feliz hace que executen los Franceses con gusto y satisfaccion lo que de sus vasallos no puede recavar el Sofí sin ponerles continuamente delante el castigo y el premio. Por eso entre nosotros el principe patrocina el honor del postrero de sus vasallos. Para mantenerle hay tribunales respetables, que es el sagrado tesoro de la nacion, el unico de que no es arbitro el soberano, porque no puede serlo sin perjudicar á su propio interes. De suerte que si se encuentra un vasallo ofendido en su honor por su principe, ora sea por una repulsa injusta, ora por el mas leve desayre, al momento dexa el palacio, el cargo, el servicio, y se retira á su casa.

La diferencia de la tropa francesa y la de los otros pueblos estriba en que la de estos constando de esclavos naturalmente cobardes, solo por temor del castigo arrostran la muerte, cosa que produce en los animos una nueva especie de terror que los dexa como estupidos, mientras

que la primera se presenta contenta á los tiros, y pierde el miedo con una satisfaccion superior á los riesgos.

Pero donde parece que reside el sagrario del honor, la reputacion y la virtud es en las republicas, y en los pueblos donde se puede articular el nombre de patria. En Roma, en Atenas y en Lacedomonia remuneraba el honor solo los mas señalados servicios. Era imponderable recompensa de la ganancia de una batalla ó la conquista de una ciudad una corona de roble ó de laurel, una estatua, ó un elogio. Alli al que había hecho una noble accion su misma accion le servía de recompensa. Nunca podía mirar á uno de sus conciudadanos sin sentir la satisfaccion de ser un bienhechor suyo; y por el numero de ellos valuaba el de sus servicios. Todo hombre es capaz de hacer un beneficio á otro hombre; empero aquel es semejante á los dioses que contribuye á la felicidad de un pueblo entero.

¿Mas no ha de estar totalmente apagada tan hidalga emulacion en los pechos de los Persianos donde son todos los empleos y dignidades atributos del antojo del soberano? Alli se tienen por seres fantasticos la virtud y la reputacion, si no las acompaña la privanza del principe; que con ella nacen, y con ella mueren. Uno que disfruta la estimacion publica hoy nunca está cierto de no verse mañana deshonrado. Hoy le tenemos general del exercito, y no sabemos si va el principe á hacerle su cocinero, sin que le quede esperanza de otro elogio que el de haber aderezado bien un plato.

De Paris, á 11 *de la luna de, Gemadí*, 2, 1715.

CARTA XC.

USBEK al mismo, á Esmirna.

De esta general pasion de gloria que tienen los Franceses se ha formado en el espiritu de los particulares un no sé que que llaman pundonor, que propiamente es el caracter distintivo de cada profesion, pero mas notable en los militares en quien es el pundonor por antonomasia. Mui dificil fuera darte á entender que cosa es, porque no tenemos nosotros idea exâcta de él.

Antiguamente los Franceses, con especialidad los nobles, no seguían otras leyes que las del pundonor; por ellas arreglaban la conducta de su vida, y tan severas eran que sin un castigo mas cruel que la muerte no era posible, no digo yo violarlas, mas tampoco eludir sus mas leves preceptos.

Siempre que se trataba de terminar una contienda no prescribían casi mas que una sola manera de fallar, que era el duelo, el qual cortaba todas las dificultades. Y era lo peor que muchas veces se terminaba la contestacion por otras partes que las interesadas. Con poco que conociese uno á otro, era fuerza que se metiera en la contienda, y aventurase su persona, como si él propio fuese el enojado. Siempre se tenía por honrado con esta eleccion, y con preferencia tan alhagüeña; y uno que no hubiera querido dar quatro quartos por librar á un tal de la horca, con toda su familia, no ponía reparo ninguno en aventurar por él mil veces la vida.

Este

Este modo de fallar estaba mui mal imaginado, porque no se colegía de que fuese uno mas diestro ó mas fuerte que otro que le asistiera mas razon. Por eso le han vedado los reyes baxo las mas severas penas, pero en valde, porque el honor que siempre quiere ser el arbitro, se amotina, y desobedece á la ley. De suerte que se encuentran los Franceses en un estado violento, porque las mismas leyes del honor obligan á que se vengue un hombre que le tiene, y por otra parte quando se venga le castiga la justicia con las mas rigorosas penas. Quien sigue las leyes del honor pierde la vida en un patibulo; quien las de la justicia queda perpetuamente excluido de la sociedad de los hombres, sin que haya otra alternativa que morir, ó vivir sin ser digno de la vida.

De París, á 18 de la luna de Gemadí, 2, 1715.

CARTA XCI.

USBEK á RUSTAN, á Ispahan.

Aqui anda un hombre disfrazado de embaxador de Persia, que se burla con descaro de los dos mayores monarcas del orbe. Al rey de los Franceses le trae regalos que no enviaría el nuestro á un reyezuelo de Irimeta ó Georgia, y con su villana avaricia ha empañado la magestad de ambos imperios. Se ha hecho risible á los ojos de un pueblo que se precia del mas culto de Europa, y dado pié para que digan en el Ocidente que el rey de reyes manda en barbaros. Las honras que le han tributado parece que quería él que le

fuesen negadas, y como si hubiera la corte de Francia hecho mas aprecio de la grandeza persiana que él, le ha presentado con dignidad á un pueblo que le desprecia.

No publiques esto en Ispahan, y no comprometas la vida de un desdichado, que no quiero que le castiguen los ministros por la imprudencia de ellos propios, y por la indigna eleccion que de él han hecho.

De Paris, el postrer dia de la luna de Gemadí, 2, 1715.

CARTA XCII.

USBEK á REDI, á Venecia.

El monarca que tanto tiempo ha reynado en Francia ha cesado de vivir (1). Mucho ha dado que hablar en vida, y todo el mundo se ha callado asi que ha muerto. Entero y animoso en sus ultimos instantes parece que solo al destino ha cedido. Lo mismo murió el gran Cha-Abas, despues de haber llenado la tierra entera de su fama.

No pienses que este grande acontecimiento solo á reflexiones morales haya dado aqui motivo. Cada uno ha pensado en hacer su negocio, y sacar ventaja de esta mudanza. Como el rey, biznieto del difunto monarca, no tiene mas que cinco años, un principe, tio suyo, ha sido nombrado regente del reyno.

(1) Luis XIV murió el dia 1 de setiembre de 1715.

El rey difunto habia otorgado un testamento que limitaba las facultades del regente, pero este habil principe ha ido al parlamento, y habiendo alegado los derechos de su nacimiento ha hecho anular las disposiciones del monarca, que aspirando á sobrevivirse á sí propio parece que pretendía reynar hasta despues de su muerte.

Parecense los parlamentos á aquellas ruinas que hollamos baxo las plantas, pero que nos recuerdan la idea de algun celebre templo. La administracion de la justicia es casi la unica funcion que ahora desempeñan, y es siempre flaco su poder, hasta que una coyuntura impensada les restituye vigor y vida. Estos vastos cuerpos han seguido la vicisitud de las cosas humanas, rindiendose al tiempo que todo lo destruye, á la corrupcion de costumbres que todo lo ha enflaquecido, á la potestad soberana que todo lo ha derribado. Pero el regente que se ha querido congraciar con el pueblo ha dado al principio muestras de respeto á estos simulacros de la libertad publica, y como si fuera su animo restaurar el templo y el idolo, ha querido que fuesen mirados como apoyo de la monarquía, y cimiento de toda legitima autoridad.

De Paris, á 4 de la luna de Rhegeb, 1715.

CARTA XCIII.

USBEK á su hermano, SANTON del monasterio de Casbin.

Me humillo y me postro ante tí, Santon sagrado, y contemplo las huellas de tus pies, como las

niñas de mis ojos. Tanta es tu santidad que se me figura que tienes el corazon de nuestro santo profeta; al mismo cielo asombran tus penitencias; los angeles contemplandóte desde lo alto de la gloria dicen: ¿pues como está todavía en la tierra, quando mora su espiritu con nosotros, y vuela en derredor del trono asentado en las nubes?

¿Como no te he de honrar yo que de nuestros doctores he sabido que hasta entre los infieles tienen los dervises cierto caracter de santidad que los hace respetar de los verdaderos creyentes, y que ha escogido Dios en todos los angulos de la tierra almas mas puras que las otras, separandolas del mundo impío, para que con mortificaciones y fervientes oraciones suspendieran su enojo que á tantos pueblos rebeldes amenaza?

Cuentan los cristianos muchos milagros de sus primeros santones que se refugiaron á los horrorosos desiertos de la Tebayda, y cuyos caudillos fueron Pablo, Antonio y Pacomio. Si es verdad lo que dicen, tan llenas están de portentos sus vidas como las de nuestros mas santos imanes. A veces vivían diez años enteros sin ver á hombre ninguno, pero de noche y de día habitaban con demonios; sin cesar los atormentaban estos espiritus malos; los envestían en su cama, los acometían en la mesa; nunca hallaban refugio contra ellos. Si todo esto es cierto, venerable Santon, menester es confesar que nadie ha vivido tan mal acompañado.

Los cristianos cuerdos miran todas estas historias, como una ingeniosa alegoría, para darnos á entender la miseria de la humana condicion. En valde buscamos en el hiermo el sosiego; que hasta alla nos siguen las tentaciones; y no nos dexan nuestras pasiones figuradas por los demonios: monstruos

del corazon, ilusiones del entendimiento, vanos simulacros del error y la mentira, que siempre se nos ponen delante para engañarnos, y hasta en medio de los ayunos y los cilicios nos acometen, quiero decir en nuestra fuerza propia. Yo por mí, Santon venerable, no ignoro que el enviado de Dios encadenó á Satanas, y le precipitó en el abysmo, que purificó la tierra, antes sugeta á su imperio, y que la hizo digna mansion de los angeles y los profetas.

De Paris, á 9 de la luna de Chaban, 1715.

CARTA XCIV.

USBEK á REDI, á Venecia.

Siempre que he oido hablar de derecho publico, he visto que comenzaban investigando atentamente qual era el origen de las sociedades, cosa que me parece ridicula. Si no se asociaran los hombres, si se desviaran y huyeran unos de otros, entonces sí que fuera necesario averiguar la causa, indagando porque vivían apartados; pero todos nacen conexôs unos con otros; un hijo nace al lado de su padre, y se queda con él: eso es la sociedad y el origen de la sociedad.

Mas bien saben el derecho publico en Europa que en Asia, puesto que se puede asegurar que las pasiones de los principes, la paciencia de los pueblos, y la baxeza de los escritores han estragado todos sus principios. Este derecho, como es hoy, es la ciencia que enseña á los principes hasta que punto pueden violar la justicia sin comprometer

sus intereses. ¡ Que proyecto, Redi, para endurecer su conciencia querer erigir la iniquidad en systema, dar sus reglas, asentar sus principios, y sacar las conseqüencias!

El ilimitado poder de nuestros excelsos sultanes que no conoce otra regla que él propio, no engendra mas monstruos que esta arte indigna, que se esfuerza á doblegar la justicia, que es tan inflexible. Diria uno, Redi, que hay dos justicias totalmente distintas; una que regula los asuntos de los particulares, y reyna en el derecho civil; otra que arregla las contiendas que de pueblo á pueblo median, y tyraniza en el derecho publico: como si no fuese el derecho publico tambien derecho civil, no, cierto, de un reyno particular, sino del orbe entero.

En otra carta te explicaré mis ideas acerca de esta materia.

De Paris, á 1 de la luna de Zilhagé, 1716.

CARTA XCV.

USBEK al mismo.

Deben los magistrados administrar justicia entre un ciudadano y otro; y cada pueblo la debe administrar entre él propio y otro pueblo, y en esta otra distribucion de la justicia no se pueden seguir otras leyes que en la primera.

De un pueblo á otro rara vez se necesita de un tercero para fallar, porque siempre los puntos de la controversia son faciles y claros. Por lo comun los intereses de dos naciones son tan dis-

tintos que con el amor de la justicia basta para atinar con ella, y pocas veces se equivoca aqui uno en su propia causa. No sucede asi en las contiendas entre particulares. Como viven en la misma sociedad están tan enredados y complicados sus intereses, y son de tan distintos generos, que es menester que desenmarañe un tercero lo que procura oscurecer la codicia de las partes contrarias.

Solo dos especies de guerra hay justas; una que se hace por repeler á un enemigo que acomete, y otra por socorrer á un aliado acometido. No fuera justo hacer la guerra por insultos peculiares del principe, á menos que fuese tan grave el caso que mereciese la muerte del principe ó del pueblo que le ha cometido. De suerte que no es licito á un principe declarar la guerra, porque le han negado una prerogativa que se le debe, ó porque han tratado con poco decoro á sus embaxadores, ó por otras causas semejantes, como no es licito á un particular matar á quien le niega el puesto preferente, y es la razon que como deba ser la declaracion de guerra un acto de justicia, conforme á la qual ha de ser proporcionada la pena al delito, es preciso ver si aquel á quien declaran la guerra es acreedor á la muerte, porque hacer á uno la guerra es querer castigarle con pena de muerte.

El acto mas severo de justicia en derecho publico es la guerra, porque puede resultar de ella la destruccion de la sociedad.

Las represalias son de otra especie, que es una ley que no han podido menos de aplicar los tribunales; medir por el delito el castigo.

El tercer acto de justicia es privar á un principe de las utilidades que de nosotros pudiera sacar,

proporcionando siempre la pena con el agravio.

El quarto acto de justicia que debe ser mas freqüente es renunciar de la alianza del pueblo que nos ha hecho un agravio; pena que corresponde á la del destierro establecida por los tribunales para sacar de la sociedad á los delinqüentes. De suerte que un principe de cuya alianza renunciamos le separamos de nuestra sociedad, y dexa de ser uno de los miembros que la componen. No es posible hacer mayor agravio á un principe que renunciar de su alianza, ni mayor honra que contraerla con él. No hay cosa que mas gloriosa y mas util para los hombres sea, que ver otros siempre atentos á su conservacion.

Pero es fuerza que sea justa la alianza para que nos obligue, de modo que una alianza de dos naciones contraida para oprimir á otra es ilegitima, y puede faltarse á ella sin delito. Tampoco es honroso ni propio de la dignidad de un principe hacer alianza con un tyrano. Dicen que amonestó un monarca de Egypto al rey de Samos, tyrano y cruel, exôrtandole á que se enmendase, y no habiendolo este hecho le envió á decir que renunciaba de su amistad y su alianza.

La conquista no da derecho ninguno por sí propia. Quando subsiste el pueblo conquistado es prenda de la paz y del resarcimiento del agravio, y si queda destruido ó disperso es monumento de tyranía.

Tan sacrosantos son los tratados de paz entre los hombres que parecen la voz de la naturaleza que reclama sus derechos. Todos son legitimos quando son tales sus condiciones que se pueden conservar ambos pueblos, sin lo qual aquella de las dos sociedades que ha de perecer, privada de su natural defensa por la paz, la puede buscar en

la guerra; porque la naturaleza que ha repartido los diversos grados de fuerza y flaqueza entre los humanos no pocas veces ha igualado esta con aquella por medio de la desesperacion.

Esto es, amado Redi, lo que llamo yo derecho publico; este el derecho de gentes, ó mas antes el de la razon.

De Paris, á 4 de la luna de Zilhagé, 1716.

CARTA XCVI.

El primer eunuco á USBEK, á Paris.

Aqui han venido muchas mugeres pardas del reyno de Visapor, y he comprado una para tu hermano, el gobernador de Mazanderan, que me envió dos meses hace su excelso encargo con cien tomanes.

Yo entiendo de mugeres, eso mas que no hacen en mí efecto, y que los movimientos de mi corazon no me perturban los ojos. Pues nunca ví beldad mas regular y perfecta; sus brillantes ojos animan su semblante, y realzan la viveza de un color que puede eclipsar toda la blancura de la mas hermosa Circasiana.

El primer eunuco de un traficante de Ispahan la quería comprar tambien; pero se ocultaba ella con desden de su vista, y parecía que ansiaba por verme, como si hubiera querido dar á entender que un vil mercader era indigno de ella, y que estaba destinada á mas ilustre esposo.

Te confieso que siento en mi pecho un secreto jubilo pensando en los embelesos de esta preciosa

criatura ; me parece que la veo entrar en el serrallo de tu hermano ; me huelgo de preveer el pasmo de todas sus mugeres, el impetuoso sentimiento de unas, la afliccion silenciosa, pero mas reconcentrada de otras, el malicioso contento de las que ya nada esperan, y la sañuda ambicion de las que todavía esperan algo.

De un extremo á otro del reyno voy á hacer que mude de aspecto un serrallo entero. ¡ Quantas pasiones voy á suscitar ! ¡ quantos sustos y quantos pesares ! Pero en medio de la turbacion interior, no estará menos sereno lo exterior ; se ocultarán en lo mas recondito del pecho las grandes revoluciones, se disimularán los pesares, y se contendrán las alegrías ; no será menos puntual la obediencia, ni menos inflexible la regla, y forzada la serenidad á manifestarse en la apariencia será el disfraz de la desesperacion misma.

Notamos que quanto mas mugeres tenemos á nuestro cargo, menos que hacer nos dan. Con mas necesidad de agradar, menos facilidad de unirse, y mas exemplos de sumision se fraguan ellas nuevos grillos. Las unas vigilan sin cesar en las acciones de las otras ; parece que conspiran con nosotros á hacerse mas dependientes ; desempeñan una parte de nuestra obligacion ; y nos abren los ojos quando los cerramos nosotros. ¿ Que digo ? Continuamente irritan á su amo contra sus emulas, sin advertir quan cerca está de ellas la que es castigada.

Mas todo esto, magnifico señor, es nada donde falta la presencia del amo. ¿ Que podemos hacer con el vano simulacro de una autoridad que nunca se comunica toda entera ? Somos un debil trasunto de la mitad de tí propio, y solamente podemos manifestarles una odiosa severidad. Tú calmas el miedo con la esperanza ; todavía mas absoluto

quando alhagas que quando amenazas. Vuelve pues, magnifico señor, vuelve á imprimir en este sitio por todas partes los vestigios de tu dominacion. Ven á calmar desesperadas pasiones ; ven á quitar todo pretexto de tropezar ; ven á serenar el amor que murmura, y á hacer amable la obligacion ; en fin ven á aliviar á tus fieles eunucos de una carga que cada día se hace mas gravosa.

De Paris, á 8 de la luna de Zilhagé, 1716.

CARTA XCVII.

USBEK á HACEN, dervis de la montaña de Jaron.

O tú, sabio dervis, cuyo curioso ingenio de tanto conocimientos está ornado, escucha lo que te voy á decir.

En este pais hay filosofos que no se han encumbrado á la verdad al mas alto apice de la sabiduría oriental, no han sido arrobados hasta el trono luminoso, ni han oido las inefables palabras, que en los conciertos de los angeles resuenan, ni han sentido los formidables accesos de un estro divino, mas abandonados á sí solos, privados de las sagradas maravillas, siguen en silencio las huellas de la humana razon, y no puedes creer hasta donde los ha llevado este norte. Han desenredado el caos, y por un sencillo mecanismo han explicado el orden de la arquitectura divina. Comunicó el autor de la naturaleza movimiento á la materia, y con esto ha bastado para producir la portentosa variedad de efectos que en el universo vemos.

Dexando á los legisladores vulgares que pro-

pongan leyes para regir las sociedades humanas; leyes tan sugetas á mudanza como el espíritu de los que las proponen y de los pueblos que las observan; estos solo tratan de leyes generales, invariables, eternas, que sin excepcion ninguna se cumplen, con infinito orden, infinita regularidad y prontitud infinita en la inmensidad del espacio.

¿Y que piensas, varon divino, que son estas leyes? Acaso te presumes que llamado al consejo del Eterno te vas á pasmar con lo sublime de tan altos mysterios, y renunciando de antemano entenderlas solo te propones contemplarlas absorto. Pues mui presto saldrás de tu equivocacion, que no deslumbran con un engañoso respeto; su misma sencillez ha sido causa de que se ignoraran largos siglos, y al cabo de muchas y profundas meditaciones se ha conocido toda su fecundidad y extension.

Es la primera que todo cuerpo tira á describir una linea recta, á menos que encuentre un estorbo que de ella le desvíe, y la segunda, que es conseqüencia de la otra, que todo cuerpo que gira en torno de un centro tira á desviarse de él, porque quanto mas apartado está, mas se aproxîma á la recta la linea que describe.

Esta es, sublime dervis, la llave de la naturaleza, y estos los fecundos principios, de los quales se sacan las conseqüencias mas ciertas, mas vastas, y mas remotas.

El conocimiento de cinco ó seis verdades ha llenado de milagros su filosofía, y les ha hecho executar tantas maravillas y prodigios, como de nuestros sagrados profetas se cuentan. Porque al cabo estoy mui persuadido á que qualquiera de nuestros doctores se hubiera visto mui confuso, si le hubieran dicho que pesara en una balanza todo

el ayre que hay en derredor de la tierra, ó que midiera toda el agua que al año cae encima de su superficie; que no se hubiera quedado parado mas de quatro horas, antes de decir quantas leguas anda el sonido en una; quanto tiempo gasta un rayo de luz en venir desde el sol hasta nosotros; quantas varas hay de aqui á Saturno; qual es la curva que ha de seguirse en el corte de un navío, para que sea el mejor velero que fuere dable.

Acaso si un varon divino hubiera ornado las obras de estos filosofos con altos y sublimes periodos, si las hubiera llenado de atrevidas figuras y mysteriosas alegorías, hubiera compuesto un libro magnífico, que solo al sagrado alcoran hubiera sido inferior; puesto que si he de decirte lo que pienso, no me satisface mucho el estylo figurado. En nuestro alcoran hay un monton de cosas mezquinas que me parecen siempre ruines, por mas que les den realce la vida y la energía de la expresion. Era de creer que fuesen los libros inspirados las ideas divinas explicadas en idioma humano, y por lo contrario en nuestro alcoran muchas veces hallamos el idioma divino y las ideas humanas, como si por una rara manía hubiera Dios dictado las frases, y puesto el hombre los pensamientos.

Acaso dirás que me explico con sobrada libertad acerca de lo mas sagrado que tenemos, y creerás que es este el fruto de la independencia con que en este pais viven. No, que gracias al cielo, mi razon no ha estragado mi corazon, y mientras yo viva siempre Ali será mi profeta.

De Paris, á 15 *de la luna de Chaban* 1716.

CARTA XCVIII.

RICA á IBEN, á Esmirna.

No hay tierra en el mundo, donde sea tan mudable la fortuna como en esta. Cada diez años suceden revoluciones que despeñan al rico en la miseria, y al pobre le encumbran en raudo vuelo al cumulo de las riquezas. Uno está pasmado con su pobreza, otro con su abundancia. Se maravilla el nuevo rico de la sabiduría de la providencia, y el recien-pobre de la ceguedad del destino.

Los que recaudan los tributos están engolfados en tesoros, pero entre ellos son mui contados los Tantalos, puesto que empiezan el oficio en la mayor miseria. Los desprecian como el polvo de la tierra mientras son pobres; quando son ricos los aprecian en mucho, y por eso no omiten nada para grangearse la estimacion. Ahora se encuentran en una terrible situacion, que se acaba de establecer una sala que llaman de justicia, porque les va á quitar todo su caudal. No pueden ocultar sus bienes, ni hacer enagenaciones ficticias, porque los obligan á que los declaren puntualmente so pena de la vida, de suerte que los hacen pasar por un desfiladero mui angosto, quiero decir entre la vida y el dinero. Por cumulo de desgracia hay un ministro celebre por su agudeza que los honra con sus donayres, y dice chistes acerca de todas las deliberaciones del consejo. No se hallan todos los dias ministros que gusten de hacer reir la gente, y debe agradecersele á este que haya acometido esta empresa.

El cuerpo de lacayos es mas respetable en Francia que en otros paises, que es una almaciga de señores principales que llena el hueco de los demas estados. Los que le forman ocupan el puesto de los magnates desgraciados, de los magistrados que han perdido su caudal, de los nobles muertos en los furores de la guerra, y quando por sí propios no los pueden sustituir, realzan todas las casas principales por medio de sus hijas, que son como una especie de estiercol que abona las tierras aridas y montuosas.

Portentosa me parece la providencia, Iben, en el modo como ha repartido las riquezas. Si solo á los hombres de bien se las hubiera otorgado no las hubieramos distinguido lo bastante de la virtud, ni hubieramos conocido toda su vaciedad. Pero quando uno exâmina los sugetos que mas cargados están de ellas, á poder de despreciar á los ricos llega á despreciar las riquezas.

De Paris, á 26 de la luna de Maharran, 1716.

CARTA XCIX.

RICA á REDI, á Venecia.

Los antojos de la moda entre los Franceses me llenan de pasmo. Se han olvidado de como estaban vestidos este verano, y todavía no saben como se vestirán este hibierno, pero es mas que todo indecible lo que á un marido cuesta que se ponga su muger á la moda.

¿Para que serviría que te hiciese una exâcta descripcion de su trage y sus arreos? una nueva

moda destruiría mi trabajo todo, como el de sus artesanos, y todo habría variado antes que recibieses mi carta.

Una muger que sale de Paris para estar seis meses en el campo, vuelve tan á lo antiguo como si hubiera vivido en un lugar treinta años. Un hijo no conoce el retrato de su madre: tan extraño le parece el trage con que la han pintado; y se figura que es una Americana, ó que ha querido representar el pintor alguno de sus caprichos. A veces suben poco á poco los peynados, y luego una revolucion los hace baxar de repente. Tiempo hubo que su inmensa elevacion colocaba el rostro de una muger en medio de su persona; otro que ocupaban los pies este sitio, formando los tacones un pedestal que las mantenía en el ayre. ¿Quien podría creer que se han visto muchas veces los arquitectos precisados á levantar, baxar y ensanchar las puertas, segun requerían esta mudanza los adornos de las mugeres, y se han sugetado las reglas de su arte á estos antojos. A veces se vé en una cara una portentosa cantidad de lunares, y al otro día ya se han desaparecido. En otro tiempo tenían las mugeres dentadura y cuerpo, y hoy no se trata de eso. En esta nacion tan mudable, digan lo que quieran los burlones, las hijas tienen distinta figura que las madres.

Lo que con las modas sucede con los estylos y metodo de vida, que mudan los Franceses de costumbres con la edad de su rey, y si á un monarca se le pusiera en la cabeza conseguiría infundir gravedad á la nacion. El principe imprime el caracter de su genio á los palaciegos, estos á toda la corte, y la corte á las provincias, y es el alma del soberano el molde donde se vacian todos los demas.

De Paris, á 11 de la luna de Safar, 1717.

CARTA

CARTA C.

RICA al mismo.

En mi ultima te hablé de la portentosa inconstancia de los Franceses en sus modas, mas no es decible hasta que punto les tienen pasion. Todo lo refieren á la moda; es la regla por donde fallan de quanto hacen las demas naciones, lo extrangero siempre se les figura ridiculo. Confiesote que no puedo concertar esta pasion á sus estylos con la inconstancia con que los cambian cada día.

Quando te digo que desprecian lo extrangero, solo hablo de fruslerías, porque en las cosas importantes parece que se desconfían tanto de sí propios que se envilecen. Sin rebozo confiesan que son mas cuerdos los otros pueblos, con tal que no les nieguen que visten ellos mejor; consienten en sugetarse á las leyes de una nacion emula de la suya, como decidan los peluqueros franceses de la forma de las pelucas extrangeras. Cosa ninguna les parece mas envidiable que ver reynar el gusto fino de sus cocineros de norte á medio-día, y las pragmaticas de sus modistas obedecidas en todos los estrados de Europa. ¿Con tan nobles prerogativas que les importa que les venga la sana razon de otras partes, y que hayan debido á sus vecinos quanto con el gobierno politico y civil tiene conexion?

¿Quien creería que el mas antiguo y poderoso reyno de Europa esté regido, mas de diez siglos hace, por leyes que no se hicieron para él? Si hubieran sido conquistados los Franceses, no fuera

dificil explicar este fenomeno, pero han sido ellos los conquistadores.

Han abandonado las leyes antiguas que hicieron sus primeros monarcas en las asambleas generales de la nacion, y lo singular es que las Romanas que en vez de aquellas han sustituido fueron parte hechas, y parte recopiladas por emperadores coetaneos de sus legisladores. Y para que fuese mas cabal la ganancia, y que les viniese toda la sana razon de fuera, han adoptado todas las constituciones de los papas, componiendo con ellas una nueva parte de su derecho, que es nuevo genero de esclavitud.

Verdad es que en estos ultimos tiempos han recopilado algunos estatutos de ciudades y provincias, pero casi todos están sacados del derecho romano. En fin es tanta la abundancia de leyes adoptadas, y naturalizadas por decirlo asi, que por igual abruman á la justicia y á los jueces. Aunque nada quieren decir estos tomazos de leyes comparados con el tremendo exercito de glosantes, comentadores, y recopiladores; personages no menos flacos por su falta de razon que fuertes por la sobra de sus escritos. Y no para aqui, que con estas leyes extrangeras se han introducido formularios cuyo exceso es el oprobio de la razon humana. Dificultoso sería decidir si han sido mas perniciosas las formalidades quando se han metido en la jurisprudencia, ó quando las han admitido en la medicina, y si han causado mas estragos baxo la golilla de un legista, que baxo la peluca de un doctor, ó si han empobrecido á mas gente baxo la primera que vidas han quitado debaxo de la segunda.

De Paris, á 17 *de la luna de Safar*, 1717.

CARTA CI.

USBEK á ....

Aqui hablan sin cesar de la constitucion. El otro día fuí á una casa donde ví á un hombre mui gordo, con los carrillos mui colorados, que con un vozarron mui recio decía; yo ya he publicado mi pastoral, y asi excuso de responder á lo que Vd. me dice; leala, y verá que todos esos argumentos están en ella rebatidos. Algunos trasudores me ha costado, añadía poniendose la mano en la frente; toda mi doctrina la he necesitado, y he tenido que hojear no pocos autores latinos. Bien lo creo, dixo uno que presente estaba, que es obra soberbia, y ya apostaría yo con el jesuita que viene tan á menudo á ver á Vd. á que no compone él otra tal. Eso es, replicó mi hombre, leala Vd. y en un quarto de hora sabrá mas en la materia, que si le hablara yo todo el día. De esta manera se zafaba de la conversacion, y de comprometer su ciencia; pero viendose apurado fué forzoso que saliera de su atrincheramiento, y empezó á echar por la boca sendos disparates teologicos, apoyado de un dervis que le correspondía con otros con mucho respeto, y quando dos sugetos que alli había le negaban un principio decía mui alborotado; es cosa inconcusa, que asi lo hemos fallado, y somos jueces infalibles. ¿ Pues como son Vds., le dixe yo, jueces infalibles? ¿ Que, no ve Vd., respondió, que nos ilumina el Espiritu Santo? No es poca fortuna, le repliqué, porque del modo que Vd. se ha explicado muchas

horas hace, harta necesidad tiene de que el Espiritu Santo le ilumine.

De Paris, á 18 de la luna de Rebiab, 1, 1717.

CARTA CII.

USBEK á IBEN, á Esmirna.

Los mas poderosos potentados de Europa son el emperador y los reyes de Francia, Inglaterra y España. La Italia y mucha parte de la Alemania están divididas en infinitos estados chicos, cuyos principes, hablando en puridad, son martyres de la soberanía. Mas mugeres tienen nuestros excelsos sultanes que vasallos algunos de estos principes. Los mas dignos de compasion son los de Italia, que estando menos unidos, están sus estados tan abiertos como caravanserais, y se ven obligados á aposentar á los primeros que llegan; de suerte que tienen que coligarse con los monarcas poderosos, y partir con ellos antes sus temores que su amistad.

Los gobiernos de Europa son la mayor parte monarquicos, ó mas bien los llaman así, pues no sé que haya habido ninguno que sea realmente tal; á lo menos dificil es que subsista mucho tiempo puro, porque es un estado violento que al cabo degenera en despotismo ó republica. Nunca se puede repartir con igualdad el poder entre el pueblo y el principe; es mui dificultoso mantener el equilibrio; que es fuerza que se disminuya la potencia en una parte, mientras crece en la otra, puesto que por lo comun sale ganancioso el principe que

está al frente de los exercitos. Por eso es mucho el poder de los reyes de Europa, y puede decirse que tienen todo el que quieren, pero no le exercitan con tan poco miramiento como nuestros sultanes; lo primero porque no quieren chocar con las costumbres y la religion de sus pueblos, y lo segundo porque no les conviene aumentarle tanto.

Lo que hace que medie menos distancia de la condicion de nuestros principes á la de sus subditos es la potestad inmensa que en estos tienen, y lo que mas tambien los sugeta á los antojos y mudanzas de la fortuna.

La costumbre que hay de privar de la vida á quantos incurren en su desgracia, á la mas leve seña que hacen, trastorna la proporcion entre los delitos y las penas, que es como la condicion y harmonía de los imperios; y esta proporcion, que observan con escrupulosidad los principes cristianos, es causa de que saquen infinitas ventajas á nuestros sultanes.

Un Persiano que por imprudencia ó por desdicha se grangea la desgracia del principe está cierto de perder la vida, y la mas leve falta, ó la mas ligera manía le pone en semejante precision. Pues si se hubiera conjurado contra la vida de su soberano, si hubiera querido entregar al enemigo sus plazas fuertes, hubiera pagado tambien con la vida, de suerte que el mismo riesgo corre en ambos casos. Por eso á las mas ligera desgracia, viendo cierta la muerte, y no conociendo cosa peor, naturalmente se resuelve á turbar el estado y conjurarse contra el soberano, unico recurso que le queda.

No sucede lo mismo con los grandes de Europa, que con la desgracia solo el valimiento y la privanza pierden. Se retiran de palacio, y no piensan mas que en gozar una vida sosegada, y las prerogativas de su cuna. Como solamente por delito

de lesa-magestad les quitan la vida, temen cometerle, contemplando lo mucho que perderian, y lo poco que con él ganan; por conseqüencia se ven poquisimas rebeliones, y mui pocos principes que mueran violentamente.

Si con la potestad sin limite que tienen nuestros principes no se esmerasen tanto en poner en salvo su vida no vivirían veinte y quatro horas, y si no asalariasen una inumerable muchedumbre de tropa para tyranizar á sus vasallos no duraría un mes su imperio.

No hace arriba de quatro ó cinco siglos que tomó guardas un rey de Francia, contra lo que entonces se estylaba, y fué para preservarse de los asesinos que había enviado para matarle un principillo asiatico: hasta entonces habían vivido los reyes en medio de sus vasallos, como viven los padres en medio de sus hijos.

Lexos de que puedan los reyes de Francia quitar por su antojo la vida á uno de sus vasallos, como hacen nuestros sultanes, los acompaña siempre el perdon de todos los reos, y basta con que tenga uno la dicha de ver el rostro augusto de su principe, para que dexe de ser indigno de vivir. Estos monarcas se parecen al sol que todo lo deshiela y lo vivifica.

De Paris, á 8 de la luna de Rebiab, 2, 1717.

CARTA CIII.

USBEK al mismo.

Siguiendo la idea de mi postrera carta, te contaré que me decía asi el día pasado un Europeo mui racional.

« La peor resolucion que han podido tomar los principes del Asia es esconderse como hacen. Se quieren hacer mas respetables, pero hacen respetar la monarquía y no el monarca, y el espiritu de los vasallos se adhiere á cierto y determinado trono, y no á cierta y determinada persona.

Esta invisible potestad que gobierna, siempre es la misma para el pueblo. Bien que diez reyes que solo por sus nombres se conocen se han degollado uno tras de otro, no vé diferencia ninguna, que es para él como si le hubieran sucesivamente gobernado espiritus del otro mundo.

Si hubiera el detestable parricida de nuestro excelente rey Henrique quarto dado este golpe á un rey de la India, dueño del sello real, y del inmenso tesoro que parecía que para él se había amontonado, se hubiera enseñoreado tranquilamente de las riendas del imperio, sin que hubiera pensado ninguno en reclamar el monarca, su familia y sus hijos.

Nos pasmamos de que casi nunca haya mudanzas en el gobierno de los principes de Oriente: ¿pues de donde proviene esto, sino de que es tyranico y horrendo? Solo el principe ó el pueblo es quien puede hacer una mudanza; pero aqui los principes se guardan de efectuarla, porque en

tan alto grado de poder, gozan todo el que pueden gozar, y si algo cambiasen sería siempre en perjuicio propio.

En quanto á los vasallos, si concibe uno de ellos un plan, no le puede llevar á efecto contra el estado, pues fuera indispensable que de repente contrapesase un poder tremendo y siempre unico, y faltandole para esto el tiempo con los medios, no le queda mas que hacer que ir al manantial del poder, para lo qual le basta un brazo y un momento. El asesino sube al trono, mientras el monarca baxa, cae y va á morir á sus plantas.

En Europa un mal-contento piensa en mantener secretas correspondencias, en reunirse con los enemigos, en hacerse dueño de alguna fortaleza, y excitar murmuraciones vanas en los vasallos. En Asia se va en derechura al principe, le asusta, le hiere, le derriba, borra hasta su idea; esclavo y señor en un punto, usurpador y legitimo.

¡Ay del rey que no tiene mas que una cabeza! Si en la apariencia reune en sí todo el poder es para señalar al primer ambicioso donde le ha de hallar todo entero.

De Paris, á 17 de la luna de Rebiab, 2, 1717.

CARTA CIV.

USBEK al mismo.

No todos los pueblos de Europa están igualmente avasallados á sus principes; por exemplo la impaciente condicion de los Ingleses no dexa lugar á sus reyes para que aumenten su poder. Las virtudes que

menos aprecian estos isleños son la obediencia y el rendimiento, y en la materia dicen cosas mui extrañas. Segun ellos un solo vinculo puede estrechar á los hombres, que es el de la gratitud: un marido, una muger, un padre y un hijo están conexós entre sí solo por el cariño que se tienen, ó las ventajas que se proporcionan, y estos varios motivos de gratitud son origen de todos los reynos y todas las sociedades.

Pero si lexos un principe de hacer que vivan felices sus vasallos los quiere abrumar y destruir cesa el fundamento de su obediencia; nada los obliga ni los estrecha con él, y tornan á su natural libertad. Sustentan que ninguna potestad ilimitada puede ser legitima, porque nunca pudo tener legitimo origen. No podemos, dicen, dar á otro mas potestad en nosotros que la que á nosotros mismos compete; ora, no tenemos en nosotros mismos un poder ilimitado; por exemplo no nos podemos quitar la vida; con que nadie en la tierra, concluyen, tiene semejante facultad.

Segun ellos el delito de lesa-magestad no es otro que el que comete el mas flaco contra el mas fuerte desobedeciendole, sea qual fuere su inobediencia. Por tanto el pueblo de Inglaterra, viendose mas fuerte que uno de sus reyes, declaró que era delito de lesa-magestad en un principe hacer guerra á sus vasallos. Dicen pues con mucha razon que no es dificil cumplir con el precepto de su alcoran que les manda sugetarse á las potestades, porque es imposible no observarle; eso mas que no obliga á sugetarse al que es mas virtuoso, sino al que es mas fuerte. Añaden los Ingleses que habiendo uno de sus reyes vencido y preso á un principe que aspiraba al solio le baldonó por su traycion y alevosía: un momento ha,

replicó el desventurado principe, acaba de fallar la suerte qual de nosotros dos es el alevoso.

Un usurpador declara rebeldes á todos quantos no han oprimido, como él, la patria, y figurandose que no hay leyes donde no vé jueces, hace que sean acatados como decretos de la providencia los antojos del acaso y la fortuna.

De Paris, á 20 de la luna de Rebiab, 2, 1717.

CARTA CV.

REDI á USBEK, á Paris.

En una de tus cartas me has hablado mui por extenso de las letras, las ciencias y las artes que en el Ocidente se cultivan. Me vas á tener por un barbaro quando te diga que no sé si las utilidades que de ellas se sacan resarcen á los hombres del continuo abuso que de estos conocimientos hacen.

He oido decir que la invencion sola de las bombas había privado de libertad á todos los pueblos de Europa. No pudiendo los principes fiar la custodia de las plazas de los vecinos, que á la primera bomba que les disparasen se rendirían, han tenido pretexto para mantener numerosos cuerpos de tropa de linea, con los quales han oprimido luego á sus vasallos.

Ya sabes que desde la invencion de la polvora no hay fortaleza inexpugnable; esto es que no queda en la tierra, Usbek amigo, refugio contra la violencia y la injusticia.

Siempre estoy con recelo de que consigan al cabo descubrir un secreto que enseñe un medio

mas breve de matar hombres, y destruir pueblos y naciones enteras.

Consideralo bien tú que has leido los historiadores: casi todas las monarquías se han fundado por hombres que ignoraban las artes, y han caido por haberlas cultivado en demasía. El antiguo imperio de Persia nos ofrece un exemplo palpable de esta verdad en nuestra propia casa.

No hace mucho que estoy en Europa, y he oido ya hablar á sugetos de juicio de los estragos que causa la quimica, que parece que es el quarto azote que pierde á los hombres y los destruye poco á poco, pero sin cesar, mientras que los otros tres, la guerra, la peste y la hambre los destruyen por mayor, pero con intervalos. ¿Para que nos ha servido la invencion de la bruxula, y el haber descubierto tantos pueblos, como no sea para que nos comunicaran sus dolencias antes que sus riquezas? Por un convenio general se había establecido la plata y el oro para que fuesen precio de todas las mercaderias y prenda de su valor, por razon de ser estos metales raros y no servir para otro uso: ¿pues que nos importaba que se hiciesen mas comunes, y que para señalar el valor de una cosa se necesitasen dos ó tres signos en vez de uno? Con esto se aumentaba la incomodidad.

Empero por otra parte ha sido mui perniciosa esta invencion á los paises recien-descubiertos. Naciones enteras han sido destruidas, y los habitantes que se han librado de la muerte reducidos á tan dura esclavitud, que solo el oirlo contar hace estremecer á los musulmanes.

¡Venturosa ignorancia la de los hijos de Mahoma! Simplicidad amable tan apreciada de nuestro santo profeta; sin cesar me acuerdas tú el candor de

los antiguos siglos, y la serenidad que en los pechos de nuestros primeros padres reynaba.

De Venecia, á 5 de la luna de Rahmazan, 1717.

CARTA CVI.

USBEK á REDI á Venecia.

O no crees lo que dices, ó son tus obras mejores que tu creencia. ¡Has dexado tu patria por instruirte, y desprecias toda instruccion; te vienes á educar á un pais donde se cultivan las artes, y las miras como perniciosas! Si te he de decir la verdad, Redi, mas acorde estoy yo contigo que tú propio.

¿Has contemplado atentamente el barbaro y calamitoso estado á que nos traería la perdida de las artes? No es necesario imaginarsele, que qualquiera le puede ver. Todavía hay pueblos en el mundo donde un ximio instruido medianamente pudiera vivir sin desdoro, que se encontraría casi á nivel de los demas moradores; ni les parecería raro su entendimiento, ni extravagante su genio, sería lo mismo que otro qualquiera, y aun le apreciarían por su chiste.

Dices que casi todos los fundadores de imperios han ignorado las artes. No te niego que bien han podido unos pueblos barbaros, qual impetuosos torrentes, desparramarse por la tierra, y cubrir con sus feroces exercitos los reynos mas civilizados; pero atiende bien á que ó han aprendido ellos las artes, ó han hecho que las cultivaran los pueblos vencidos; que sin eso se hubiera desvanecido su poder, como el estrepito del trueno y la tormenta.

Te recelas, dices, que se invente algun modo de destruccion mas cruel que el que hoy se usa. No: si se llegara á descubrir tan fatal invento, en breve le vedaría el derecho de gentes, y se sepultaría en el olvido semejante invencion por unanime convenio de las naciones. No tienen los principes interes en hacer conquistas por esos medios; que buscan vasallos y no tierras.

Te quexas de la invencion de la polvora y las bombas, y extrañas que no haya plaza inexpugnable; esto es que extrañas que se concluyan hoy las guerras mas pronto que antiguamente.

Quando has leido las historias has podido reparar que desde la invencion de la polvora son mucho menos sangrientas las batallas que en otro tiempo, porque casi nunca se llegan los combatientes á las manos.

¿Suponiendo que en algunos casos particulares hubiese sido perjudicial un arte, se había de proscribir por eso? ¿Piensas, Redi, que sea perniciosa la religion que nos traxo del cielo nuestro sagrado profeta, porque ha de servir un día de confusion á los perfidos cristianos?

Crees que afeminan las artes á los pueblos, siendo asi causa de la ruina de los imperios, y hablas de la caida del de los antiguos Persas, que fué efecto de su molicie; mas tan lexos está de ser decisivo este exemplo que los Griegos que tantas veces los vencieron y los avasallaron cultivaban con infinito mayor esmero que ellos las artes. Quando dicen que afeminan estas á los hombres, sin duda exceptúan por lo menos á los que las cultivan, que no viven en la ociosidad, vicio que mas que ninguno acobarda los animos.

De suerte que solo se trata de los que las disfrutan; mas como en un pais civilizado los que gozan las comodidades de un arte están obligados á cultivar otra, si no quieren verse reducidos á ignominiosa miseria, se infiere que son incompatibles con las artes el ocio y la molicie.

Acaso es Paris el pueblo mas sensual del mundo, y donde mas se ha apurado el arte de gozar, y tambien acaso es aquel donde la vida es mas dura. Para que viva un hombre con delicias, es forzoso que trabajen sin descansar otros ciento. Si á una muger se le pone en la cabeza presentarse en una concurrencia con este ó aquel trage, ya es menester que no duerman cincuenta menestrales, ni tengan tiempo para comer ni beber; ella manda, y es obedecida con mas prontitud que lo sería nuestro monarca, porque el monarca mas poderoso de la tierra es el interes.

Este afan de atarearse, esta pasion de enriquecerse, de clase en clase cunde desde el menestral hasta el magnate. Nadie quiere ser mas pobre que el que vé en un grado inmediatamente inferior al suyo. En Paris vemos uno que tiene con que vivir hasta el dia del juicio final trabajar sin cesar, y acortarse la vida por ganar, segun él dice, con que vivir. El mismo espiritu anima toda la nacion; solo industria y trabajo se vé en ella. ¿ Pues donde está ese afeminado pueblo de que tú hablas?

Supongamos, Redi, que en un reyno no se toleraran mas artes que las que son absolutamente indispensables para el cultivo de la tierra, puesto que son estas todavía mui numerosas, y que se desterrasen todas las que meramente para el gusto ó la moda sirven: pues sustento que sería este estado uno de los mas infelices que en el mundo habría. Aun quando tubiesen sus moradores valor

bastante para privarse de tantas cosas como les faltarían y les serían necesarias, se disminuiría cada día la poblacion, y vendría el estado á quedar tan flaco que la mas pequeña potencia le pudiera conquistar.

Facil cosa fuera circunstanciar lo que digo, manifestandote que cesaría casi totalmente la renta de los particulares, y por consequencia la del principe. Casi no mediaría relacion de facultades entre los ciudadanos; se vería parar la circulacion de riquezas, y la progresion de rentas que procede de la conexîon y dependencia reciproca de las artes; viviría cada particular con los frutos de sus tierras, y solo labraría lo preciso para no morirse de hambre. Pero como esto no compone muchas veces ni la vigesima parte de la renta de un estado, sería forzoso que se disminuyera en la misma proporcion el numero de sus moradores, no quedando mas que una vigesima parte.

Considera bien á quanto suben las rentas de la industria. Una tierra rinde anualmente á su dueño la vigesima parte de su valor; pero con veinte reales de colores hará un pintor un quadro que venderá en mil. Lo mismo podemos decir de los plateros, de los texedores de lana, de seda, y de los menestrales de todas clases.

De todo esto se infiere, Redi, que para que sea poderoso un principe es menester que vivan sus vasallos en las delicias, y que se afane él por grangearles todo genero de superfluidades con tanto afan como las cosas mas necesarias para la vida.

De Paris, á 14 de la luna de Chalval, 1717.

CARTA CVII.

RICA á IBEN, á Esmirna.

He visto al monarca niño: su vida es mui preciosa para sus vasallos, y no menos para la Europa entera, por los grandes disturbios que pudiera acarrear su muerte. Pero los reyes son parecidos á los dioses, y mientras viven deben ser mirados como inmortales. Su semblante, aunque hermoso, es magestuoso; y parece que una excelente educacion conspira con su buena indole, y ya promete un principe cabal.

Dicen que nadie puede conocer la indole de los reyes de Ocidente, hasta que se hayan visto en las dos grandes pruebas de su dama y su confesor. En breve los verémos ambos afanados en hacerse dueños del espiritu de este, y para ello, se darán tremendos combates, porque quando reyna un principe mozo siempre son emulas estas dos potencias, pero quando es viejo se reconcilian y se reunen. Quando es mozo es mui arduo de representar el papel del dervis; que la fuerza del rey redunda en flaqueza del otro, pero la dama triunfa por igual de su flaqueza y de su fuerza.

Quando llegué yo á Francia encontré al rey difunto enteramente gobernado por las mugeres, puesto que de su edad creo que fuese el monarca que menos en este mundo las necesitaba. Un dia oí á una que decía: menester es hacer algo por ese coronel joven; yo sé que es valiente, y le hablaré al ministro. Otra decía: extraña cosa es que no se hayan acordado de aquel abate mozo; es

es preciso que le hagan obispo, que es de buena cuna, y me consta que es mui timorato. Pues no te figures que las que asi hablaban fuesen validas del principe, que acaso no le habían hablado dos veces en su vida; aunque sea una cosa tan facil entre los principes europeos. La razon de esto es que nadie de quantos tienen un cargo en palacio, en Paris, ó en las provincias está sin una muger por cuyas manos se reparten todas las gracias, y á veces todas las injusticias que él puede hacer. Todas estas mugeres tienen conexîones unas con otras, y forman una especie de republica, cuyos miembros siempre activos se ayudan y se sirven reciprocamente, como un nuevo estado dentro del estado, y el que estando en palacio, en Paris y en las provincias vé lo que hacen los ministros, los magistrados, y los prelados, y no conoce á las mugeres que los gobiernan está lo mismo que el que vé el movimiento de una maquina, sin saber los muelles que la hacen andar.

¿Te imaginas que sea una muger la dama de un ministro por dormir con él? ¡Que disparate! No señor, que lo es para presentarle cada mañana seis ó siete memoriales, y se echa de ver su mucha bondad en el ardor con que sirve á infinitos desgraciados que le dan medio millon de reales al año.

En Persia nos quexamos de que gobiernan el reyno dos ó tres mugeres; pues mucho peor es en Francia, que gobiernan las mugeres en general, y no solo usurpan el poder por mayor, sino que se le distribuyen entre sí por menor, hasta la ultima chispa.

De Paris el postrero de la luna de Chalval, 1717.

CARTA CVIII.

USBEK, *á* ....

UNA especie de libros hay aqui que no tenemos en Persia, y en este pais son mui de moda, que son los periodicos literarios. La pereza se complace leyendolos, y queda hechizada con poder repasar treinta tomos en un quarto de hora. En los mas de los libros no bien ha concluido el autor los cumplidos de estylo, quando ya están aburridos los lectores, y entran medio muertos de fatiga en la materia anegada en un mar de palabras. Este se quiere immortalizar con un libro en dozavo, aquel con uno en quarto; el otro que es mas ambicioso aspira á uno en folio; fuerza es que dé á proporcion ensanche al asunto, y asi lo hace sin compasion del trabajo de sus desventurados lectores que se matan por acortar lo que tanto se ha afanado el autor en alargar.

No sé que merito tienen obras semejantes, y tambien las haría yo si quisiera dar al traste con mi salud y mi librero.

El defecto capital de los periodistas es que solamente de los libros nuevos hablan, como si fuera nunca nueva la verdad. Me parece que hasta haber leido uno todos los libros antiguos, no tiene motivo para preferir los nuevos.

Pero quando se imponen la obligacion de no hablar mas que de las obras que salen calientes de la fragua, contraen otra, que es la de ser fastidiosisimos, porque tienen cuenta con no criticar los libros que extractan, por malos que sean. ¿Y

efectivamente quien hay tan osado que se quiera grangear diez ó doce enemigos al mes? Son parecidos la mayor parte de los autores á los poetas, que aguantarán una zurra de palos sin chistar, pero que curandose tan poco de sus costillas, se curan tanto de sus obras que no pueden sufrir la mas leve critica, y es menester mucho cuidado con no tocarlos en parte tan delicada, cosa que saben mui bien los periodistas. Por eso hacen todo lo contrario: empiezan elogiando la materia que tratan los autores; primera insulsez; luego pasan al elogio del escritor; elogio violento, porque hablan de hombres que aun están en el palenque, dispuestos á la pelea, y á exterminar con tajos y rebeses de su pluma á qualquier periodista malandrin que los acometa.

De Paris, á 5 de la luna de Zilcadé, 1718.

CARTA CIX.

RICA á...

ES la universidad de Paris la hija mayor de los reyes de Francia, y mui mayor, que tiene novecientos años largos, y chochea no pocas veces. Me han contado que algun tiempo ha que tubo una terrible contienda con unos doctores acerca de la letra Q que quería que se pronunciara como una K (1), y tanto se encendió la disputa, que fueron privados muchos de sus bienes, y tubo

(1) Habla de la guerra de Pedro Ramos.

que intervenir el parlamento, concediendo, por sentencia solemne, á todos los vasallos del rey de Francia licencia de pronunciar esta letra como les diera la gana. Linda cosa era ver los dos cuerpos mas respetables de la Europa ocupados en fallar de la suerte de una letra del alfabeto.

Me parece que se apocan las cabezas de los mayores ingenios quando están reunidos, y que donde hay mas sabios juntos hay menos sabiduría. Las grandes corporaciones muestran tanto apego á las menudencias, y á los estylos fútiles, que descuidan las cosas esenciales. He oido decir que habiendo convocado un rey de Aragon los estados de Aragon y Cataluña, se gastaron las primeras sesiones en decidir en que lengua se habia de poner lo que se proveyese. Fué mui violenta la contienda, y mil veces se habrían separado los estados, si no hubiesen imaginado un corte, que fué que la pregunta se pusiese en lengua catalana, y la respuesta en la de Aragon.

De Paris, á 25 de la luna de Zilhagé, 1718.

CARTA CX.

RICA á .....

Mucho mas serio es de lo que parece el papel de una muger bonita. Los sucesos de su tocador todas las mañanas en medio de sus criadas son importantisimos; un general de exercito no pone mas estudio en colocar su ala derecha ó su cuerpo de reserva, que la primera en colocar un lunar

que puede no pegar, pero en quien ella fía la esperanza de una conquista.

¡Que cuidado, que estudio no es indispensable para conciliar sin cesar los intereses de dos competidores, pareciendo neutral con entrambos, mientras que se entrega al uno y al otro, y para constituirse medianera en todos los motivos de quexa que les da! ¡Que ocupacion la de dar pié á continuas diversiones, y precaver todos los accidentes que pudieran romperlas!

No obstante no es la principal dificultad para ellas divertirse, sino aparentar que se divierten. Aburra uno á las mugeres tanto quanto quiera, que se lo perdonarán, con tal que se crea que se han divertido.

Algunos días hace que fuí á cenar con unas damas á una quinta. En camino decían sin cesar: valiente diversion vamos á tener. Los genios sympatizaban poco, y por consequencia estabamos todos mui serios. Confesemos, dixo una de las señoras, que nos divertimos mucho; hoy no hay en Paris tan alegre reunion como la nuestra. Como me dormía de puro aburrido, una de ellas me dió un tiron diciendome: ¿que tal? ¿no estamos mui joviales? Sí, le respondí con un bostezo, creo que rebentaré de risa. La tristeza era no obstante mas poderosa que mis reflexîones, y poco á poco, de bostezo en bostezo, sentí que caía en un sueño letargico que acabó con todos mis gustos.

De Paris, á 11 de la luna de Maharran, 1718.

CARTA CXI.

USBEK á.........

El reynado del difunto rey ha sido tan dilatado que el fin habia hecho que se olvidaran las gentes del principio. Hoy es moda no ocuparse mas que en los acontecimientos sucedidos en su menor edad, ni se leen mas que las memorias de aquellos tiempos.

Aqui te pongo el razonamiento de uno de los generales de la ciudad de Paris en un consejo de guerra, y confieso que no entiendo, ni una palabra de él.

« Señores, aunque ha sido repelida y desbaratada nuestra tropa, creo que será facil remediar esta derrota. Tengo preparadas seis coplas de una cancion que voy á publicar, y estoy cierto de que repondrán todas las cosas en equilibrio. He escogido voces mui claras que salgan del hueco de pechos mui fuertes, y que harán una portentosa impresion en el pueblo. La letra está puesta en una musica que hasta ahora ha sido de la mayor eficacia. Si esto no bastare, publicarémos una estampa que figure á Mazarino ahorcado. Por fortuna que este no habla bien el frances, y que le estropea de manera que es imposible que no vayan sus asuntos de capa caida. Nunca dexamos de hacer que note el pueblo el tonillo risible de su pronunciacion. Pocos dias hace que le cogimos un yerro gramatical tan zafio, que en todas las esquinas se decian chufletas acerca de él.

» Espero que antes de ocho dias haga el pueblo

» del nombre de Mazarino un vocablo generico » para significar todos los animales de carga y los » de tiro. Desde nuestra derrota le ha dado tan » malos ratos nuestra musica sobre el pecado » nefando, que por no ver reducidos á la mitad » sus partidarios, se ha visto precisado á despedir » á todos sus pages.

» Alentad por tanto, perded el miedo, y estad » ciertos de que á silbidos le obligarémos á que » vuelva á pasar los montes. »

De Paris, á 4 de la luna de Chaban, 1718.

CARTA CXII.

REDI á USBEK, á Paris.

Mientras que vivo en Europa estudio los antiguos y modernos historiadores, cotejo todas las epocas, me complazco en pasarles, digamoslo asi, revista, y paro mas especialmente mi meditacion en aquellas grandes mudanzas que han hecho unos siglos tan distintos de otros siglos, y tan desemejante el mundo de sí propio.

Acaso has parado tú la atencion en una cosa que cada dia me causa mas maravilla. ¿ Como está la tierra tan poco poblada relativamente á lo que antes estaba ? ¿ Como ha podido perder la naturaleza la portentosa fecundidad de los primitivos tiempos ? ¿ Acaso está ya decrepita, y se muere de inanicion ?

Mas de un año he vivido en Italia, y solo he visto las ruinas de aquella Italia tan celebre en los pasados tiempos. Enteramente despobladas y

hiermas están las ciudades, puesto que todo el mundo vive en ellas, y parece que solo subsisten todavía para indicar el sitio donde estaban aquellas poderosas ciudades tan nombradas en la historia. No falta quien afirme que la ciudad sola de Roma contenía mas gente antiguamente que hay hoy en un reyno grande de Europa. Había ciudadanos romanos dueños de diez mil y veinte mil esclavos, sin contar los que trabajaban en sus tierras, y como había quatrocientos ó quinientos mil ciudadanos no es posible valuar el numero de los moradores, sin que se pasme la imaginacion.

La Sicilia contenía antiguamente reynos opulentos, y numerosos pueblos que despues se han desaparecido, no habiendo ahora en esta isla otra cosa notable que sus volcanes.

Tan desierta está la Grecia que ni la centesima parte de sus antiguos moradores hay en ella.

En la España, antes tan llena, solo se ven hoy campos sin habitantes, y no es nada la Francia comparada con la antigua Galia de que habla Cesar.

Los pueblos del Norte están despobladisimos, y no es ahora como quando se vian obligados á dividirse, como antiguamente, enviando á paises remotos colonias y naciones enteras, á guisa de enxambres, á buscar nuevas mansiones.

La Polonia y la Turquía Europea casi no tienen gente.

En la America no encontraríamos ni la quinquagesima parte de los hombres que formaban tan vastos imperios.

No está en mejor estado la Asia. En la Asia menor, que tantas poderosas monarquías, y tan portentoso numero de ciudades populosas contenía, solo dos ó tres ciudades quedan. De la Asia grande

la parte que está sugeta al Turco está despoblada; la que dominan nuestros reyes, si se compara con el floreciente estado en que antiguamente se hallaba, se verá que contiene un cortisimo numero de moradores, que en tiempo de los Xerxes y los Daríos eran inumerables.

No está menos despoblado el Egypto que los demas paises.

Finalmente recorro la tierra, y solo encuentro destrozos, y me parece que sale de los estragos del hambre y la peste.

Tan desconocida ha sido siempre el Africa, que no podemos hablar de ella con la misma puntualidad que de las otras partes del mundo; mas si solo atendemos á las costas del Mediterraneo conocidas en todos tiempos, vemos quanto han decaido de lo que fueron baxo los Cartagineses y los Romanos. Hoy son tan debiles sus principes que son las potencias mas mezquinas del mundo.

Por un calculo tan exâcto como en esta especie de cosas se puede hacer, he hallado que apenas hay en la tierra la decima parte de habitantes que antiguamente contenía. Lo extraño es que cada día se despuebla, y si sigue asi dentro de diez siglos será toda ella un desierto.

Esta es, amado Usbek, la mas terrible catastrofe que ha sucedido en el mundo. Pero apenas ha reparado nadie en ello, porque ha sucedido poco á poco, y en el transcurso de una larga serie de siglos. Esto denota un vicio interno, un veneno secreto y escondido, y una enfermedad de consuncion que atormenta la naturaleza humana.

De Venecia, á 10 *de la luna de Rhegeb*, 1718.

CARTA CXIII.

USBEK á REDI, á Venecia.

El mundo, amado Redi, no es incorruptible, que ni los cielos lo son; buenos testigos son los astronomos de sus variaciones, naturales consegüencias del movimiento universal de la materia.

La tierra está, como los demas planetas, sugeta á las leyes del movimiento; dentro de ella hay un perpetuo combate de sus principios; parece que el continente y el mar están en guerra perdurable, y cada instante produce combinaciones nuevas.

En mansion tan sugeta á vicisitudes se encuentran los hombres en estado no menos vacilante; que cien mil causas capaces de destruirlos pueden conspirar á su ruina, y con mas razon á disminuir ó aumentar su numero.

No te hablaré de aquellas catastrofes particulares, tan freqüentes en los historiadores, que han destruido ciudades y reynos enteros; otras hay generales que varias veces han puesto el linage humano á pique de su total ruina. Llenas están las historias de pestes universales que alternativamente han desolado el universo. De una entre otras hablan que quemó hasta las raices de las plantas, y se sintió en todo el orbe conocido, hasta el imperio del Catay, y acaso un grado mas de corrupcion hubiera dado fin en solo un dia á la naturaleza humana.

No ha dos siglos que se sintió en Europa, Asia y Africa la mas torpe de todas las dolencias, que

cundió prodigiosamente en poco tiempo, y hubiera acabado con los hombres, si hubieran seguido con la misma furia sus progresos, y abrumados de achaques desde su nacimiento, incapaces de aguantar el peso de las cargas de la sociedad, hubieran perecido todos ellos desgraciadamente. ¿Y que hubiera sido si se hubiese hecho mas activo el veneno? Pues así se hubiera hecho sin duda, si no hubieramos tenido la dicha de hallar un remedio tan eficaz como el que se ha descubierto. Acaso acometiendo esta enfermedad las partes de la generacion hubiera imposibilitado la misma generacion.

¿Mas á que viene hablar de la destruccion que hubiera podido sobrevenir al linage humano? ¿No ha sobrevenido realmente? ¿no le reduxo el diluvio á una sola familia?

Filosofos hay que distinguen dos creaciones, la de las cosas y la del hombre, no pudiendo comprehender que no tengan las cosas criadas arriba de seis mil años, que haya Dios diferido sus obras toda la eternidad, y no haya usado hasta ayér de su poder criador. ¿Es porque no podia, ó porque no quería? ¿Y si no podia en un tiempo, como ha podido en otro? Luego ha sido porque no quiso: pero como en Dios no hay sucesion, si suponemos que una vez ha querido una cosa, la ha querido en todos tiempos, y desde el principio; de suerte que no se pueden contar los años del mundo, ni es mas comparable con ellos el numero de los granos de arena del mar que un solo punto.

No obstante todos los historiadores mencionan á nuestro primer padre, y hablan de la cuna del linage humano. ¿No es cosa natural pensar que se libró Adan de una ruina general, como se preservó Noe del diluvio, y que han sido fre-

qüentes estos acontecimientos en la tierra desde la creacion del mundo?

Pero no todas las destrucciones son violentas. Muchas partes de la tierra vemos que se cansan de producir cosas que sirvan para la subsistencia de los hombres. ¿Y que sabemos si hay en la tierra causas generales, imperceptibles y lentas de este cansancio?

Me ha parecido conveniente apuntarte estas ideas generales, antes de responder mas por menor á tu carta acerca de la diminucion de los pueblos, que de diez y siete á diez y ocho siglos aca se nota. En mi carta siguiente te haré ver que sin contar las causas fisicas, hay otras morales que producen este efecto.

De Paris, á 8 de la luna de Chaban 1718.

CARTA CXIV.

USBEK al mismo.

Quieres saber porque está menos poblada la tierra que antiguamente, y si bien lo miras verás que proviene esta diferencia tan importante de la que en las costumbres se advierte. Desde que se ha dividido el orbe romano entre la religion cristiana y la mahometana, hay una mudanza notable, porque no son, ni con mucho, estas religiones tan propicias para la propagacion de nuestra especie, como lo era la de los antiguos arbitros del universo. En esta estaba vedada la polygamia, en lo qual sacaba muchas ventajas á la religion

de Mahoma, y permitido el divorcio, en lo qual no se aventajaba menos á la cristiana.

No hallo contradiccion mas palpable que la pluralidad de mugeres, permitida por nuestro sagrado alcoran, y la orden de contentarlas que impone este mismo libro. Ved á vuestras mugeres, dice el profeta, porque necesitan ellas de vosotros como de sus vestidos, y vosotros de ellas como de vuestros vestidos. Precepto es este que hace mui laboriosa la vida de un musulman. El que tiene las quatro mugeres que establece la ley, y nada mas que otras tantas concubinas ó esclavas, se ha de encontrar sofocado con tantos vestidos encima.

Vuestras mugeres son vuestra labranza, añade el profeta, acercaos á vuestra labranza; haced bien por vuestras almas, y lo encontraréis un dia.

Un buen musulman le miro yo como un atleta destinado á pelear sin parar, pero que debilitado mui presto, y abrumado de sus primeras fatigas, se rinde en el campo mismo de la victoria, y queda, digamoslo asi, sepultado baxo sus propios triunfos.

Siempre obra la naturaleza con lentitud, y por decirlo asi con economía, nunca son violentas sus operaciones; hasta en sus producciones requiere templanza; siempre va con regla y medida; si la aceleran desmaya luego, y gasta en conservarse toda quanta fuerza le queda, perdiendo totalmente la virtud de producir, y la potencia generativa. En este estado de desfallecimiento nos pone siempre la multitud de mugeres, que mas contribuye á dexarnos exâustos que á satisfacernos. Entre nosotros es cosa mui comun ver á un hombre en un serrallo inmenso con mui pocos hijos, y casi siempre estos hijos son enfermizos y endebles, resintiendose del poco vigor de su padre.

No para aqui: obligadas nuestras mugeres á una castidad forzosa, necesitan hombres que las guarden, que no pueden ser otros que eunucos; no permitiendo la religion, los zelos, y la razon misma que se dexen acercarse á ellas otros. Estos guardas han de ser numerosos, ora para mantener la tranquilidad en medio de la continua guerra que tienen estas mugeres unas con otras, ora para estorbar los acometimientos externos. De suerte que uno que tiene diez mugeres ó concubinas necesita á lo menos otros tantos eunucos para guardarlas. ¡Que perdida para la sociedad la de tantos hombres muertos desde que nacen, y que despoblacion ha de resultar de ella!

Las doncellas esclavas que viven en los serrallos, destinadas con los eunucos á servir tan crecido numero de mugeres, envejecen casi siempre en una triste virginidad; no se pueden casar mientras están con sus amas, y estas una vez acostumbradas á ellas casi nunca las despiden.

Asi ocupa un hombre solo en sus gustos tantas personas de uno y otro sexô, privandolas de la vida util al estado, y haciendolas incapaces de propagar la especie.

Ispahan y Constantinopla son las capitales de los dos imperios mas vastos del orbe, alli va todo á parar, y alli se acina de todas partes la gente atraida de mil modos, y no obstante en breve se extinguirian ambas, si cada siglo casi no hicieran venir los soberanos naciones enteras para repoblarlas. En otra carta diré lo que me falta sobre el asunto.

De Paris, á 4 de la luna de Chaban, 1718.

CARTA CXV.

USBEK al mismo.

No tenían los Romanos menos esclavos que nosotros, que tenían todavía mas, pero hacían mejor uso de ellos. Lexos de oponerse por medios violentos á la multiplicacion de dichos esclavos, la favorecían, en quanto les era dable, con todo su poder, reuniendolos con una especie de matrimonios, y por este medio llenaban sus casas de criados de todo sexô y de todas edades, y el estado de una poblacion inumerable. Los niños que mas adelante constituían la riqueza de su amo nacían en torno de él sin cuento; él solo estaba encargado de mantenerlos y criarlos; exêntos sus padres de esta carga, seguían unicamente su natural inclinacion, y procreaban sin recelo una numerosisima familia.

Ya te he dicho que entre nosotros están ocupados todos los esclavos en la guarda de nuestras mugeres, y nada mas; que con respecto al estado viven en un letargo absoluto, de suerte que es preciso ceñir el cultivo de las artes y los campos á unos pocos hombres libres, á unos pocos cabezas de familia, y que estos se ocupan en él lo menos que pueden. No sucedía asi entre los Romanos, que se aprovechaba con infinita utilidad la republica de estos exercitos de esclavos. Tenía cada uno de ellos su peculio, que poseía con las condiciones que le imponía su amo, y con este peculio trabajaba, y le empleaba en lo que le sugería su industria. El uno era ban-

quero ; otro se daba al comercio maritimo ; este vendia generos por menor ; aquel se aplicaba á un oficio mecanico, ó arrendaba y labraba tierras ; mas ninguno había que no se esforzara con todo su poder á sacar utilidad de su peculio, que le proporcionaba en uno comodidades en su actual esclavitud, y la esperanza de su libertad venidera ; lo qual formaba un pueblo laborioso, y animaba la industria y las artes. Enriquecidos estos esclavos por su afan y su trabajo se hacian libertar, y declararse ciudadanos. Asi se reponía sin cesar la republica, recibiendo en su seno nuevas familias, al paso que se destruían las antiguas.

Acaso en mis siguientes cartas se me presentará ocasion de probarte, que eso mas florece el comercio en un estado que mas abunda su poblacion, y con la misma facilidad probaré que quanto mas florece el comercio mas crece el numero de sus habitantes ; ayudandose y favoreciendose mutuamente ambas cosas. Y si es asi ¡ quanto debía crecer y aumentarse esta portentosa muchedumbre de esclavos siempre laboriosos ! Nacidos de la abundancia y la industria eran por su parte perene manantial de industria y abundancia.

De Paris, á 16 *de la luna de Chaban*, 1718.

CARTA CXVI.

USBEK al mismo.

Hasta aqui hemos hablado de los paises mahometanos, indagando la razon porque están menos poblados que los que estaban sugetos á la dominacion romana : exâminemos ahora que causas han producido el mismo efecto en los paises cristianos.

La religion pagana permitía el divorcio, que veda el cristianismo. Esta diferencia que á los principios pareció de tan poca entidad, poco á poco acarreó terribles consequencias, y tales que apenas se pueden calcular. No solo fué privado el matrimonio de toda su serenidad, mas tambien desviado de su primitivo fin ; queriendo estrechar sus vinculos se afloxaron, y en vez de unir, como pretendían, los corazones, los separaron para siempre.

En tan libre accion, en que tanta parte ha de tener el corazon, se estableció la violencia, la necesidad, y hasta la fatalidad del destino. En nada se tubieron la repugnancia, los antojos, la insociabilidad de los genios ; aspiraron á fixar el corazon, esto es, lo mas variable y mas inconstante que hay en la naturaleza, uncieron á un mismo yugo sin remedio ni esperanza á personas inaguantables una para otra, y casi siempre discordantes, haciendo como aquellos tyranos que ataban los hombres vivos con cadaveres.

Ninguna cosa contribuía mas al mutuo cariño que la facultad del divorcio : el marido y la muger sufrían con paciencia los pesares domesticos, sabiendo que tenían en su mano el ponerles termino, y muchas veces conservaban esta facultad toda su vida, sin usar de ella, considerando solamente que eran arbitros de usarla. No es asi entre los cristianos, que sus actuales pesares los desesperan para el tiempo venidero. En los disgustos del matrimonio solo contemplan su duracion, ó digamoslo asi, su eternidad ; de aqui proceden las antipatías, las discordias, los desayres, que redundan todos en

detrimento de su posteridad. Apenas se han pasado tres años de matrimonio quando descuidan lo esencial, y se siguen treinta de tibieza, formandose separaciones intestinas tan fuertes, y acaso mas perniciosas que si fuesen publicas; cada uno vive aparte, y todo esto en perjuicio de las generaciones futuras. En breve aburrido un hombre de una muger eterna se entregará á las cortesanas; comercio torpe, y tan opuesto á la sociedad, que sin desempeñar el fin del matrimonio, representa quando mas sus deleytes. Si de las dos personas ligadas de esta suerte una sola no es apta para el fin de la naturaleza, y la propagacion de la especie, ora sea por su temperamento, ora por su edad, sepulta la otra consigo, haciendola tan inutil como lo es ella.

No nos asombremos pues si vemos que entre los cristianos tantos matrimonios producen tan corto numero de ciudadanos. Abolido el divorcio, los matrimonios mal unidos nunca se reconcilian, ni pasan, como entre los Romanos, sucesivamente las mugeres por manos de muchos maridos, que en camino sacaban de ellas quantas ventajas eran dables.

Me atrevo á decir que si en una republica como Lacedemonia, donde sin cesar estaban atados los ciudadanos por extrañas y sutiles leyes, y donde no habia mas que una familia, que era la republica, se hubiera dispuesto que mudasen todos los años los maridos de mugeres, hubiera resultado una poblacion inumerable.

Mui dificil es atinar con la razon que ha movido á los cristianos á que abolieran el divorcio. En todas las naciones del mundo es el matrimonio un contrato susceptible de qualesquiera convenios, y solamente se debian excluir aquellos que podian

desviarle del blanco que se propone; pero no le contemplan los cristianos baxo este aspecto, y asi apenas pueden explicar que cosa sea; que no le hacen consistir en los gustos sensuales, y por lo contrario, como ya te he dicho, parece que los quieren desterrar en quanto les es dable. Segun ellos el matrimonio es un simulacro, una figura, un no sé que mysterioso, que no te puedo descifrar.

De Paris, á 17 de la luna de Chaban, 1718.

CARTA CXVII.

USBEK al mismo.

No es la causa unica de la despoblacion de los paises cristianos la prohibicion del divorcio; que no es menos eficaz el crecido numero de eunucos que entre ellos hay. Hablo de los clerigos, y los dervises de ambos sexôs que hacen voto de eterna continencia. Entre los cristianos esta es la virtud por antonomasia; y confieso que no los entiendo, ni alcanzo que cosa sea una virtud de que no resulta nada. Me parece que se contradicen palpablemente sus doctores quando dicen que es santo el matrimonio, y que todavia lo es mas el celibato que es su contrario, sin atender á que en punto de preceptos y dogmas fundamentales siempre lo bueno es lo mejor.

Es portentosa la muchedumbre de personas que hacen profesion de celibato. En los tiempos pasados condenaban los padres á sus hijos desde la cuna á este estado; hoy hacen este voto los hijos

asi que cumplen los catorce años, lo qual viene á ser lo mismo.

Con mas hombres ha acabado este oficio de guardar castidad que las pestes, y las mas sangrientas guerras. Cada casa de religion presenta una familia immortal, donde nadie nace, y se mantiene á costa de todas las demas. Estas casas siempre están abiertas, como simas donde se sumen las familias venideras.

Mui distinta es esta politica de la de los Romanos que establecían leyes penales contra los que se zafaban de las del matrimonio, por disfrutar una libertad tan contraria al bien publico.

Lo que te he dicho no se aplica mas que á los paises catolicos. En la religion protestante todo el mundo tiene facultad de tener hijos; que no consiente clerigos, ni dervises, y si quando se estableció esta religion que se propuso por norma unica los primitivos tiempos, no hubieran echado en cara sin cesar á sus fundadores su poca templanza, es indubitable que despues de haber hecho universal la practica del matrimonio, tambien habrián suavizado su yugo, acabando de remover la valla que en este punto separa al Nazareno de Mahoma.

Sea como fuere, lo cierto es que la religion presenta inmensamente mas ventajas á los protestantes que á los catolicos, y me atrevo á decir que en el actual estado de la Europa es imposible que subsista en ella quinientos años el catolicismo.

Antes de la decadencia del poder de España eran mui mas pujantes que los protestantes los catolicos. Poco á poco han llegado estos ultimos á equilibrarlos. Los protestantes crecerán cada día mas en poder y riquezas, y los catolicos irán perdiendo á proporcion. Los paises protestantes deben estar, y están efectivamente mas poblados que

los catolicos; de aqui resulta lo primero que son mas quantiosas las contribuciones, las quales se aumentan á proporcion del numero de contribuyentes; lo segundo que están mejor cultivados los campos, y finalmente que florece mas el comercio, porque hay mas gentes que hagan caudal, y con mas necesidades tienen mas medios de satisfacerlas. Quando en un pais no hay mas habitantes que los necesarios para la agricultura, es fuerza que desfallezca el comercio, y quando hay meramente los que son indispensables para mantener el comercio, es fuerza que vaya á menos la agricultura; esto es que es fuerza que decaygan ambas cosas á la par, porque nunca se adelanta en tal caso la una, como no sea á costa de la otra.

En los paises catolicos no solo está abandonada la agricultura, mas tambien es perniciosa la industria, porque se cifra en aprender cinco ó seis palabras de una lengua muerta. Asi que uno se ha grangeado este peculio ya se puede echar á dormir en quanto á hacer caudal, que dentro de un claustro halla una vida sosegada, que en el mundo le hubiera costado mil sudores y afanes.

No para aqui. Los dervises son dueños de casi todas las riquezas del estado, y forman una asociacion de avarientos que siempre toman y nunca dan, acumulando sin cesar rentas para adquirir capitales. Todas estas riquezas se tornan, digamoslo asi, paralyticas; y se acabó la circulacion, se acabó el comercio, se acabaron las artes, y se acabaron las manufacturas.

No hay principe protestante que haga pechar tanto sus pueblos como el Papa hace que pechen sus vasallos, puesto que estos sean miserables, y que aquellos vivan en la opulencia. El comercio

lo vivifica todo entre los primeros, y la fraylería lo inficiona todo entre los ultimos.

De Paris, á 26 de la luna de Chaban, 1718.

CARTA CXVIII.

USBEK al mismo.

Nada mas nos queda por decir del Asia y la Europa; pasemos al Africa. Aqui solo de las costas podemos hablar, porque lo interior no es conocido.

Las de Berbería, donde reyna la religion mahometana, no están tan pobladas como en tiempo de los Romanos por las razones que ya he dicho. Las costas de Guinea han de estar terriblemente desiertas, de doscientos años á esta parte que los reyezuelos ó capataces de aldeas han tomado la costumbre de vender sus vasallos á los principes de Europa, para transportarlos á las colonias de America.

Lo mas extraño es que esta America que cada año recibe tantos nuevos moradores se queda hierma, sin aprovecharse de las continuas perdidas del Africa. Los esclavos que á otro clima se trasladan se mueren á millares, y los trabajos de las minas, en que sin cesar ocupan á los Indios y á los extrangeros, las malignas exâlaciones que de dichas minas salen, y el azogue que continuamente se emplea en ellas los destruyen sin remedio.

No hay cosa mas extravagante que causar la muerte de una inumerable multitud de hombres, por sacar de las entrañas de la tierra el oro y la plata, metales en sí totalmente inutiles, y que si

son riquezas, no es mas que porque los han escogido por signos de ellas.

De Paris, el postrero de la luna de Chaban, 1718.

CARTA CXIX.

USBEK al mismo.

A veces pende la fecundidad de un pueblo de las mas menudas circunstancias, de manera que sucede con freqüencia que tomando un nuevo giro su imaginacion, se puebla en breve mucho mas de lo que estaba poblado.

Exterminados sin cesar, y sin cesar renacientes los judíos han resarcido sus perdidas y sus continuas destrucciones, con sola la esperanza arraygada en todas las familias de que ha de nacer de ellos un rey que ha de ser dueño de la tierra.

Si tenían los antiguos monarcas de Persia tan crecido numero de vasallos, era la causa este dogma de la religion de los magos, que la accion mas grata para Dios que pueden hacer los hombres es engendrar un hijo, labrar un campo y plantar un arbol. Si es tan portentosa la poblacion de la China, tambien procede esto de cierto modo peculiar de pensar, que consiste en que los padres son tenidos por dioses por sus hijos, acatados como tales desde esta vida, honrados con sacrificios despues de su muerte, en fuerza de los quales creen ellos que anonadadas sus almas en el Tien recobran nueva vida: por tanto aspira cada uno á aumentar una familia tan sumisa en esta vida, y tan necesaria en la otra.

Por otra parte los paises mahometanos cada dia están mas hiermos por conseqüencia de una opinion que, puesto que en sí sea santisima, no dexa de acarrear perniciosisimos efectos quando se arrayga en los animos, y es esta, que nos contemplamos como unos peregrinos que deben siempre tener puestas sus miras en otra patria, y asi nos parecen locura las utiles y duraderas tareas, el afan por afianzar el bien estar de nuestros hijos, y quantos proyectos trascienden mas alla de esta breve y transitoria vida: y satisfechos con lo presente, sin curarnos de lo venidero, no nos cuidamos ni de reparar los publicos edificios, ni de desmontar las tierras heriales, ni de cultivar las que están en estado de remunerar nuestras labores, y viviendo en una completa apatía, lo fiamos todo de la voluntad de la providencia.

En los pueblos europeos un engañoso espiritu de vanidad ha introducido el derecho injusto de los mayorazgos, tan funesto para la propagacion, pues concentra el afan de un padre de familias en uno solo de sus hijos, desvía su atencion de todos los demas, le precisa á que se oponga al establecimiento de muchos por consolidar el caudal de uno, y finalmente acaba con la igualdad de todos los ciudadanos, que es la mejor prenda de la general opulencia.

De Paris, á 4 de la luna de Rhamazan, 1718.

CARTA CXX.

USBEK al mismo.

GENERALMENTE están mal poblados los paises donde viven los salvages, por la aversion, con que miran casi todos ellos la labranza y cultivo de la tierra. Tan violenta es esta malhadada aversion que quando echan una maldicion á uno de sus enemigos, no le desean otro mal sino que se vea obligado á cultivar la tierra, persuadidos á que los unicos exercicios nobles, y dignos de ellos son la caza y la pesca. Pero como sucede con freqüencia que hay años que estas rinden mui poco, los atormentan hambres mui repetidas; sin contar con que no hay pais que abunde tanto en caza y pesca que pueda abastecer á la subsistencia de un pueblo numeroso, porque siempre se albergan las alimañas en los sitios mas despoblados. Por otra parte los aduares de salvages, que contienen doscientos ó trescientos habitantes, separados unos de otros, y con intereses mas opuestos que los de dos imperios distintos, no se pueden ayudar unos á otros, porque no les asiste el recurso de los estados considerables, cuyas partes se corresponden y se auxîlian todas reciprocamente.

Entre los salvages hay otro estylo no menos perjudicial que el primero, y es la costumbre cruel que tienen las mugeres de hacer por abortar, para que no sea causa su preñez de hacerse repugnantes á sus maridos.

En este pais hay contra este desorden tremendas leyes que rayan en furiosas. Toda muchacha sol-

tera que no ha declarado su preñez al magistrado tiene pena de muerte, si perece su fruto, sin que le puedan servir de disculpa el pudor, la ignominia, ni tampoco los acasos fortuitos.

De Paris, á 9 de la luna de Rhamazan, 1718.

CARTA CXXI.

USBEK al mismo.

Comun efecto es de las colonias enflaquecer los paises de donde se sacan, sin poblar aquellos adonde se envían. Conviene que permanezcan los hombres donde están, porque hay ciertas enfermedades que provienen de mudar de buenos ayres por malos, y otras que proceden solamente de la mudanza de ayres. Lo mismo que las plantas se impregna el ayre de las particulas de tierra de cada pais, y obra de tal manera en nosotros, que fixa nuestro temperamento. Quando nos trasladamos á otro pais caemos malos, porque estando acostumbrados los liquidos á cierta consistencia, á cierta disposicion los solidos, y unos y otros á cierto grado de movimiento, no pueden aguantar otro distinto, y se resisten á otra modificacion qualquiera.

Quando está un pais desierto es barrunto de que adolece de algun achaque peculiar de la naturaleza de su terreno ó su clima, y asi los que sacan á los hombres de un cielo propicio para enviarlos á semejantes paises executan cabalmente lo contrario de lo que se proponen. Experiencia tenían de esto los Romanos, que relegaban á Cerdeña á todos los delinqüentes, y conducían tambien á esta isla á los judíos, consolandose facilmente de perderlos por el sumo desprecio con que miraban á estos miserables. Quando quiso el gran Cha-Abas quitar á los Turcos la facultad de mantener numerosos exercitos sacó á casi todos los Armenios de su pais, enviando mas de veinte mil de sus familias á la provincia de Guilan, donde perecieron casi todos en mui breve tiempo.

Nunca han sido de provecho ninguno las trasportaciones de pueblos que á Constantinopla se han hecho. No se ha llenado la America con el portentoso numero de negros de que hemos hablado. Desde la destruccion de los judíos baxo Adriano está sin gente la Palestina.

Luego habrémos de confesar que son casi irremediables las grandes destrucciones, porque quando un pais llega á cierto grado de despoblacion permanece siempre en el mismo estado, y si por acaso se repone es al cabo de muchos siglos. Si en sú falleciente situacion se presenta la mas leve circunstancia de quantas he apuntado, no solo no se resarce, sino que decae de día en día, y se encamina á su total aniquilacion.

Hoy, como el primer día, está resintiendose la España de la expulsion de los Moriscos, y en vez de llenarse el hueco que han dexado se hace cada día mayor.

Desde que los Españoles, habiendo asolado la America, exterminaron á sus antiguos moradores, sustituyendose en su lugar, no han podido repoblarla, y mui al contrario, por una fatalidad, que pudiera mas bien llamarse justicia de Dios, se destruyen los destructores á sí propios, y se consumen todos los días.

Asi que no deben pensar los principes en poblar

por medio de colonias dilatados paises. No digo que no den fruto estas algunas veces, que hay tan venturosos climas que siempre se multiplicá en ellos la especie; buen exemplo son de esta verdad aquellas islas pobladas por enfermos abandonados por algunos navíos, que al punto cobraban la salud (1). Mas aun quando prosperen dichas colonias no harán mas que dividir las fuerzas en vez de aumentarlas, como no sean de poquisima extension, quales son las que se envían para ocupar alguna plaza para el comercio.

Los Cartagineses habían descubierto la America, como los Españoles, ó á lo menos unas islas mui grandes, con las quales hacían un comercio inmenso, pero viendo esta prudente republica que se iba disminuyendo el numero de sus moradores, vedó á sus subditos esta navegacion y este comercio.

Me atrevo á decir que en vez de que pasaran los Españoles á las Indias, convendría hacer que pasaran los Indios y los Mestizos á España, convendría restituir á esta monarquía todos sus pueblos dispersos; y con tal que conservara solo la mitad de sus vastas colonias, sería la mas formidable potencia de Europa.

Los imperios se pueden comparar á un arbol, cuyas ramas, quando son desmedidas, quitan al tronco todo el xugo, y solo sirven para dar sombra. No hay cosa mas capaz de hacer que se enmienden los principes de la manía de conquistar paises remotos que el exemplo de los Españoles y Portugueses.

Habiendo conquistado estas dos naciones con increible celeridad inmensos reynos, mas atonitas

(1) Acaso alude el autor á la Isla de Borbon.

con sus victorias, que con sus derrotas los pueblos vencidos imaginaron medios para conservar sus conquistas, y cada una adoptó un plan diferente.

Desconfiandose los Españoles de que se mantubieran fieles las naciones vencidas se resolvieron á exterminarlas, reemplazandolas con una poblacion leal de España, y nunca se ha llevado á efecto con tanta puntualidad un proyecto tan horroroso. Vióse un pueblo tan numeroso como todos juntos los de la Europa entera desaparecerse de la tierra al arribo de estos barbaros, que con el descubrimiento de las Indias parece que pensaron en descubrir á los hombres qual era el mas alto apice de la crueldad. Por medio de esta inhumanidad conservaron baxo su dominacion este pais. Saquese de aqui quan funestas son las conquistas, pues tales efectos acarrean, porque finalmente este horrendo remedio es el unico. ¿Como podían, si no, mantener en la obediencia tantos millones de hombres? ¿Como habían de resistir á una guerra civil desde tan lexos? ¿Que hubiera sido de ellos, si hubieran dado lugar á estos pueblos de que se recobraran del asombro que les había causado el arribo de estos nuevos dioses, y el miedo de sus rayos?

Los Portugueses siguieron el camino opuesto, y no cometieron crueldades; por eso fueron en breve echados de quantos paises habían descubierto. Los Holandeses auxîliaron la rebelion de estos pueblos, y se aprovecharon de ella.

¿A que principe puede parecer envidiable la suerte de estos conquistadores? ¿Quien hiciera sus conquistas con las mismas condiciones? Los unos fueron al punto expelidos de ellas; los otros las convirtieron en desiertos, y de su pais hicieron otro desierto. Estrella es de los heroes arruinarse por conquistar paises que, en un momento pierden,

ó por avasallar naciones que se ven ellos propios obligados á destruir, como aquel loco que gastó todo su caudal en comprar estatuas que tiraba luego al mar, y espejos que al momento hacía mil pedazos.

De Paris, á 18 de la luna de Rhamazan, 1718.

CARTA CXXII.

USBEK al mismo.

La suavidad del gobierno contribuye sobre manera á la propagacion de la especie. Prueba palpable son de esta verdad todas las republicas, y mas que todas la Suiza y la Holanda, que siendo los dos paises mas malos de Europa por la calidad de su terreno, son no obstante los mas poblados.

Nada llama tanto á los extrangeros como la libertad, y la opulencia que siempre la acompaña; la primera se hace amar por sí misma, y nuestras necesidades nos llevan á los paises donde se encuentra la otra.

En un pais donde hallan los hijos mantenimiento abundante, sin que se disminuya el de sus padres, la especie se multiplica. La propia igualdad de los ciudadanos, que por lo general produce igualdad de caudales, infunde la abundancia y la vida en todas las partes del cuerpo politico, y las esparce por todo él.

No sucede asi en los paises sugetos á un poder arbitrario, que todas las riquezas las poseen el principe, los palaciegos y algunos particulares;

mientras que gimen todos los demas en la extrema pobreza.

Si se halla uno falto de comodidades, y conoce que sus hijos han de ser mas pobres que él, ó no se casará, ó si se casa, temerá tener muchos hijos, que le acabarían de dexar por puertas, y tendrían que baxar de la condicion de su padre.

Bien sé que el patan ó el jornalero una vez casado poblará sin reflexíon, ora esté rico ó pobre, porque no se para en estos cuidados, que siempre tiene una herencia segura que dexar á sus hijos, que es su azadon, y nada le quita que siga ciegamente su instinto natural. ¿Mas de que sirve en un estado esa muchedumbre de chiquillos que se crían en la miseria? Casi todos ellos se mueren asi que nacen, nunca prosperan, endebles y flacos mil achaques los matan poco á poco, ó se los llevan de monton las continuas enfermedades populares, que sin cesar de la miseria y los malos alimentos se engendran; y los que de ellas se libran llegan á la edad varonil sin tener las fuerzas de hombre, y viven achacosos hasta su muerte.

Los hombres son parecidos á las plantas, que nunca vienen bien donde no están bien cultivadas: en los pueblos miserables se atrasa la especie, y á veces degenera.

Un exemplo notable de esta asercion ofrece la Francia. En las pasadas guerras el miedo en que vivian todos los hijos de familias de que los alistaran en la milicia los obligaba á casarse en edad mui tierna, y en una pobreza extrema. Tantos matrimonios producían una multitud de muchachos que se buscan en valde en Francia, porque la miseria, las enfermedades y el hambre han acabado con ellos. ¿Y si en un cielo tan feliz, y un reyno

tan civilizado como la Francia se nota semejante fenomeno, que será en otros estados?

De Paris, á 23 de la luna de Rhamazan, 1718.

CARTA CXXIII.

USBEK al molah MAHOMETO-ALI, guarda de los tres sepulcros, á Com.

¿Que valen los ayunos de los imanes y los cilicios de los molahes? Dos veces ha descargado Dios su brazo en los hijos de la ley; el sol se oscurece, y parece que solo alumbra sus derrotas; sus exercitos se congregan, y son disipados como el polvo.

El imperio de los Osmanlies está quebrantado por los dos mas violentos golpes que haya recibido. Apenas le sustenta un mufti cristiano, y el gran visir de Alemania es el azote de Dios enviado para castigo de los sequaces de Omar; á todas partes le acompaña la ira del cielo enojado de la rebelion y la perfidia de los Omaristas.

Tú, espiritu sagrado de los imanes, noche y dia lloras sobre los hijos del profeta descarriados por el detestable Omar; tu pecho se mueve contemplando sus desventuras; pides á Dios su conversion, y no su perdida, y quisieras por las lagrimas de los santos verlos reunidos al estandarte de Alí, no dispersos por temor de los infieles en las arenas de los hiermos, y en las cavernas de los montes.

De Paris, á 1 de la luna de Chalval, 1718.

CARTA

CARTA CXXIV.

USBEK á REDI, á Venecia.

¿Qual podrá ser el motivo de las inmensas liberalidades con que remuneran á sus cortesanos los principes? ¿Quieren grangearse su afecto? Pues ya le tienen grangeado en quanto es dable. Si por otra parte ganan algunos de sus vasallos comprandolos, es fuerza que por la misma causa pierdan otros infinitos empobreciendolos.

Quando contemplo la situacion de los principes, siempre cercados de hombres insaciables y codiciosos, no puedo menos de compadecerlos, y todavía mas me compadecen quando no tienen vigor para resistirse á solicitudes siempre onerosas para los que nada solicitan. Nunca oygo mentar sus liberalidades, las gracias y las pensiones que otorgan, sin abandonarme á mil reflexiones; se presentan entonces á mi animo mil ideas, y me parece que oygo publicar la pragmatica siguiente.

« La infatigable constancia de algunos de mis
» vasallos que me piden pensiones ha tenido en
» continuo exercicio mi regia munificencia. Al
» fin he cedido á la muchedumbre de memoriales
» que me han sido presentados, y que han cons-
» tituido hasta ahora el principal objeto de los
» afanes del trono. Me han representado que desde
» el momento de mi exâltacion al solio nunca han
» dexado de hallarse á todos los besa-manos; que
» siempre los he visto por donde yo pasaba sin
» menearse mas que un poste; y que se han
» puesto en puntillas para contemplar por entre

» la gente la serenidad de mi rostro. Tambien he » recibido varios memoriales de personas del bello » sexô, suplicandome que atendiese á que era » cosa notoria lo mucho que tenían que gastar » para mantenerse, y algunas ya llenas de arrugas » me han representado, meneando la cabeza, que » habían sido la flor y el adorno del palacio de los » reyes mis progenitores, y que si los generales » de sus exercitos hicieron temible el estado con » sus proezas belicas, ellas por su parte hicieron » no menos famoso el palacio por sus galanteos. » Deseando por tanto tratar con benignidad á los » suplicantes, y otorgarles todo quanto piden, » mando lo que sigue.

« Todo labrador que tenga cinco hijos les cer- » cenará cada día la quinta parte de su racion » de pan ordinaria. Mando á los padres de fa- » milias que hagan esta diminucion á cada uno » de sus hijos con la mayor justicia que fuere » posible.

» Prohibo formalmente á todos quantos culti- » van sus tierras propias, ó las dan en arriendo, » que hagan en ellas reparacion ninguna, de » qualquiera especie que fuere.

» Mando que toda persona que se exercitare en » oficios viles y mecanicos, y que como tal no » se ha hallado nunca á ningun besa-manos, no » pueda comprar vestidos para sí, su muger y sus » hijos, como no sea de quatro en quatro años, » vedando á todos ellos, como por esta mi Real » Pragmatica les vedo, baxo las mas severas penas, » que tengan las diversiones y banquetes que solían » tener sus familias las fiestas principales del » año.

» Y habiendoseme informado que la mayor parte de los vecinos de mis pueblos se ocupan mui de

» veras en casar á sus hijas, las quales no tienen » mas recomendacion en el estado que una triste » y fastidiosa modestia, mando que esperen los » padres para darles marido hasta que habiendo » llegado sus hijas á la mayor edad los obliguen » á ello por sentencia de juez, prohibiendo á los » magistrados de mis reynos que se ocupen en » hacer educar los hijos que de los tales matri- » monios nacieren. »

De Paris, á 1 de la luna de Chalval, 1718.

CARTA CXXV.

RICA, á ....

Todas las religiones se encuentran mui apuradas, quando tienen que dar idea de los deleytes destinados á los que han vivido bien. Facil cosa es atemorizar á los malos, amenazándolos con una dilatada serie de castigos; mas no saben que han de prometer á los hombres virtuosos. La naturaleza de los gustos parece que exige que sean de poca duracion, y apenas puede la imaginacion figurarse otros. Descripciones he visto yo del paraiso que eran capaces de hacer que todo sugeto de sana razon renunciára de él; unos dicen que las sombras bienaventuradas tocan la flauta sin cesar; otros las condenan al suplicio de estarse eternamente paseando; por fin otros quieren que piensen en el otro mundo en las queridas que tubieron en este, creyendo que no eran bastantes cien millones de años para que se les quitara la manía de los amorosos ciudados.

Acuerdome con este motivo de una historia que le oí contar á uno que había estado en el pais del Mogol, y que prueba que no son menos esteriles que los demas los sacerdotes indios, en las ideas que de la felicidad de los bienaventurados se forman.

Una muger que acababa de perder á su marido vino á pedir con toda ceremonia al gobernador de la ciudad que le diera licencia para quemarse, pero como los mahometanos abrogan quanto pueden este inhúmano estylo en los paises sugetos á su dominio, se la negó redondamente. Viendo la viuda que eran inutiles sus ruegos se encendió en una rabiosa colera, y empezó á dar gritos diciendo: ¡ vean que tyranía! No dexar á una pobre muger siquiera que se queme quando se le antoje ¡ ¿ Hase visto cosa semejante? Pues mui bien se quemaron mi madre, mi tía y mis hermanas. Y porque yo vengo á pedir su venia para quemarme á este maldito gobernador, se enfada, y da gritos como un loco.

Hallabase alli por casualidad un bonzo joven. Infiel, le dixo el gobernador, ¿ eres tu quien ha metido este disparate á esta muger en los cascos? No por cierto, respondió el bonzo, nunca le he hablado de tal cosa; pero si quiere creerme consumará el sacrificio, y hará una obra grata al dios Brama, que le dará la merecida recompensa, poniendola en el otro mundo junto á su marido, donde volverá á empezar segundo y perdurable matrimonio. ¿ Que decis? replicó pasmada la muger. ¡ Con que he de ver otra vez á mi marido! Pues si eso es, no me quemo. Si era un hombre zeloso, gruñon, y con eso tan viejo, que á menos que haya hecho el dios Brama algun milagro con él, para nada me necesitaba. ¡ Quemarme yo por él!

ni siquiera una uña, aunque fuera para sacarle de lo profundo de los infiernos. Buen cuidado tenían dos bonzos viejos que me traían engañada, y que sabían lo mal que nos llevabamos él y yo, de no decirme lo que había. Si no tiene otro regalo que hacerme el dios Brama, doy una higa de su bienaventuranza. Mahometana me hago, señor gobernador. Y vos, continuó volviendose al bonzo, ya podeis, quando querais, ir á decir á mi marido, que estoy con mucha salud para servirle.

De Paris, á 2 de la luna de Chalval, 1718.

CARTA CXXVI.

RICA á USBEK, á ....

Aunque te aguardo para mañana te envío tus cartas de Ispahan. Las mías me dicen que ha tenido orden el embaxador del Gran-Mogol de salir del reyno, añadiendo que han arrestado al principe, tío del Rey, y encargado du su educacion, y le han puesto en un castillo, donde le guardan con mucho rigor, habiendole privado de todos sus cargos. Mucho me duele la suerte de este principe, y le compadezco de veras.

Confiesote, Usbek, que nunca he visto verter lagrimas á nadie sin enternecerme; la humanidad se me representa en favor de los desgraciados, como si fueran ellos los unicos hombres, y hasta los magnates, que mira mi corazon con cierto desamor mientras ocupan altos cargos, tienen en mi un amigo asi que caen. ¿ Y efectivamente de que les sirve en la prosperidad un inutil cariño,

que nos acerca á igualarnos con ellos. Empero quando han caido de su elevacion solo nuestros lamentos les traen á la memoria la idea de lo que fueron. Me parece mui natural, y no menos noble la expresion de un principe que estando para caer en manos de sus enemigos, dixo, mirando los llantos de sus cortesanos : vuestras lagrimas me prueban que todavía soy vuestro rey.

De Paris, á 3 de la luna de Chalval, 1718.

CARTA CXXVII.

RICA á IBEN, á Esmirna.

Mil veces has oido hablar del Rey de Suecia. Pues estando sitiando una plaza en un reyno que llaman la Noruega, y visitando la trinchera solo con un ingeniero, ha recibido una herida en la cabeza, de la qual ha muerto. Al punto ha sido arrestado su primer ministro, se han juntado los estados, y le han condenado á que le corten la cabeza, en pena de un enorme delito que le achacaban, que era haber calumniado la nacion, quitandole á su rey la confianza en ella ; atrocidad que á mi ver es digna de mil muertes. Porque finalmente ¿ si es una accion iniqua poner mal al postrero de los vasallos con su principe, que será calumniar la nacion entera, y quitarle la estimacion de aquel que estableció la Providencia para labrar su felicidad ?

Quisiera yo que hablaran los hombres con los reyes, como hablan los angeles con nuestro sagrado profeta.

Ya sabes que en los sacrosantos banquetes, donde desciende el señor de los señores del trono mas sublime del mundo para comunicarse con sus esclavos, me he prescrito la inviolable ley de cautivar una lengua indocil, y nunca me han oido soltar una palabra que pudiera ser amarga para el ultimo de sus vasallos. Quando ha sido fuerza que dexara de ser sobrio, nunca he dexado de ser hombre de bien, y si á veces en esta prueba de lealtad he expuesto mi vida, nunca he aventurado mi virtud.

No sé como es que nunca hay principe tan malo que no lo sea todavía mas su ministro. Si hace una mala accion casi siempre se la han aconsejado, de modo que nunca es tan peligrosa la ambicion como la villanía de alma de sus consejeros. ¿ Pero como puedes entender que un hombre que solo de ayer aca es ministro, y que acaso no lo será mañana, se torne en un instante enemigo capital de sí propio, de su familia, de su patria, y de todas las generaciones venideras del pueblo que va á oprimir ? Un principe tiene pasiones ; su ministro las atiza, dirigiendo al fin de satisfacerlas las funciones de su ministerio, sin conocer otro objeto, ni querer conocerle. Los palaciegos le seducen con sus lisonjas, y él le adula de un modo mas peligroso con sus falaces consejos, con las resoluciones que le inspira, y las maximas que le dicta.

De Paris, á 25 de la luna de Safar, 1719.

CARTA CXXVIII.

RICA á USBEK, á......

El día pasado iba por el Puente-Nuevo con uno de mis amigos, el qual se encontró con un conocido suyo que me dixo que era un geometra, y bien se le echaba de ver, porque estaba absorto en meditacion tan profunda que fué menester que le tirara mi amigo de la casaca, y que le diera dos ó tres empujones, para que reparase en él; tan preocupado le tenía una curva que le atormentaba acaso mas de ocho días hacía. Los dos se hicieron muchos cumplidos, y se dixeron mutuamente varias novedades literarias, y razonando de esto llegaron á la puerta de un café, donde entré yo con ellos.

Reparé que á nuestro geometra le recibía toda la gente con mucho agasajo, y que hacían los mozos del café mas aprecio de él que de dos carabineros que en un rincon estaban. Me pareció que tambien él se encontraba mui gustoso, porque se le desarrugó un poco el semblante, y se echó á reir, lo mismo que si no tubiera la mas leve nocion de geometría. No obstante, su entendimiento medido á compas pesaba todo quanto en la conversacion se decía, semejandose á aquel que con una espada cortaba en su jardin quantas flores sobresalían sobre las demas. Martyr de su exáctitud le ofendía un dicho agudo, como se ofende una vista flaca de una luz mui viva. Cosa ninguna era indiferente para él, con tal que fuese cierta, y en conseqüencia era mui rara su conversacion. Aquel día venía del campo con otro que había visto una soberbia quinta y magnificos jardines, y lo unico que él había visto era un edificio de sésenta piés de largo, y treinta y cinco de ancho, y un bosque quadrilongo de diez fanegas de tierra. Hubiera querido que se hubiesen observado de tal modo las leyes de la perspectiva que las calles de arboles hubieran parecido de igual anchura en toda su extension, para lo qual habría él enseñado un metodo infalible. Le gustó mucho un quadrante que había visto de estructura mui particular, y se enfadó con un erudito que estaba á mi lado que por desdicha le preguntó si señalaba el tal quadrante las horas babylonicas. Habló un novelista del bombardeo de Fuenterrabía, y al punto nos explicó él las propiedades de la linea que habían descrito en el ayre las bombas, y gozoso con saber esto se empeñó absolutamente en ignorar en que paró el bombardeo. Se quexó uno de que el hibierno anterior le había dexado pereciendo una riada, y le dixo el geometra: tengo infinita satisfaccion en saberlo, porque veo que no me equivoqué en mis observaciones, y que este año han caido por lo menos dos pulgadas de agua mas en la tierra que el pasado.

De alli á poco se marchó y nos fuimos detras. Como andaba mui de priesa, y no se curaba de mirar adelante, le encontró derechamente otro, y se dieron una valiente topetada, de cuyo choque reboto cada uno por su parte, en razon reciproca de su velocidad y sus masas. Quando volvieron algo en sí de su atolondramiento dixo el otro al geometra, poniendose la mano en la frente; mucho celebro que me haya Vd. dado una cabezada, porque tengo una gran novedad

que decirle, y es que acabo de publicar mi Horacio. ¿ Pues como, dixo el geometra, si ha dos mil años que está publicado ? No me entiende Vd. replicó el otro; es una version de este autor antiguo que acabo de dar á luz, que hace veinte años que me ocupo en traducirle. ¡ Con que hace veinte años, le dixo el geometra, que Vd no piensa ! Quiere decir que habla Vd. en vez de los otros, y los otros piensan en vez de Vd. ¿ Pues cree Vd., le respondió el erudito, que no he sido mui util al publico, familiarizandole con la lectura de los buenos autores ? = No digo eso, que aprecio como el que mas los sublimes ingenios que Vd. viste de arrapiezos, pero Vd. no se les parece, porque si traduce siempre jamas le traducirán. Las versiones son como las monedas de cobre, que puesto que valgan tanto como una de oro, y sean mas utiles para el uso de la gente, siempre son malas y de baxa ley.

Dice Vd. que quiere resuscitar entre nosotros esos ilustres muertos, y confieso que les da un cuerpo, pero no los vuelve á la vida, porque les falta aquel espiritu que los animaba.

¿ Porque no se aplica Vd. mas bien á la investigacion de tantas verdades sublimes, como cada dia nos enseña á descubrir un calculo mui facil ? Habiendole dado este consejo de amigo se separaron mui descontentos, segun creo, uno de otro.

De Paris, el postrero de la luna de Rebiab, 2, 1719.

CARTA CXXIX.

USBEK á REDI á Venecia.

Los mas de los legisladores han sido hombres de cortas luces que ha puesto el acaso á la cabeza de los demas, y casi nunca han seguido mas norte que sus antojos ó sus preocupaciones, y como si hubiesen desconocido la alteza y la dignidad de lá obra que hacian, se han divertido en imaginar pueriles instituciones, conformandose á la verdad con el gusto de los animos apocados, pero desacreditandose con los hombres de sana razon. Circunstanciando inutiles menudencias se han metido en los casos particulares; lo qual indica una mezquina inteligencia que solo por partes vé las cosas, y nada abraza de una vista general.

Algunos han tenido la afectacion de valerse de otro idioma que el vulgar; cosa disparatada en un legislador; ¿ porque como se han de observar las leyes, si no se conocen ?

No pocas veces han abrogado sin necesidad las que vian establecidas, que es decir que han acarreado á los pueblos los desordenes imprescindibles de una mudanza.

Verdad es que por una extravagancia que mas bien procede de la naturaleza que del espiritu humano, es necesario á veces mudar ciertas leyes; pero estos casos son mui raros, y quando suceden se ha de tocar á ellas temblando, y se han de observar tantas solemnidades, y poner tantas precauciones, que colija naturalmente el pueblo que son las leyes una cosa sacrosanta, pues tantas

formalidades son indispensables para abrogarlas.

A veces las han hecho muisutiles, antes siguiendo conceptos logicos que la natural equidad. Mas adelante han parecido mui duras, y por espiritu de equidad se ha creido que se debían eludir; remedio que era nuevo mal. Sean las que fueren las leyes, siempre se han de obedecer, mirandolas como la conciencia publica, á la qual se debe conformar en todo caso la de los particulares.

Confieso no obstante que han puesto algunos legisladores mucho esmero en una cosa que indica que fueron mui prudentes, y es en dar á los padres mucha autoridad en sus hijos. Cosa ninguna alivia mas á los magistrados, ninguna despeja tanto los tribunales, finalmente ninguna conserva mas sosiego en el estado, donde siempre las costumbres hacen mejores á los ciudadanos que las leyes. Esta potestad es aquella de que menos los hombres abusan; es la mas sagrada de las magistraturas; la unica que no estriba en convenios, y es anterior á los convenios todos.

En los paises donde se ponen á cargo de los padres de familias mas castigos y mas recompensas se nota que hay mas orden en las familias. Los padres son vivos simulacros del criador del universo, el qual aunque pudiera guiar á los hombres por su amor, no dexa de estrecharlos tambien con él por los vinculos de la esperanza y el temor.

No quiero concluir esta carta sin anotarte lo disparatado del espiritu frances. Dicen que de las leyes romanas han conservado una infinidad de cosas inutiles, y aun perjudiciales, y no han adoptado la potestad paternal que habían aquellas establecido como la primera autoridad legitima.

De Paris, á 4 de la luna de Gemadí, 2, 1719.

CARTA CXXX.

RICA á ....

En esta te hablaré de cierta nacion que llaman los noveleros, los quales se juntan en un magnifico jardin, donde siempre halla ocupacion su ociosidad. Estos son los miembros mas inutiles del estado; y cincuenta años de sus habladurías han producido el mismo efecto que hubiera resultado de cincuenta de silencio, y no obstante se creen sugetos de importancia, porque discurren sobre magnificos proyectos, y ventilan los mayores intereses.

Es el fundamento de sus conversaciones una frivola y risible curiosidad; no hay tan secreto gabinete que no presuman penetrarle; no pueden creer que ignoran cosa ninguna; saben quantas mugeres tiene nuestro magnifico sultan, quantos chiquillos les hace cada año, y sin gastar nada en espías están al cabo de las medidas que toma para ajar la soberbia de los emperadores de la Turquía y el Gran-Mogol.

No bien han concluido con lo presente quando se lanzan en el tiempo venidero, y tomando la delantera á la Providencia, se sustituyen á ella en todas las acciones hnmanas. Cogen de la mano á un general, y alabandole por mil disparates que no ha hecho, le prescriben otros mil que no hará tampoco. Lo mismo hacen volar los exercitos que grullas, y derriban murallas como pedazos de carton: tienen puentes en todos los ríos, sendas ocultas en todos los montes, y almacenes inmensos

en los desiertos arenales; lo que no tienen es sentido comun.

Un sugeto que vive conmigo recibió la siguiente carta de un novelista, que copié yo por parecerme mui particular, y decía asi:

« Mui señor mío: rara vez me engaño yo en mis » conjeturas sobre asuntos politicos. El día pri» mero de Enero de 1711 pronostiqué que se mo» riría el emperador Josef aquel mismo año: » verdad es que como estaba bueno y sano, temiendo » que se rieran de mí, si me explicaba con claridad, » lo anuncié en terminos algo enigmaticos, pero » mui bien me entendieron los que saben discurrir. » El 17 de abril del mismo año se murió de vi» ruelas.

» Asi que se rompió la guerra entre el Emperador » y los Turcos, fuí á buscar á todos los tertulianos » á las Tullerias, y reuniendolos junto al estanque » les pronostiqué que Belgrado iba á ser sitiado, » y que se rendiría. Tube la fortuna de ver mi » anuncio verificado. Bien es verdad que á la mitad » del sitio aposté cien doblones á que le tomarían » el dia 18 de agosto (1), y no se rindió hasta el » 19. ¿Es posible perder con tan buenos naypes?

» Quando vi que desembarcaba en Cerdeña la » escuadra española, pensé que conquistaría esta isla, » asi lo dixe, y asi fué. Ufano con este acierto añadí que » esta victoriosa escuadra desembarcaría en Final, » para conquistar el Milanesado, y hallando que » se resistían á admitir esta idea, la quise sustentar » con gloria; aposté pues cincuenta doblones, y » tambien los perdí; porque el maldito Alberoni, » no obstante la fé de los tratados, envió á Sicilia

(1) Año 1717.

» su escuadra, engañando á la par á dos grandes » politicos, el duque de Saboya y yo.

» Todo esto, señor y dueño mío, de tal manera » me ha sacado de mis casillas, que estoy resuelto » á pronosticar siempre, sin apostar nunca. En otro » tiempo no se conocía en las Tullerias el estylo » de apostar; y no le consentía el señor conde de » Lione difunto, pero desde que se ha metido entre » nosotros una caterva de pisaverdes, no sabemos » donde estamos, y apenas abrimos la boca para » decir una novedad, quando uno de estos mo» zalvetes propone una apuesta por la contraria. » El otro día, quando abría yo mi manuscrito, » y me ponía los anteojos en las narices, aprove» chandose uno de estos saltimbanquis del intervalo » del primer vocablo al segundo, me dixo: apuesto » cien doblones á que eso es mentira. Yo hice como » que no había oido este disparate, y leyendo en » voz mas recia continué diciendo: habiendo sabido » el señor mariscal de.... Es falso, me interrumpió » el de la apuesta; siempre nos viene Vd. con » noticias disparatadas; todo eso no lleva sentido » comun. Ruego á Vd., señor mío, que me haga » el gusto de prestarme treinta doblones, porque » le confieso que me han atrasado mucho estas » apuestas. Envio á Vd. copia de dos cartas que » tengo escritas al ministro, y quedo etc.

Cartas de un novelista al ministro.

Ex.^{mo} señor,

» Yo soy el vasallo mas zeloso del bien publico » que tiene S. M. Yo fuí quien obligué á uno de » mis amigos á executar el proyecto que había yo » formado de un libro que demostraba que Luis el

» Grande era el mas grande de quantos principes han
» merecido el renombre de Grande. Mucho tiempo
» hace que estoy componiendo otra obra que será
» todavía mas honrosa para nuestra nacion, si se
» digna V. E. de protegerla, siendo mi animo probar
» que desde el origen de la monarquía nunca han
» sido vencidos los Franceses, y que quanto han
» dicho los historiadores de nuestras derrotas son
» meras imposturas. Me veo precisado á rectificarlos
» en muchos pasages, y me lisongeo de que lo que
» mas en mi obra luce es la sana critica. Quedo
» Ex.mo Señor, etc.

Ex.mo Señor,

» Habiendo perdido al señor conde de Lione, suplicamos á V. E. que nos permita nombrar un presidente, porque se han introducido tantos desordenes en nuestras conferencias, que no se tratan los asuntos de estado con la misma madurez que antes. Nuestros mozos viven sin tener absolutamente respeto ninguno á los ancianos, y sin disciplina entre ellos, y forman el mismo consejo que el de Roboan, donde los mozos hacian callar á los viejos. Inutilmente les representamos que eramos posesores pacificos de las Tullerias veinte años antes que vinieran ellos al mundo, y creo que al cabo nos echarán de ellas, y obligados á abandonar este sitio, donde tantas veces hemos hecho aparecer las sombras de nuestros heroes franceses, será fuerza que vayamos á tener nuestras conferencias al jardin botanico, ó á otro parage mas distante todavía. Quedo, etc. »

De Paris, á 7 de la luna de Gemadí, 2, 1719.

CARTA

CARTA CXXXI.

REDI á RICA, á Paris.

Una de las cosas que mas han exercitado mi curiosidad desde mi arribo á Europa ha sido la historia y el origen de las republicas. Ya sabes que ni siquiera tienen idea de este gobierno los Asiaticos y que no les ha podido sugerir todavía su imaginacion que haya en la tierra otro que el despotico.

Los primeros gobiernos que conocemos eran monarquicos; solo por acaso y en la serie de los siglos se formaron las republicas.

Habiendose anegado la Grecia en un diluvio la vinieron á poblar nuevos moradores. Casi todas estas colonias eran de Egypto y de los paises mas inmediatos del Asia, y estando regidos por reyes todos estos paises, los pueblos que de ellos salieron adoptaron el mismo gobierno. Mas habiendose agravado en demasía la tyranía de estos principes, sacudieron el yugo, y de la ruina de tantos reynos nacieron aquellas republicas que tanto hicieron florecer la Grecia, unica nacion civilizada en medio de la barbarie.

Por largo espacio de tiempo mantubieron independiente la Grecia el amor de la libertad y el odio de los reyes, extendiendose el gobierno republicano. Las ciudades griegas hallaron aliados en el Asia menor, adonde enviaron colonias tan libres como ellas, que les sirvieron de baluarte contra los embates de los reyes de Persia. No contenta con esto la Grecia pobló la Italia, y esta la España y acaso las Galias. Sabemos todos que la Hesperia

Magna, tan celebre en la antigüedad, fué al principio la Grecia, que consideraban los pueblos comarcanos como la mansion de la felicidad: los Griegos que no la hallaban en su propio pais la fueron á buscar á Italia, los de Italia á España, los de España á la Betica ó á Portugal, de manera que todas estas regiones fueron nombradas Hesperia por los antiguos. Las colonias Griegas traían consigo aquel espiritu de libertad en que se habían empapado en su venturoso pais: por eso en aquellos remotos siglos apenas vemos una monarquía en la Italia, la España ni las Galias. En breve verás que no eran menos libres los pueblos del Norte y la Alemania, y si encontramos en ellos vestigios de monarquía consiste en que han llamado reyes á los caudillos del exercito ó de la republica.

Así se gobernaba la Europa, porque en quanto al Africa y al Asia siempre han estado abrumadas baxo el despotismo, exceptuando unas pocas ciudades del Asia menor de que ya hemos hablado, y en Africa la republica de Cartago.

Dividióse el orbe entre dos poderosas republicas, la de Roma y la de Cartago. Nadie ignora qual fué la cuna de la republica romana; el origen de Cartago nadie le sabe; ni se conoce la serie de principes Africanos desde Dido, ni como perdieron su poder. Mucha dicha hubiera sido para el universo el portentoso engrandecimiento de la republica romana, si no hubiera mediado una injusta desigualdad entre los ciudadanos romanos y los pueblos vencidos; si hubieran dado una autoridad menos ilimitada á los gobernadores de las provincias; si se hubieran observado las sagradas leyes hechas para reprimir su tyranía, y si no se hubieran valido los proconsules para eludirlas de los mismos tesoros que á poder de injusticias habían amontonado.

Cesar oprimió la republica romana, sugetandola á un poder arbitrario, y gimió largos siglos la Europa baxo un gobierno militar y violento, convertida la blandura romana en una cruda opresion.

Salieron entre tanto del norte infinitas naciones desconocidas, que se esparcieron á guisa de torrentes por las provincias romanas, y que encontrando no menos facil hacer conquistas que exercitar pyraterias, desmembraron el imperio fundando reynos. Estos pueblos eran libres, y en tal manera coartában la autoridad de sus reyes que no eran propiamente mas que sus caudillos ó sus generales; por tanto estos reynos, puesto que fueran fundados por la fuerza, sintieron poco el yugo del vencedor, mientras que los pueblos del Asia, como por exemplo los Turcos y los Tartaros, sugetos á la voluntad de un hombre solo, quando hacían conquistas solo pensaban en dar á su dueño nuevos vasallos, y cimentar con las armas su potestad violenta. Al contrario libres en su pais los pueblos del Norte, quando se apoderaron de las provincias romanas no dieron mucha autoridad á sus caudillos, y aun algunos de ellos, como los Vandalos en Africa y los Godos en España, así que no estaban satisfechos con sus reyes los deponían. Los otros habían coartado la potestad del principe de mil modos diferentes; una infinidad de señores entraban á la parte en ella; no se declaraban las guerras sin su consentimiento; se repartían los despojos entre el caudillo y los soldados; ninguno de los pechos era para el principe; y se hacían las leyes en las asambleas de la nacion. Estos eran los principios fundamentales de todos quantos estados con los destrozos del imperio romano se formaron.

De Venecia, *á* 20 *de la luna de Rhegeb*, 1, 1719.

CARTA CXXXII.

RICA á........

Cinco ó seis meses hace que estube en un café, donde reparé en un caballero mui decente, á quien todo el mundo estaba escuchando. Hablaba este de la dicha de vivir en Paris, lamentandose de su situacion que le obligaba á irse á aburrir á una provincia. Mil doblones tengo de renta, decía, en bienes raices, y me tendría por mui mas dichoso, si poseyese no mas que la quarta parte de mi caudal en dinero fisico y letras de cambio. Quanto mas apuro á mis arrendatarios, quanto mas costas les cargo, están ellos mas insolventes, y nunca he podido verme con cien doblones juntos. Con dos mil duros que debiera me embargarían todas mis tierras, y tendría que irme á un hospital.

Yo me salí sin hacer caso de este razonamiento; pero hallandome ayer en el barrio, entré en el mismo café, y oí á un sugeto grave, de rostro amarillo y enxuto, que en medio de cinco ó seis interlocutores parecía triste y pensativo ademas, y que soltando á deshora la tarabilla, en voz descompasada dixo; perdido soy, señores, no tengo para vivir. En mi gabeta hay ochenta mil duros en vales y sesenta mil en plata, y me encuentro en la mas horrorosa situasion. Me habia creido rico, y tengo que irme á un hospicio. Si tubiera siquiera un miserable cortijo adonde retirarme, sabría que tenía con que vivir, pero no tengo ni tanta tierra como coge la copa de mi sombrero.

Volví por casualidad la cabeza al otro lado, y

ví otro que hacía mas visages que un energúmeno. ¿De quien se ha de fiar uno? clamaba. Un bribon que creía yo que era amigo mío, y á quien le había prestado mi dinero, me le ha vuelto. ¡Que solemne picardia! Por mas que él haga, nunca le podré mirar como hombre de bien.

Junto estaba uno mui mal vestido que decía, alzando los ojos al cielo: bendiga Dios los planes de nuestros ministros, y oxalá que suban á dos mil las acciones, y que se pongan todos los lacayos de Paris mas ricos que sus amos. Llamóme la curiosidad, y pregunté quien era. Es un hombre mui pobre, me dixeron, que exercita una pobre profesion, porque es genealogista, y espera que le rendirá mucho su arte, si siguen los nuevos caudales, porque la necesitarán los ricos de cuño reciente para reformar sus apellidos, desenvillanar á sus antepasados, y hacer sus escudos de armas. Como se figura que va á ennoblecer á quantos quisiere, no cabe en sí de gozo, viendo quantos parroquianos tendrán que acudir á él.

Finalmente ví entrar un viejo macilento y amojamado, que antes que se sentase conocí que era novelista. No era este de los que resisten á todos los reveses con impavido pecho, y siempre pronostican victorias y trofeos; por lo contrario era uno de aquellos temblones que solo anuncian novedades funestas. Mui mal van los asuntos, dixo, en España, que no tenemos caballería en la frontera, y es de recelar que el principe Pio, que tiene un cuerpo numeroso de ella entre á saco todo el Lenguadoc. En frente de mí estaba un filosofo mui despilfarrado, que lastimandose del novelista se encogía de hombros, quando el otro levantaba la voz. Arrimandose por fin á mí me dixo al oido: ¿que le parece á Vd. de este maja-

dero que nos está hablando una hora ha de sus temores de los sucesos del Lenguadoc, y yo que descubrí ayer tarde una mancha en el Sol, que con poco que crezca podrá estorbarle que vivifique toda la naturaleza, no he dicho ni una palabra á nadie.

De Paris, á 17 de la luna de Rhamazan, 1719.

CARTA CXXXIII.

RICA á .....

El otro día fuí á ver una biblioteca á un vasto convento de dervises, que son como sus depositarios, pero con la obligacion de dexar entrar á todo el mundo á ciertas horas. A la entrada ví á un grave personage paseandose en medio de una muchedumbre inumerable de volumenes que en torno de él había. Me llegué á él y le rogué que me dixese que libros eran algunos de aquellos que mas bien enquadernados estaban. Caballero, me respondió, yo vivo aqui en pais extraño, y no conozco á nadie. Otros muchos me hacen la misma pregunta, pero ya ve Vd. que no tengo yo de ir ahora á leer todos esos libros para satisfacer á ella: para eso está mi bibliotecario que le responderá. De día y de noche trabaja por descifrar quanto Vd. está mirando; que es un hombre que no vale para nada, y es una carga para el convento, porque nunca se emplea en negocios de la comunidad.... Pero perdone Vd. que tocan al refectorio, y los que son, como yo, la cabeza de la comunidad han de ser los primeros para

todos los exercicios. Diciendo esto me echó fuera el frayle, cerró la puerta, y se desapareció como un relampago.

De Paris, á 21 de la luna de Rhamazan, 1719.

CARTA CXXXIV.

RICA al mismo.

Al día siguiente volví á la misma biblioteca, y me encontré con un hombre mui diferente del que había visto la vez primera. Tenía cara de sugeto de entendimiento, trazas de hombre natural, y modales mui afables. Asi que le dixe lo que deseaba saber me prometió satisfacer mi curiosidad, y como extrangero instruirme tambien.

¿Padre, le dixe, que son esos tomos gruesos que ocupan todo ese lado de la biblioteca? Esos son, me respondió los interpretes de la escritura. Muchos hay, le dixe; menester es que estubiese antiguamente mui oscura la escritura, y que ahora esté mui clara. ¿Quedan todavía algunas dudas? ¿hay pasages contestados? ¡Que si hay, Dios mío, que si hay! me respondió; tantos casi como renglones. ¡Sí! le repliqué. ¿Pues de que sirven todos esos autores? Esos autores, siguió él, no han indagado en la escritura lo que se debe creer, si no lo que ellos creían; ni la han reputado por un libro que contenía los dogmas que debian admitir, sino como una obra que podía dar autoridad á sus propias ideas; por eso han estragado todos sus sentidos, y han puesto á qüestion de tormento todos sus pasages. La escritura es

un pais donde hacen correrías los sequaces de todas las sectas, entrandole como á saco; un campo de batalla donde se envisten las naciones enemigas que se encuentran, lidian, y pelean de mil maneras.

Junto á los interpretes tiene Vd. los libros asceticos ó de devocion, luego los de moral mui mas utiles, los de teología ininteligibles por dos razones, por las materias que tratan, y por el modo de que las tratan: las obras de los mysticos, ó los devotos tiernos de corazon. Ha, padre, le dixe, vamos mas despacio, digame Vd. algo de esos mysticos. Caballero, me dixo, la devocion inflama un pecho inclinado á la terneza, y dirige al cerebro espiritus animales que tambien le inflaman, y de aqui proceden los extasis y los arrobamientos. Este estado es el delirio de la devocion, que muchas veces se perfecciona, ó mas bien degenera en el quietismo: ya sabe Vd. que no es otra cosa un quietista que un hombre loco, devoto y libertino.

Ai tiene Vd. á los casuistas que sacan á la luz del día los secretos de la noche, que se fraguan en su imaginacion quantos monstruos puede producir el demonio del amor, los reunen y los comparan, haciendolos eterno objeto de sus meditaciones; felices si no entra tambien á la parte su propio corazon, haciendose complice de tantos desordenes con tanta naturalidad descritos, y tan sin rebozo retratados.

Ya ve Vd., caballero, que pienso con libertad, y que le digo todo quanto pienso. Naturalmente soy ingenuo, y todavía, mas con un extrangero que quiere saber las cosas, y saberlas como ellas son. Bien hubiera podido hablarle á Vd. de todo esto con admiracion, diciendole sin cesar, son

obras divinas, libros respetables, escritos maravillosos; y una de dos, ó le engañaría yo á Vd., ó me miraría Vd. á mí con desprecio.

En esto estabamos, quando llamaron para no sé qué assunto al dervis, y quedó interrumpida nuestra conversacion hasta el día siguiente.

De Paris, á 23 de la luna de Rhamazan, 1719.

CARTA CXXXV.

RICA al mismo.

A la hora señalada volví y me conduxo mi hombre justamente al sitio donde me había dexado. Esos son los gramaticos, me dixo, los glosantes, y los comentadores. ¿Padre, le dixe, no pueden dispensarse todos esos autores de tener sentido comun? Sí que pueden, me respondió, y asi lo hacen, sin que sean por eso peores sus escritos: cosa mui comoda para los escritores. Asi es la verdad, le dixe, y no pocos filosofos conozco yo que no harían mal en aplicarse á ese genero de ciencias.

Luego vienen, siguió él, los oradores que tienen habilidad para persuadir sin tener razon, y los geometras que obligan á uno á que se persuada, aunque no quiera, y le convencen tyranicamente. Aquí están los libros de metafisica, que tratan de tan grandes intereses, y donde se encuentra á cada paso lo infinito; los de fisica que no encuentran menos portentosa que la economía de este vasto universo la maquina mas sencilla de nuestros artesanos. Los libros de medicina; monumento de la fragilidad de la naturaleza, y del poder del

arte, que infunden pavor, aun quando tratan de las mas leves dolencias, mostrandonos la muerte por inevitable termino de ellas, y nos dexan enteramente serenos quando hablan de las virtudes de los especificos, que, segun ellos, bastan para hacernos immortales.

Junto á ellos están los de anatomía, que no tanto contienen la descripcion de las partes del cuerpo humano, como los nombres barbaros que les han puesto, sin sanar con ellos ni al enfermo de su achaque, ni al medico de su ignorancia.

Esa es la quimica que unas veces reside en los hospitales, y otras en las casas de locos, siendo igualmente buenas para ella ambas mansiones.

Ai tiene Vd. los libros de la ciencia, mejor diré de la ignorancia oculta; como son los que contienen cosas de hechicería, execrables segun los mas, risibles, á mi ver; como lo son tambien los de astrología judiciaria. ¿Que dice Vd. padre? ¡los libros de astrologia judiciaria! repliqué con mucha viveza. Pues si son esos los que mas en Persia apreciamos, los que son norma de todas las acciones de nuestra vida, y el norte de todos nuestros proyectos. Los astrologos son propiamente nuestros directores, y aun los que gobiernan el estado. Siendo asi, me respondió, viven Vds. baxo un yugo mui mas duro que el de la razon; y su imperio es el mas raro del mundo. Mucho me compadece una familia, y todavía mas una nacion que asi se dexa dominar de los planetas. Nos servimos, repuse, de la astrología, como Vds. del algebra, que en cada nacion hay su ciencia por donde regula ella su politica. Nunca han hecho todos los astrologos juntos en nuestra Persia tantos disparates, como ha hecho aqui uno solo de vuestros algebristas. ¿ Cree Vd. que no es

el concurso fortuito de los astros una regla tan cierta como los soberbios razonamientos de vuestro fabricante del systema? Si contaramos los votos sobre la materia en Francia y en Persia, no sería chico triunfo el de la astrología, y vería Vd. si salian ayrosos los calculistas, y la tremenda conseqüencia que contra ellos se podría sacar. Interrumpióse aqui la disputa, y fué menester separarnos.

De Paris, á 26 de la luna de Rhamazan, 1719.

CARTA CXXXVI.

RICA al mismo.

A la siguiente conferencia me llevó el docto dervís á un gabinete particular. Estos son, me dixo, los libros de historia moderna. Los primeros que Vd. vé son los historiadores de la iglesia y los papas; libros que compuestos para mi edificacion producen en mi un efecto diametralamente opuesto.

Luego vienen los que tratan de la decadencia del formidable imperio romano, formado de las ruinas de tantas monarquías, y de cuya caida tantas nuevas se formaron. Aparecióse á deshora una infinita muchedumbre de pueblos barbaros, tan desconocidos como los paises donde moraban, que le inundaron, le asolaron, le destrozaron, y fundaron todos los reynos que ahora en Europa existen. Estos pueblos propiamente no eran barbaros, pues eran libres, pero se han convertido en tales desde que rindiendose los mas de ellos á la potestad absoluta, han perdido la dulce libertad, tan conforme

con la razon, con la humanidad y con la naturaleza.

Aqui están los historiadores del imperio de Alemania, que no es mas que sombra del primer imperio, pero que, segun yo pienso, es la unica potencia en la tierra que no se ha debilitado con su division, y tambien creo que sea la unica que se ha fortalecido en proporcion de sus perdidas, y que si es lenta en sacar ventaja de sus triunfos, las derrotas la tornan invencible.

Esos otros son los historiadores de Francia, donde vemos formarse y morir dos veces la potestad real, renacer luego, y no medrar por espacio de muchos siglos, pero que cobrando insensiblemente fuerza, crece por todas partes, encumbrandose á su mas alto apice; semejante á aquellos ríos que en su curso pierden sus aguas, ó se meten debaxo de tierra, pero que saliendo de nuevo, hinchados con los que en ellos se desaguan, arrastran con violencia todo quanto á su corriente se resiste.

Aquellos representan la nacion española saliendo de las breñas de los montes; los principes mahometanos tan lentamente vencidos, como fueron rapidas sus victorias; tantos reynos reunidos en una vasta monarquía que casi llegó á ser la unica, hasta que con su propia grandeza y su falaz opulencia abrumada, perdió su fuerza y su reputacion, sin conservar mas que la vana arrogancia de su antiguo poderío.

Esos son los historiadores de Inglaterra, donde vemos la libertad salir continuamente de las hogueras de la discordia y la sedicion; vacilante siempre el principe en un trono incontrastable; y una nacion impaciente, y cuerda hasta en sus mismos furores, que señora del mar enlaza (cosa hasta entonces sin exemplar) el imperio con el comercio.

Junto están los historiadores de la otra reyna del mar, la republica de Holanda, tan respetada en Europa, y tan formidable en Asia, donde sus traficantes contemplan tantos monarcas postrados á sus plantas.

Los historiadores de Italia nos representan una nacion señora en otro tiempo del orbe, y hoy esclava de todas las demas, divididos y flacos sus principes, y sin mas atributo de soberanía que una vana politica.

Esos son los historiadores de las republicas; de la Suiza que es la imagen de la libertad; de Venecia que cifra en su economía sus recursos, y de Genova que solo en sus edificios es soberbia.

Esos otros son los de las naciones del Norte; entre ellas de la Polonia, la qual usa tan mal de su libertad, y del derecho de elegir á sus reyes, que no parece si no que quiere consolar á los pueblos comarcanos que han perdido este y aquella.

Dicho esto nos separamos hasta el otro día.

De Paris, á 2 de la luna de Chalval 1719.

CARTA CXXXVII.

RICA al mismo.

Este día me llevó á otro gabinete. Esos son los poetas, me dixo, quiero decir los autores que tienen por oficio poner grillos al sentido comun, y ahogar la razon á poder de adornos, como antiguamente sepultaban á las mugeres baxo sus trages y sus arreos. Bien los conoce Vd., que no faltan entre los

orientales, donde parece que un sol mas ardiente enciende hasta la imaginacion de los moradores.

Esos son los poemas epicos. ¿ Que es eso de poemas epicos? le dixe. De veras que no lo sé, me respondió, los inteligentes dicen que no hay mas que dos, y que los demas, puesto que asi los nombren, no lo son; tampoco lo sé. Añaden que no es posible componer otros nuevos, y esto es mas extraño todavía.

Esos son los poetas dramaticos, que á mi ver son los poetas por antonomasia, y los dueños de nuestras pasiones. Son de dos especies; los comicos que tan blandamente nos mueven, y los tragicos que con tanta vehemencia nos perturban y nos agitan.

Esos otros son los lyricos, que desprecio tanto como aprecio los anteriores, y que cifran su arte en una melodiosa extravagancia. Luego vienen los autores de idylios y eglogas que gustan á los mismos palaciegos, porque les dan idea de cierta serenidad ques estos no disfrutan, mostrandosela en la condicion de los pastores.

Esos son los mas peligrosos de quantos autores hemos visto; y son los que afilan los epigramas, que son saetas mui penetrantes y mui delgadas que hacen una honda llaga, la qual no se cura con remedio ninguno.

Vea Vd. aqui las novelas, cuyos autores son una especie de poetas, que exâgeran á la par el idioma de la razon y de los afectos, y pasan la vida corriendo tras de la naturaleza sin alcanzarla nunca, siendo sus heroes tan agenos de ella como los dragones alados y los hipocentauros.

Algunas de vuestras novelas he leido yo, le dixe, pero si viese Vd. las nuestras mas le repugnarian todavía. Tan poco naturales son como las vuestras, y en extremo atadas por nuestras costumbres: diez años de pasion se necesitan antes que pueda un amante ver siquiera el rostro de su dama, y los autores se ven obligados á que pasen sus lectores por todos estos fastidiosos preliminares. No siendo pues posible que haya variedad en los incidentes, se valen de un artificio que es peor que el mal que con él pretenden remediar, y son los portentos. Tengo por cierto que no se acomoda Vd. con una maga que hace salir de las entrañas de la tierra un exercito, ni con un heroe que acaba él solo con cien mil hombres. Pues esas son nuestras novelas; aventuras tan insulsas y que á cada paso se repiten nos empalagan, y nos repugnan los prodigios disparatados de que están atestadas.

De Paris, á 6 *de la luna de Chalval*, 1719.

CARTA CXXXVIII.

RICA á IBEN, á Esmirna.

Aqui se siguen y se destruyen los ministros lo mismo que las estaciones: en tres años he visto variar quatro veces el systema de la real Hacienda. Hoy día se recaudan los tributos en Turquía y en Persia, como los recaudaban los fundadores de estos imperios; pero está mui lexos de que aqui suceda lo mismo. Verdad es que no hilamos nosotros tan delgado como los occidentales, persuadidos á que no hay otra diferencia entre la administracion de las rentas del principe, y la del caudal de un particular, que la que hay entre contar cien mil tomanes y contar ciento; pero aqui gastan mas arte y mas mysterio.

Es menester que se afanen de dia y de noche hombres de un ingenio consumado, que conciban sin cesar, y á puro quebrarse la cabeza, nuevos proyectos; que oygan el dictamen de infinitas personas que trabajan por ellos, sin que se lo digan; que vivan retirados en un gabinete impenetrable para los magnates, y sagrado para los menudos; que tengan continuamente atestada la mollera de importantes secretos, planes milagrosos, y nuevos systemas; y que absortos en sus meditaciones se priven del uso del habla, y á veces del de la urbanidad.

Asi que cerró los ojos el rey difunto pensaron en establecer nueva administracion, sintiendo que se encontraban mal, mas no sabiendo que hacer para encontrarse mejor. La ilimitada autoridad de los anteriores ministros había disgustado, y resolvieron dividirla. Para el efecto se crearon seis ó siete consejos, y acaso entre todos los ministerios que han gobernado la Francia este es el que se ha portado con mas pulso, pero fué tan corta su duracion como la del bien que produxo.

Quando murió el ultimo rey era la Francia un cuerpo postrado con mil dolencias; Noailles cogió el postemero, quitó la carne inutil y aplicó algunos topicos, pero siempre quedaba por sanar un vicio interno. Ha venido un extrangero que ha emprendido su cura, y creyendo despues de muchos remedios violentos que le habia restituido su robustez, no ha hecho mas que darle hinchazon.

Todos quantos eran ricos seis meses ha son ahora pobres, y manan en riquezas los que no tenían para pan. Nunca se han tocado tan de cerca estos dos extremos. El tal extrangero ha vuelto el estado, como un ropa-vejero vuelve un vestido, colocando arriba lo que estaba abaxo, y al derecho lo que estaba al reves. ¡Que de caudales inesperados, increibles para los mismos que los han adquirido! No sacó Dios con mas prontitud los hombres de la nada. ¡Que de criados servidos por sus compañeros, y acaso mañana por sus amos! Todo esto ocasiona escenas mui raras. Los lacayos que habían hecho caudal baxo el rey pasado encarecen hoy su hidalguía, restituyen á los que acaban de dexar su librea en cierta calle todos los desayres que les hacían á ellos seis meses ha, y dicen á gritos: la nobleza está arruinada ¿Que desorden en el estado; que confusion de clases! No se ven mas que advenedizos que hagan caudal. Yo te prometo que estos se desquitarán con los que vinieren despues, y que dentro de treinta años meterán no poca bulla estos nuevos caballeros.

De Paris á 1 de la luna de Zilhagé, 1720.

CARTA CXXXIX.

RICA al mismo.

No ya una muger sino una reyna acaba de dar un exemplo raro de afecto conyugal Queriendo á toda costa la reyna de Suecia asociar á la corona el principe su esposo, ha enviado á los estados una declaracion desistiendose de la regencia, en caso de que le elijan por rey. Mas de sesenta años hace que abdicó el cetro otra reyna llamada Cristina, por dedicarse á la filosofia. No sé yo qual de los dos exemplos es mas digno de admiracion. Aunque me parece bien que se quede

cada uno en el sitio donde le colocó la naturaleza, y no pueda loar la flaqueza de los que abandonan por una especie de desercion su puesto, reputandose incapaces de desempeñarle, me pasma no obstante la grandeza de animo de estas dos princesas, cuya razon en la una, y cuyo corazon en la otra son tan superiores á su alta gerarquia. En el tiempo que los demas solo piensan en gozar, Christina pensó en saber, y la otra, si quiere gozar, es para poner toda su dicha en manos de su augusto esposo.

De Paris, á 27 de la luna de Maharran, 1720.

CARTA CXL.

RICA á USBEK, á....

El parlamento de Paris acaba de ser desterrado á un pueblecillo que llaman Pontoisa. El consejo le envió á publicar ó aprobar una declaracion que le deshonraba, y él la ha publicado de manera que ha deshonrado al consejo.

Algunos parlamentos del reyno corren riesgo de ser tratados del mismo modo.

Estas compañías siempre son odiosas. Si se acercan á los oidos de los reyes es para decirles verdades amargas, y mientras la multitud de palaciegos sin cesar les representan el pueblo feliz baxo su gobierno, vienen á desmentir sus lisonjas, poniendo á las plantas del trono los sollozos y lagrimas de que son depositarias.

Pesada carga, amado Usbek, es la de la verdad quando se ha de llevar hasta los principes. Bien

pueden estos presumirse que van por fuerza los que á ello se determinan, y que nunca se resolverían á dar pasos tan tristes y dolorosos para aquellos que los dan, si no se viesen precisados por su obligacion, su respeto, y aun por su amor al monarca.

De Paris, á 21 de la luna de Gemadí, 1, 1720.

CARTA CXLI.

RICA al mismo.

Al fin de la semana te iré á ver. ¡Quan gustosos días voy á pasar contigo!

Pocos días ha que me presentaron á una dama de palacio que tenía mucho deseo de ver mi cara extrangera. Me pareció mui hermosa, digna de las atenciones de nuestro monarca, y de una alta gerarquía en el sagrado sitio donde reposa su corazon. Hizome muchas preguntas acerca de las costumbres de los Persianos, y del modo de vivir de las Persianas, y me pareció que no le gustaba la vida del serrallo, y que le repugnaba mucho ver á un hombre dividido entre diez ó doce mugeres. No pudo menos de causarle envidia la felicidad del uno, y lastima la suerte de las otras. Como gusta de leer, particularmente poesías y novelas, quiso que le hablara de las nuestras, y creciendo su curiosidad con lo que de ellas le dixe, me rogó que le traduxese un trozo de las que conmigo había traido. Hicelo asi, y le envié pocos días despues una conseja persiana. Acaso tendras gusto en ver mi version: ahí la tienes.

En tiempo del xeque Ali-Kan había una muger en Persia llamada Zulema, la qual sabía de memoria todo el sagrado alcoran, sin que hubiera dervis que mejor que ella entendiese las versiones de todos los santos profetas, no habiendo los doctores arabes escrito cosa tan mysteriosa que no comprehendiera ella todos sus sentidos. Con todos estos conocimientos reunia cierta amenidad de razon tal que apenas se podia averiguar si quería divertir ó instruir á aquellas con quienes hablaba.

Un día que estaba con sus compañeras en uno de los salones del serrallo, le preguntó una de estas que le parecía de la otra vida, y si daba asenso á la antigua tradicion de nuestros doctores, de que está la bienaventuranza destinada solamente para los hombres. Esa es la opinion comun, respondió, porque han hecho estudio de envilecer por todos medios nuestro sexô. Una nacion exîste esparcida en toda la Persia, llamada la judayca, que fundandose en la autoridad de sus libros sagrados llega hasta sustentar que no tenemos alma.

Tan injuriosas opiniones no tienen otro fundamento que la soberbia de los hombres que quieren mantener su supremacía hasta mas alla de la vida, sin advertir que en el tremendo día aparecerán ante Dios todas las creaturas como la nada, sin que medie entre ellas mas diferencia, ni prerogativa que la de sus virtudes. Dios no será parco en sus recompensas, y asi como los hombres que hayan vivido bien, y hecho buen uso del imperio que aca en la tierra exercen en nosotras, han de morar en un paraiso lleno de celestiales y soberanas beldades, tales que si las viera un mortal, al punto se daría él propio la muerte por ir á gozarlas, asi tambien irán las mugeres

virtuosas á una mansion de delicias, donde se embriagarán en un mar de gustos con hombres divinos, en quienes tendrán ellas absoluto dominio: cada una tendrá su serrallo, donde vivirán encerrados sus amantes, y eunucos mas fieles todavía que los nuestros para guardarlos.

En un libro arabe he leido, continuó, que había un hombre inaguantable por sus zelos, llamado Ibrahin, el qual tenía doce mugeres sobre manera hermosas, á quien trataba con suma aspereza, y sin fiarse ni de sus eunucos, ni de las paredes de su serrallo, las tenía siempre encerradas debaxo de llave en su aposento, sin que se pudieran ver ni hablar, porque era zeloso hasta de una inocente amistad. Todas las acciones de Ibrahin se resentián de su ingenita brutalidad, y nunca hizo el mas leve movimiento que no fuese un nuevo rigor en la dura esclavitud de sus infelices mugeres.

Un día que las había reunido todas en un salon de su serrallo una de ellas, mas atrevida que las otras, le afeó su mala condicion. Quien tanto se afana, le dixo, por hacerse temer, consigue en breve hacerse aborrecer. Tan desdichadas somos que no podemos menos de desear una catastrofe; otras en mi lugar desearían tu muerte, yo solo la mía deseo, y no pudiendo esperar verme separada de tí de otra manera, miraré gustosa la muerte que me separe. Estas palabras que le hubieran debido enternecer enardecieron su saña, y desenvaynando un puñal se le clavó en el pecho á esta infeliz. Amadas compañeras, dixo en voz desmayada, yo os prometo venganza, si se duelen los cielos de mi virtud. Diciendo estas palabras trocó esta miserable vida con la mansion de delicias, donde gozan las mugeres que han vivido

bien de una felicidad que sin cesar se renueva. Primero vió un ameno prado, cuya verdura esmaltaban los matices de mil pintadas flores; un arroyuelo con aguas mas diafanas que el cristal, formando cien laberintos le regaba. Entróse luego en deleytosos bosques, cuyo silencio solo con el dulce trinar de los paxaros era interrumpido. Descubrieronse despues á su vista soberbios jardines, que la naturaleza con tanta sencillez como magnificencia había ornado. Al fin se vió en un soberbio palacio dispuesto para ella sola, y lleno de hombres celestiales destinados para sus contentos.

Ofrecieronse al punto dos de estos á desnudarla; metieronla otros en un baño, sahumandola con los mas exquisitos aromas, luego le traxeron vestidos infinitamente mas ricos que los suyos, despues la llevaron á un vasto salon, donde halló un fuego encendido con leños olorosos, y cubierta la mesa con los mas delicados manjares: parecía que todo conspiraba á embelesar sus sentidos: aqui oia una musica tan melodiosa como tierna; alli miraba los bayles de aquellos hombres divinos, solo para sus gustos destinados. Tantos placeres solamente eran preludio de otros placeres mas inefables. Llevaronla á su aposento, y habiendola segunda vez desnudado la metieron en una soberbia cama, donde la recibieron en sus brazos dos hombres de una hermosura sin par. Entonces sí que se embriagó en deleytes que se dexaron mui atras hasta sus mas vivos deseos. Estoy fuera de mí, les decía, y creería que iba á morir, si no estubiera cierta de mi inmortalidad. Ya es demasiado, dexadme que no puedo bastar á la vehemencia de mis placeres. Sí, ya torna la calma á mis sentidos, ya empiezo á respirar y á volver en mí.

¿Porque han apagado las luces? ¿Porque no puedo contemplar vuestra divina beldad? ¿Porque no puedo ver?... ¿Pero que he de ver, si me sumis de nuevo en mis primeros raptos? ¡O Dios; que amables son estas tinieblas! ¡Con que he de ser inmortal; immortal con vosotros! ¡Con que he de ser!... No, no mas; cesad, os lo ruego, que bien veo que vosotros sois incansables.

Despues de otras muchas y reyteradas ordenes fué al fin obedecida, mas no lo fué hasta que quiso de veras serlo, y en una muelle calma se durmió en sus brazos. Dos instantes de sueño repararon sus fuerzas, y recibiendo dos besos que la encendieron de nuevo, y le hicieron abrir los ojos; estoy inquieta, dixo, y me temo que no me querais. No quería estar mucho tiempo dudosa; de suerte que al punto le dieron quantas pruebas de cariño podía desear. Ya estoy desengañada, exclamó, perdon, perdon; cierta estoy de vuestro amor. No me hablais palabra, pero me lo probais mas bien que con las mas convincentes razones: sí, sí, yo os lo confieso, nadie fué nunca tan amada. ¿Pero que; ambos os esforzais á porfia á persuadirmelo? Ha, si sois contendores, y se une la emulacion á la satisfaccion de rendirme, soy perdida; ambos seréis vencedores, yo solo seré la vencida, pero os venderé mui caro el triunfo.

Interrumpió estos placeres la luz del dia: entraron en su aposento sus fieles y amables criados, y mandando á los dos mancebos que se levantaran, se los llevaron dos ancianos á los sitios donde estaban encerrados para sus gustos. Ella se levantó luego, y se presentó á su corte que la idolatraba, primero con las gracias sencillas de un vestido de casa, y ornada luego con los mas pomposos arreos. La pasada noche la había her-

moseado dando nuevo realce á sus colores, y mas expresion á sus gracias. Pasóse todo el dia en bayles, en musicas, en banquetes, en juegos, y en paseos, notandose que de quando en quando se eclipsaba Anais en busca de los dos heroes jovenes, y pasados algunos preciosos momentos de conversacion con ellos, volvía á la concurrencia que había dexado, siempre con mas sereno semblante. Por fin al anochecer dexó la sociedad, y se encerró en su serrallo, porque quería hacer conocimiento con todos los cautivos inmortales que habian de vivir eternamente con ella. Visitó pues los mas apartados y mas hermosos aposentos de este delicioso sitio, y halló en ellos cincuenta esclavos de portentosa beldad: toda la noche andubo de uno en otro quarto, recibiendo en todos homenages siempre diversos, y siempre los mismos.

Asi vivía la inmortal Anais, unas veces entre brillantes placeres, otras en gustos solitarios, embeleso de una lucida muchedumbre, y prenda de un amante fino; á veces dexaba su encantado palacio por una rustica gruta: baxo sus huellas brotaban flores, y los deleytes acudían de tropel á embriagarla en inefables dichas.

Mas de ocho días hacía que estaba en esta mansion de felicidad, y siempre en continuo extasis no había tenido lugar para hacer reflexîon ninguna, habiendo disfrutado de su dicha sin conocerla, ni tener ni uno solo de aquellos instantes de serenidad, en que se da cuenta el alma á sí de sí propia, escuchandose mientras están calladas las pasiones.

Gozan los bienaventurados tan vivos placeres que rara vez pueden disfrutar esta serenidad de animo; por eso invenciblemente apegados á los objetos presentes pierden completamente la memoria

de las cosas pasadas, y no se curan de quanto conocieron y amaron en esta vida. Pero Anais cuyo espiritu era verdaderamente filosofico había meditado mucho en vida, y hecho reflexîones mas profundas que las que de una muger, sin otra guía que ella propia, se podian esperar, siendo este el unico fruto que del retiro austero á que la tenía condenada su marido había sacado. En fuerza de este vigor de animo había arrostrado los temores que á sus compañeras las tenían arredradas, y la muerte que había de dar fin á sus quebrantos y principio á su ventura.

Salió pues poco á poco de la embriaguez de los placeres, y se encerró sola en un aposento de su palacio, donde se entregó á las mas alhagüeñas reflexîones acerca de su pasada desventura, y su dicha présente. Enterneciòla luego la contemplacion de la desgracia de sus compañeras, que siempre nos compadecen los quebrantos que hemos sufrido. No contenta Anais con dolerse de su suerte, hizo mas por estas desventuradas, que quiso aliviar sus penas. Mandó pues á uno de los mancebos que con ella estaban que tomando la figura de su marido fuese á su serrallo, se hiciese amo de él, echase á la calle á Ibrahin, y se subrogase en su lugar, hasta que ella le llamase.

Executóse en breve su mandato; hendiendo rapido los ayres el mancebo llegó á la puerta del serrallo de Ibrahin, que había salido. Llama, le abren, y se postran los eunucos á sus plantas. El se va corriendo á los aposentos donde estaban las mugeres encerradas, porque antes, haciendose invisible, había sacado del bolsillo las llaves al zeloso. Entra y las pasma, primero con sus afables y alhagüeñas razones, y en breve crece el pasmo con sus cariños, y sus incansables proezas amo-

rosas. A todas dió motivo de asombro, y se hubieran figurado que era un sueño lo que les estaba pasando, si no les hubiera él hecho sobrado palpable que era cosa real.

Mientras que se representaban en el serrallo tan nuevas escenas, llama Ibrahin, dice quien es vota y grita. Despues de no pocas dificultades entra, y pone en suma confusion á los eunucos. Corre en precipitados pasos; mas se vuelve atras, y se queda fuera de sí, viendo al fingido Ibrahin, su verdadero simulacro, que se tomaba todas las libertades de un amo. Apellida favor, quiere que le den socorro los eunucos para matar al impostor, mas nadie le obedece. No le queda en fin mas que el flaco recurso de remitirse al arbitrio de sus mugeres, pero en una hora habia cohechado á sus jueces el fingido Ibrahin. El otro fué expelido y lanzado con oprobio del serrallo, y le hubieran dado mil muertes, si no hubiera mandado su competidor que le dexasen con vida. El nuevo Ibrahin que se quedó dueño del campo de batalla, se manifestó mas y mas digno de su triunfo, señalandose con prodigios hasta entonces no conocidos. No te pareces à Ibrahin, le decian sus mugeres. Decid mas antes, respondia el triunfante Ibrahin, que no se parece ese impostor á mí. ¿Que quereis que haga para ser esposo vuestro, si no es bastante todo quanto hago? Ha, no nos pasa por la imaginacion dudarlo, replicaron las mugeres, si no eres Ibrahin, sobra con que hayas hecho tantos meritos para serlo; que mas Ibrahin has sido tú en un dia que lo fué él en espacio de diez años. ¿Con que me prometeis, continuó él, declararos en mi favor contra ese impostor? No lo dudes, exclamaron todas unanimes; te juramos eterna fidelidad; harto

tiempo nos ha traido engañadas; no tenia el aleve sospechas contra nuestra fidelidad, las tenia sí de su flaqueza; ya vemos que no son los demas hombres como él: sin duda se parecen á tí; si supieras quanto nos le has hecho aborrecer. Ha, nuevos motivos pienso daros de que le odieis; repuso el fingido Ibrahin: aun no sabeis todos los agravios que os ha hecho. Su injusticia la medimos, respondieron ellas, por la grandeza de tu venganza. Razon teneis, dixo el mancebo divino; la expiacion la he proporcionado al delito, y estoy cierto de que os ha gustado mi modo de castigarle. ¿Pero si vuelve el impostor, preguntaron las mugeres, qué harémos? Creo que no le sería facil, repondió el joven, engañaros; en el lugar que á vuestro lado ocupo yo poco sirve la impostura para mantenerse; ademas de que le echaré tan léxos, que no volveréis ni á oirle mentar, y entonces solo pensaré en haceros felices. No seré zeloso, y sabré asegurarme de vosotras sin incomodaros, porque tengo la suficiente confianza en mis prendas para presumir que me guardeis fé; ¿que si conmigo no fuerais virtuosas, con quien lo habiais de ser? Duró largo rato esta conversacion entre él y las mugeres, que mas pasmadas de la diferencia entre ambos Ibrahines que de la semejanza, ni siquiera pensaban en averiguar la causa de tanto mysterio. Al cabo volvió desesperado á incomodarlas el marido, y encontró toda la casa en festejos, y mas incredulas que primero sus mugeres. No pudo aguantar mas el zeloso; salió del serrallo fuera de sí, y á poco le siguió el fingido Ibrahin, y llevandosele por los ayres le dexó dos mil leguas de su pueblo.

¡O Dios, qual fué el desconsuelo de aquellas mugeres con la ausencia de su amado Ibrahin! Ya

habían vuelto los eunucos á su natural aspereza; toda la casa resonaba con lamentos, algunas veces se figuraban ellas que era un sueño quanto les había sucedido, y mirandose unas á otras se acordaban todas de las mas leves circunstancias de sucesos tan extraños. Al cabo volvió el celestial Ibrahin, siempre mas amable, y les pareció que no había sido penoso su viage. El nuevo amo siguió un plan de vida tan opuesto al del otro que todos sus vecinos estaban pasmados. Despidió á todos los eunucos, abrió su casa á todo el mundo, y ni siquiera quiso consentir que llevaran velo sus mugeres; Cosa rara era mirarlas en los banquetes, tan libres como los hombres, y en medio de ellos, creyendo con razon Ibrahin que un hombre como él no debía ser esclavo de los estylos de su pais. Entre tanto no había gasto que no hiciese, derrochando con sus inmensas prodigalidades el caudal del zeloso, el qual, quando volvió al cabo de tres años de los remotos paises adonde había sido trasportado, se encontró pobre, con sus mugeres, y con treinta y seis hijos.

De Paris, á 26 de la luna de Gemadí, 1720.

CARTA CXLII.

RICA á USBEK, á........

Te remito una carta de un erudito que recibí ayer, y que te parecerá mui extraña.

« Mui señor mio: seis meses ha que heredé á » un tio mui rico que me ha dexado dos millones » ó dos y medio de reales, con una casa sober» biamente alhajada. Cosa mui agradable es tener » uno caudal, quando sabe emplearle bien. Yo » no soy ni ambicioso, ni aficionado á los placeres, » y casi siempre estoy encerrado en mi estudio, » donde vivo á lo sabio. Aqui es donde reside un » curioso amante de la venerable antigüedad.

» Quando expiró mi tio hubiera yo tenido infinita » satisfaccion en que le hubieran enterrado con » el ceremonial que observaban los antiguos Griegos » y Romanos, pero me faltaban lacrimatorios, y » no tenía urnas, ni lamparas antiguas. Verdad » es que despues he adquirido todas estas raras » preciosidades. Pocos días hace que me deshice » de mi vaxilla de plata, por comprar una lampa» rilla de barro que había sido de un filosofo es» toico. Tambien he vendido todos los espejos » grandes, con que había adornado mi tío casi » todas las paredes de sus aposentos, por adquirir » un espejito chico de metal, algo rajado, que » fué de Virgilio, y tengo la satisfaccion de ver » representado en él mi rostro, en vez del rostro » del cisne mantuano. Ademas he comprado en » cien doblones cinco ó seis piezas de cobre de » una moneda que corría dos mil años ha. Actual» mente no sé que haya en toda mi casa un » mueble fabricado despues de la decadencia del » imperio romano. Poseo una coleccioncita de ma» nuscritos mui preciosos, y mui caros, y puesto » que voy perdiendo la vista por leerlos, todavía » mas quiero servirme de ellos que de los exem» plares impresos, que no son tan correctos, y » todo el mundo los puede leer. Bien que raras » veces salgo de casa, no por eso tengo menos » pasion por conocer todos los caminos antiguos » que en tiempo de los Romanos exîstían. Uno » hay cerca de mi quinta executado por un pro-

» consul de las Galias, mil y setecientos años ha; » y quando voy á ella siempre paso por él, puesto » que sea mui incomodo, y me haga rodear mas » de una legua; pero me tiene mui mohino que » hayan puesto en él postes de madera, de trecho » en trecho, para indicar la distancia de los pueblos » inmediatos, y rabio de ver estos mezquinos in- » dicios, en vez de las colunas miliarias que an- » tiguamente habia; pero estoy resuelto á hacer » que las restablezcan mis herederos, dexando » esta manda en mi testamento.

» Si tiene Vd., señor y dueño mío, algun ma- » nuscrito persiano, me hará mucho favor, si me » le quiere vender, y se le pagaré lo que me » pidiere, dandole ademas de lo que ajustaremos » algunas de mis obras, que le probarán que no » soy yo un miembro inutil de la republica lite- » raria. Notará Vd. entre otras una disertacion, » donde hago ver que la corona que llevaban los » antiguos capitanes, quando triunfaban, era de » roble, y no de laurel; y le pasmará otra que » corrobora con las mas doctas conjeturas, sacadas » de los escritores griegos mas fidedignos, que » Cambyses fué herido en la pierna izquierda, y no » en la derecha, y otra que demuestra que una » frente pequeña era una hermosura mui apreciada » de los Romanos. Tambien enviaré á Vd. un » tomo en quarto, en forma de comentario, de » un verso del libro sexto de la Eneyda de Vir- » gilio. Todo esto lo recibirá Vd. dentro de algunos » dias; por ahora me ciño á remitir á Vd. el » siguiente trozo de un antiguo mytologo griego, » que hasta ahora no se habia publicado, y que » he hallado yo en un rincon de una biblioteca. » Ceso aqui, porque tengo que terminar un asunto » importante, tratandose de restablecer un her-

» moso pasage de Plinio el naturalista, desfigurado » lastimosamente por los copiantes del quinto siglo. » Quedo, etc.

Fragmento de un mytologo antiguo.

» En una isla inmediata á las Orcades nació un » niño, cuyo padre fué Eolo, dios de los vientos, » y su madre una ninfa de Caledonia. Dicen que » aprendió por sí solo á contar por los dedos, » y que de edad de quatro años distinguía ya tan » bien de metales, que habiendole dado su madre » una sortija de metal por una de oro, reconoció » el engaño, y la tiró al suelo.

» Asi que llegó á grande le enseñó su padre el » secreto de encerrar en odres los vientos, y » vendenselos luego á los caminantes; pero como » apreciaban poco esta mercadería en su pais, le » abandonó, y se fué á correr mundo, acompa- » ñado del ciego dios del acaso.

» En sus viages supo que en la Betica relum- » braba el oro en todas partes, por lo qual se » encaminó á toda priesa á este pais. Saturno que » á la sazon reynaba en él le recibió mui mal, » pero habiendo este dios dexado la tierra, le » ocurrió ir gritando por todas las esquinas en » ronca voz. Pueblos de la Betica, que os figurais » que sois ricos porque teneis plata y oro, vuestro » engaño me mueve á compasion. Creedme, y » dexad el pais de esos viles metales; venid al » imperio de la imaginacion, y yo os prometo » riquezas que os dexarán pasmados. Diciendo asi » abrió muchas de las odres que traía, y repartió » su mercadería á quien se la quiso comprar.

» Poniendose al otro dia en las mismas esquinas » comenzó á gritar. Pueblos de la Betica ¿ quereis

» ser ricos? Figuraos que yo soy riquisimo; que » se os ponga todas las mañanas en la cabeza que » se ha doblado vuestro caudal la noche anterior; » levantaos luego, y si teneis acreedores, pagadlos » con las creces que os hubiereis imaginado, y » decidles que se las imaginen tambien ellos.

» Algunos dias despues se dexó ver otra vez, » y dixo asi: Pueblos de la Betica, bien veo que » no está tan viva vuestra imaginacion como pri- » mero; dexaos guiar de la mia; todas las ma- » ñanas os enseñaré un rotulo donde hallaréis un » manantial nunca exhausto de riquezas. Este ro- » tulo no contendrá mas que quatro palabras, pero » que significarán mucho, pues por ellas regularéis » la dote de vuestras mugeres, la legitima de » vuestros hijos, y el numero de vuestros criados. » Y vosotros, dixo á los que estaban mas inme- » diatos á él en el corrillo, vosotros, amados » hijos mios (que bien puedo nombraros asi pues » habeis recibido de mi segundo nacimiento) mi » rotulo prescribirá la magnificencia de vuestros » trenes, lo esplendido de vuestros banquetes, el » numero y la pension de vuestras comblezas.

» De alli á pocos dias remaneció en las esquinas, » ijadeando y encendido en saña, y dixo en » furiosos gritos: Pueblos de la Betica, os habia » aconsejado que imaginaseis, y veo que no lo ha- » ceis; pues ahora os lo mando. Diciendo esto » los dexó mui enojado; pero la reflexion le hizo » volver, y les dixo: he sabido que se encuentran » entre vosotros personas tan detestables que guar- » dan su oro y su plata. La plata, ea, vaya: » ¡pero el oro!.... ¡el oro!... ¡Ha, esto me tiene » tan irritado!... Por mis sagradas odres juro que » si no me le vienen á traer, haré en ellos un cas- » tigo exemplar. Luego añadió con un ademan mui

» mui persuasivo: ¿Pensais acaso que quiero yo » esos miserables metales para guardarlos? La » prueba de mi buena fé es que quando me los » traxisteis, pocos dias hace, al punto os volví » la mitad.

» Al dia siguiente se dexó ver desde lexos, y » con meliflua y placentera voz se explicó asi: » Pueblos de la Betica, sé que teneis parte de » vuestros tesoros en pais extrangero; ruegoos que » me los mandeis traer, que me haréis en ello » favor, y os quedaré eternamente agradecido. » Hablaba el hijo de Eolo con gente que tenia » poca gana de risa, mas no pudieron menos de » echarse á reir, con lo qual se paró mui con- » fuso. Peró luego cobrando animo, se aventuró » á suplicarles otra friolera. Bien sé que poseeis » piedras preciosas; deshaceos de ellas en nombre » de Jupiter, que no hay cosa que tanto empo- » brezca como tener rubies y diamantes; desha- » céos de ellos, os repito. Si no podeis conseguirlo » por vosotros mismos, yo os proporcionaré exce- » lentes corredores. ¡Que torrentes de riquezas » van á inundaros, si haceis lo que os digo! Si: » yo os prometo lo mas acendrado que en mis » odres tengo.

» Encaramóse luego en un andamio, y con » voz mas recia dixo: Pueblos de la Betica, he » cotejado la venturosa situacion en que os veis » con el estado en que os hallabais quando llegué » yo aqui. Contemplo que sois el pueblo mas » opulento del orbe; mas permitidme que para » que llegue al mas alto grado vuestro caudal os » quite la mitad de vuestros bienes. Al decir esto » desapareció en raudo vuelo el hijo de Eolo, » dexando en indecible consternacion el auditorio, » por lo qual volvió al otro dia y dixo asi: ayer

» conocí que os habia disgustado mucho mi ha-
» renga. Pues bien; no se trate mas de lo dicho.
» Verdad es que la mitad de vuestros bienes es
» demasiado. Concertemos otras medidas para salir
» con lo que me he propuesto. Juntemos nuestras
» riquezas en un mismo sitio, que facilmente lo
» podrémos executar, porque no hacen, á Dios
» gracias, mucho bulto. Al momento desapare-
» cieron las tres quartas partes de ellas ».

De Paris, á 9 de la luna de Chaban, 1720.

CARTA CXLIII.

RICA á NATANAEL LEVI, medico judío, á Liorna.

Me preguntas mi dictamen acerca de la virtud de los relicarios, y la eficacia de los talismanes. ¿Porque te diriges á mí, siendo tú judío, y yo mahometano, esto es, siendo ambos mui credulos? Siempre traygo yo encima mas de dos mil pasages del sagrado alcoran, y una nomina al brazo con los nombres de mas de doscientos dervises; los de Alí, de Fatima, y todos los puros están metidos en mas de veinte partes de mi ropa.

Mas no por eso desapruebo aquellos que desechan la virtud que á ciertas palabras se atribuye, y mucho mas dificultoso es para nosotros rebatir sus argumentos, que para ellos rebatir nuestras experiencias.

Estos trapos benditos los llevo yo por habito antiguo, y por conformarme al estylo universal, puesto que creo que si no tienen mas virtudes que

las sortijas y otras cosas asi, que por adorno llevamos, tampoco tienen menos. Pero tú tienes una confianza ciega en ciertos caracteres mysteriosos, y sin ese seguro vivirias en continuo susto.

¡Que desventurados son los hombres! Sin cesar fluctúan entre esperanzas falaces, y risibles temores, y en vez de fundarse en la razon se fraguan monstruos que los asustan, ó fantasticas sombras que los engañan.

¿Que efecto quieres tú que produzca la colocacion de ciertas letras? ¿que efecto quieres que pueda impedir su dislocacion? ¿que relacion tienen con los vientos, para calmar las tormentas; con la polvora para contrarestar su esfuerzo; con lo que llaman los medicos humor pecante, y causa morbifica de las enfermedades, para sanar estas? Lo extraño es que los que se trabajan la razon para persuadirse á que ciertos sucesos penden de virtudes ocultas, no tienen menos que trabajar para no ver las verdaderas causas de los mismos acontecimientos.

Me dirás que ciertos encantamientos hicieron que se ganase una batalla, y yo te digo que es fuerza que estés ciego, si no hallas en la situacion del terreno, en la multitud y el denuedo de los soldados y en la pericia de los caudillos suficientes razones para producir el efecto, cuya causa te empeñas en ignorar.

Permito por un instante que haya encantos; permiteme tú por un instante que no los haya, pues no es cosa imposible. Lo que me permites no estorba que puedan pelear dos exercitos; ¿en tal caso quieres que ninguno de los dos pueda quedar vencedor? ¿Piensas que será indecisa su suerte, hasta que la venga á determinar una potencia

invisible ; que se errarán todos los tiros, que será vana toda pericia militar, y todo el valor inutil? ¿Piensas que la muerte que con mil semblantes en estos lances se presenta, no puede producir en los animos los terrores panicos, cuya explicacion tan ardua te parece? ¿Quieres que no haya en un exercito de cien mil hombres ni uno solo medroso? ¿Crees que no puede el desaliento de este producir desaliento en otro, ni este otro abandonando el tercero, hacerle abandonar el quarto? Pues con eso basta para que la desesperacion de vencer se apodere á deshora de todo un exercito, y eso mas facilmente que mas numeroso fuere.

Todo el mundo sabe, y todo el mundo palpa que como todas las criaturas que procuran conservar su existencia, los hombres aman con pasion la vida. ¡Y sabiendo esto en general, averiguamos porque en cierto lance particular han tenido miedo de perderla!

Puesto que estén llenos de semejantes terrores panicos ó sobrenaturales los libros sagrados de todas las naciones, pienso yo que no hay cosa mas frivola, pues para cerciorarse de que un efecto que puede provenir de cien mil causas naturales es sobrenatural, es fuerza averiguar primero si no ha concurrido á él ninguna de dichas causas: cosa imposible de saberse.

No te digo mas, Natanael, porque me parece que la qüestion no merece ventilarse con tanta seriedad.

De Paris, á 10 *de la luna de Chaban*, 1720.

P. D. No bien concluía esta, quando he oido pregonar en la calle una carta de un medico de

la provincia á uno de Paris (porque aqui todas las frioleras se imprimen, se publican y se venden). Me ha parecido del caso dirigirtela, porque tiene conexion con la materia de esta. Muchas cosas hay en ella que yo no entiendo; pero tú que eres medico sabrás la lengua de tus colegas.

Carta de un medico de la provincia á uno de Paris.

« En nuestro pueblo había un enfermo que » no dormía treinta y cinco días hacía: su medico » le recetó el opio, pero él no se podía resolver » á tomarle, y ya tenía el vaso en la mano, y » estaba mas indeciso que nunca. Al cabo dixo » al medico: Señor doctor, suplico á Vd. que » suspenda el remedio hasta mañana, porque yo » conozco á un sugeto que no exercita la medi- » cina, pero que tiene en su casa inumerable » muchedumbre de antidotos contra la privacion » de sueño; permita Vd. que le envíe á llamar, » y si esta noche no duermo le prometo que mañana » tomaré ese remedio. Despedido el medico, mandó » el enfermo descorrer las cortinas, y dixo á un la- » cayuelo; muchacho, anda, ve á casa del señor » Anis, y díle que me venga á ver. Viene el » señor Anis, y le dice el enfermo: amigo, yo » me muero de no poder dormir. ¿No tendrá Vd. » en su librería la *Diferencia entre lo temporal* » *y eterno*, ó algun otro libro de devocion com- » puesto por un reverendo padre jesuita, de que » no se haya podido deshacer, porque á veces » las medicinas mas añejas son las mas eficaces? » En casa tengo para servir á Vd., respondió el » librero, el *Año cristiano* del padre Croiset en » doce tomos; si Vd. gusta, se le enviaré, y

» deseo que le aproveche. Si quiere Vd. las obras
» del reverendo padre Rodriguez, disponga de
« ellas; mas si me cree, atengase al padre Croiset,
» que mediante la ayuda de Dios espero que sea
» mas eficaz un solo periodo suyo que quatro
» paginas de la *Diferencia entre lo temporal y*
» *eterno*. Dicho esto se fué el señor Anis á
» buscar el especifico á su tienda. Llega pues el
» *Año cristiano*, sacuden el polvo del pergamino,
» y empieza á leer un estudiantillo hijo del en-
» fermo. Hizo luego efecto en el estudiante el
» soporifico, porque á la segunda pagina ya no
» podía articular bien las palabras, y toda la
» compañía daba cabezadas; de allí á un instante
» todos empezaron á roncar, menos el enfermo,
» el qual despues de haber estado mas tiempo
» despierto, al fin se rindió tambien al sueño.

» Vino el medico al otro día por la mañana
» mui temprano, y preguntó si había el enfermo
» tomado el opio, mas nadie le respondió; y la
» muger, la hija y el chico, no cabiendo en sí
» de contento, le enseñaban el padre Croiset.
» Pregunta que es aquello, y le dicen: viva el
» padre Croiset. Al instante que le lleven á en-
» quadernar. ¿Quien lo dixera? ¿quien lo creyera?
» milagro, milagro. Mire Vd., señor doctor, mire
» el padre Croiset; ese libro es el que ha hecho
» que durmiera mi padre, y en seguida le con-
» taron el suceso. Era el medico hombre de sutil
» ingenio, docto en los mysterios cabalisticos,
» y en las palabras magicas y conjuros de los
» espiritus, y despues de largas meditaciones se
» resolvió á mudar de metodo en sus curas. Este
» caso es mui raro, dixo. Una experiencia hemos
» hecho, pues vamos mas adelante. ¿Porque no
» ha de poder un espiritu transmitir á una obra

» suya sus propias qualidades? Todos los dias lo
» estamos viendo: á lo menos bien merece la
» materia que hagamos la prueba. Ya estoy can-
» sado de boticarios, que con sus xaraves, sus
» pocimas y todas sus drogas galenicas acaban con
» el bolsillo y con la vida de los enfermos. Mu-
» demos de metodo, y probemos las virtudes de
» los espiritus. Con esta idea compuso una nueva
» farmacia, como verá Vd. por la descripcion de
» los principales remedios que inventó y que le
» remito.

Tisana purgativa.

» Tomense tres hojas de la logica de Aristo-
» teles en griego, dos de un tratado de teología
» escolastica mui agudo, por exemplo del sutil
» Escoto, quatro de Paracelso, una de Avicena,
» seis de Averroes, tres de Porfyrio, tres de
» Plotino, y tres de Jamblico: tenganse en infusion
» veinte y quatro horas, y bebanse quatro tomas
» al día.

Vomitivo.

» Tomense seis harengas, una docena de ser-
» mones de honras, como no sean los de Bossuet
» y Flechier, una coleccion de operas nuevas,
» cincuenta novelas, treinta papeles en derecho,
» ponganse en un alambique, y destilense.

Remedio mui sencillo para sanar del asma.

» Leanse todas las obras del reverendo padre
» Maimburgo ex-jesuita, teniendo cuenta con no
» parar hasta el fin de cada periodo, y sentirá

» el asmatico que poco á poco le va volviendo » la facultad de respirar, sin que haya necesidad » de repetir el remedio.

Para preservar de la sarna, tiña, y otras enfermedades cutaneas.

» Tomense tres categorías de Aristoteles, dos » grados metafysicos, y una distincion, escribase » todo en un pedazo de papel, doblese, y atese » con una cinta al cuello.

Miraculum chimicum de violentâ fermentatione cum fumo, igne et flammâ.

Misce Quesnellianam infusionem, cum infusione Lallemanniana : fiat fermentatio cum magnâ vi, impetu, et tonitru, acidis pugnantibus, et invicem penetrantibus alcalinos sales : fiet evaporatio ardentium spirituum : pone liquorem fermentatum in alambico, nihil inde extrahes, et nihil invenies, nisi caput mortuum.

Lenitivum.

Recipe Molinæ anodini chartas duas, Escobaris relaxativi paginas sex, Vasquii emollientis folium unum : infunde in aquæ communis libras quatuor. Ad consumtionem dimidiæ partis colentur et exprimantur ; et in expressione dissolve Bauni detersivi et Tamburini abluentis folia tria. Fiat clister.

In chlorosin, quam vulgus pallidos-colores, aut febrim amatoriam appellat.

Recipe Aretini figuras quatuor, reverendi Thomæ

Sanchii de matrimonio folia duo : infundantur in aquæ communis libras quinque. Fiat ptisana aperiens.

» Estas fueron las medicinas que usó nuestro » medico con imponderable fruto. Por no ser mui » costoso á sus enfermos decía que no quería usar » remedios raros, y que casi no se encuentran, » por exemplo una epistola dedicatoria que no » haya hecho bostezar al lector, un prologo corto, » una pastoral compuesta por un obispo, y una » obra de un jansenista criticada por otro jansenista, ó elogiada por un jesuita. Sustentaba que » semejantes remedios solo servían para dar pabulo á los embusteros, á quienes les tenía una » antipatía invencible. »

CARTA CXLIV.

USBEK á RICA.

Pocos días hace que hallé en una quinta dos sabios que aqui son mui celebres ; y me parecieron de maravillosa indole. Valuada bien la conversacion del uno se reducía á esto : lo que he dicho es certisimo, porque lo digo yo. La del segundo significaba esto otro : lo que no he dicho es falso, porque no lo digo yo.

El primero no me disgustaba, porque no me importa que sea terco un hombre, pero sí me importa mucho que no sea un majadero. El primero defiende sus opiniones, que son su caudal propio ; el otro combate las agenas, que son el caudal de todo el mundo.

¡Que mal que sirve la vanidad, amado Rica, á los que la tienen en mas cantidad que la necesaria para la conservacion de la naturaleza! Son gentes que quieren causar maravilla, á puro infundir aborrecimiento, y afectando supremacía, ni siquiera consiguen igualarse con los demas.

Recibid, hombres modestos, el parabien mío. Vosotros sois el embeleso y la dulzura de la vida humana. Creeis que no poseeis nada, y yo os digo que todo lo poseeis. Pensais no desayrar á nadie, y desayrais á todo el mundo. Y quando alla en mi imaginacion os cotejo con esos doctores magistrales que todo se lo saben, los derribo de su tribunal, y hago que se postren á vuestras plantas.

De Paris, á 22 de la luna de Chaban, 1720.

CARTA CXLV.

USBEK, *á* ....

Un hombre de talento casi nunca es bien visto en las sociedades. Pocas gentes le gustan; se aburre con muchisimas personas que se empeña en tener por toscas, es imposible que no dé á conocer que le incomodan, y asi se grangea en ellos otros tantos enemigos. Cierto de agradar quando quiera, no se cura muchas veces de ser agradable.

Es inclinado á la critica, porque vé mas cosas que otro, y las discierne mejor.

Gasta casi siempre lo que tiene, porque para esto le sugiere su entendimiento mas medios que á otro. Le salen mal sus proyectos, porque arriesga mucho. Su vista que siempre alcanza mucho trecho

le muestra objetos que están mui remotos, sin contar con que quando concibe un plan, le hacen menos impresion las dificultades que proceden de la cosa, que los remedios que son de él, y que saca de su inteligencia propia.

Descuida las menudas circunstancias, de las quales pende el logro de casi todos los negocios importantes.

Por lo contrario un hombre mediano procura aprovecharse de todo, conociendo que no puede dexar perder nada por sus negligencias.

Generalmente la aprobacion universal la consigue el hombre mediano. Todo el mundo se complace en dar á este, y quitar á aquel. Mientras que se ceba la envidia en el uno, y nada le perdona, lo suplimos todo en beneficio del otro, declarandose en su abono nuestra vanidad.

¿Y si á tantos inconvenientes está sugeto el hombre de talento, que dirémos de la suerte desdichada de los doctos? Siempre que pienso en ella me acuerdo de la carta de un docto á uno de mis amigos, que copio aqui:

« Mui señor mío: yo soy un hombre que toda » la noche la ocupo en observar con anteojos de » treinta pies, esos vastos cuerpos que giran en- » cima de nuestras cabezas, y quando me quiero » desahogar cojo mis microscopios, y contemplo » un arador ó una hormiga.

» No soy rico, y no tengo mas que una pieza, » donde no me atrevo á encender lumbre, á causa » de mi termometro, que se elevaría con el calor » artificial. El hibierno pasado estube á pique de » morirme de frío, pero aunque mi termometro » que había baxado mucho me advirtiese de que » se me iban á helar las manos, no hice caso » ninguno, y asi tengo el consuelo de saber pun-

» tualmente las mas insensibles mudanzas de tiempo
» del año pasado.

» Soy poquisimo comunicativo, y no conozco
» ni uno siquiera de todos mis vecinos; pero hay
» un sugeto en Estocolmo, otro en Lipsia, y
» otro en Londres que no he visto en toda mi
» vida, y que sin duda nunca veré, con los
» quales tengo una correspondencia tan tirada,
» que jamas dexo pasar correo sin escribirles.
« Mas aunque con nadie me trato en mi barrio,
« tengo en todo él tan mala reputacion que al
» cabo me veré forzado á mudarme. Cinco años
» ha que me llenó de improperios una vecina,
» por haber disecado un perro que decía que
» era suyo: la muger de un carnicero que
» se hallaba presente se puso de su parte,
» y mientras que me echaba la una mil maldi-
» ciones, la otra me estropeaba á cantazos, á
» mí y al doctor....... que estaba conmigo, y
» que recibió una tremenda pedrada en el hueso
» frontal y occipital; por señas que de resultas
» ha padecido mucho su juicio. Desde entonces
» asi que se va un perro á otra calle, luego fallan
» que me ha pasado á mí por las manos. Una
» buena vecina que habia perdido un gozquecillo,
» que decía que le quería mas que á sus hijos,
» se vino á desmayar el otro dia á mi quarto,
» y no hallandole me citó á comparecer ante el
» magistrado. Creo que nunca me he de ver libre
» de la impertinente malicia de estas mugeres que
» me atolondran continuamente con sus chillidos,
» predicandome el sermon de honras de quantos
» automatos han muerto de diez años á esta parte.
» Quedo, etc. »

Antiguamente á todos los sabios los acusaban de magicos, y no lo extraño. Cada uno decía

para sí · yo tengo tanto talento natural como es posible. No obstante cierto docto me lleva ventajas; luego es fuerza que tenga pacto con el diablo. Ahora que se desprecian semejantes acusaciones han tomado otro giro, y apenas puede un sabio evitar que le acusen de irreligion ó heregía. Poco importa que le absuelva el pueblo; la llaga se hizo, y nunca queda bien cicatrizada; siempre es la parte herida la mas flaca. Treinta años despues le dirá con mucha hypocresía un enemigo: no permita Dios que asegure yo ser cierto el cargo que á Vd. hacían; lo que sé es que se vió obligado á justificarse. De este modo su propia justificacion le viene á ser perjudicial.

Si escribe una historia, y tiene el animo elevado, y el corazon recto, le suscitan mil persecuciones. Irritarán contra él al magistrado por un acontecimiento sucedido mil años hace, y querrán que su pluma, si no es cautiva, sea venal. Con todo esto mas feliz es todavía que aquellos villanos seres que abandonan la verdad por una mezquina pension; que si se cuentan una por una sus imposturas todas, las venden á menos de ochavo cada una; que destruyen la constitucion del imperio, disminuyen los derechos de un poder, y aumentan los del otro, dan á los principes, quitan á los pueblos, resuscitan fueros rancios, alhagan las pasiones mas acreditadas en la epoca en que escriben, y los vicios de los que reynan, engañando la posteridad, eso mas torpemente que menos medios tendrá para contradecir su testimonio.

Mas no paran los trabajos de un autor en sufrir todos los baldones de que he hablado, no paran en haber vivido en continuos temores acerca de la aceptacion de su obra; al cabo sale á la luz publica el libro que tanto que hacer le ha dado,

y le ocasiona enojos por todas partes. ¿ Y como los ha de evitar? Era de una opinion, y la ha sustentado en sus escritos, sin saber que otro que vive doscientas leguas de su residencia habia llevado la contraria, y ya tenemos la guerra encendida.

Vaya aun si pudiera esperar estimacion. Pero no. Quando mas, le aprecian aquellos que se han aplicado al mismo genero de ciencias que él. Un filosofo desprecia altamente á un hombre que tiene atestada la cabeza de hechos, y este le paga teniendole por un loco que sueña adefesios. Mientras tanto los que profesan una arrogante ignorancia quisieran que se sepultara todo el linage humano en el olvido en que ellos se han de sumir.

Aquel á quien le falta una habilidad se desquita haciendo alarde de despreciarla, y removiendo este obstaculo que entre el merito y él se encontraba, se halla á nivel con aquel cuyas tareas le asustan.

Finalmente los sabios es fuerza que se resignen á una reputacion equivoca, á privarse de los placeres y á perder la salud.

De Paris, á 26 *de la luna de Chaban*, 1720.

CARTA CXLVI.

USBEK á REDI, á Venecia.

Muchos tiempos hace que se ha dicho que el alma de un gran ministro era la buena fé.

Un mero particular puede disfrutar de la oscuridad en que vive, y solo con algunas personas se desacredita, conservando su disfraz con los demas, pero un ministro que peca contra la probidad

tantos testigos y tantos jueces tiene quantas son las gentes que gobierna.

Si, me atrevo á decirlo, no es el mayor mal que puede hacer un ministro sin probidad deservir á su principe, y arruinar el pueblo; otro perjuicio ocasiona, mil veces en mi entender mas grave, que es el mal exemplo que da.

Ya sabes que he viajado mucho por la India. Alli he visto una nacion naturalmente generosa, pervertida en un instante desde el mas menudo individuo hasta el mas opulento, por solo el mal exemplo de un ministro: he visto un pueblo entero, en quien se reputaban prendas ingenitas en todos tiempos la generosidad, la honradez, el candor y la buena fé, convertirse á deshora en el postrero de los pueblos; cundir la enfermedad, sin perdonar ni á los miembros mas sacrosantos; cometer infamias los sugetos mas virtuosos, y violar la justicia con el futil pretexto de que la habian violado con ellos; invocar leyes odiosas en amparo de las mas villanas acciones, y calificar de necesidad la sinrazon y la alevosía.

He visto desterrada la fé de los contratos, aniquilados los mas sagrados pactos, trastornadas todas las leyes de las familias. He visto deudores codiciosos, ufanos con una insolente pobreza, indignos instrumentos del furor de las leyes, y el rigor de los tiempos, fingir un pago en vez de efectuarle, y clavar el puñal en el pecho de sus bienhechores.

He visto otros mas infames todavía comprar por casi nada, ó mas bien levantar del suelo hojas de robles, para sustituirlas á la sustancia de las viudas y los huerfanos.

He visto encenderse á deshora en los corazones una insaciable sed de riquezas. He visto formarse

en un punto una detestable conjuracion para enriquecerse, no con un honroso trabajo y una generosa industria, sino por medio de la ruina del príncipe, del estado y de los ciudadanos.

He visto en aquellos desventurados tiempos acostarse un ciudadano honrado diciendo: hoy he dexado pereciendo una familia; mañana dexaré por puertas otra. Otro decía, voy con un hombre negro que lleva un tintero en la mano, y un hierro afilado en el bolsillo á asesinar á todos aquellos que han sido mis bienhechores. Ya veo, decía otro, que van viento en popa mis asuntos; verdad es que quando fuí, tres dias ha, á efectuar un pago dexé llorando una familia entera, que acabé con la dote de dos doncellas honradas, y estorbé que dieran educacion á un chico; el padre se morirá de pesadumbre, y la madre ya se ha muerto del sentimiento; mas no he hecho otra cosa que lo que me permite la ley.

¿Que delito mayor que el que un ministro comete estragando la moral de una nacion entera, avillanando los animos mas generosos, empañando el brillo de las dignidades, oscureciendo la propia virtud, y amancillando la mas ilustre prosapia con el universal desprecio? ¿Que dirá la posteridad, quando se vea forzada á sonroxarse de la torpeza de sus padres? ¿Que dirá la generacion naciente quando con el hierro de sus avuelos coteje el oro de aquellos á quien ha debido el ser? No dudo que arranquen los nobles de sus escudos de armas un grado indigno de nobleza que los deshonra, y que dexen la actual generacion sepultada en el hondo abysmo de la nada, en que se ha precipitado ella propia.

De Paris, á 11 de la luna de Rhamazan, 1720.

CARTA

CARTA CXLVII.

El principal eunuco á USBEK, á Paris.

A tal estado han venido á parar las cosas, que no es posible aguantar mas. Tus mugeres se han figurado que con tu ausencia tenían facultad para todo, y están sucediendo cosas tan horrorosas, que yo mismo tiemblo al contarte tan triste historia.

Algunos días ha que yendo Celis á la mezquita se dexó caer el velo, y mostró á toda la gente la cara casi descubierta.

A Zachî la he encontrado acostada con una de sus esclavas; accion con tan graves penas vedada por las leyes del serrallo.

Por el mas raro acaso del mundo he interceptado una carta que te remito, pero no he podido averiguar para quien era.

Ayer noche encontraron los eunucos á un mancebo dentro del jardin del serrallo, y se les escapó saltando las tapias.

Añade á todo esto lo que no ha llegado á mi noticia; porque es cosa cierta que tus mugeres no te guardan fé. Espero tus órdenes, y hasta el punto que las reciba viviré en mortales zozobras; pero si no me dás mando absoluto en tus mugeres de ninguna respondo, y cada día tendrás noticias no menos funestas que hoy.

De tu serrallo de Ispahan, á 1 de la luna de Rhegeb, 1717.

20

CARTA CXLVIII.

USBEK al primer eunuco, al serrallo de Ispahan.

Recibe con esta un poder absoluto en todo el serrallo; manda con las mismas facultades que yo propio; haz que te precedan el miedo y el terror; corre de aposento en aposento imponiendo penas y castigos; infunde en todo ese recinto la consternacion; anegale todo en llantos; haz pesquisas en todo el serrallo; empieza por los esclavos; no te detenga mi amor; comparezca todo ante tu tremendo tribunal; pon de manifiesto los mas escondidos secretos; purifica ese lugar infame, y haz tornar á él la virtud desterrada, porque desde este instante me respondes con la vida de las mas leves culpas que en él se cometieren. Presumo que la carta que has interceptado era para Celis; exâminalo con ojos de lynce

De......, á 11 de la luna de Zilhagé, 1718.

CARTA CXLIX.

NARSIT á USBEK, á Paris.

Magnifico Señor: el principal eunuco acaba de morir, y siendo yo el mas anciano de tus esclavos he sustituido su puesto, hasta que me hagas saber á quien te dignas escoger en su lugar.

Dos días despues de su muerte me traxeron una carta tuya que le dirigías á el, y no he tenido la osadía de abrirla, que la he envuelto con respeto y la he guardado, hasta que me informes de tu sagrada voluntad.

La noche pasada á media noche me dió aviso un esclavo de que había encontrado á un mancebo en el serrallo; yo me levanté, exâminé lo que había, y vi que era equivocacion suya.

Beso tus piés, sublime señor, y te ruego que te fies de mi zelo, de mi edad y mi experiencia

Del serrallo de Ispahan, á 6 de la luna de Gemadí, 1, 1718.

CARTA CL.

USBEK á NARSIT, al serrallo de Ispahan.

¡Desventurado! ¡En tus manos tienes cartas que te dan ordenes prontas y violentas; la menor dilacion puede costarme todo mi sosiego, y te estás quieto con un vano pretexto! Están sucediendo cosas horrorosas; acaso la mitad de mis esclavos han merecido la muerte. Ai te envío la carta que me escribió mi primer eunuco poco antes de morir, Si hubieras abierto el pliego que le dirigí habrías visto mis sangrientos preceptos. Leelos sin tardanza esos preceptos, y morirás si no los cumplieres.

De......, á 25 de la luna de Chalval, 1718.

CARTA CLI.

SOLIN á USBEK, á Paris.

Si mas tiempo estubiera sin romper el silencio, sería yo tan culpado como todos los delinqüentes que en tu serrallo tienes.

Yo era confidente del principal eunuco, el mas leal de tus esclavos, y quando se vió este á punto de muerte me mandó llamar, y me dixo asi: yo me muero, y el unico desconsuelo que al dexar esta vida llevo, es que mis postreras miradas han sido testigos de los delitos de las mugeres de mi amo. Librele el cielo de quantas desdichas estoy previendo. ¡Y oxalá que despues de mi muerte venga mi sombra amenazadora á infundir temor á esas aleves, y á amonestarlas de su obligacion! Aí están las llaves de este tremendo sitio; ve y llevaselas al mas anciano de los negros. Pero si despues de mi muerte no zela á las mugeres con la vigilancia que se requiere, ten cuenta con dar aviso á tu amo. Concluidas estas razones expiró en mis brazos.

Poco tiempo antes de morir sé que te escribió dandote cuenta de la conducta de tus mugeres, y en el serrallo hay una carta tuya que las hubiera atemorizado á todas, si la hubieran abierto. La que despues has escrito la han cogido tres leguas de aqui. No sé en que consiste que todo sale mal. Entre tanto tus mugeres no guardan miramiento ninguno; desde que murió el primer eunuco á todo se propasan; Roxâna es la unica que no se ha olvidado de sus obligaciones, y vive

con modestia. Cada día se estragan mas las costumbres; el semblante de tus mugeres ya no retrata aquella severa y varonil virtud que antes; una no conocida alegria esparcida en estos sitios es á mi ver prueba irrefragable de escondidas satisfacciones. En las mas menudas cosas noto libertades hasta ahora ignoradas. Entre tus mismos esclavos reyna cierta indolencia en el desempeño de sus obligaciones y en la observancia de las reglas que me pasma, habiendo perdido aquel ferviente zelo de tu servicio que al parecer animaba antes todo el serrallo.

Ocho días han estado tus mugeres en el campo, en una de tus quintas mas distantes y más solas, y dicen que ha sido cohechado el esclavo que cuida de ella, que había escondido la vispera del dia que ellas llegaron á dos hombres en un hueco de piedra que hay en la pared del principal aposento, y que salian de su escondite por la noche, quando nos habiamos retirado. El eunuco anciano que está ahora á nuestra cabeza es un tonto á quien le hacen creer todo quanto quieren.

Un enojo vengativo me hierve en el pecho contra tanta villania; y si por lo que en ello se interesa tu servicio permitiera el cielo que me creyeses capaz de gobernar, yo te doy mi palabra de que si no fuesen virtuosas tus mugeres serían fieles á lo menos.

Del serrallo de Ispahan, á 6 de la luna de Rebiab, 1, 1719.

CARTA CLII.

NARSIT á USBEK, á Paris.

Roxana y Celis han querido ir al campo, y me ha parecido que no se lo debia negar. ¡Feliz Usbek! tus mugeres son fieles, vigilantes tus esclavos, y yo mando en sitios que parecen el albergue que ha escogido la virtud. Está cierto de que no sucederá en ellos cosa que no puedan contemplar tus ojos.

Una desdicha ha sucedido que me causa mucho pesar. Unos mercaderes armenios recien-venidos á Ispahan traían una carta tuya para mi; yo envié un esclavo á buscarla, pero le han robado á la vuelta, y se ha perdido la carta. Escribeme, magnifico señor, quanto antes, que me figuro que en esta mudanza tendrás cosas importantes que encargarme.

Del serrallo de Fatima, á 6 de la luna de Rebiab, 1, 1719.

CARTA CLIII.

USBEK á SOLIN, al serrallo de Ispahan.

El acero pongo en tu diestra, y fio de tí lo que mas en este mundo amo, que es mi venganza. Entra en tu nuevo cargo; pero sin entrañas humanas, sin compasion. A mis mugeres les escribo que te obedezcan ciegamente; confusas con tantos

delitos se postrarán á tu vista. Menester es que te deba mi ventura y mi sosiego. Torname mi serrallo qual yo le dexé: pero empieza expiandole; extermina á los culpados, y haz que tiemblen quantos se propongan serlo. ¡Como va á recompensar tu amo tan señalados servicios! En tu mano está subir á un grado mas eminente que tu condicion, y gozar todas las recompensas que pudieras desear.

De Paris, á 4 de la luna de Chaban, 1719.

CARTA CLIV.

USBEK á sus mugeres, al serrallo de Ispahan.

Cayga en medio de vosotras esta carta, como el rayo entre relampagos y truenos. Vuestro primer eunuco es Solin, para castigaros, no para guardaros. Postrese todo el serrallo ante él. Juzgará vuestras pasadas acciones, y en adelante hará que vivais baxo tan rigoroso yugo, que si no os arrepentis de haber perdido la virtud, os arrepintais á lo menos de haber perdido la libertad.

De Paris, á 4 de la luna de Chaban 1719.

CARTA CLV.

USBEK á NESIR, á Ispahan.

¡Bienaventurado aquel que sabiendo todo quanto vale una vida serena y sosegada descansa el pecho en medio de su familia, sin ver mas pais que la

tierra donde abrió los ojos á la luz del día! Yo vivo en un barbaro clima, presente á quanto me incomoda, ausente de quanto me interesa. Sobrecogido de una horrida melancolía, me abruma un peso inaguantable; me parece que me voy anonadando; y solo me encuentro á mí propio quando se inflaman en mí los negros zelos, cuyos abortos son los terrores del animo, las sospechas, el odio, y los pesares.

Bien me conoces, Nesir, y lees en mi pecho como en el tuyo propio. Pues te movería á compasion si supieras mi deplorable estado. A veces estoy esperando por espacio de seis meses nuevas del serrallo, contando todos los momentos que pasan, y haciendolos mas largos mi impaciencia; y quando va á venir el instante tan ansiado hay en mí pecho una repentina revolucion; me tiembla la mano al abrir la fatal carta; la zozobra que tan desesperado me tenía se me figura el estado mas feliz en que me pudiera encontrar, y recelo salir de ella por un golpe mas crudo para mí que mil muertes.

Mas aunque tan poderosos motivos me hayan obligado á salir de mi patria, y aunque deba la vida á mi ausencia, no puedo aguantar mas, Nesir, este horrible destierro. Lo mismo me moriría de pesadumbre. Mil veces he instado á Rica á que dexase esta tierra extraña, pero á todas mis resoluciones se opone, y me retiene aqui con mil pretextos; no parece sino que se ha olvidado de su patria, ó mas antes que se ha olvidado de mí; tan poca mella le hacen mis quebrantos.

¡Quan desventurado soy! Ansio por volver á mi patria, donde acaso seré todavía mas desdichado. Ha ¿que voy á hacer en ella? Presentar mi cabeza á mis enemigos. Ni para aqui, que entraré en el serrallo, donde tomaré residencia del funesto tiempo que he vivido ausente; ¿y si encuentro culpados, que será de mí? Si la imaginacion sola desde tan lexos me atormenta, que será quando la avive mi presencia? ¿que será si tengo de ver, si tengo de oir lo que ni aun á imaginar me atrevo sin estremecerme? ¿que será en fin si los castigos que yo propio mande han de ser eternos monumentos de mi desesperada confusion?

Me iré á encerrar dentro de paredes para mí mas tremendas que para las mugeres que en ellas se guardan; conmigo se albergarán todas mis sospechas; nada me encubrirán sus caricias; en mi lecho, en sus brazos solamente gozaré de mis recelos; y en el tiempo menos propicio para las reflexîones las harán mis zelos. Escoria indigna de la naturaleza humana; viles esclavos en cuyo corazon no pueden tener cabida los afectos del amor; si conocierais toda la desdicha de mi suerte, no os lamentaríais de la vuestra.

De Paris, á 4 de la luna de Chaban, 1719.

CARTA CLVI.

ROXANA á USBEK, á Paris.

En el serrallo reynan el horror, la noche y el espanto; le cerca un horroroso luto, y un tigre exercita á cada instante toda su saña. Ha condenado al suplicio á dos eunucos blancos, que solo su inocencia han confesado; ha vendido parte de nuestras esclavas, y nos ha obligado á cambiar entre nosotras las que nos han quedado. Zachî y Celis en la oscuridad de la noche han sido indignamente maltratadas en su aposento, y no ha temido el sacrilego poner en ellas sus viles manos.

Nos tiene encerradas á cada una en su quarto, y aunque solas, nos hace que vivamos baxo el velo; no nos permite hablarnos; fuera delito escribirnos; los llantos es la unica cosa que nos queda libre.

En el serrallo ha entrado una caterva de eunucos nuevos que no nos dexan de dia ni de noche, interrumpiendo sin cesar nuestro sueño con sus recelos verdaderos ó fingidos. Lo unico que me consuela es que esto no puede durar mucho, y que tendrán fin mis penas con mi vida, que no será larga, crudo Usbek, ni te dexará lugar para que ceses de agraviarme.

Del serrallo de Ispahan, á 2 de la luna de Maharran, 1720.

CARTA CLVII.

ZACHI á USBEK, á Paris.

¡O cielos! un inhumano me ha afrentado hasta en el modo de castigarme, imponiendome un castigo que asusta el pudor; un castigo que es el mas alto grado de la ignominia; un castigo que nos vuelve, digamoslo asi, á la niñez.

Anonadado primero mi animo con la ignominia, apenas se empezaba á indignar, quando me arrancó el dolor gritos en que resonaron las vovedas de mis aposentos, y se me oyó pedir perdon al mas vil de todos las humanos, y reclamar su compasion, á proporcion que él se mostraba mas inexôrable. Desde entonces su insolente y villana alma ha tomado dominio en la mía. Todas las desdichas me caen encima quando le veo, quando me mira, quando me habla. Quando estoy sola tengo á lo

menos el consuelo de verter llantos, pero quando se me pone él delante me arrebata la rabia, conozco que esta es impotente, y me desespero mas y mas.

Este tigre tiene la avilantez de decirme que eres tú el autor de tanta inhumanidad; que quisiera quitarme mi amor, y profanar hasta los afectos de mi corazon. Quando mienta el objeto de mi cariño, ni aun sé quexarme, y lo unico que puedo es morir.

He sufrido tu ausencia, y conservado el amor con la fuerza de mi mismo amor. Mis noches, mis días, mis momentos, todo ha sido tuyo. Ufana con mi propio amor, el tuyo me hacía respetar en estos sitios. Mas ahora..... No, no puedo aguantar la afrenta en que vivo sumida. Si soy inocente vuelve para amarme; si soy culpada, para que expire á tus plantas.

Del serrallo de Ispahan, á 2 de la luna de Maharran, 1720.

CARTA CLVIII.

CELIS á USBEK, á Paris.

¡A mil leguas de distancia de mí me juzgas culpada, y á mil leguas de mí me castigas!

Si un eunuco despiadado pone en mí sus villanas manos, executa tus ordenes, y el tyrano es quien me agravia, y no el instrumento de la tyranía.

A tu antojo puedes seguir maltratandome, que está sereno mi pecho desde que no te puede amar.

Tu alma se torna vil, y te haces cruel. Está cierto de que nunca serás feliz. Adios.

Del serrallo de Ispahan, á 2 de la luna de Maharran, 1720.

CARTA CLIX.

SOLIN á USBEK, á Paris.

Magnifico seeñor: me compadezco de mí y de tí, que nunca se vió un siervo fiel en la horrible desesperacion en que yo me encuentro. Lee el triste cuento de tus desgracias y las mias, que te escribo temblando.

Por todos los profetas del cielo te juro que desde que me fiaste tus mugeres las he custodiado vigilandolas de dia y noche, sin suspender un solo instante el curso de mis zozobras. Dí principio á mi ministerio con castigos; y quando estos han cesado, no he abandonado mi natural austeridad.

¿Mas que digo? ¿A que viene jactarme de una fidelidad que de nada ha servido? Olvidate de todos mis pasados servicios; tratame como á un aleve, y castigame de quantos delitos no he podido estorbar.

Roxâna, la altiva Roxâna.... ¡O cielos! ¡De quien se ha de fiar uno! Tenías tú sospechas de Celis, y hacías entera confianza de Roxâna, pero era la severidad de su virtud una horrenda impostura, era el disfraz de su alevosía. La he hallado en brazos de un mancebo, que asi que se vió descubierto se lanzó contra mí, y me dió dos puñaladas: á los gritos acudieron tus eunucos

y le cercaron; él se defendió largo rato, hirió á muchos de ellos, y quería volver al aposento de Roxâna, para morir, decia, á su vista: pero al fin envestido por tantos cayó muerto á nuestros pies.

No sé, sublime señor, si aguarde tus severos preceptos. En mis manos has encomendado tu venganza, y no debo dilatarla.

Del serrallo de Ispahan, á 8 de la luna de Rebiab, 1, 1720.

CARTA CLX.

SOLIN á USBEK, á Paris.

Ya me he resuelto; ya van á desaparecer tus agravios, y voy á castigar. Ya siento en mí un jubilo secreto; tu alma y la mía se van á calmar, que vamos á extirpar el delito, y á atemorizar hasta la inocencia.

¡O vosotras que pareceis destinadas á no conocer ni vuestros gustos sensuales, y á enojaros hasta con vuestros propios deseos, eternas victimas del pudor y la vergüenza, oxalá pudiera yo introduciros todas de tropel en este desgraciado serrallo, para que os asombrarais de los ríos de sangre que en él van á correr por mi mano!

Del serrallo de Ispahan, á 8 de la luna de Rebiab, 1, 1720.

CARTA CLXI.

ROXANA á USBEK, á Paris.

Si, te he engañado, he cohechado á tus eunucos; me he burlado de tus zelos, y tu horroroso serrallo le he sabido convertir en una mansion de gustos y contentos.

Voy á morir; va á correr la ponzoña por mis venas: ¿y que he de hacer quando no exîste ya el unico hombre que me hacía amar la vida? Muero, sí, pero va mi sombra bien acompañada, que acabo de enviar al otro mundo á los sacrilegos satelites tuyos que han vertido la sangre mas pura del orbe entero.

¿Como te presumías que fuese yo tan credula que me creyese en el mundo solo para adorar tus antojos, y que pensara que mientras que te entregas tú á todos tus gustos tenías facultad para frustrar todos mis deseos? No; si he podido vivir en cautiverio, he sido siempre libre; tus leyes las he reformado segun las leyes naturales, y continuo mi animo ha conservado su independencia.

Todavía me debieras dar las gracias por el sacrificio que te hice, por haberme abaxado hasta fingir que te guardaba fé, por haber con cobardía escondido dentro de mi pecho lo que hubiera debido manifestar á la tierra entera; finalmente por haber profanado la virtud, consintiendo en que calificaran de tal mi sugecion á tus manías.

Te pasmabas de no ver en mí los arrebatos del amor; pues si me hubieras conocido bien habrías visto toda la vehemencia del aborrecimiento: pero

por mucho espacio de tiempo has tenido la jactancia de creer que se avasallaba un corazon como el mio: ambos eramos felices; tú por creer que me engañabas, y yo por engañarte.

Sin duda que te parece nuevo este estylo. ¿Podrá ser que despues de haberte yo causado mil tormentos, te fuerce á que te maraville mi valor? Pero esto se acabó: el veneno me consume, me abandonan las fuerzas, y se me cae la pluma de las manos; hasta el odio con que te miro le siento desmayar, y me muero.

Del serrallo de Ispahan, á 8 de la luna de Rebiab, 1, 1720.

FIN DE LAS CARTAS PERSIANAS.

ADVERTENCIA DEL TRADUCTOR.

Ridicula cosa fuera detenernos á recomendar el merito de las Cartas Persianas, que ni necesita de nuestros encomios el nombre de Montesquieu, ni hay en Europa sugeto medianamente instruido que no haya aprendido á venerarle. Las Cartas que damos á luz en idioma castellano son un entretenimiento de su esclarecido autor; pero como los juegos de Hercules; siempre en ellos se columbraba el vencedor de la hydra, y el domador de Cerbero.

Fué nuestra primera idea quitar aquellas que aluden á sucesos del tiempo, y estilos que ya han variado; pero en breve reconocímos que perdería de su valor la obra, que en mucha parte se puede mirar como una recopilacion de excelentes observaciones, que mas que la historia de su siglo son su parecido y vivisimo retrato.

Añadir notas explicativas á primera vista parecía el medio mas adequado de aclarar pasages que no pueden menos de hacerse oscuros para quien no esté versado en la historia de los postreros años de Luis XIV, y de la regencia de Felipe de Orleans. ¿ Mas que hubieran enseñado estas ilustraciones acerca del systema de Law por exemplo, á quien no sabe quales fueron los nunca imaginables sueños de este Irlandes, y los desbarros de la nacion entera que, como en una honda sima, sepultó, digamoslo asi, sus caudales todos en el mas disparatado juego que puede fraguarse la demencia humana; extraña lotería en la qual todas las boletas perdian y ninguna ganaba. El

fragmento del mytologo antiguo, varias escenas del café, y la excelente carta de Usbeck que termina los raciocinios de este interlocutor aluden á este periodo, tan lamentable por sus resultas como risible por los fenomenos que le acompañaron, de la historia de Francia. Las cartas relativas á las disputas entre jansenistas y molinistas, entre antagonistas y partidarios de la bula Unigenitus, *no metieron menos bulla, y no sería menos prolixa una circunstanciada explicacion de ellas.*

Permitaseme notar aqui que en España nunca las disputas de religion y politica en los postreros siglos han tenido la acrimonia que en Francia. No pende esto de mas moderacion ó mas harmonía en los animos; mucho menos de una indiferencia, especialmente en quanto á las primeras, que tan mal se avendría con la universal supersticion de nuestro pais. Otra es la causa, y mui mas deplorable El despotismo de la inquisicion no sufre reñidas contiendas en asuntos religiosos, que aun en las mas indiferentes materias le parecen arriesgadas, porque en breve excitarían los animos al exámen de qüestiones mas altas, en que cifra este tribunal su horrenda prepotencia; su sangrienta crueldad nunca se ha parado en imponer castigos, y su crasa y supina ignorancia dexaba chico campo á diferencias de opinion entre sus miembros; que siempre en las qüestiones teologicas seguían el dictamen mas absurdo, como en las morales los principios mas laxôs. La ignorancia de los inquisidores es cosa tan antiguamente conocida en España que casi desde su institucion el dicho estudia para inquisidor *se ha aplicado á los mas zotes de quantos cursan las publicas aulas, y es sabido que en los colegios mayores (con tanto acierto nuevamente, junto con inquisicion y jesuitas, restablecidos) aquellos colegiales que por su completisima estolidez hubieran deshonrado la toga ó la mitra eran provistos á inquisidores. Perdoneme el lector esta digresion procedida de mi entrañable cariño á este tribunal, puesto que la reflexion que la ha ocasionado sea tan obvia.*

Solo dirémos dos palabras de esta version. Distinta es en todo de la del Emilio, distinta de la de las novelas de Voltaire, distinta de la del hypocrita. *Consiste esto en que no es traducir ceñirse á poner en una lengua los pensamientos ó los afectos de un autor que los ha expresado en otra. Debense convertir tambien en la lengua en que se vierte el estylo, las figuras; debesele dar el colorido, y el claro-oscuro del autor original. Una buena version es la solucion de este problema: ¿ Como hubieran versificado Racine, Pope, Virgilio, Teocrito, Homero en castellano? ¿ Como hubieran escrito Wieland, Adisson, Montesquieu, Voltaire, Buffon, Ciceron, Tacito, Tucidides, Demostenes en nuestro romance? La respuesta practica á esta qüestion ha de ser la version de aquel de los autores que al publico se diere, la solucion teorica requiere un tomo entero; aqui lo unico que dirémos es que el profundo conocimiento de ambos idiomas, cosa tan indispensable, es todavía una minima parte de tantas como no son menos indispensables, Añadirémos que ninguno es buen traductor sin ser excelente autor, y que todavía es dable ser escritor consumado, y menos que mediano interprete. Verdad es que solamente los dechados perfectos son los que se deben traducir: ¿pero que es del caso trasladar á otro idioma composiciones de una insulsa medianía, y peor aun escritos disparatados? Lidie un escritor consumado con Corneille, con Moliere, con Tucidides, con Homero mismo*

cuerpo á cuerpo, trayga á su patria sus hermosuras todas; no le arredre ni la valentía lyrica de Horacio, ni sus satyricos donayres, ni la gracia y la concisa exáctitud de sus epistolas; atrevase á emular la acabada perfeccion de la versificacion de Racine, y hasta la de Virgilio, si fuere menester, y yo le fio que sus versiones, puliendo y acrisolando su idioma, serán composiciones clasicas, como lo son en Inglaterra la Iliada de Pope, en Italia el Osian de Cesarotti, el Lucrecio de Marchetti, el Tacito de Davanzati, y el Homero de Voss en Alemania.

A 14 de enero de 1819.

J. MARCHENA.

FIN.